

EL FESTIVAL DE LOS VELOS BLANCOS:

UN VIAJE DE INVESTIGACIÓN A TRAVÉS DEL TÍBETH HACIA LHASA, LA CIUDAD SANTA DEL REINO-DIOS.

*Con 31 ilustraciones a partir de
tomas de la Expedición Schäfer 1938/39
Los mapas fueron dibujados por Heinz Hübner*



Maitreya

ERNST SCHÄFER

FEST
DER
WEISSEN SCHLEIER

EINE FORSCHERFAHRT DURCH TIBET
NACH LHASA, DER HEILIGEN STADT
DES GOTTKÖNIGTUMS

IM VIEWEG-VERLAG

Contenido del Libro

- **Portada .**
- **Nota del traductor.**
- **Introducción :** La investigación sobre Tíbet en la competencia de las naciones 10 Más allá del Himalaya, cabalgatas por la estepa, el último puerto, Potala a la vista, entrada en Lhasa, etiqueta tibetana, recepciones con los más altos dignatarios, banquetes y amistades .
- **La ciudad sagrada :** Estructura y emplazamiento, datos históricos, la Gran Casa de los Dioses, las calles sagradas, mendigos y descuartizadores, el campamento de bandidos.
- **La danza del diablo :** Se ahuyenta el año viejo, en el patio interior del Potala, las terribles deidades, maestros del cementerio, hechiceros de sombrero negro en acción.
- **Ante el rostro de Buda:** En la sala del trono de los Dalái Lamas, recepción del gobierno, mundos mágicos, la bendición del regente, alimento celestial.
- **Mönlom:** el poder de los sacerdotes: Tiranos lama y turbas clericales, entrada de los monjes, el gobierno de los Jasö, peregrinos y romeros.
- **El rey de los demonios habla desde Taluma:** Mágico y místico, Pekhar, el dios oracular, salida del gobierno, espíritus de la profecía, el vaticinio.
- **En el brillo de las lámparas de mantequilla :** La concepción de Buda, la gran ofrenda de mantequilla, la fiesta de una noche, magia de luna llena y espectro de espíritus.
- **Contenido adicional no publicado en la versión impresa :** Fotografías de la expedición.

NOTAS DEL TRADUCTOR SOBRE EL AUTOR

Al lector :

He cumplido mi palabra al traducir e interpretar estos textos cuando se cumplen exactamente 30 años de empeñarla. El lector debe saber que el doctor Ernst Schäfer lideró un equipo de científicos alemanes, (incluyendo expertos en botánica, geología y etnología), que viajó desde la India a través de Sikkim hasta Tíbet. El libro detalla el trayecto arduo por paisajes montañosos, encuentros con nómadas y la llegada a Lhasa en 1939, en una época en que el Tíbet era un reino teocrático aislado, gobernado por el Dalai Lama como figura divina.

*En esta obra Schäfer pinta un retrato fascinante de la ciudad sagrada, sus monasterios (como el Potala), rituales budistas, danzas cham (bailes de máscaras demoníacas) y festivales como el Losar (Año Nuevo tibetano). Habla de temas como el tantrismo, los ламas, las creencias en demonios y espíritus, y la vida cotidiana en un "reino-dios" donde la religión impregna todo. **No habla de doctrina política, nacionalismo o racismo pero incluye anécdotas sobre mediciones puramente científicas**, recolección de especímenes (animales, plantas) y observaciones antropológicas, como mediciones craneales de locales por lo que lo ha convertido en una obra controversial hoy día por su contexto histórico.*

*La expedición de Schäfer fue organizada bajo los auspicios de la Alemania NacionalSocialista, **patrocinada personalmente por Heinrich Himmler y desarrollada por la Asociación Ahnenerbe**. Esta expedición tenía objetivos científicos oficiales, pero también propagandísticos. Schäfer, un SS-Sturmbannführer, insistió en la libertad científica, rechazando escribir sobre teorías como la "cosmogonía glacial" que **se le atribuye** a él mismo y rechazando del mismo modo liderar la expedición hasta que se le garantizó por escrito esa libertad científica que demandaba. El equipo recolectó datos sobre flora, fauna y etnografía, pero el viaje ha sido criticado por sus lazos con el régimen alemán y posibles motivaciones ocultas como buscar "raíces arias" en el Tíbet, aunque Schäfer siempre negó estas motivaciones atribuidas por los vencedores para desprestigiar el enorme trabajo científico de la Alemania de la época.*

Durante la expedición real que inspira el libro, Schäfer y su equipo filmaron extenso material. Esto se usó para crear el documental alemán "Geheimnis Tibet" (Tíbet Secreto), estrenado en 1943. Dirigido por Hans-Albert Lettow y con narración del propio Ernst Schäfer, que muestra escenas auténticas de Lhasa, rituales tibetanos y la vida cotidiana, capturadas por el camarógrafo Ernst Krause. Schäfer cazó y recolectó miles de especímenes animales (incluyendo un "oso yeti" que resultó ser para su pesar, un oso pardo tibetano).

El libro es un testimonio raro de Tíbet antes de la invasión china de 1950, ofreciendo una ventana a una era a día de hoy, completamente perdida.

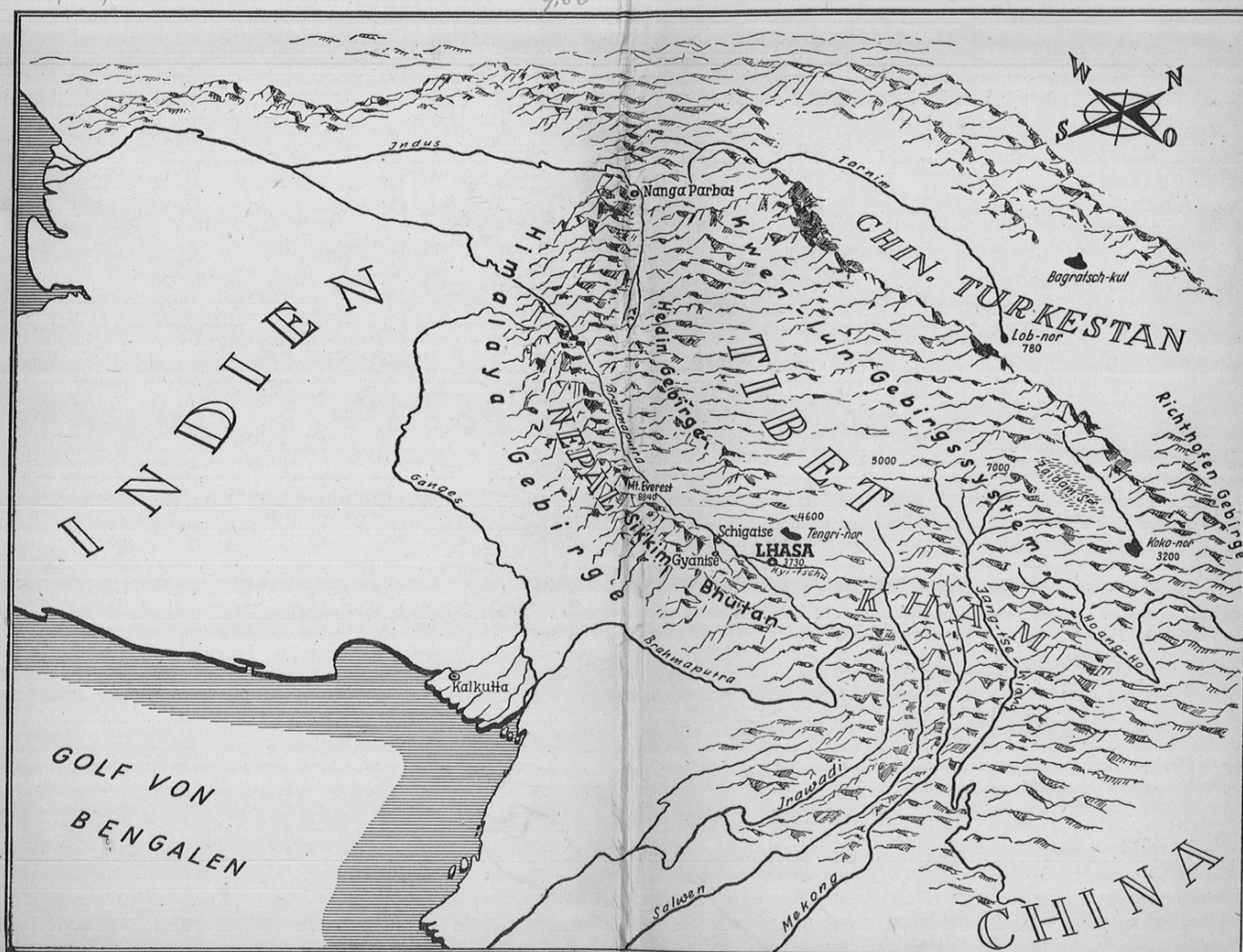
*Su autor (Schäfer, 1910-1996) un nacionalsocialista convicto postguerra, ya que fue internado en el **campo de prisioneros de Moosburg por 3 años**, después de ser arrestado en Múnich en 1945. Reclusión tras la cual en 1949 recibió un "Persilschein" (certificado de exoneración, apodado así por "limpiar" como jabón Persil) después de pasar un proceso de "desnazificación" en 1948, clasificándolo como "no culpable" o "seguidor menor" (Mitläufer), no como criminal de guerra.*

*Esto le permitió reanudar, hasta cierto punto, su vida y carrera sin prisión adicional, publicando el presente libro en alemán en 1950. lo que **añade capas éticas que, a mi parecer, no deberían envolver una obra cultural puramente científica**. Después de los juicios de Núremberg, participó en varias expediciones más, incluidas la observación de gorilas y primates siendo admirado por científicos y exploradores, criticado sólo por revisionistas e historiadores por "minimizar" sus lazos políticos.*

Hoy esta obra se valora por su valor histórico y fotográfico, pero no se distribuye y se lee con cautela por el contexto ideológico del autor, es una joya para amantes de la historia, la antropología y las aventuras. No hay ediciones oficiales en español, pero esta traducción para uso personal, lo hace hoy accesible.

Sirva esta traducción para que esta persona única, no caiga en el olvido.

Erika S.



INTRODUCCIÓN

La exploración del Tíbet no ha concluido hasta el día de hoy. Enormes montañas, desiertos y altas estepas se oponen al viajero. Tormentas de alta montaña, heladas y nieve impiden el acceso a esa tierra sagrada. También el ser humano tibetano defiende su país con hostilidad hacia los extranjeros, cerrándose a cualquier acceso desde el exterior.

"Lo que hoy hacemos, crea nuestro futuro; como la sombra al cuerpo, así nos sigue el karma, pues cada uno debe soportar las consecuencias de lo que él mismo ha hecho."

(Del rosario dorado de Padma Sambhava.)

La exploración pionera y la penetración científica del altiplano tibetano no fue precedida, como en otros continentes, por una época de descubrimiento. Hasta el siglo XIX, solo misioneros de la Iglesia católica y unos pocos audaces viajeros habían pisado suelo tibetano. Las fases de descubrimiento y exploración científica en la tierra de las nieves coincidieron en el tiempo. Se limitan a la segunda mitad del siglo XIX y al siglo XX. En esencia, fueron llevadas a cabo por investigadores británicos y rusos. ¡Entonces apareció en escena Sven Hedin, el gran sueco! Hoy en día sigue vigente la palabra de aquel virrey de la India, Lord Curzon, por cuya iniciativa Gran Bretaña intervino en los destinos del país de los lamas alrededor del cambio de siglo: "En el corazón de Asia, hasta el día de hoy solo queda un misterio que el siglo XIX dejó al XX para explorar: el Tíbet y Lhasa."

Entre los científicos alemanes que se han distinguido en la exploración del Tíbet, se mencionan a Tafel, Filchner, Stötzner y Weigold. Filchner y Tafel penetraron profundamente en el corazón del país. En 1903 investigaron juntos en el noreste del Tíbet.

Más tarde, Tafel emprendió solo una empresa extremadamente audaz en dirección occidental, pero fue obligado a regresar por bandidos. Filchner penetró en 1925 en un viaje peligroso desde el Kokonor hasta Nagtschu, a pocos días de viaje al norte de Lhasa. Allí fue retenido por los tibetanos bajo Tsarong Shapè hasta que se le permitió continuar hacia el oeste en dirección a Cachemira. También para él, Lhasa siguió siendo la ciudad prohibida. Weigold investigó con Stötzner antes de la Primera Guerra Mundial en el área de las gargantas meridionales de los ríos del este del Tíbet y fue el líder científico de la primera expedición Brooke-Dolan, en la que también el autor participó como joven estudiante en 1931-1932. Esta expedición llevó desde China a través de las montañas Hsifan cruzando el este del Tíbet y terminó después de cruzar las gargantas meridionales de los ríos en la Alta Birmania. De 1934-1936, el autor fue el líder científico de la segunda expedición Brooke-Dolan, que, avanzando desde China, siguiendo el curso del Yangtsé, llegó hasta sus fuentes en el corazón del alto Tíbet. La tercera expedición del autor, en la que fue acompañado por Wienert, Beger, Krause y Geer, llevó en 1938/39, comenzando en el Himalaya de Sikkim, por invitación del gobierno tibetano a Lhasa y a áreas poco exploradas del sur del Tíbet.

Dado que el autor dirigió la primera expedición alemana que fue bienvenida por el gobierno tibetano a Lhasa y fue invitado a participar en las ceremonias más secretas de todas las celebraciones de Año Nuevo, ha decidido, a pesar de muchas deficiencias que deben adherirse a un informe tan fragmentario, publicar sus experiencias de Año Nuevo en Lhasa en forma de libro. Las notas se basan esencialmente en lo vivido y oído personalmente.

Similar a las religiones naturales de pueblos primitivos, la fiesta de Año Nuevo de los tibetanos fue originalmente determinada por un evento natural recurrente. Solo bajo la influencia de los chinos se le dio mayor importancia a los cuerpos celestes. La magia y las costumbres de sacrificio para pacificar y apaciguar el mal y los demonios estaban ampliamente extendidos antes del comienzo de la era budista en el Tíbet, al igual que el miedo a los espíritus de la naturaleza. Cuando la fe de Buda encontró entrada en el Tíbet probablemente más de mil años después de la muerte de Gautama, y Srong Tsan Gampo, el rey de la ley, creó la civilización generalizada, la fiesta de la solsticio de invierno se convirtió en una celebración de la gloria de Buda del vida despertada.

Más tarde, Atisha estableció el calendario lunar, y "Slawa Dangpo", llamado así por el curso del primer mes, se celebró desde entonces con pompa y esplendor como el evento más importante del año calendario tibetano y se multiplicó.

Los sacerdotes del país de los glaciares han logrado, a través de pantomimas, danza y juego, dar al primer mes un contenido tal con obras y acciones de reyes y héroes, deidades y santos, espíritus y demonios, que este grandioso despliegue de los más diversos motivos del mito y la historia mantiene a todo el pueblo de fe lamaísta en trance durante todo el primer mes.

Este encuentro anual en las murallas de su ciudad sagrada bajo el signo esperanzador de la naturaleza que despierta, muestra anualmente a miles de peregrinos el brillo, el esplendor y el poder espiritual de los Dalai Lamas. Así es su mérito, disfrutar de un prestigio divino incluso entre representantes de las tribus más lejanas sin arma ni violencia.

Los peregrinos y devotos se sienten recompensados regiamente por las penurias y dificultades de sus largos viajes. Los más piadosos entre ellos miden el camino con su propio cuerpo, tocando el suelo polvoriento en miles de postraciones con sus frentes. Sin importar el polvo ardiente y las heladas gélidas, sus peregrinaciones se extienden en el ritmo de un gusano durante años, hasta que, cubiertos de costras y magullados, más muertos que vivos y exhaustos hasta el extremo, finalmente vislumbran en la lejanía una de las construcciones más bellas de la Tierra, el Potala de trescientos años, la fortaleza templo coronada de oro de los Dalai Lamas, y a sus pies la ciudad resplandeciente de sacerdotes oraculares y hechiceros, dominio de los buitres blancos, depósito del conocimiento secreto. Morada de la fe pura y de innumerables monasterios, de los que emanan aromas de incienso, refugio de los adeptos con la segunda vista, que buscan explicaciones para el enigma de este mundo. El Tíbet está lleno de secretos, pero también lleno de preguntas sobre el destino de los hombres. Sus montañas desnudas callan y guardan los secretos, que se retraen como tentáculos de pólipos gigantes en cuanto el hombre se dispone a atraparlos.

LHASA NOS RECIBE

Lejos en el sur quedó el mundo atrás. El sol de la India, Sikkim, el Himalaya, los bosques primordiales crepusculares, las montañas celestiales y la nieve. Colinas lunares desnudas siguieron, tierra primordial solitaria, colinas rojo opaco, estepas rojo marrón, arena ocre. Por encima del límite de los cuatro mil metros no hay árbol ni arbusto. Solo lejanos gigantes de cumbres, heladas, tormentas, nubes y la gran soledad.

De nuevo cabalgatas gélidas a través de la soledad mortal de la naturaleza salvaje, lagos silenciosos, atardeceres ardientes de colores, noches centelleantes de estrellas y luego el último paso alto; el Kamba-La, que desciende al Tíbet clásico, al valle del sagrado Tsangpo, el Brahmaputra, donde surgió la cultura permanente. El descenso de mil metros a través de las salvajes bancos de grava es el último paso del siglo XX a algún lugar en la prehistoria, cuando el hombre aún tenía fe y estaba conectado a su paisaje, tan íntimamente como la planta y el animal. Yo estaba elevado, como transportado por fuerzas mágicas a otro planeta. Y Europa estaba tan lejos como la luna. Mi corazón y mis sentidos eran completamente Tíbet, completamente inmersos en el círculo mágico de su poder misterioso, de su vida maravillosa, era yo un hombre diferente. Participar, vibrar y ser llevado, no se necesitaba más.

Luego vinieron laderas surcadas de arrugas, valles salvajemente erosionados, matorrales de espinos de arena, sauces tímidos, huellas de humanos y finalmente la gran llanura agrícola de Gyantse con montañas testigo y monasterios blancos, que colgaban como diminutos nidos de golondrinas sobre los lejanos flancos del valle del Nyangtschu. La llanura entre las olas rugientes de las montañas, llena de grava de la era glacial, era inquietantemente extensa. Todo el trabajo humano, las casas sólidas, los asentamientos, las fortalezas perdidas en la inmensidad cósmica, actuaban como pequeños barquitos en el océano del mundo.

Nuevos mundos antiguos se abrieron. Primer contacto con altos sacerdotes y dignatarios noblemente serios del país más cerrado e isolationista de la Tierra. Recepciones, doseles, banquetes, velos blancos y amistad incipiente: Somos bienvenidos; se nos espera, lejos, en la ciudad de los dioses!

¡Qué júbilo, qué alegría indescriptible, vivir en un país así, en un país donde el tiempo no vale nada, porque no tiene ningún significado para la comprensión del hombre. Estos hombres, estos tibetanos, viven completamente de sí mismos, completamente desde el centro de su ser inconsciente y todos los asuntos estatales, la felicidad, la virtud, el vicio y la vida social son completamente independientes del curso del tiempo.

Envuelto en misterio yace el corazón de Asia, ceñido y protegido por las montañas más altas, abismo de la superstición, de sacerdotes danzantes y hechiceros, dominio de los buitres blancos, depósito del conocimiento secreto.

Tormentas de arena azotan a través del valle. Las huellas de los animales se desvanecen, pero el sol es caliente entre las altas rocas que se elevan hacia el cielo. En Chaksam, las aguas turquesas del Tsangpo se cruzan en torpes barcas, luego giramos hacia el valle de Kyichu, el valle de Lhasa. Enviados del gobierno vienen a nuestro encuentro, me entregan los velos de seda blancos como flores y preguntan con la espalda inclinada por el día de llegada. Determino la hora más afortunada, y a la mañana siguiente cabalgamos дальше entre montañas rojas, a través de arena amarilla. Sobre el paisaje yace un polvo de oro tembloroso, envuelto suavemente en velos de niebla azul. Los animales trotan alegres, y los signos de la promesa se multiplican: Al doblar una esquina abrupta de roca, aparecen procesiones de peregrinos en harapientos ropajes de mendigo - y ahora me topo de repente con el primer asceta cubierto de callos, que en postración continua, tocando la roca desnuda con su frente cornuda, se dirige hacia Lhasa.

Sin dejarse perturbar en su celo religioso, el hombre se arrastra. En un umbral del suelo se incorpora, sacude el polvo de los guantes, alisa el delantal de cuero y me mira con ojos asombrados. Es un tibetano oriental, de Amdo en la frontera china. Dos mil kilómetros ha arrastrado a través de heladas y tormentas sobre sus rodillas por los desiertos montañosos, siempre en cumplimiento de su camino; ocho años completos. Ahora está ante la meta, ante Lhasa, la tan anhelada. Allí terminará su peregrinación.

Ocho años completos, largos - tan cortos, tan rápidamente pasados. Los pensamientos giran, huyen y vuelan. Ocho años de vagar inquieto, años llenos de acción y torbellino, llenos de voluntad y engaño. Claros como las amplias dunas amarillas, como las cumbres dentadas centelleantes alrededor, se extienden ante el ojo. Según conceptos tibetanos, el hombre es al mismo tiempo actor y espectador en el gran drama de la vida.

También yo me preparaba entonces para la peregrinación. ¿Debería llamarse casualidad? También yo comencé entonces, día y mes exactos, hace ocho años completos, mi peregrinación. Fue una fría mañana de enero cuando el estudiante partió por primera vez hacia el este. Se sucedieron las expediciones, los breves tiempos en Europa y América, hasta que por tercera vez la naturaleza salvaje llamó y Lhasa! Ochenta mil, quizás también cien mil kilómetros fueron necesarios en el mismo tiempo en que aquel recorrió dos mil sobre sus rodillas a través del mundo montañoso.

Ahora, después de ocho años, ambos estamos ante el mismo objetivo, el más alto de la investigación y el más alto de la fe.

Este encuentro es esencial. Ciertamente, ni el santo fanático ni el investigador apremiante son representantes típicos de sus mundos. Tampoco se trata de disputar y juzgar si este o aquel mundo se acerca más a la verdad. No es la pregunta de quién o cuánto derecho tiene cada uno. Solo mostrar los rasgos esenciales de ambas esferas es de importancia. Quizás a los tibetanos les falte la medida correcta, así como a nosotros nos falta la fuerza de la fe. Sin embargo, el núcleo de vidas humanas conscientemente guiadas apenas se ve tocado por tal planteamiento de preguntas, pues la necesidad de los hombres -de todos los hombres bajo este sol- es la misma.

Mientras nosotros vivimos completamente en el mundo de las cosas, el tibetano vive en el mundo de los significados. En nosotros, verdad y error se oponen sharply separados - aquí, este peregrino que se arrastra en el polvo, ve en todas las apariencias solo creaciones fluctuantes del invisible, en el que vuelven a fluir. La filosofía tibetana no se basa en el trabajo del pensamiento, sino en la intuición. El tibetano cree, superando los límites de la experiencia hacia niveles superiores de conciencia, donde es irrelevante e insignificante si el mundo experimentado aparece como verdad o error, pues detrás del mundo de los sentidos yace una segunda mundo lleno de tangibilidad y felicidad. Por eso, el tibetano deja que el mundo material vaya como quiera y pueda. Cree tan profunda y genuinamente que nada puede decepcionarlo. Cree a pesar de todo, contra todo y a través de todo. Vive en su isla de magia sostenida por fuerzas ocultas. No conoce división, ni nihilismo, y, dado que las profundidades de nuestro ser no pueden ser descifradas por el pensamiento, experimenta en sus peregrinaciones los mundos más maravillosos.

Quizás el tibetano ve más profundamente en la esencia de las cosas, pues la investigación de las capacidades extrasensoriales hasta la unión con Dios le es más importante que todo dominio de la naturaleza. Lo espiritual es para él la última realidad del mundo, y todos los edificios empíricos no son más que vano engaño y truco, un juego de prestidigitación de los sentidos y pensamientos. Si para la verdadera contemplación de Dios pertenece un sentimiento natural sano, entonces se encuentra aquí. En sabiduría contemplada, en fuerte sentir de conexiones cósmicas, liberado de la materia, el tibetano sueña de budas, héroes, espíritus y estrellas un canto anímico en la infinita superficie de su imaginación. La conexión más alta y el último fundamento se le aclaran ante el espejo de la divinidad omnipresente. Así, sus dioses no son conceptos vacíos de contenido, sino nacidos de la revelación, permanentemente experimentados y siempre actuantes personas.

La moneda de plata brillante que le ofrezco, el asceta la rechaza con una sonrisa suave. Su cuenco de madera para limosnas, que le llenan de lugar en lugar, le basta.

Me subo al caballo y cabalgo weiter a través de paisaje envuelto en niebla azul y arena ocre. En poderosas curvas se serpentea el río de múltiples brazos entre bancos de arena y superficies de grava a través del amplio valle rocoso. En algunos lugares, la corriente es tan superficial que puedo reconocer cada guijarro en el fondo, en otros, las aguas ultramarinas chocan contra dura roca, son forzadas a giros repentinos, se acercan estrechamente a los altos domos rocosos y

capturan en azules y silenciosas profundidades capturan la mirada. En tramos, el camino conduce a través del lecho del río reseco por el invierno y tierras desérticas arrastradas por el viento, de modo que cuesta seguir el sendero de la caravana. Masas de arena reluciente han cubierto las laderas en amplias olas. Enterrando toda vida bajo ellas, las lenguas de arena estériles se extienden cientos de metros por las laderas y hasta los valles de erosión ramificados como árboles y los surcos están completamente cubiertos con el sudario amarillo. Aquí y allá solo emergen coronas graníticas y picos rocosos como dedos amenazantes del arena surcado por grietas. La naturaleza cruelmente rígida, este desierto de arena y piedra, habitado solo por unas pocas parejas de cuervos y pequeñas alondras alpinas negro y blanco moteadas, no podría transmitir una imagen más impactante de la impetuosa violencia de las tormentas de arena huracanadas que recorren durante los meses de invierno el amplio y desolado valle de Lhasa. Sobre las paredes graníticas más altas navegan pacíficas naves de nubes blancas y poderosamente hinchadas en largas escuadras.

Comparables a cruces plateadas, planean enormes buitres tibetanos a través del azul celeste y desaparecen en dirección a Lhasa.

Después de la desolación apartada del mundo, el valle se ensancha a su plena amplitud de cuatro a cinco kilómetros. Las montañas se difuminan en velos de niebla azul, las masas de arena temblorosas quedan atrás, matorrales de espinos amarillo, arboledas de álamos y sauces, aldeas y pueblos animan el paisaje, hermosos monasterios brillan como islas, y ante mí se extiende el fértil paisaje agrícola de Njetang, nuestro destino del día de hoy, la última etapa antes de Lhasa. Pasamos por la ermita rodeada de cuatro poderosos chortens del rey Ralpaschan, quien, último gobernante de la antigua dinastía real, fue asesinado alrededor del 800 d.C. por su hermano Langdarma, un seguidor de la religión bon prebudista.

El camino prometido, por el que ya millones de budistas devotos antes de nosotros se dirigieron a Lhasa para entrar al menos una vez en su vida en la Ciudad Sagrada y la fortaleza de los dioses del Potala, se ha convertido ahora en un camino amplio, en una verdadera carretera. Yaks peludos, pequeñas vacas lanudas, ovejas claras y cabras de pelo largo, que con sus mechones desgreñados parecen diablillos curiosos, escarban en campos cosechados en busca de escasa comida de raíces.

Comparable a un jardín del Edén, miles de majestuosas grullas de cuello negro y coloridos gansos rayados pasan el invierno en los desolados campos del valle alrededor de la Ciudad Sagrada. Las mismas aves orgullosas que en su patria de cría en las altas estepas frías pertenecen a los animales salvajes más tímidos y cautelosos, pueblan los valles agrícolas desde el otoño tardío hasta el comienzo de la primavera en enormes bandadas. Han perdido casi por completo su proverbial timidez. A menudo se paran en grandes grupos a solo unos metros de la carretera de la caravana sin dejarse perturbar en su búsqueda de alimento. Solo de vez en cuando una grulla de guardia o un ganso cauteloso levanta la cabeza, despliega las alas, grazna algo para sí y nos mira con la cabeza ladeada. A veces también se alzan las grandes y orgullosas aves en enormes escuadrones azulados con resonantes llamadas de trompeta y trazan círculos majestuosos sobre nuestras cabezas.

La leyenda cuenta que los dioses vivientes del Tíbet, los Dalai Lamas, se servían de las grullas sagradas para flotar de monasterio en monasterio sobre sus poderosas alas. Y cuando los nómadas pastores peregrinos de las salvajes altas estepas ven por primera vez los campos fértiles con las aves sagradas, saben que la meta de su peregrinación ya no está lejana. Aún es temprano cuando, envueltos por nubes de arena que barren horizontalmente, entramos en Njetang con animales completamente exhaustos para aprovechar el resto del día en los preparativos. En una estancia ahumada, bajo el amparo del baldaquino con el que los ancianos del lugar me honran desde hace semanas, desde que nuestra llegada fue anunciada desde Lhasa, se toman las últimas disposiciones: se levantan maletas polvorientas, se limpian los arreos, se alisan las ropas, se consumen leche, huevos y tortas semejantes al pan que los campesinos nos trajeron, ante el horno de estiércol humeante. Luego me hundo, felizmente rodeado por el ajetreo de equipos laboriosos como abejas, cansado y ebrio, en un sueño profundo. La tarde estremece sobre los lingkhas, las sombras caen pesadas al valle, las rocas se doran en la penumbra, tambores resuenan sordamente desde las celdas silenciosas de los monasterios, y desde las islas de grava resuena el último llamado de la grulla sobre el valle que se enfría en el crepúsculo. Pronto giran sobre la azotea las estrellas centelleantes. A la luz

humeante del sebo, la noche de enero se cuela por escotillas y rendijas. Gratitud, anhelo, esperanza.

Todo vuelve a pasar: estos ocho años, el peregrino errante y las estrellas errantes. ¿Cómo será mañana a esta hora? Últimos susurros, sorbos y ruidos, humo de incienso, enebro, estiércol de yak y cuero, oración murmurada desde los aposentos de los sirvientes, tejido de espíritus, ulular de búhos y, desde abajo, el resoplido y el pisoteo de los caballos, débil y cada vez más débil. Ya está listo el convoy de equipaje. A través de la fría y sombría niebla matinal pasan, rozando los tejados con su aleteo rumoroso, los pueblos alados de los gansos. Con trompetas claras les sigue el ejército de las grandes grullas, que se elevan en espiral hasta encenderse en el resplandor dorado del día que despierta. El humo del sacrificio se arremolina empinado y alto. Envuelto en pieles y apoyado en un incensario, sorbo aire y paisaje, observo el trajín en el patio a mis pies, veo deshilacharse las nieblas y escucho el áspero graznido de los cuervos que giran alto en la neblina azul.

¡Así sea! Expectantes, vestidos con atuendos festivos de seda, resplandecientes y ostentosos, ceñidos y armados, esperan hombre y caballo la señal para partir. "En la hora más feliz, cuando el sol sagrado proyecta la sombra más corta", así lo hice saber a los mensajeros, debe ocurrir el gran acontecimiento. Ya en el crepúsculo, los primeros sirvientes habían cabalgado adelante en caballos rápidos para anunciar la llegada puntual. A las siete en punto, calculado exactamente, la pesada caravana se pone en marcha lentamente; nosotros seguimos a las ocho, la unión está fijada para las diez. Los sahibs delante, intérpretes, sirvientes, líderes de caravana, jinetes y el convoy de equipaje siguiendo a distancia medida, tal como lo recomienda la costumbre del país, debe realizarse la entrada. Cielo azul saturado, rocas brillando en rojo ardiente, caballos exhalando vapor de escarcha, suelo rocoso traqueteante, dunas aterciopeladas y campos rebosantes de vida: en medio de la naturaleza montañosa desnuda, un valle paradisíaco. A pesar del aire frío, el sol impacta abrasador. Ricos y magníficos cortijos, en cuyas puertas y portales brillan ampliamente los signos que traen suerte, quedan al borde del camino polvoriento.

Esculturas coloridas, inscripciones sagradas y plásticas de piedra en relieve se multiplican, budas y santos lamaístas están tallados por todas partes en las rocas, y por doquier resplandecen las místicas fórmulas de seis sílabas en letras de bronce desde el borde del camino polvoriento amarillo. Pronto se extienden nuevamente, como el día anterior, solo superficies de arena con escasos matorrales de espinos, detrás de las cuales el plano Kyitschu vierte sus aguas turquesas. Superficies desérticas infértiles, donde montañas brillando en rojo sangre y azul profundo se ahogan en masas de arena amarilla, muestran por kilómetros no mucho más vegetación que unos pocos pastos grises y fibrosos y arbustos espinosos.

Pero al mirar hacia los valles laterales y el mundo montañoso que se eleva abruptamente en terrazas alrededor, se perciben por todas partes pequeños monasterios rodeados de grupos de árboles, que con sus templos rojos y muros de un blanco cegador brillan y relucen a lo lejos. Es verdaderamente una imagen maravillosa ver las huellas de los humanos en este paisaje terrenal cerrado de manera fabulosa bajo las altas torres de nubes cumuliformes bordeadas de plata brillar como puntos perdidos. Aquí y allá, sauces corchosos retorcidos, adornados con banderas de oración coloridas, que como moradas de espíritus disfrutan de veneración divina, bordean el camino pedregoso, y uno no puede resistirse a la intuición de que el alto objetivo se acerca con cada milla.

En la expectativa más tensa, nuestros ojos están dirigidos hacia adelante, como si quisieran perforar los velos de niebla azul sobre el final del valle para captar la primera visión de los templos dorados de la Ciudad Sagrada. Pero por ahora solo vemos grullas azules en largas formaciones volando sobre nosotros contra dunas amarillas, hasta que el batir de sus poderosas alas se pierde en el centelleo del aire. Luego cabalgamos de nuevo en silencio y mudos entre bandadas de carracas rojas y coloridos gansos rayados. Pero el estado de ánimo alegre y expectante crece y crece. Ascendiendo por última vez sobre bancos de arena y grava hacia la montaña, un poderoso domo rocoso de granito amenazante se eleva abruptamente hacia el cielo. Aquí, donde el amplio valle invernal se estrecha repentinamente, una colosal estatua de Gautama, el fundador de la doctrina budista, de bien diez metros de altura, está tallada en la roca natural. Desde un arco de piedra, el Buda histórico dirige su mirada serena hacia Lhasa. Innumerables multitudes de peregrinos han amontonado piedrecita sobre piedrecita en una poderosa pirámide mani.

Entonces nos invade de repente una extraña excitación. Como si el Buda guiara nuestros ojos, caemos en galope y cabalgamos - medio inconscientemente - sobre palos, piedras y grava suelta hacia la siguiente ola del terreno. Con entusiasmo jubiloso se conquista la pequeña elevación. Y entonces... ¡verdaderamente! Allí crece, centelleando al sol sobre una roca testigo elevada, el emblema de Lhasa, el Potala, el maravilloso palacio radiante de oro de los reyes dioses del Tíbet, emergiendo de la llanura envuelta en niebla azul. Este monumento de la fe, símbolo de un poder definitivo en medio de la naturaleza rígida e indómita, nos obliga instantáneamente a desmontar. En profundo silencio estamos absortos. Toda monumentalidad pétrea parece hundirse. El Potala es abrumador, es una idea elevada sin fallos. La fuerza de la fe y una fantasía desbordante han creado esta obra de arte mágica. Aquí el espíritu humano se ha alineado con fuerzas cósmicas en el fondo de las montañas salvajes en una conexión maravillosa, colorida y mil veces misteriosa. Estamos conmovidos. Ese es el suelo materno de la cultura. En tal silencio, en tal esplendor, surgió en los tibetanos la disposición para construir en paz y mansedumbre un mundo moral como nadie lo esperaría en este pueblo de las altas tierras salvajes.

Como construido por fuerzas celestiales invisibles, esta peculiar fortaleza se eleva del roca natural como un reflejo imaginario de la forma espiritual del hombre. Ese es el Potala, un edificio que se eleva como una montaña hasta el firmamento azul, pensamiento concebido en piedra, personalidad titánica. Poder y cumplimiento de aquella antigua profecía: "Así será un monasterio lleno de alegría la tierra de las nieves". A un lado, con las cabezas bajas, están los caballos. Me retiro para abarcar toda la imagen. Nuestros tibetanos y sikkimeses se arrojan al suelo, tocando el polvo con sus frentes. Suavemente sopla el viento solar y las montañas ocre marrones relucen en el brillo. Sobre las almenas radiantes de oro del palacio templo, que los mismos dioses se crearon, flota sordamente el misterio. Con fuerza mágica me siento atraído al hechizo de este otro mundo, que ahora me retendrá por largos meses. Y más adelante resuena el golpeteo de cascos a través del valle rígido de rocas hacia el poderoso templo. El sol sube. Apenas hemos alcanzado la caravana en marcha, los enviados corren hacia mí. "Sahib, en la entrada del pueblo, allí junto a los altos álamos, están esperando... allí os darán la bienvenida." Rápidamente nos formamos, desmontamos ante el avance de la pequeña delegación de bienvenida, avanzamos hacia los tibetanos, intercambiamos fórmulas de saludo corteses y continuamos nuestra marcha en compañía de los funcionarios tibetanos de Lhasa.

Más tarde vienen hacia nosotros los enviados de China y Nepal con muchos acompañantes uniformados. También ellos nos ofrecen el saludo de bienvenida y entregan velos blancos de amistad. Todos nos dan escolta, justo como si fuéramos altos potentados de lejanas tierras extranjeras, y nuestra serpiente de caravana crece y crece. A la izquierda, en un abanico aluvial que asciende gradualmente, encajado en una bahía de valle rocosa rígida, se extienden en forma de anfiteatro las masas compactas del monasterio más grande del mundo: Drepung, el convento gubernamental más importante del Tíbet, de cuyos templos rojo dorados la divina serie de reencarnaciones de los Dalai Lamas tomó su origen en el siglo XV. Como el más poderoso de los "tres pilares del estado", Drepung alberga casi diez mil monjes en sus murallas ciclópeas como fortalezas.

Brillando blanco calcáreo, este gigantesco monasterio situado en medio de un mundo montañoso desnudo produce una impresión inquietantemente apartada del mundo, casi fantasmagóricamente cerrada. Los largos muros relucientes brillan cegadores y sublimes mientras cabalgamos lentamente. Algo apartado, separado por una profunda garganta de erosión del santo monasterio de la iglesia estatal y rodeado por todos lados de arboledas de álamos poderosos, se encuentra el famoso oráculo estatal de Nechung, sede del Taluma, el mayor sacerdote mago, cuya tarea desde siempre ha sido predecir los nacimientos de los Dalai Lamas y los destinos del país. En profano contraste con los dos conventos gubernamentales, se extiende hacia el valle a los pies y separada bruscamente de los conventos por la polvorienta ruta de peregrinación, la colonia de mendigos, carniceros y "descuartizadores de cadáveres", los espeluznantes ragyapas vestidos de harapos, que asfixian los yaks gordos con cuerdas nudosas y preparan los cadáveres de los monjes fallecidos de manera adecuada para los "ataúdes voladores". Desde Drepung, la ruta de peregrinación conduce como un dique directamente entre tierra baldía invernal, pantanos y ciénagas hacia las dobles fortalezas de Potala y Tsogpuri, que se alzan de minuto en minuto más gigantescas hacia el cielo azul.

Un poderoso acueducto y Norbulingka, parque de joyas rodeado de murallas y residencia de verano del último Dalai Lama, quedan atrás, hasta que en el corte entre ambas fortalezas rocosas se presenta el Parko-Kaling, chorten coronado de oro "de dos patas" perforado como una puerta y con ello la puerta de entrada a Lhasa. Como un castillo del Grial a la izquierda el Potala y a la derecha, elevándose abrupto y como una fortaleza el "cerro de hierro", la fortaleza de la medicina, sede de Manla, el Buda que cura las epidemias.

Ya corren las personas en multitudes apremiantes, ya quieren gritarnos y aclamar, cuando nos recibe Parko-Kaling, la oscura puerta negra con los santuarios bendecidores en la cima. Liberados de todos los pecados, estamos ahora -el sol ha alcanzado su punto más alto- ante la amplia fachada sur del gigantesco palacio. Un resplandor radiante nos envuelve. Y nadie olvidará jamás esta vista. Probablemente hay pocos edificios en esta tierra que puedan dejar una impresión tan abrumadora como este palacio templo casi cuatrocientos metros largo y erguido desafiante de los Dalai Lamas. Mientras los soldados presentan armas y nuestros acompañantes tienen todas las dificultades para defenderse de la multitud apremiante, nuestros ojos se llenan de la majestad blanca, roja, coronada de oro de piedra. Con la mirada dirigida a la izquierda y hacia arriba, el Potala se desliza lentamente radiante y encantado de hadas en toda su longitud. Luego nos reluce el puente de turquesas y blanca reluciente la Ciudad Sagrada! Pero nuestra cabalgata enormemente hinchada se dirige hacia el sur hacia la orilla del Kyitschu, donde en la casa de huéspedes del gobierno rodeada de parque, en Tredilingka, tomamos el alojamiento preparado. Si hubiera podido intuir en estos primeros, estos emocionantes días de empatía, de tanteo y búsqueda, que de los 14 días anunciados se convertirían en más de dos meses completos y ricos! Así que por ahora la preocupación sigue siendo mi compañera constante. "Gyalpo Chutuktu Reting Rimpoché, Su Santidad el Rey, Regente y actual representante del Dalai Lama, se encuentra en divina introspección - medita retirado en palacio y monasterio - debemos esperar hasta que a Su Santidad le plazca recibirnos en audiencia." Esa es la respuesta que se me da a la humilde pregunta de cuándo sería oportuno presentar nuestros respetos al jefe de estado tibetano. Esperar, por lo tanto, ya que sería una grave violación de la costumbre y la ley si intentara visitar al primer ministro o a uno de los cuatro ministros del gabinete de pies de loto antes de que el regente me conceda el favor de colocar el primer velo blanco en sus divinas manos. Esperar, esperar, esperar. Un trabajo agotador. Hay que movilizar todos los conocimientos de cortesía asiática para no herir ninguna sensibilidad, no violar ninguna de las muchas leyes no escritas. Tantear, empatizar y olvidarse de uno mismo. El hombre lógico, el europeo, se queda como una cáscara.

En las cosas tibetanas, a menudo es precisamente lo ilógico lo que triunfa. Mostrar calma y serenidad, ejercer una ironía indulgente, reír, sonreír, ayudar, cortejar, eso genera comprensión mutua; solo no juzgar, no jugar al occidental autosuficiente y sucumbir a las tentaciones de la voluntad de acción. El más mínimo error formal significaría inevitablemente la pérdida de la "cara", y toda esperanza de una estancia más larga en la Ciudad Sagrada se desvanecería de un solo golpe. Es una tarea fascinante y un sentimiento maravilloso ver crecer la confianza mutua de hora en hora. Cuanto más profundo penetramos, más a menudo encontramos confirmada la paradójica felicidad de que dogmas y leyes parecen creados solo para ser eludidos con humor. Así es la vida en la capital tibetana. Desde el primer día nos esforzamos al máximo para integrarnos en el extraño tejido de la sociedad tibetana y del estado tibetano, como si perteneciéramos a él.

Pronto empezamos a sentirnos como en casa en el mundo extraño. Tredilingka, la casa de huéspedes rodeada de parque, donde podemos actuar y disponer como nos plazca, y que pronto consideramos completamente nuestra, se convierte en nuestro segundo hogar. La vista desde el techo plano hacia el círculo de las poderosas montañas es abrumadoramente hermosa. Siempre está el Potala en su austera e inaccesible belleza ante nuestros ojos. Nada refleja el alma del país como este edificio. A menudo, cuando medito al sol, Lhasa me parece una ciudad encantada en medio de este mundo montañoso agitado y salvaje, y los días mágicos pasan como un sueño. ¿No tenía que convertirse este lugar resplandeciente con los dos montes testigo que se elevan altos en el sitio de la más alta veneración? Una vez, el mensajero postal que lleva nuestras cartas de casa es asaltado a unas jornadas de distancia, gravemente herido por un disparo en el brazo. En esta oásis feliz de humanidad, a los habitantes les importa mucho más el estudio de la sabiduría de la vida que la erudición y la educación, y en el arte de la conducción de la vida, del consuelo del ánimo, nos llevan mucha ventaja.

Nada les es tan deseable como la vida. A los tibetanos de Lhasa parece haberles servido como máxima vital la sabiduría confuciana de que ciertamente no sería la verdad misma si algo verdadero procediera de la naturaleza humana. Así, la rigidez de la fe y el dogma budista se mantienen siempre en un equilibrio verdaderamente feliz mediante la sana razón. Sin embargo, los tibetanos se permiten que su felicidad les cueste algo. Valorado desde un punto de vista material, occidental, resultaría la siguiente imagen: sacerdocio egoísta niega educación e instrucción; dependencia esclava deja al pueblo en un misticismo obtuso; jerarquía lamaísta debilita la fuerza nacional, arrogancia autosuficiente peca contra los "mandatos del tiempo"; el pueblo es subprivilegiado y empobrecido; en lugar de higiene, conjuros contra espíritus y oraciones. Se renuncia conscientemente al progreso, pero se vive bien, feliz. La relación entre pueblo y nobleza es tan simple que el siervo no sabe que es siervo. El proverbio: Cuando en China muere el señor, el sirviente debe mendigar - cuando en Tíbet el señor fallece, el sirviente cabalga a caballo, caracteriza la situación.

Los tibetanos de Lhasa saben que la felicidad no depende de los bienes de este mundo, sino que está oculta en la entrega al misterio de la vida. En ese sentido, todas las filosofías abstractas de Occidente no han podido siquiera aproximarse a decir qué es la felicidad. Fanáticos que dejan que la cuestión de la felicidad terrenal sea desplazada por la de la obtención de la salvación del alma, hay pocos en Lhasa. Entonces la vida sería solo la mitad de hermosa en la Ciudad Sagrada. Uno se deja, incluso en el Potala, gustosamente una pequeña puerta trasera abierta. Tan malo como los europeos a menudo piensan, realmente no es con el miedo a los demonios y el temor a los dioses. A Lhasa le falta cualquier atmósfera monástica, cualquier estado de ánimo pesimista y negador de la vida. Incluso las acciones más sagradas se condimentan con humor. Pero por encima de todo se eleva un trasfondo animista, que permite al creyente, además de toda adoración monoteísta a Buda y veneración politeísta de santos, ser un humano natural: panteísta abierto al mundo, libre en la naturaleza divina.

A pesar de todas las formas y fórmulas, el tibetano ve al gran Dios en todo lo que la naturaleza le revela como milagros diarios, en sol, astros, montañas, ríos y en el cambio de las estaciones. y robado. Por lo demás, todo transcurre en su curso tranquilo y uniforme, como si hubiéramos vivido en este mundo de paz desde hace mucho tiempo. No hay dificultades significativas que superar. Las tradiciones arraigadas, ligadas a mil ideas piadosas y supersticiosas, están firmes. La fama póstuma de los antepasados reales es la medida para toda la vida social. Por lo tanto, no puede haber mayor insulto personal que tener la reputación de no dominar las reglas de la etiqueta en todos sus detalles.

Mucho más que en otros países asiáticos, el ceremonial se guarda con el mayor cuidado según la costumbre ancestral y está vestido en reglas estrictas e inquebrantables, cuya no observancia excluye de antemano la admisión y el derecho a un buen trato. Así que también nosotros utilizamos el tiempo para pasar ante el espejo de la "opinión pública"; nos dejamos instruir por nuestro "maestro de ceremonias", el intérprete noble sikkimese contratado especialmente para este propósito, y practicamos "dignidad solemne" y "expresión atenuada" para estar a la altura de todas las recepciones venideras con rey y ministros. El intercambio cortés de visitas es, después de todo, parte integrante de la vida cortesana y social de la casta gobernante. Pflicht de todo recién llegado es no hacer ninguna visita sin haber enviado previamente a un intérprete o sirviente y haber preguntado por el "buen presagio" y la "hora adecuada". Todas las visitas deben arreglarse con mucha antelación y adaptarse a los días afortunados del calendario festivo tibetano. Siempre, las primeras visitas sirven solo para conocerse mutuamente, entregar los regalos debidos y decirse las más bellas cortesías.

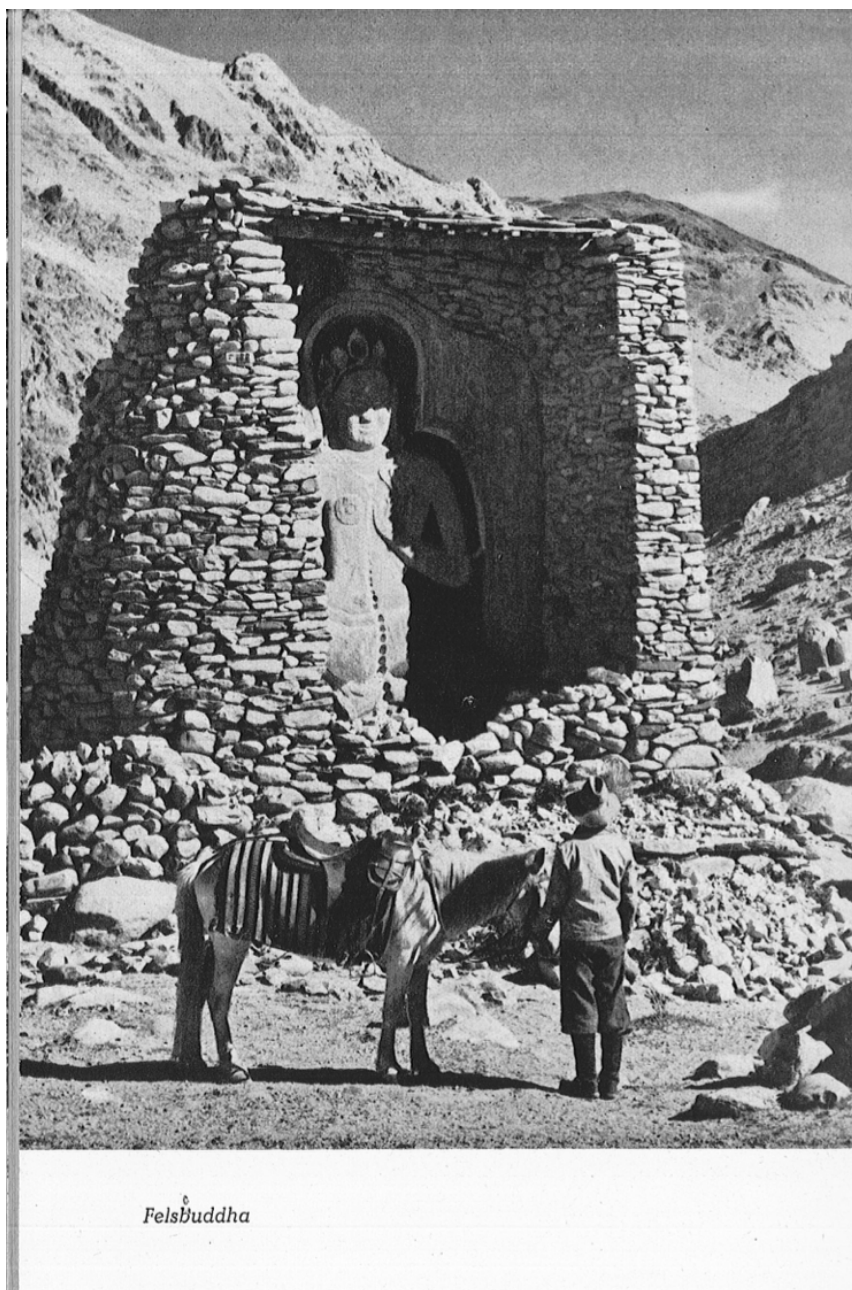
En ningún caso se deben presentar peticiones. Hay, según el prestigio y la dignidad del huésped, las gradaciones más finas desde la recogida directa en el portal hasta el apenas perceptible asentimiento con la cabeza desde la solitaria altura del trono dorado. Sobre todo, no hay ningún acontecimiento importante en la vida social del tibetano de Lhasa en el que los Khadaks, aquellos velos de seda blanca que simbolizan la pureza, no lleguen a su derecho.

Lhasa es la ciudad de los velos blancos. Un verdadero culto se practica aquí con estas bufandas de hasta tres metros de largo y treinta a cuarenta centímetros de ancho, tejidas de gasa de seda finísima, de las que hay docenas de calidades y innumerables formas de entrega, todas con un simbolismo determinado subyacente. Así como se diferencian externamente en fabricación y patrón, también son variados los usos de los Khadaks, siempre ligados a ideas culturales. Originalmente pensados como "vestimenta de dios", las delicadas creaciones se despliegan en cada visita al templo y se arrojan graciosamente sobre manos y hombros de las obras doradas. También creen los tibetanos que las largas banderas de cirros, como las que ondean tan frecuentemente en días de invierno fríos y claros que envuelven las cumbres más altas de las fortalezas de los dioses acorazadas de hielo no son otra cosa que Khadaks, en los que las deidades de las montañas envuelven sus cabezas para ocultarlas de la mirada de los indignos. Pero no solo el trato con las deidades está dominado por el ceremonial del velo, sino también todas las relaciones de humano a humano están bajo el signo del símbolo blanco.

De hecho, no hay visita, presentación, introducción ceremonial ni banquete posible sin este accesorio más importante de la etiqueta tibetana. Mensajes escritos y orales, felicitaciones, nacimientos y muertes, compromisos y bodas, celebraciones y reuniones, congregaciones y disputas, en resumen, todo y cada cosa está acompañado de velos blancos. Tan profundamente está entretelado el culto al Khadak con la vida cotidiana que los tibetanos de alto rango, dondequiera que vayan y estén, siempre llevan velos blancos consigo, solo para no caer nunca en la vergüenza de parecer groseros. Por lo tanto, es de la mayor importancia para nosotros aprender cómo a los diferentes rangos en la a menudo bastante complicada forma de presentar el velo se le da la mayor importancia. Si el receptor se encuentra en una posición superior al dador, el primero permanece sentado y espera que el otro deposite el Khadak a sus pies. En caso de que el dador esté solo un poco por debajo del receptor, el velo se despliega con ambas manos sobre la mesita de presentación; pero si el rango de ambos es el mismo, se colocan los velos mutuamente en las palmas de las manos vueltas hacia arriba. Si el receptor tiene el rango de un alto funcionario estatal, coloca el velo con una posición de dedos prescrita alrededor del cuello inclinado del presentador, mientras este susurra las expresiones de agradecimiento exactamente prescritas.

Quien da expresión a una petición personal no debe olvidar el Khadak blanco además de los regalos correspondientes a la altura de la petición, que sin embargo solo se acepta si el solicitado también está dispuesto a conceder la petición. A personas de la más alta categoría no se les debe entregar el velo de seda directamente. Incluso el Amban chino como representante del emperador manchú no tenía el derecho de entregar personalmente un Khadak al Dalai Lama. También el Dalai Lama solo en los casos más raros devolvía velos, sino que se limitaba a recibirlos. Excepciones se hacían solo con favoritos o con altos servidores estatales que partían a un largo viaje y recibían un velo de buenos deseos como talismán para el camino. Finalmente, finalmente llega el gran día. Su Santidad el Regente y Rey nos ha hecho saber mediante la entrega de un velo de seda que ha terminado sus meditaciones.

Le sería un gran placer recibirnos en su monasterio privado para la audiencia de presentación. Una vez más se ensaya el ceremonial del velo y los regalos se someten a una última inspección: aparatos ópticos, porcelana hermosa, piedras preciosas artificiales de I. G. Farben, una joya de ámbar I. Scher, una selección de los mejores medicamentos con inscripción tibetana, todo tipo de confites, delicias europeas y finalmente un aparato de radio que más tarde se colocará en un altar. A la hora fijada nos presentamos, somos recibidos en el portal por un guardaespaldas gigantesco en uniforme rojo lama, atravesamos un largo patio empedrado y somos conducidos a una sala de recepción impecablemente limpia en la planta baja, donde se nos sirve té con mantequilla salada en tazas de porcelana. Ya después de unos minutos aparece el mayordomo de Su Santidad y nos pide que le sigamos. Otro portal conduce a través de un cuidado jardín de placer similar a un parque hasta la residencia, un palacio encantador, mitad luz, mitad sombra, como el pabelloncito de placer de un príncipe rococó. Unas pocas escaleras anchas, un vestíbulo dorado brillante y una sala de recepción, donde somos recibidos por segunda vez con mucha veneración por algunos cortesanos en ricos trajes lama. Mientras aún estamos desplegando nuestros velos blancos y los sirvientes toman posición con las bandejas de regalos en profunda emoción, Su Santidad hace pedir. Se abre una puerta, se aparta una cortina rojo oscuro, echo una última mirada a mis camaradas detrás de mí, entonces me envuelve la luz fluida de la sala del trono del Regente, mantenida completamente en rojo. En medio de ella está sin sombrero,

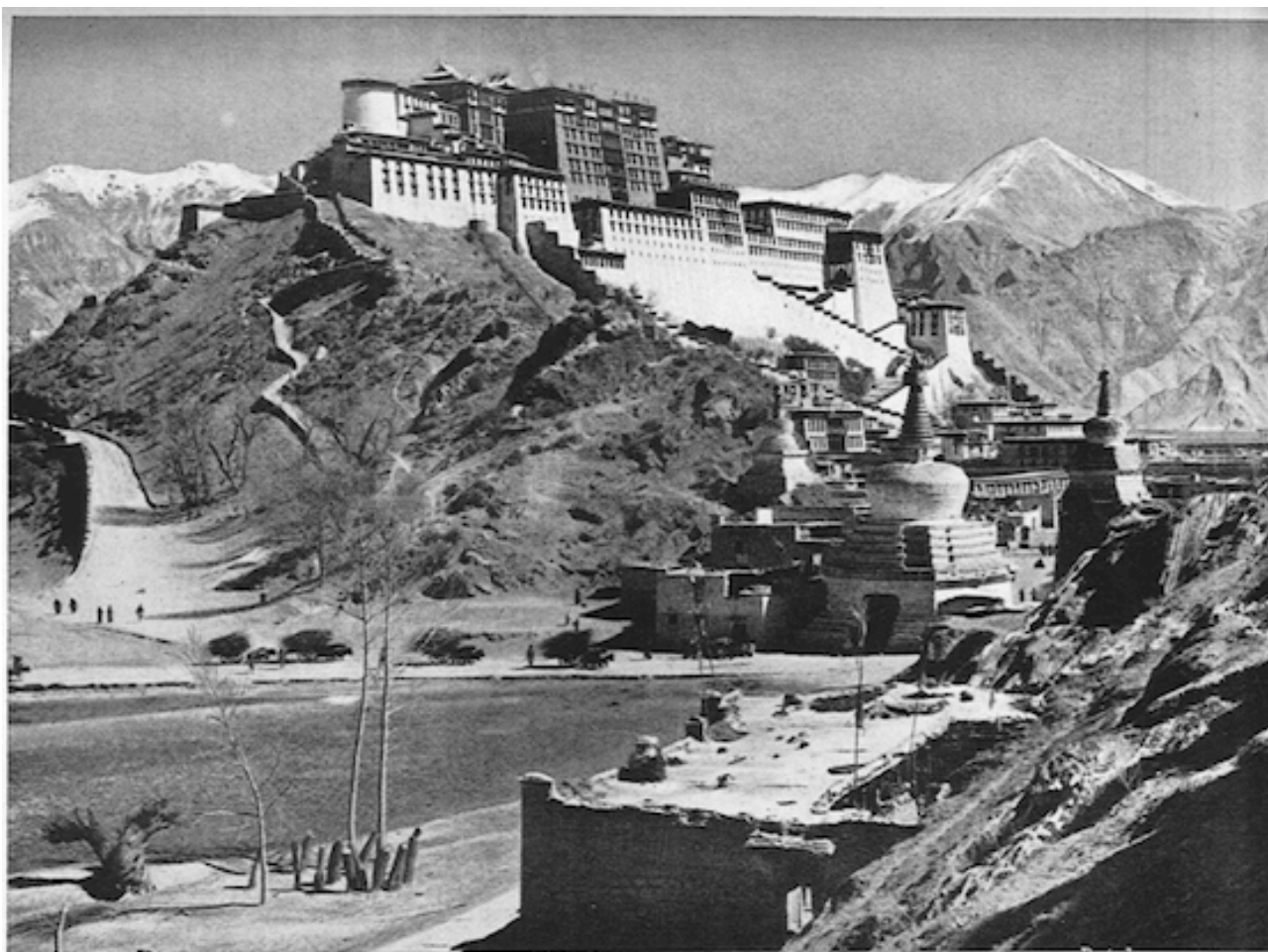


Felsbuddha

envuelto en trajes lama rojo profundo, el gobernante del Tíbet y el Buda viviente más alto de la tierra de la nieve, el Rey y Regente, Gyalpo Chutuktu Reting Rimpoché. Mientras me inclino profundamente en el umbral y mi primer intérprete, Rabden Khazi, toma posición discretamente, Su Santidad viene hacia mí, este hombre completamente desacostumbrado a caminar, balanceándose cautelosamente pero erguido, como una campana andante.

Me inclino de nuevo con palmas abiertas, vueltas hacia el cielo, para mostrar simbólicamente que no llevo ni armas ni venenos conmigo. Entonces abarco la profunda mirada del Regente, que ahora rápidamente revela un poderoso velo blanco. En el mismo instante, Rabden me arroja el mío sobre las manos extendidas, de modo que cuelga casi hasta el suelo por ambos lados. Ahora se tocan las puntas de nuestros dedos, nuestras manos, y deslizo las mías, pesadas, muy lentamente bajo las suyas, manos ascéticas delgadas, que llevan el velo de amistad destinado a mí.

Comienza la parte más difícil de la ceremonia: en movimiento incansable, mis pulgares empujan el Khadak debajo de los del Regente para deslizarlo en sus palmas. El rey me mira radiante; he pasado la primera prueba. Los velos intercambiados arrojados sobre los antebrazos, nos damos la mano sonrientes. Luego me aparto para dar espacio a mis camaradas, que ahora cada uno repite el mismo ceremonial practicado y también todos reciben un velo del Regente. Finalmente, a nuestro intérprete, que se postra tres veces, se le concede el favor de entregar su velo. Se para con la espalda encorvada y los ojos bajos para no mirar a su dios viviente en el rostro. Mientras tanto, desfilan los sirvientes con los regalos y los depositan -también esto pertenece a las reglas inquebrantables de la etiqueta- lo más discretamente posible. No deben ser mencionados por ninguno de los presentes con una sola palabra durante toda la audiencia que sigue ahora. Mientras nos sentamos alrededor de una mesita tallada que está delante del lecho del trono y los sirvientes sirven el té ceremonial con mantequilla de pesadas jarras de plata cinceladas, Su Santidad se dirige con pasos torpes y cortos de vuelta a su trono para tomar asiento en posición de Buda con las piernas cruzadas.



El gobernante del Tíbet es aún joven, quizás 29-30 años, delgado, delicado, ascético, de tez pálida, con cabello de lama cortado corto y grandes ojos oscuros que son muy hermosos y poseen el brillo místico, ese inconfundible "mirada de lama" penetrante profunda. A veces corren contracciones apenas perceptibles como relámpagos internos sobre su rostro, de modo que parece casi desarmonioso y toda la personalidad introspectiva se difumina. A primera vista, el hombre más poderoso del Tíbet parece tímido, torpe y un poco avergonzado, como si llevara la pesada carga de los altos cargos completamente en contra de su voluntad. No hay nada extraordinario en este hombre delgado con los brazos delgados y desnudos que asoman como perdidos de la armadura brocada de su vestimenta oficial. Pero al pensar, al reflexionar, meditar y en la defensa, los rasgos del gobernante divino cambian por completo. Entonces el rostro actúa concentrado y armónico. Los grandes ojos oscuros adquieren un brillo peculiar y en la frente plegada sobre las cejas protuberantes emergen dos protuberancias, verdaderos cuernitos de piel. Esos son los signos divinos del Buda viviente, las antenas místicas con las que realiza milagros. Por su causa fue elegido como niño pequeño y llevado como deidad viviente al monasterio de Reting, "después de que sus huellas como lactante ya se hubieran grabado en la roca granítica como si fuera arena suelta". Después de que también nuestro intérprete ha tomado asiento en el suelo con las piernas cruzadas, Su Santidad le da un gesto gracioso, una sonrisa benévola y el juego de preguntas y respuestas con sus encantadoras autodesvalorizaciones, los cumplidos más reverentes, aprobaciones benévolas y un interminable asentir y sonreír puede comenzar con todas las artes encantadoras. Inmediatamente llegan a mi oído sonidos de lengua sumamente extraños, pero al mismo tiempo muy untuosos.

A través de rápidas respiraciones cortas y el choque de la lengua humedecida con saliva contra el paladar surgen tonos medio cantados y medio lloriqueantes, sorbiendo-chasqueando, que se interrumpen por constantes "Lha-Lo" -llamados "saludo a dios" y representan la forma más sublime del tibetano para expresar reconocimiento y reverencia. Un leve siseo cuenta como la forma más alta del tacto y la cortesía. ¡Ay de aquel que se exalta o se atreve a elevar su voz, y ay del preguntador directo, tendría que esperar mucho para obtener una respuesta directa. Así teje nuestro Rabden de cien hilos brocados un vestido reluciente, que en el sonar arriba y abajo del lanzadera está entretejido con las joyas más bellas del lenguaje. Y Reting Chutuktu acepta nuestro discurso, sonriendo, honrado, como el regalo más hermoso.

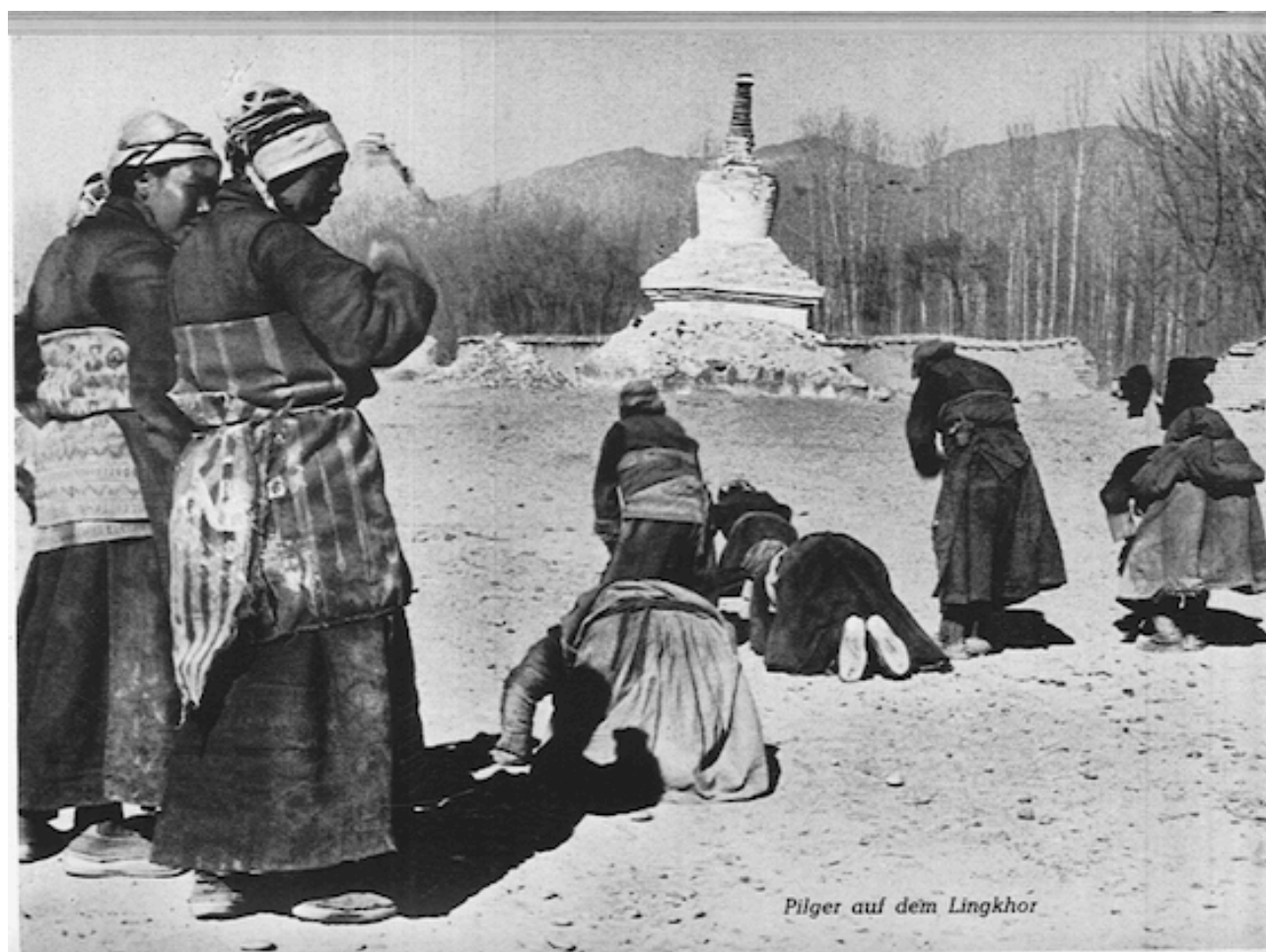
Sus respuestas bien colocadas suenan profundas y melódicas. En ambos lados se evita cualquier insinuación de autoelogio y se retiene lo más posible la alta opinión que cada uno tiene de sí mismo y de su país. El Regente nos da el ejemplo: si hago una pregunta sobre la grandeza del país divino, da como respuesta -aparte del hecho de que todos los pensamientos de poder le son ajenos- su propio horizonte termina no lejos de Lhasa y él, como la mayoría de sus ministros, ni siquiera conoce las fronteras de su propio país - que el Tíbet es un país completamente insignificante, muy pobre y débil. Dado que básicamente no se equivoca según estándares occidentales, sería una grosera ofensa si me dejara llevar a asentir compasivamente con la cabeza y expresar mi pesar. Para el dios viviente del Tíbet, su reino es el centro del mundo. Y termina solo donde termina la fe lamaísta, es decir, mucho más allá de todas las fronteras políticas de poder. Por lo tanto, el Regente espera como respuesta no consuelo, sino reconocimiento, adulación y elogio. También deben decirse cumplidos y hacerse preguntas de cortesía en un orden exactamente a respetar. Algo así: "¿Se permite preguntar por el bienestar de Su Santidad?" "¿Cuántos años viven ya Su Santidad en este país de la alegría?" "El rostro liso de Su Santidad es el de un joven floreciente." "Que la felicidad y la paz reinen para siempre en la Tierra Santa." "Estamos infinitamente agradecidos a Su Santidad, ya que podemos experimentar aprendiendo la filosofía de Buda en la Ciudad Santa." Luego tributamos palabras de admiración a la ciudad, al clero y al Potala y respondemos a las preguntas sobre nuestro propio bienestar con la afirmación de que estamos pasando el tiempo más hermoso y agradable de nuestra vida en la Ciudad Santa. Mientras sorbemos té con mantequilla de porcelanas finísimas y masticamos frutas secas, un sirviente nos desliza un pequeño horno de estiércol de yak al rojo vivo bajo la mesa, para que al menos tengamos las puntas de los pies calientes, ya que en los palacios de Lhasa no se conocen estufas, chimeneas ni fogones abiertos.

Cuando el Regente pregunta por las condiciones en Europa y le contamos que allí hay personas voladoras, que se pueden hacer ropas de "madera" y piedras preciosas de "aire", solo sacude la cabeza. Luego dice pensativo: "Vosotros en el exterior descubriste el mundo a vuestra manera y acumuláis riquezas, pero tenéis que pagar mucho por los pecados de nacimientos anteriores. Nosotros en el centro somos solo un pueblo pobre y religioso, pero evitamos la guerra, de la que no hablamos para no conjurarla. ¿De qué sirve el dominio del mundo si se desprecian las leyes de la religión? Está en los libros sagrados." Pero ¿no sería de gran utilidad para los habitantes de la Tierra de la Nieve informarse un poco sobre los acontecimientos en el resto del mundo para poder sacar conclusiones propias? Para este fin, en nuestros países imprimimos diariamente mucho papel que todos pueden comprar en las calles." "Periódicos, sí, los conozco", responde el Regente, "pero no los necesitamos porque no tenemos conexiones con los otros países al otro lado del gran agua y porque de todos modos nunca pasa nada con nosotros. Nosotros en Lhasa celebramos reuniones y banquetes comunes. Allí hay suficiente oportunidad para discutir todo con calma." Ahora Rabden me da una señal, dejamos la última taza llena intacta y nos levantamos. El Regente hace lo mismo. Nos inclinamos y Su Santidad sonríe.

Rabden Khazi y los sirvientes se levantan, con los sombreros en la mano, con la espalda encorvada, con las palmas vueltas hacia el cielo y reciben con lenguas extendidas la bendición del Regente. Sisean y sorben suavemente el agradecimiento, como si no se atrevieran a respirar el mismo aire que su dios viviente. Con eso termina la primera audiencia. Más tarde me encuentro frecuentemente con el Regente, en banquetes, recepciones oficiales y celebraciones, pero también en conversaciones íntimas y personales. Su Santidad me tomó cariño y a menudo era de una naturalidad casi conmovedora.

Cuántas veces señaló que la vida en el espíritu es la única vida. Lleno de sabiduría, parábolas e instinto, siempre sabía preservar para sí el verdadero secreto sobre el hallazgo del nuevo Dalai Lama, el decimocuarto en la serie de los sacerdotes dioses. Profundamente conectado a su paisaje como una planta, todas las preguntas de la historia le parecían una conversación misteriosa con espíritus. De dónde vienen, quiénes son y a dónde van, los misteriosos sacerdotes del Potala, todo surge oscuro del reino de la fe y del mito. Así, el rey de la Tierra de la Nieve sabe poco de datos históricos y la creencia en la transmigración de las almas lo libera misericordiosamente de la unicidad de la vida terrenal. Y sin embargo fue él, el Regente, quien junto con el oráculo estatal encontró al 14º Dalai Lama de manera mística. Después de "alcanzar el grado más alto de sabiduría", el 13º Dalai Lama fue llamado de vuelta a los reinos de los bienaventurados en 1933 a la inusualmente alta edad de 59 años, y Reting Chutuktu tomó su lugar para ejercer el poder gobernante sobre la Tierra de la Nieve.

Dos veces rugieron las tormentas invernales alrededor de las murallas desafiantes del Potala, dos largos años las artes mágicas quedaron sin éxito, pero luego, en el verano temprano de 1935, cuando torres de nubes blancas crecían sobre las altas montañas, el Regente fue atraído al mismo lago sagrado de Muliding, donde 61 años antes se había anunciado el hallazgo del 13º sacerdote dios mediante una aparición milagrosa. Y tuvo una visión: Cuando las sombras de las montañas lunares caían al valle y el día caluroso llegaba a su fin en cascadas rojas ardientes, las aguas comenzaron a vivir. Chorros danzantes se unieron con los últimos rayos de sol en reflejos de colores extraños, que se formaron en letras y palabras.



Pilger auf dem Lingkhör

Muy claramente se alinearon las sílabas en "Ah Kah Mah", que significa un paisaje del noreste tibetano. Y más vio el Regente con la ayuda de sus cuernitos de piel en las aguas relucientes una amplia carretera de caravanas bordeada de picos nevados, que conducía a través de tierras solitarias hacia el este y una colina similar a un chorten, un monasterio turquesa de tres pisos y la choza medio derruida de un pobre colono, sobre la que se extendía un arco iris luminoso.

En la choza, sobre un lecho de trapos, la mujer del colono dio a luz en esa misma hora a un niño y lo acostó en estiércol de oveja seco, como se usa comúnmente en el Tíbet como sustituto de pañales. Cuando el Regente regresó, se consultó al oráculo estatal. Tras una estricta observancia, Pekhar, el dios del destino, se apoderó del oráculo elegido, que ahora en estado de posesión completa se convirtió en el portavoz de ese segundo yo demoníaco. Proclamó que el 14° Dalai Lama sería encontrado en el Tíbet oriental cerca del venerable monasterio de Kumbum. Ahora se recordó también que el difunto 13° Dalai Lama, cuando fue expuesto envuelto en miles de velos blancos en la sala del trono del Potala, había girado su rostro dos veces hacia el este durante la noche.

Lo más extraño fue que en el chorten incrustado de joyas, en el que el cadáver dorado del 13° sacerdote dios encontró eterno descanso bajo los techos del Potala, justo en el tiempo en que el Regente experimentaba la visión divina en el lago sagrado de Muliding, había ocurrido un cambio muy extraño. Durante la noche, en el lado estrecho oriental del chorten resplandeciente de joyas se había mostrado un crecimiento pálido, un "dedo divino" que apuntaba hacia el amanecer. (Se trata en realidad de una extraña formación de unos veinte centímetros de largo que tomamos por un brote similar a un hongo, que fotografiamos, pero, ya que era de origen "divino" y se encontraba bajo una cajita de vidrio colocada posteriormente, no pudimos examinarla más de cerca.)

Ahora se estaba seguro de que el 14° Dalai Lama sería encontrado en el Tíbet oriental y se envió una delegación de lamas a Kumbum en la provincia de Amdo. Después de casi tres años de actividad de rastreo y búsqueda, se verificó la visión experimentada por el Regente y confirmada por el oráculo estatal en todos los detalles. Se encontraron en total tres niños que nacieron alrededor del tiempo en cuestión cerca de Kumbum y por lo tanto fueron seleccionados para una elección más estrecha. El primer niño cayó muerto al suelo cuando la delegación de lamas entró en la casa de sus padres; el segundo se mostró completamente desinteresado y se alejó indiferente cuando se le presentaron objetos culturales del patrimonio personal del difunto Dalai Lama; pero el tercero pasó la prueba sin esfuerzo.

Apenas un alto lama de la congregación de búsqueda había entrado en la mísera choza del colono Chog Chu Tsering disfrazado de sirviente común, el niño sonrió y corrió alegremente hacia el recién llegado con el grito "Lama, Lama" para tomar el rosario del Dalai Lama, que reconoció inmediatamente como su propiedad. Así, Dhondup Lhamo Gyalwa Rimpoché se convirtió en el 14° Dalai Lama, encontrado poco después de nuestra partida de la Ciudad Santa en Amdo y recibido ese mismo año con honores divinos por el Regente, el oráculo estatal y el sacerdocio en Lhasa. Yo mismo, durante mi estancia en Lhasa, no obtuve ni una prueba ni otro signo perceptible de capacidades ocultas o "sobrenaturales" del Regente y Rey. Me pareció un hombre como cualquier otro y esto tanto más cuanto más lo conocí a él y a aquel joven delicado y hermoso, hijo del príncipe ministro, al que llamaba su favorito.

A veces también, cuando nos sentábamos en conversaciones confidenciales, Su Santidad se dignaba a rascarme la barba, pero el signo de su mayor favor consistía en arrancarme con delicados dedos pequeños vellos del dorso de la mano.

El Regente tampoco tenía la menor objeción a que lo fotografiáramos, solo contra el filmar, o contra el zumbido de la cámara, tenía Su Santidad una aversión pronunciada. Pero precisamente con eso hay una peculiaridad. Yo me había propuesto crear un documental, y como el rey y regente era sin duda la personalidad más importante que conocimos en todo el viaje, lo filmamos también sin permiso expreso. Y finalmente lo permitió.

No creo que en el transcurso de toda la expedición haya habido otro ser humano del que hayamos hecho tantas y tan cuidadosas tomas de película con cámara normal y teleobjetivo en tomas totales y close-ups - en vestimentas de estado con tiara en el trono, en el paseo de placer en el jardín del monasterio - e incluso al rascarme la barba y arrancarme vellos, como del Gyalpo y Regente.

Para poder dirigir en cierto modo y repetir tomas poco logradas, enviamos, siempre que se presentó la oportunidad, las casetes expuestas a la costa, de allí fueron por correo aéreo a Berlín, fueron desarrolladas, mostradas ante un círculo invitado de observadores críticos, científicos y expertos en cine, y después de algunos meses nos encontramos en posesión de las críticas, que luego nos permitieron continuar el trabajo. Hasta ahora, todas las críticas de cine habían sido buenas, mejor de lo que esperaba, y cuando dejamos Lhasa, ni yo mismo ni nuestro camarógrafo teníamos la menor duda de que habíamos capturado al Regente en numerosas escenas bien logradas en la película en movimiento.

Pero ¿quién describe nuestra sorpresa cuando recibimos las críticas después de algunos meses y tenemos que leer: Casete Nr. X "Regente borroso", "Regente disuelto en rayas", "Regente difuminado", "Regente no reconocible" o casete Nr. Y "Regente no reconocible, personas acompañantes a derecha e izquierda en cambio nítidas" y finalmente casete Nr. Z: "Regente al rascarse la barba bueno y nítido". Así sucedió que en la película "Tíbet secreto" no pude mostrar tomas del Regente, aunque a este hombre lo habíamos filmado más extensamente que a cualquier otro.

De mostrar la única tira "personal" lograda tuve que abstenerme por razones comprensibles ¿Y la explicación? Estamos ante un enigma. Tenemos ante nosotros un hecho, un fenómeno genuino que, al parecer, no podemos explicar fácilmente con los medios de la ciencia natural. Por eso quiero dejar hablar a un psicólogo de religiones comparadas. El 10.2.1949 me escribe el Dr. Eberhard Cold: "Si mis concepciones sobre la tira de película que contiene la peculiar aparición fotográfica del rey son correctas, entonces en mi opinión se trata de lo siguiente: La figura del rey está como tal en la imagen, pero la figura completa no es transparente, sino que aparece borrosa. La capa cromada no solo fue tocada por la impresión lumínica usual de la figura del rey, sino también por una adicional que emanaba de la figura del rey y que no era perceptible para el ojo humano, mejor: para su ojo.

Por lo tanto, debe tratarse de alguna forma de rayos desconocidos. Lo que usted filmó es el fenómeno típico del halo santo que emanaba de toda la figura del rey. Recuerda que el círculo religioso indio, al que pertenecen todas las formas del budismo, rodea a sus dioses y santos desde tiempos prebudistas con glorias que están claramente caracterizadas como coronas de llamas y que envuelven toda la figura de las imágenes. Esto significa que el círculo religioso indio tiene un claro 'sentimiento' de que el halo santo no es solo un logro o adorno de la cabeza -como en el cristianismo-, sino que concierne a toda la figura del santo. Además, conozco toda una serie de mitos y leyendas que informan sobre la gloria visible de un Buda. Que el cuerpo del rey emita rayos parece confirmar una tesis de que el alma de un ser llena todas las partes de su cuerpo.

Es decir: si el alma de un ser, digamos, agraciado, descansa completamente en sí misma y forma en sí una unidad absoluta e inquebrantable, entonces esta unidad es capaz de más que la suma de sus componentes. La fuerza concentrada del alma irradia entonces mucho más de lo que las partes individuales del alma son capaces de irradiar. La irradiación del alma concentrada es, por lo tanto, de una naturaleza que solo para almas estructuradas de manera similar, para personas completamente simples e ingenuas, es decir, para creyentes, a veces se hace visible. Que este fenómeno en cuestión no se dibuje en las imágenes fijas y en la tira de película que contiene las escenas 'personales' conscientes, me parece, como usted ya suponía, probar que solo ocurre cuando el rey se retira completamente en sí mismo, es decir, en quizás una defensa inconsciente contra el desagradable zumbido del aparato.

Por lo tanto, creo que ha logrado hacer visible un proceso del alma, además de importancia central. Además, estoy convencido de que estos rayos, que en mi opinión emite el cuerpo, como también otros, poseen un efecto curativo, de modo que con eso también parece Un milagro sanador, el imponer las manos y cosas por el estilo se hacen comprensibles, lo que sería de alguna importancia para la medicina, la psicoterapia, así como para todas las disciplinas de las ciencias del espíritu, si no para nuestra cosmovisión en general."

Después de la visita inaugural al Regente, finalmente somos libres para presentar nuestros respetos a los demás grandes del Estado.

Con muy pocas excepciones, estas visitas oficiales con intercambio de velos, discursos estilizados, té de mantequilla, galletas, frutas secas y todo el culto de las costumbres y tradiciones, son iguales como un huevo a otro. Pero algunas variaciones menores merecen atención. Luego sigue en la serie el primer ministro ultraconservador a pesar de su juventud, que, a pesar de todas las fórmulas de cortesía intocables, no logra ocultar su verdadera actitud xenófoba. Sentado rígido en su trono, el "segundo hombre del Estado" apenas se mueve para abrir los labios después de cumplir con su deber y concluir sus discursos. En presencia de este potentado increíblemente digno, me doy cuenta por primera vez de que el gobernar no tiene necesariamente que ser una cuestión del espíritu, sino que aparentemente la paciencia sentada sana puede ser un buen sustituto.

Mientras Rabden y yo sudamos sangre para mantener la conversación al menos dentro del tiempo apropiado para la visita, mis queridos pero mortalmente aburridos camarógrafos aprovechan los momentos incómodos de silencio para avivar detrás de mi espalda los sentimientos primaverales de la pareja de gatos azulados de Su Excelencia, en un juego juguetón. Mientras yo mismo estoy cerca de rendirme frente a la comicidad de esta situación y corro el mayor riesgo de contagiarme de las carcajadas apagadas, el primer ministro no muestra expresión alguna.

Finalmente salimos al aire libre después de una buena media hora. Luego le toca el turno a los cuatro ministros del gabinete con pies de loto. El más amable de todos es Kalon Lama, el ministro espiritual surgido de la famosa familia Phalla, un hombre verdaderamente noble de corazón libre y profundo. Compasivo, suave y consciente de que su poder siempre está al servicio de Buda, está lleno de una gran y verdadera paciencia. Abierto en su naturaleza, indulgente en su juicio, le sigue la fama en todo Lamaland de equilibrar siempre las disposiciones estrictas con una misericordia compasiva y dones generosos.

El Kalon Lama todavía se me aparece hoy como una imagen de verdadera humanidad, y el gesto de despedida, cuando me colocó el velo blanco sobre los hombros con los ojos llorosos, me conmovió profundamente. También el ministro principesco, marcado por la viruela, cuyo hijo menor goza de la especial "favor" del Regente, nos recibió con su nobleza su esposa se convirtió en un amigo querido y bueno. Hemos pasado momentos alegres en el trato más agradable con los hijos e hijas de la casa. De manera similar, abierto y cordial con nosotros fue el altamente inteligente Tündop, a quien llamé ministro de la luna, porque era tan redondo como tranquilo, amoroso y amable. En la fila de dignatarios altos, solo queda frío y distante el ministro mayor bastante caprichoso, quien se dice que fue elegido solo porque no había otro. Como una corona de mirto virgen lleva su amuleto dorado en su cabello canoso y ralo y nos recibe con el gesto de la máxima distancia que nos pone la piel de gallina.

Parece que su única alegría en la vida se basa en su derecho heredado a ser misántropo y pesimista. Odia el progreso más que nadie, es taciturno y tiene opiniones verdaderamente antiguas, incluso para los estándares de Lhasa, ya que afirma con gesto amargo y tono convincente que todas las influencias europeas arruinan el clima y el carácter. Sin embargo, a pesar de todo, hace que sus hijos estudien en escuelas inglesas en Darjeeling y sus hijas, que están de vacaciones, nos tratan con la despreocupada libertad de las damas inglesas. A diferencia de Ringang y algunos otros aristócratas de la Ciudad Santa, Tsarong apenas habla cinco palabras de inglés, pero aun así nos entendimos brillantemente y nos convertimos en los mejores amigos. En 1912, Tsarong, que entonces se llamaba Namgang Dasan Djamdu, heredó el nombre, la propiedad y el inventario muerto y vivo del ministro Tsarong, quien fue ejecutado por alta traición, incluidas sus mujeres e hijas.

Esta es la razón por la que las relaciones familiares de la familia Tsarong, al menos según conceptos europeos, son un poco confusas. Aquí cabe una palabra sobre la posición de la mujer tibetana y las relaciones entre los géneros. Es seguro que la crisis espiritual de nuestro tiempo entre la era de un derecho paterno de más de 2000 años y la del derecho materno, que ya parece estar en gran medida realizado en Estados Unidos, es desconocida para los habitantes del Tíbet. Allí, la relación entre géneros y el matrimonio sigue siendo lo que probablemente siempre ha sido

desde tiempos inmemoriales, una forma primitiva de las relaciones amorosas humanas no influenciada por el espíritu de los tiempos ni por la revolución social. Nadie en el Tíbet se opone a la sexualidad externa, todo sigue su curso natural y no se necesitan medios artificiales para atraer o repeler al otro sexo. Son naturales y terrenales, fluyen juntos y se complementan. Cuando la naturaleza despierta en los niños jóvenes, quieren estar juntos.

La inocencia y la virginidad significan poco, apenas se conocen estos conceptos. Los sexos se encuentran iguales y sin inhibiciones. El embarazo fuera del matrimonio no se considera vergonzoso; los nacimientos prematrimoniales se dan la bienvenida como prueba de fertilidad en parejas comprometidas por los familiares de ambos clanes. No hay viejas doncellas mojigatas con necesidades amorosas reprimidas.

En el sentido cristiano-occidental, los tibetanos son amoraless. Apenas conocen una ética sexual y todos los aspectos complicados de la vida amorosa les parecen extraños. Pero a pesar de todo, los tibetanos son personas como nosotros, como tú y yo, con el mismo dolor de amor y los mismos ideales luminosos que están más cerca de los nuestros de lo que imaginamos. También conocen el afecto cordial hacia la persona amada, así como la fidelidad, aunque ambas (quizás) sean más raras que en nuestros países. Pero a través de sus canciones, sus melodías melancólicas que las jóvenes cantan cuando recorren los parques relucientes en suaves tardes de primavera y los jóvenes muchachos que en la luz temprana de los días soleados cabalgan delante de sus caravanas por las estepas solitarias, se teje el mismo anhelo y la misma esperanza.

Una de las más bellas trata de los dos niños príncipes que, separados por un agua profunda, no pudieron encontrarse.

La tribu de la niña vivía en una orilla, la del joven en la otra, pero la madre de la niña hizo todo para destruir el lazo de corazón de los dos amantes. Sin embargo, cuando ni el agua ni la enemistad de sus tribus pudieron separarlos, la mala mujer hizo asesinar traicioneramente al hijo del príncipe, tras lo cual la niña se arrojó a las olas para poner fin también a su vida. Entonces las almas de los amantes se transformaron en dos pajaritos que se cantaban dulces canciones de orilla a orilla y unían de nuevo sus corazones en amor íntimo. Entonces la mala madre contrató a un cazador y hizo matar a los dos pajaritos inocentes. Ahora las almas amorosas se transformaron en dos sauces que reverdecían en ambas orillas. Crecieron juntos en el medio del río, de modo que sus ramas y ramitas se entrelazaron íntimamente, y una vez más el amor venció al odio. Entonces la madre implacable tomó el hacha reluciente y ordenó a uno de los suyos talar los sauces, tras lo cual las almas decidieron viajar a países lejanos para escapar finalmente de la sed de venganza de la mala mujer. Así, la niña se fue a China y se transformó en el arbusto del té, y el joven voló lejos al norte a las estepas solitarias de Jangtang, donde su alma se petrificó en sal, que se encuentra por todas partes en las estepas desoladas. Y siempre que los tibetanos toman su bebida nacional, el té salado, los amantes se reencuentran - hasta la eternidad.

Pero como se dijo, la gran amor no es la regla en el Tíbet, al igual que en otros países. También el miedo a la decepción, de que una pareja se retire, es tan raro en la tierra de la nieve como el temor a la propia ineptitud en las cosas del amor. Por otro lado, no hay una sensualidad exacerbada. El amor está integrado en el contexto de la vida y no se arranca brutalmente, como a menudo se experimenta con nosotros.

Todo es naturaleza y todo es totalidad. Ningún intelecto hipertrofiado unilateral, ningún dejarse ir, ningún signo de sobre domesticación, sino un equilibrio natural de los opuestos polares de hombre y mujer. El amor es para los tibetanos una necesidad vital como la comida y la religión. Aquí no hay mezcla de "santo" e "impío" como en nuestras almas divididas, donde una conciencia invertida a menudo impide el amor real y tiene como consecuencia una enfermedad psíquica. Los tibetanos viven y aman de manera más instintiva, más cercana al instinto, más inconsciente que nosotros, aman en unidad espiritual-alma desde las profundidades de su yo, libres, sin cargas y animalmente felices.

El Tíbet no tiene hombres afeminados ni sufragistas histéricas, y el estruendo de la lucha que actualmente se libra en el Oriente Próximo, en India y en el Lejano Oriente por los derechos de la mujer, se rompe en las murallas de bronce de la tierra de los glaciares, porque aquí no se lucha por principios conscientemente, sino por la vida en sí. Donde forma externa y cumplimiento

interno alternan como montaña y valle, estepa nómada y oasis agrícola. La armonía de las almas y la comprensión de corazón a corazón nunca se establece a través del flirteo y raramente solo a través de palabras.

Si, por ejemplo, un caminante cansado encuentra a una chica encantadora en una casa, bastan el juego de expresiones y gestos para hacer todos los preparativos necesarios. Él se hurga como por casualidad con el dedo índice derecho en la nariz derecha - ella hace lo mismo, irradia y ríe: Como sello y promesa para un lazo fugaz del grito del búho al canto del gallo, es suficiente. Si no lo hace, no quiere. Y también está bien.

No hay escenas salvajes de celos, a lo sumo lágrimas en la despedida. También la vanidad y el dolor de amor no tienen en el Tíbet ni de lejos la importancia que tienen en nuestra situación de conciencia autoexagerada, que solo lleva al humano a la soledad psíquica.

En tales lazos temporales, sin embargo, no se trata de manera alguna solo de "matrimonios de un día". A menudo sucede en este país del tráfico de caravanas, donde los asentamientos y pueblos a menudo están separados por semanas, y muchos hombres se ven obligados a permanecer largo tiempo en el mismo lugar, que tales uniones se extienden por semanas y meses. Pero del llamado "derecho de la prostitución hospitalaria", un concepto totalmente engañoso de la ciencia europea, no puede hablarse ya solo porque ambos socios siempre se encuentran por decisión propia en verdadera humanidad y respeto al libre juego de las fuerzas corporales-almas.

Sería por lo tanto totalmente equivocado hablar de una corrupción "pecaminosa" de las costumbres para todo el Tíbet. No dejan que los instintos se tejan solos en la oscuridad como entre nosotros. Las cadenas instintivas como base de la existencia espiritual-anímica están intactas en el ser humano tibetano.

Aquí incluso los "diablos" tienen su lugar en el contexto vivo de la naturaleza. Si se hace abstracción de la población primitiva paleomongoloide muy extendida especialmente en el sur del Tíbet, que es bastante servil en ambos sexos, la posición social de la mujer tibetana es en general una muy respetada y considerada. Felina, elegante, de pechos turgentes y radiante de salud, la alegre mujer tibetana, que cede poco al hombre en fuerza física y capacidad corporal -como en las razas de Asia interior los caracteres sexuales secundarios aparecen en general menos pronunciados que en los europeos-, cumple sus deberes domésticos con una seguridad consciente que siempre asombra de nuevo al viajero proveniente de China o India. Así que en el Tíbet no hay solo una, sino una serie de formas matrimoniales naturales, cuyos usos aunque estrictamente regulados, son tan diferentes en detalle como la naturaleza inhóspita del país mismo.

Pero a pesar de ello, la ama de casa tibetana como madre, matrona y administradora de la propiedad doméstica es casi soberana ilimitada y gobernante responsable en todos los asuntos de la vida familiar. Dirige los negocios del "interior" con gran prudencia y sabia previsión, mientras que al hombre le corresponde el cargo del "exterior". En las ciudades y asentamientos más grandes, a la mujer le corresponde además todo el comercio minorista. Se abronca al esposo imprudente o hijo aventurero que se une a una expedición sin haber consultado el consejo y el permiso de su esposa o madre.

Los viajeros y exploradores deberían por lo tanto esforzarse por asegurar desde el principio las simpatías del bello sexo, y se les recomienda encarecidamente tener listos para las mujeres regalos al menos tan valiosos en telas, joyas, espejos y similares como para los señores de la creación. Muchas expediciones que comenzaron con esperanza fracasaron ya en la ignorancia del carácter libre, orgulloso y autoritario de la mujer tibetana.

Libre en el Tíbet solo es quien no niega al eterno femenino el tributo correspondiente. Así lo quiere la vida en los altos desiertos de Asia. Es un verdadero placer observar cuando mujeres tibetanas conscientes de sí mismas administran sus oficinas domésticas, cómo saben mantener a hombres, hijas e hijos, sirvientes y sirvientas en una disciplina suave sin perder el encanto innato. Están armónicamente llenas en su reino, especialmente porque en el Tíbet no se habla de esa enfermedad europea de la progresiva desalmación del hogar nuestro.

Es un verdadero placer observar cómo las mujeres tibetanas conscientes de sí mismas cumplen sus deberes domésticos, cómo saben mantener a hombres, hijas, hijos, sirvientes y sirvientas en una disciplina suave, sin perder el encanto innato. Rodeadas por los espíritus de su hogar, las mujeres tibetanas son verdaderamente el alma de su casa. Dado que la comunidad del pueblo no existe en el sentido europeo y que el hogar individual tiene por lo tanto mucha más importancia que entre nosotros, así como por el feliz hecho de que las guerras rara vez se libran, la responsabilidad de la mujer por el orden interior probablemente se haya incrementado a lo largo de las generaciones.

Solo recuerda a una disposición de derecho paterno el hecho de que las mujeres de las clases bajas, los siervos y los campesinos, generalmente trabajan más que sus maridos, que suelen realizar solo los trabajos pesados de arado, mientras que ellas, con la rueca en la mano, hilan lana, cuidan al ganado o se embarcan en viajes prolongados de caravana a provincias distantes. De suma importancia para la posición de la mujer tibetana es que la naturaleza humana, a pesar de todas las influencias culturales y religiosas del derecho paterno, ha triunfado, y que las fuerzas formativas y moldeadoras del entorno han demostrado ser más fuertes que todos los lazos de la tradición y la civilización. La lucha por la vida en un entorno grandiosamente salvaje y el hecho de que hombres y mujeres pertenecen por igual al ser humano completo, han llevado a la mujer tibetana a su más hermosa victoria, a pesar del sacerdocio y el monacato. Simultáneamente, esta ardua lucha, que es económica en sentido esencial y más amplio, ha producido un resultado único que no se encuentra en ningún otro pueblo; el poder absoluto del amor en su espontaneidad espiritual, natural y ligada al instinto ha llevado a una separación que a nosotros los europeos nos parece completamente inexplicable y hasta enigmática, la separación entre matrimonio y vida sexual.

Por tanto, el matrimonio en el Tíbet se ha convertido en un asunto puramente económico y de educación, que se limita esencialmente a dirigir la familia, cuidar del hogar y los bienes y criar a los hijos, independientemente del padre que los haya engendrado, es decir, no tiene por qué estar necesariamente ligado al amor y sus consecuencias. En general, el matrimonio basado en el amor apenas ha encontrado eco en el Tíbet y la unión amorosa entre hombre y mujer todavía no se ha convertido en un ideal indispensable. Esta diferencia puede llevar a que la disolución de ambos, que en nuestro círculo cultural están tan bellamente y profundamente entrelazados, se produzca de tal manera que el sentido más elevado del matrimonio no necesite vivir en los hijos engendrados juntos. Hijos, sí, en cualquier caso! Pero los hijos engendrados juntos no cumplen con los requisitos incondicionales de la vida. Por tanto, el matrimonio en el Tíbet, al igual que en otros países, también constituye la base de la familia, la tribu y finalmente del pueblo, pero no de forma estrictamente genealógica sino únicamente existencial y para la conservación comunitaria.

Como los matrimonios por estamento solo se contraen muy raramente y casi exclusivamente en relación con matrimonios de estamento, en casi todas las clases y estamentos se contraen matrimonios casi exclusivamente materiales, es decir, uniones matrimoniales económicas de dos parejas más o menos iguales que se unen al servicio de algo más alto, a saber la familia, la tribu y el estamento para toda la vida.

Pero ahora es fácil entender por qué en la tierra de la nieve, según las condiciones del medio y las condiciones económicas, existen libremente tres formas diferentes de matrimonio: La Einche, como la forma matrimonial más común y ampliamente difundida, prevalece en todas partes donde el hombre y la mujer dependen el uno del otro, es decir, entre agricultores, nómadas pastores y comerciantes.

La poligamia, como forma matrimonial estrictamente patrilineal, solo pueden permitírsela en general los acomodados y ricos, precisamente aquellos que económicamente están en condiciones de mantener varias mujeres. Para evitar complicaciones, las diferentes mujeres de un marido viven solo en los casos más raros bajo un mismo techo o incluso en la misma localidad. En la mayoría de los casos, las mujeres de matrimonios poligámicos de nobles ricos o príncipes son al mismo tiempo las administradoras de las diferentes propiedades y residencias campestres de sus maridos, que en sus viajes de inspección veraniegos disfrutaban entonces del privilegio de encontrar en cada una de sus posesiones una mujer y una señora. La poliandria, como forma

matrimonial en gran medida matrilineal, se limita principalmente a regiones montañosas salvajes e infértiles, donde las superficies de cultivo son tan pequeñas y escasas que no pueden dividirse más sin poner a las personas en graves dificultades económicas. Por lo tanto, generalmente el hermano mayor de una familia se casa con una chica y todos sus hermanos son al mismo tiempo copropietarios plenamente autorizados de la misma mujer.

Para evitar disputas matrimoniales, sin embargo, es costumbre que siempre solo uno de los hermanos permanezca en la casa para cumplir con las obligaciones matrimoniales, mientras que los otros se encuentran en viajes de caravana, hacen comercio o cuidan los rebaños lejos. Como signo de que uno de los maridos goza del privilegio del derecho de residencia temporal, es una costumbre ingeniosa que cuelgue sus botas en un gancho frente a la puerta de la casa o las muestre de alguna otra manera visible. Dado que naturalmente en muchos casos no se sabe quién es el verdadero progenitor de un niño determinado, la pregunta por la paternidad se convertiría naturalmente en un capítulo muy serio y difícil - si se le diera un valor especial. Dado que esto extrañamente no es el caso, los niños nacidos de tales matrimonios poliándricos designan a sus "padres" según la edad y otras circunstancias de manera bastante divertida con "padre grande", "padre mediano" y a veces también con "padre pequeño". Además de esta poliandria "fraternal" condicionada por la necesidad económica, también existe entre las tribus de bandidos salvajes y aún poco exploradas de los Ngoloks, que habitan el inhóspito noreste del territorio tibetano, una segunda forma de poligamia masculina, que aparentemente solo tiene como objetivo la unión íntima de las tribus Ngolok fuertemente presionadas por chinos y dunganés.

Aquí reina el derecho materno puro, y la reina Ngolok debería ser al mismo tiempo la esposa de todos sus príncipes tribales. Dado el amoralismo general, se entiende que las relaciones de parentesco también en Lhasa equivalen parcialmente a un caos apenas desenredable. A pesar de esta indiferencia en estas cosas, sin embargo, no se debe caer en la conclusión errónea de que la cohesión de las familias individuales sufra por ello o que los instintos maternos de la mujer tibetana estén en un nivel inferior al de otros pueblos. La limpieza corporal tiene poca importancia entre el pueblo simple en el Tíbet. En lugar de lavarse con jabón, se frota la piel con grasa y manteca rancia. El hacer deseable artificialmente no se conoce en general tanto como la pintura de guerra del sex appeal. Al contrario, en muchas tribus las mujeres se embadurnan sus rostros con hollín graso, y ven en tal desfiguración de los rasgos faciales no tanto un antídoto efectivo contra las quemaduras solares, sino también un medio de defensa contra la lujuria de los lamas. Pero por lo demás, los rostros ennegrecidos no representan ningún obstáculo para el amor si solo los ojos brillan y los dientes relucen blancos como la nieve.

Una excepción en este y otros aspectos la hacen solo las damas de la alta aristocracia. Mientras que la mujer tibetana común muestra una marcada preferencia por conversaciones ambiguas y se mezcla a su gusto con los hombres, las damas de los círculos más altos mantienen siempre una agradable reserva en el trato social. Aunque actúan con gran dignidad en su propio ámbito y participan con total confianza en las conversaciones, sin embargo, se mantienen completamente al margen en visitas oficiales, y también en las grandes solemnidades ceremoniales estatales no aparecen prácticamente en absoluto.

Las aristócratas de Lhasa ponen mucho más énfasis en el cuidado corporal de lo que se podría suponer dada la deficiente higiene del pueblo común. En verano lavan su cuerpo diariamente, incluso toman baños y cuidan su apariencia externa con el mayor esmero. Durante los meses de invierno, sin embargo, cuando el frío es grande y el aire está seco como el polvo, de modo que los labios amenazan con agrietarse con cada movimiento imprudente, las damas se contentan con un baño mensual y se lavan solo diariamente en la cara y las manos. Para proteger su fina piel de marfil y sus mejillas rosadas de las inclemencias del tiempo, cuando vientos ásperos gimen alrededor de la Ciudad Santa, dejan sus casas solo de mala gana con rostros enmascarados hasta el anonimato y acompañadas por sirvientes serviciales.

En cuanto al cuidado de la belleza, las altas mujeres tibetanas son casi tan particulares como lo son en nuestros países occidentales. Ellas hacen que sus cosméticos vengan de China, y en su aplicación muestran una habilidad extraordinaria. Dedicar varias horas diarias a su aseo. No sin razón se dice en Lhasa que la belleza de un árbol reside en el adorno de sus hojas, pero la gracia de una mujer en el esplendor de sus ropas. Las aristócratas de Lhasa llevan valiosos ropajes de

seda largos y fluidos de belleza selecta y armonía de colores, en cuyo fondo azul, violeta o púrpura están tejidos patrones de dragones, svásticas y otros signos que traen suerte. Las vestiduras brillantes se ciñen en las caderas con fajas de seda multicolores a modo de cinturón. Las partes frontales enteras están ocupadas por delantales rayados de cinco colores, adornados con brocados de oro o plata, cuyo gracioso pliegue cae hasta los tobillos. El calzado sin tacón consiste en botas de cuero suaves similares a mocasines con cañas de fieltro rojo con bordes verdes que cubren completamente las pantorrillas. Su nota realmente única recibe el traje femenino de Lhasa a través de la complicada disposición del tocado llamado "Patug", que en las mujeres casadas de las familias más ricas representa un valor casi enorme. El cabello negro azulado brillante se parte en el medio y se peina a ambos lados sobre las orejas. Todo el peinado corona un armazón triangular completamente bordado con perlas y corales, al que están sujetas hebras de cabello artificial largas que cuelgan, que enmarcan el óvalo alargado del rostro de manera encantadora. Lo mismo vale para los anchos pendientes de oro puro engastados con diamantes, perlas y turquesas. El color azul claro de las turquesas siempre elegidas hermosas y la corona triangular radiante están en fino contraste con el tono melocotón de la tez, el blanco nieve del cuello, el negro profundo del cabello y el brillo mate de las perlas. Emblemas perforados con enemigos de jade verde lechoso, esa piedra nebulosa delicada que debe mediar entre lo visible e invisible, y corales rojo brillante, así como pequeñas cajas de amuletos trabajadas en el oro más pesado, adornadas con brillantes, rubíes, zafiros y perlas, decoran cuello y pecho. En el hombro izquierdo se llevan collares de perlas largos y anchos de hasta diez centímetros, en cuyo centro se encuentran nuevamente ornamentos costosos engastados con piedras preciosas. Tiene una particularidad especial con los hermosos ágatas adornados con finos patrones de anillos similares a panales de abeja, que se llevan exclusivamente en el cuello. Se consideran piedras de la suerte y deben tener una gran importancia según el número de anillos o ojos como amuletos repelentes de espíritus o amuletos del amor, especialmente si fueron encontrados por las afortunadas portadoras en la orilla del Kyichu. Estuches dorados con joyas, que generalmente contienen pequeños utensilios de belleza como tijeras, borlas de polvo, pinzas o incluso un palillo diminuto de metal precioso o marfil, completan el adorno de la alta tibetana de Lhasa. Todo el joyero se enmarca en un esplendor brillante y centelleante, de modo que uno queda deslumbrado al ver a una mujer joven y hermosa por tanta gracia y encanto. Y hay entre las mujeres de las familias nobles tibetanas de Lhasa también según nuestros conceptos verdaderas bellezas con mucho encanto y rasgos faciales nobles, uniformes, sombreados por pestañas finas como seda, de cuyos ojos ardientes irradia la vitalidad, y cuyos envidiables dientes de perla blanca nos graban profundamente en la memoria la imagen de una belleza exótica. Parecen hermosas mujeres manchúes y saben perfectamente cómo dar un toque personal. ¿Qué podría haber más hermoso en Lhasa que una tibetana rebosante de vida y bonita, que participa en la conversación riendo con un sonido plateado y de vez en cuando ajusta su corona de perlas radiante, aunque sea solo para destacar plenamente sus bellas manos. El arte de vivir es la más alta, desarrollada hasta la perfección, arte de los altos tibetanos en Lhasa. Probablemente en ninguna parte del mundo se puede disfrutar el trato social y la hospitalidad abierta tan sin reservas como en este lugar de culto querido por los dioses. De acuerdo con la palabra de Buda, que la alegría y el placer no necesitan ser enfatizados en exceso, ya que las personas se entregan a ellos de manera suficiente, los aristócratas de Lhasa se confiesan con verdadero placer abismal a la totalidad de la vida. Afirmándose a sí mismos, en los festines no se trata de cómo superar esta vida, sino de cómo disfrutarla de la manera más agradable. En la afirmación de los opuestos de espiritualidad apartada del mundo y disfrute abismal reside verdaderamente el carácter, porque quien se entrega con toda el alma a los dioses también puede celebrar con toda el alma. Sabiendo bien que el ser humano, incluso en su forma más espiritualizada, no puede vivir solo de aire, como los dioses y genios pueden, los epicúreos tibetanos permanecen completamente apegados a la sublimación de los placeres corporales de este mundo, como si no hubiera otra vida que esperar. Casi despreocupadamente se dejan de lado todas las especulaciones metafísicas, y el esfuerzo de cada uno se dirige a vivir tan intensamente y tan felizmente como sea posible, hasta que todo, balbuceando alegremente, sin sufrimiento y arrepentimiento, se hunde de la mesa para encontrar en el sueño y el éxtasis toda esa emoción espiritual que solo puede experimentar quien elevó la comida y la bebida en verdadera celebración al fin ritual en sí mismo.

Dado que es conocido que nada es más difícil de soportar que una serie de días festivos, para nosotros comienza con los grandes banquetes festivos es un tiempo agotador hasta que logramos abrirnos camino literalmente a través de las suntuosas mesas de ministros y notables.

Sobre todo, debemos tomar carbón animal y otros medicamentos, para no sufrir intoxicación alimentaria o estallar en el campo de batalla tras las privaciones del viaje.

Afortunadamente, nuestros estómagos son lo suficientemente adaptables para sobrevivir a las comidas diarias de seis a siete horas. ¡Cuántas veces desearíamos tener plumas de pavo real! Nos vendrían útiles por montón.

En orden inverso al de las visitas iniciales, sigue una orgía de comida, y cuando por fin terminamos con felicidad la ronda de los más altos dignatarios y empezamos a alegrarnos, llueven nuevamente invitaciones, porque todo el que tiene rango y nombre en la Ciudad Santa cree necesario honrarnos con un banquete bendecido; de modo que durante semanas casi cada noche nos tambaleamos borrachos y llenos hasta reventar ante los penates locales. A pesar de su claro carácter tibetano, las grandes banquetes que ocupan la mejor parte del día son sin duda de origen chino, lo cual se refleja no solo en la elección de los platos, sino sobre todo en que los mejores cocineros de Lhasa, quienes se prestan entre ellos con frecuencia, son hijos del Reino del Medio. Las invitaciones se transmiten verbalmente, presentando un paño de seda especialmente doblado, por el mayordomo o un sirviente personal del anfitrión, con muchas reverencias y palabras elogiosas. Se consideran aceptadas cuando el velo

es devuelto al portador con palabras de agradecimiento de igual forma, lo que hace que éste se retire del círculo visual arrastrando muchos "suspiros Lha-Lo". Tras la entrega habitual del velo, tomamos asiento en la mesa festivamente preparada, mientras los sirvientes y niños de nuestros anfitriones miran por todas las rendijas y agujeros. De acuerdo con la etiqueta, primero se ofrecen frutas secas como "bocados de bienvenida", de las cuales solo se puede probar tras tres llamadas del amo de la casa. Luego se sirve té negro inglés en porcelana europea al estilo occidental. Además, hay diferentes pastas para el té y otras delicadezas europeas, que son preparadas por reposteros especialmente entrenados en las casas de café de Darjeeling.

Este "preestreno europeo", al que nuestros anfitriones tibetanos se contienen prudentemente, representa la única concesión al mundo occidental. Después de unos quince minutos, el té europeo se sustituye por té tibetano y puede comenzar el ritual propiamente dicho. Con pasos suaves, los sirvientes traen tazas de té de tres piezas maravillosamente elaboradas, que consisten en un soporte cincelado, un tazón de porcelana china y una tapa en forma de pirámide adornada con un botón de coral rojo. A menudo se me sirven tazas de la jade más fina y translúcida o de la porcelana china más antigua de la época Ming y Manchú, a las que se les atribuye la propiedad milagrosa de ser "indicadores de veneno". Las tazones de tsamba con



Tsarong, links, und die vier Kabinettsminister, dahinter Ringang

Junge Lhasaaristokratin

Tschangmädchen



monturas de plata comunes solo se usan en ocasiones tan solemnes si se trata de recipientes con un veteado particularmente hermoso de las excrescencias en forma de bocio de cerezos o arces, ya que estos también gozan de una fama particular como indicadores de veneno. Se cree que los "bocios de árbol" tienen el mismo efecto "recolector de veneno" que los bocios humanos tan extendidos en los valles montañosos del Tíbet.

Dado que el envenenamiento en las fiestas en Asia Oriental ha sido desde siempre uno de los métodos más populares para combinar lo agradable con lo útil y eliminar a un adversario molesto, los altos tibetanos evitan en lo posible comer "de ollas ajenas" y por lo tanto a menudo llevan consigo sus propias tazas de té y tsamba "seguras contra veneno".

Algunos tragan preventivamente pequeñas piedrecitas de turquesa para expulsar cualquier veneno del cuerpo lo más rápido posible. Después de que los sirvientes han servido el té tibetano sazonado con mantequilla, sal y soda de pesadas y maravillosamente elaboradas jarras de plata, y el anfitrión ha ofrecido un sacrificio de agradecimiento imperceptible a los dioses de la casa, todos nos inclinamos solemnemente hacia adelante, retiramos las tapas desmontables en los botones de coral, tomamos los tazones sin asa con ambas manos, soplamos la capa amarilla de mantequilla a un lado con un resoplido audible, bebemos un pequeño sorbo del nutritivo caldo de té, nos lamemos los labios y barbas untados de mantequilla, depositamos las tazas con mucho cuidado nuevamente y esperamos a que los sirvientes de pie detrás las llenen de nuevo hasta el borde.

Solo entonces, si se tiene sed, se debe tomar el siguiente sorbo o, si se quiere pausar, cubrir nuevamente la taza. Es extremadamente impropio dejar el recipiente descubierto o medio lleno sobre la mesa. Hasta ahora, los tibetanos conservadores han logrado resistir con éxito todos los esfuerzos británicos por reemplazar el té chino en ladrillos por el indio.

Incluso en Darjeeling, la metrópoli de la producción de té británico-india, los tibetanos residentes prefieren el té chino que llega por tierra, aunque sea mucho más caro que el indio y a menudo se vende en estado altamente mohoso.

Llegado en ese estado, creen que no pueden vivir sin "su" té y lo consideran más nutritivo (lo que sin duda es cierto) y más dulce que el té de Darjeeling. Sin embargo, esta "dulzura" solo debe surgir después de meses o incluso años de viajes en caravana a través de las tierras sagradas tibetanas, mientras que el té indio pierde su mejor sabor debido al transporte por medios modernos. Personalmente, solo he notado que el té chino que llega por tierra, envuelto en pieles de yak y que ha sido expuesto a la lluvia y la nieve cientos de veces, difícilmente se puede disfrutar sin sal y mantequilla, aunque al menos ha adquirido un olor más o menos rancio. Pero tal vez es precisamente ese sabor "terroso" el que los tibetanos llaman "dulce" y aman por encima de todo, mientras que probablemente consideran la deliciosa fragancia del té de Darjeeling como gases tóxicos de trenes poseídos por demonios.

Aunque en Asia, especialmente en el Tíbet, no existe ningún dogma que no se rompa con una encantadora cortesía o excusa, hay también una serie de tipos de carne que el tibetano muy devoto no debería comer porque violaría las reglas de la estricta iglesia lamaísta. En la rueda simbólica de la vida de los tibetanos, siempre aparecen tres animales: el cerdo como símbolo de la pereza y la holgazanería; la serpiente como símbolo de falsedad y mal genio; y el gallo emplumado como representante de los deseos sensuales y todos los malos apetitos terrenales. Los cerdos escarban en la suciedad y se consideran encarnaciones de pecadores y criminales comunes.

Las serpientes son escasas en el Alto Tíbet. A pesar de las reglas de la zoología exacta, las igualan a los peces de sangre fría a los que les arrojan los cadáveres de los pobres y mendigos para que se los coman, y los lamas creen que las almas de los difuntos a veces habitan temporalmente en ellos. Los pollos y todas las aves de corral también se consideran pecaminosos para los tibetanos porque comen insectos y por lo tanto violan el mandato budista de no matar durante toda su vida.

Aunque no tienen problema en que los buitres se coman sus propios cuerpos después de la muerte, el disgusto de algunos lamas superiores hacia cualquier tipo de ave llega al punto de que incluso desdeñan los huevos de gallina. Aunque se considera establecido que el consumo de

carne de los tres grupos animales mencionados está “prohibido” y a veces incluso se dice que puede causar ceguera y epilepsia, estas reglas eclesiásticas no se siguen estrictamente y en cuanto al consumo de deliciosa carne de cerdo y latas de pescado, de las que se dice que en los países occidentales no son cadáveres reales.

48



*Morgenopfer
auf dem Tsog puri*

Ofrenda matutina en el Tsog puri.

Al concluir la ceremonia del té, los palillos de marfil se colocan sobre largas y rectangulares tiras protectoras de papel de daphne tibetano, sobre el mantel impoluto, dando inicio al banquete con la “presión sobre el hígado”. Se cree que la saliva que se acumula en la boca, anticipando los futuros manjares, son secreciones hepáticas que los entremeses deben “hacer bajar”, al tiempo que satisfacen y calman a los “gusanos del estómago” responsables del apetito.

Al estilo chino, se sirven múltiples entrantes acompañados de cucharillas y pequeños cuencos con salsa de soja. A diferencia de los platos principales, estos bocados se disponen en pequeños platillos formando una corona, de modo que cada comensal pueda picar con libertad. Las fuentes permanecen en la mesa hasta el final del festín para que cualquiera pueda repetir. No es obligatorio probarlos todos, pero los anfitriones suelen animar con tanta cortesía que uno termina catando una delicia tras otra. Quien aún no domine por completo los palillos puede esperar que el



anfitrión le deposite los bocados más exquisitos en su plato con una reverente inclinación.

Para no sobrecargar nuestros ya sufridos estómagos, los círculos más progresistas de la alta aristocracia de Lhasa han instaurado la costumbre de intercalar, cada cierto número de platos, un cigarrillo y un vasito de licor de arroz o Crème de Menthe.

El tschang —sabrosa cerveza de cebada, de fermentación alta y ligeramente espumosa— goza de gran prestigio como bebida nacional tibetana. Ligerero, extraordinariamente refrescante y saciante, presenta un color blanco lechoso; su grado alcohólico depende de la edad. De sabor levemente ácido, recuerda a nuestro “weißbier”. El tschang resulta digestivo, estimulante, pone de buen humor con rapidez... y apenas deja resaca. Es la bebida ideal para los grandes banquetes tibetanos, donde no solo se ingieren cantidades colosales de exquisitos platillos: también es de buen tono mostrarse alegre y reírse a carcajadas de los chistes más nimios. No creo exagerar al afirmar que nuestra dudosa fama y, a la vez, popularidad en Lhasa se deben en gran parte a esta circunstancia.

Parte de esto se debe a que en un tiempo extremadamente corto nos convertimos en verdaderos especialistas en Tschang. Cuanto más se conocen nuestras cualidades como bebedores de Tschang inquebrantables y firmes en la Ciudad Sagrada, más ganamos en respeto e influencia.

Es un honor particular para nosotros poder realizar personalmente el famoso sacrificio de Tschang para los dioses del hogar. Con este fin, antes de comenzar a beber, se pasa de invitado en invitado un cáliz de plata lleno de Tschang, que como símbolo de la prosperidad de la casa está adornado alrededor con trocitos de mantequilla, y cada uno sumerge el pulgar y el índice, para rociar un poco de líquido con un movimiento casual hacia las cuatro direcciones del cielo. Los dedos anulares se consideran especialmente puros, porque los bebés se supone que se tapan los orificios nasales con ellos mientras aún están en el vientre.

Una importancia particular se atribuye a las "Tungschemas" o chicas del Tschang. Por lo general, pertenecen a las clases bajas y medias del pueblo, pero visten ropas maravillosas y joyas selectas que pertenecen al respectivo señor, y pueden permitirse las mayores libertades. Su tarea consiste en embellecer los banquetes festivos con bailes y canciones, animar a los invitados a beber y asegurarse de que los vasos de Tschang estén siempre llenos hasta el borde. Con las palabras "Bebed, Vuestra Gracia", las Tungschemas incluso pueden llevar el vaso a la boca de los invitados reacios a beber, y en el caso de participantes particularmente obstinados en la fiesta, incluso tienen el derecho de pincharlos con una aguja preparada en cierta parte del cuerpo. Las presentaciones de baile de las Tungschemas consisten en que saltan arriba y abajo como pajaritos sobre pequeñas tablas colocadas, balancean alternadamente los pies y los brazos hacia adelante, hacia el lado o hacia atrás, y cantan en el tono más agudo. Sin embargo, siempre deben tener cuidado de mirar al suelo y mantener sus brazos ocultos en las mangas largas y anchas, ya que lo contrario se considera impúdico.

Como blanco bienvenido para los palillos que se lanzan desde todos lados, los platos se sirven en una sucesión ininterrumpida y las bandejas y cuencos vacíos se reemplazan constantemente por nuevos. De vez en cuando, los sirvientes pasan cuencos con agua caliente para dar a los invitados la oportunidad de limpiar sus palillos entre platos dulces y agrios.

Por curiosidad, se enumeran algunos de los platos más importantes:

1. Copos de arroz confitados, para estimular el apetito.
2. Piña, rodajas de albaricoque, dátiles y naranjas, para elevar el ánimo.
3. Frutas lichi con azúcar cande, para promover la digestión.
4. Cangrejos secos, para mejorar el peristaltismo.
5. Cacahuets salados, para ablandar el estómago.
6. Semillas de melón, para matar los gusanos.
7. Pasas, para proteger contra los resfriados.
8. Algas, chinas en salsa picante, para liberar de la melancolía y la ronquera.
9. Huevos verdes y negros, chinos, para aumentar los jugos.
10. Rábanos y pepinillos en vinagre, para promover la verdad.
11. Tocino de cerdo rosado azucarado, para ponerse alegre.

12. Brotes de soja con carne de cordero picada fina, para estimular los impulsos.
13. Hígado estofado, para promover el metabolismo.
14. Jamón chino, brillando en todos los colores, para mantener el equilibrio.
15. Albóndigas de carne en su propio jugo, para practicar el autocontrol.
16. Panceta de cerdo veteada con salsa de soja, para eliminar contradicciones.
17. Lengua de yak en salsa picante, para mantener el flujo de palabras bajo control.
18. Riñones de oveja, agrios con chile y pimentón, para retener el agua.

PLATOS PRINCIPALES:

19. Aletas de tiburón incoloras e inodoras en caldo largo.
20. Núcleos de carne de yak con berro picante, salsa agria y gelatina de albaricoque dulce.
21. Costillas de cordero, glaseadas en marrón con ciruelas pasas.
22. Pastelitos rellenos de carne de yak y cordero picada fina, bien levados y fragantes.
23. Cangrejos con jamón picado fino en salsa condimentada.
24. Sopa de tortuga al estilo cantonés, que se pega a los labios.
25. Fideos transparentes de harina de guisantes con carne de yak y verduras de apio.
26. Pastelitos de cordero con pastel de pan azucarado y col china.
27. Caldo de ave de estómagos y membranas natatorias.
28. Panceta de cerdo azucarada con guisantes verdes en su propio jugo.
29. Arroz con pasas, glaseado en dorado, con melocotones y cerezas.
30. Lomo de cerdo, brillando en rosado, con estómagos de pescado y algas.
31. Codillo de yak, marrón, en salsa grasa cremosa.
32. Tendones de ciervo al vapor, tiernos y jugosos.
33. Pepinos de mar con jamón mongol ahumado, en salsa viscosa.
34. Sopa de mejillones, cremosa.
35. Brotes de bambú con carne de cerdo tierna al vapor.
36. Caldo de yak con jengibre.
37. Carne con chile de yak y cordero.
38. Calamar con brotes jóvenes de guisantes.
39. Bollos confitados en sirope caliente.
40. Albóndigas de hígado y verduras de algas en salsa agridulce.
41. Carne de mejillón con tocino de cerdo.
42. Pierna de yak, crujiente asada, envuelta en compota de dátiles.
43. Curry de cordero, sopa de naranja, dulce con azúcar y ligero sabor a jengibre.
44. Chuletas de cordero crujientes marrones en salsa corta de menta.
45. Tocino asado con cebollas azucaradas.
46. Un jamón entero, al vapor, con azúcar, jengibre y hierbas aromáticas.
(Este penúltimo plato, que siempre me entusiasma de nuevo, debe desmoronarse en cuanto el anfitrión lo toca con los palillos.)
47. Arroz blanco granulado como la nieve, sin ningún aditivo.

De este último plato de arroz ceremonial amontonado de manera encantadora, nosotros, como invitados distinguidos y bien educados, solo arrojamus algunos granos hacia atrás por encima del hombro, para honrar a los dioses y desear a todos los seres vivos suerte, salud y una larga vida. El resto pertenece a los Petras, las pobres almas de los espíritus hambrientos eternamente atormentados.

También los últimos vasos de Tschang, llenos hasta el borde, permanecen intactos después del banquete terminado.

Felizmente embriagados, enlazados del brazo y atiborrados como buitres, nos sentamos, eructando desde lo más profundo del corazón, frente a los platos vacíos.

Omitir este cumplido de despedida más cortés nunca nos lo perdonaría ningún anfitrión. Pero esto también debe aprenderse, debe adaptarse a la abundancia, el color, el aroma y el buen sabor de la comida consumida. Forma parte de la forma y de las buenas maneras en la mesa no solo dar las gracias por una buena comida con palabras insípidas, sino con el estómago mismo. Y requiere un gasto considerable de energía sacar todo eso de las profundidades más profundas del ser físico, de modo que resuene y truene como la erupción del Krakatoa, rugiendo, rodando y explotando por la garganta.

Así lo exige el arte, el último y más perfecto del banquete. Pueden seguir juegos, uno puede verter un vaso lleno de Tschang sobre el brocado de su vecino —nada se toma a mal.

Con plena comprensión silenciosa, uno se mira a los ojos o se da la mano. Por último, se llama al maestro de cocina para que reciba sonriente los deseos de suerte y los regalos de dinero de los invitados. Pero el nivel más alto de honor es deslizarse muy lentamente, muy suavemente bajo la mesa y ser cubierto personalmente por el alto anfitrión con un velo de seda blanco como una flor.

Una vez tenemos el placer de ver a los altos señores ministros con nosotros. Después de preparativos de días, que consisten principalmente en alquilar, decorar uno de los palacetes de placer situados no lejos de Tredilingkha y contratar a uno de los mejores cocineros chinos de Lhasa.

Así estamos listos para recibir a los de pies de loto. Acostumbrados desde hace tiempo a que los tibetanos se orientan por todo menos por el tiempo, nos sorprendemos alegremente cuando algunos altos funcionarios vestidos de manera pintoresca se presentan apenas media hora después de la hora fijada en rápidos caballos de paso, para anunciarnos la inminente llegada de los ministros. Al mismo tiempo, se convencen con mirada crítica del estado de los preparativos, inspeccionan la mesa festiva, tocan la porcelana (Tsarong fue tan amable de prestárnosla) y verifican si los signos blancos de suerte, que nuestros sirvientes han pintado con tiza en el suelo, no contienen ningún pie de bruja.

Con delicadeza, el mayordomo del ministro senior me hace notar que también las bancas de descenso cubiertas de alfombras deben mantenerse a diferentes alturas, correspondientes al rango de servicio de los ministros. Inmediatamente se realiza la corrección.

Luego aparecen más representantes del gobierno en trajes estatales rojo fuego, todos llevando el largo anillo de turquesa engastado en oro en la oreja izquierda. En túnicas de seda violeta y púrpura siguen los dignos señores secretarios, cuyos insignias consisten en hermosos utensilios de escritura trabajados en oro y finamente cincelados, que llevan metidos en sus cinturones de seda de colores chillones.

Los minutos pasan en la más alta tensión y expectativa. De repente, los hombros de los sirvientes y funcionarios se hunden bruscamente, y los altos ministros estatales del país de los dioses ya irrumpen en una cabalgata incomparablemente colorida. Inimitables en majestad y dignidad, han puesto máscaras de piedra. Con excepción del Kalon Lama vestido de rojo, coronado con una mitra dorada, llevan bajo enormes gorros de piel de marta cebellina, túnicas amarillo oro decoradas con los más finos motivos de dragones, que son sujetadas en el centro del cuerpo por fajas rojo brillante. En ceremonial solemne, los ministros ahora, según edad, rango y dignidad, son levantados de las altas sillas de montar incrustadas de piedras preciosas por los funcionarios estatales que se acercan deslizándose en postura de súbdito inclinado, y colocados sobre las bancas adornadas con alfombras, donde manos diligentes se esfuerzan ansiosamente por alisar las últimas arrugas de las ropas doradas.

El esplendor de colores de los caballos cubiertos de brocado y de los vestidos dorados ante el idílico telón de fondo del parque henchido de brotes, en el primer presagio de la primavera, evoca imágenes de una belleza incomparable.

Ahora salimos nosotros para saludar, entregamos los velos de amistad y conducimos a nuestros altos invitados en procesión solemne al salón de recepción, donde esperan té tibetano salado y té inglés endulzado, tartaletas, galletas y bizcochos. Con excepción del ministro espiritual, los altos señores permanecen cubiertos por el momento. Se sientan en postura recta como una vela, con el torso ligeramente inclinado hacia adelante, ponen caras mortalmente serias, intercambian, como si nunca nos hubiéramos visto, solo unas pocas fórmulas de cortesía y se dejan convencer con ligeras reverencias y suspiros de Lhalo para cada sorbo de té. Siguiendo la costumbre, solo prueban la infusión tibetana grasienta y tocan las tazas con el té inglés fragante de color amarillo dorado solo después de que el ministro senior de expresión agridulce haya dado la señal para quitarse los enormes gorros de piel de marta y con ello el fin de la parte oficial.

Los mismos hombres que hasta entonces miraban fijamente al frente con seriedad mortal se transforman de repente: su postura se relaja, sus ojos entrecerrados se abren de par en par y sus rostros reflejan una amistad cálida y abierta. Este quitarse la máscara crea de golpe una situación tan cómica que todos rompemos en carcajadas espontáneas y ahora nos damos la mano en una unión íntima. Pronto se crea una atmósfera tan personal y cordial que incluso el ministro senior se sacude de risa medio ahogada, mientras que el príncipe-ministro me sostiene la mano continuamente y no hay nadie que no deje fluir con deleite los adorables venenos preparados por la garganta.

Finalmente nos sentamos al banquete luculiano, que gracias a la empatía de nuestro maestro de cocina chino debería eclipsar incluso los placeres gastronómicos de nuestros anfitriones tibetanos, pues a las habituales conservas europeas y delicias chinas se agregaron los más finos espárragos en barra, salchichas de Frankfurt, salmón ahumado y anguila en gelatina, placeres que nos hemos negado durante meses para poder ofrecer algo decente a los golosos de Lhasa. Y es un éxito rotundo. Todos comen con ganas, y incluso las ocas salvajes donadas por nuestros nepalíes salvajes les saben excelentemente a los de pies de loto como ragú a la china, sin tener la menor idea de que al disfrutar del "impuro" ave cometen un gran pecado. Además, se vierten cantidades asombrosas de Tschang, whisky, crème de menthe y vino de jengibre en las gargantas sedientas, hasta que el ambiente está tan alegre y desenfrenado que uno de los nuestros hace aparecer monedas de plata relucientes bajo los vestidos dorados y los cojines de los ministros o incluso se las saca de la nariz, lo que casi no permite a los altos señores calmarse de la alegría desenfrenada y siempre nos estrechan las manos con profundo sentimiento una y otra vez. El punto culminante de la celebración lo forman los brindis, los discursos de mesa, las arias y los cantos, en los que celebramos alternativamente a Buda, el país de los lamas, al regente, a los de pies de loto y al delicioso Tschang, y recibimos el agradecimiento de los ministros conmovidos.

Cuando nuestros invitados, en la penumbra del atardecer, toman sus gorros de marta y vuelven a ponerse sus máscaras de piedra, nuestros sirvientes se postran ante ellos en el suelo. Pero nosotros los acompañamos hasta los caballos, nos disculpamos por la miserable comida, les ayudamos a subir de los bancos alfombrados a los sillas de montar espléndidas y seguimos con la mirada a los que se alejan cabalgando durante mucho tiempo.

Hasta ahora no he hablado de un hombre cuya amistad hice ya en el segundo día de nuestra estancia en Lhasa. Este hombre con ropajes rojos de lama, que nos trajo entonces los regalos del gobierno, escuchó nuestras conversaciones y fingió no entender una palabra de inglés, era K. K. Möndro, externamente considerado el tipo de un noble moderno de Lhasa, que debería ejercer una influencia tan decisiva en nuestra estancia en Lhasa y en los destinos de la expedición venidera, que bien vale la pena examinarlo un poco más de cerca.

Dotado de todas las ventajas y cargado de todas las debilidades, este hombre altamente inteligente pero duramente probado está condenado desde hace mucho tiempo a llevar una doble vida insatisfactoria entre la Edad Media y la modernidad, entre Asia y Europa. Sin duda, Möndro posee muchos talentos, solo que parece que nunca entendió del todo cómo usarlos correctamente. Pertenece a aquellos cuatro jóvenes nobles tibetanos que fueron enviados a Inglaterra antes del estallido de la Primera Guerra Mundial para ser educados en el espíritu occidental. Lo suficientemente tonto como para no guardar su corazón completo, sufrió más tarde un lamentable naufragio con todas sus buenas intenciones, tuvo que someterse a lo inevitable y hoy es uno de esos cínicos despreciadores de la humanidad que las culturas orientales han producido a cientos en los tiempos modernos. Así, Möndro es exteriormente un alto dignatario y lama sagrado, pero interiormente un hombre decepcionado, un profundo condenador de la sociedad, uno que sucumbió heroicamente en la trágica lucha del derecho vivo contra el dogma rígido y muerto. Hoy se ha reconciliado hace mucho con su destino, no desprecia nada más que lo que las personas de este y del otro lado del mar llaman su supuesta justicia, y ve con toda razón el mundo entero como un escenario de locos.

Siguiendo el principio de vida de sacar lo mejor de todas las cosas, este despreciador de la humanidad, fatalista, artista de la vida y disfrutador sin límites no da en absoluto la impresión de un hombre derrotado. Al contrario. Su amargura en el corazón ya se ha fermentado hace mucho. Y representa la gran comedia con mucho humor, razón e indulgencia.

Möndro es un hombre de mundo que muestra mucha empatía y tacto en las negociaciones y, a través de su manera cortés y atenta, siempre deja la mejor impresión posible en el trato personal. Puede reír fuerte y de corazón, es abierto y posee un grado de cultura interior como solo lo he encontrado en muy pocas personas hasta ahora. No es de extrañar que este hombre extraordinario, que ha conocido las debilidades del mundo occidental tanto como las del oriental, sea un intermediario ideal entre la expedición y las autoridades tibetanas de Lhasa.

Möndro ya era miembro de un convento de lamas de la secta amarilla antes de emprender el largo viaje a Europa en su juventud, una circunstancia que contribuyó no poco a despertar tempranamente su escepticismo. Calificado por sus educadores ingleses como buen jugador de críquet y "perfect gentleman", fue un alumno menos bueno, ya que el aprendizaje esquemático siempre fue odiado en el fondo de su alma tibetana independiente. Así, seguramente injustamente, adquirió la reputación de astucia oriental. Sin embargo, cumplió con su deber, completó la famosa escuela de Rugby, aprobó su examen con dificultad, encontró placer en la vida social inglesa y olvidó su tibetano. Möndro adoptó por completo costumbres europeas y se preparó en Cornualles para su profesión destinada como ingeniero de minas y prospector de oro.

Cuando regresó a Lhasa después de la guerra mundial y estaba dispuesto a explotar los tesoros minerales del país de las nieves, comenzó su lucha contra los prejuicios del clero y con ello su vía crucis. Se consideraba al joven académico completamente degenerado y los lamas lo obligaron a comenzar su carrera espinosa como funcionario subordinado al pie de la escalera oficial. A pesar de todas las dificultades, Möndro pronto logró ganar al Dalai Lama, que mostraba un gran interés en la explotación de las riquezas naturales de su país y deseaba hacer a Tíbet independiente de la importación de oro indio y chino, para sus planes. Lleno de las expectativas más audaces, se lanzó al campo de su trabajo. Desafortunadamente, los medios primitivos a disposición de Möndro no fueron suficientes para extraer mayores cantidades de oro. A esto se suma que las cuencas llenas de grava de los ríos tibetanos suelen contener solo arenas auríferas y las mejores minas estaban muy alejadas de Lhasa, por lo que el Dalai Lama, inicialmente bien dispuesto, que por falta de comprensión técnica esperaba resultados positivos ya después de las primeras semanas, se impacientó y sucumbió a las influencias maliciosas del clero.

El viejo superstición floreció de nuevo. Se profetizó que una gran desgracia caería sobre el país si los trabajos de Möndro no se terminaban inmediatamente. Como el pájaro se ciega al volar hacia la cima del Tschomo Lungma, el Monte Everest, así de seguro se levantarían espíritus de la montaña y demonios para enviar plagas y epidemias, afirmaban los abades de los grandes monasterios. El pobre Möndro intentó defenderse con los argumentos de la ciencia europea, pero, como era de esperar, los sacerdotes salieron victoriosos. Dijeron que el gran Bodhisattva Padmapani personalmente había depositado los metales preciosos en el suelo para apaciguar a los espíritus vengativos de la tierra, y querían saber que no se debía tocar ese "oro raíz" que reposa en el seno de la tierra, ya que de lo contrario no habría más lluvia y las cosechas serían destruidas. Además, en el bando sacerdotal se tenía la convicción inquebrantable de que la menor extracción de oro significaba una perturbación del equilibrio divino y tendría inevitablemente como consecuencia la destrucción de la religión. Finalmente, el clero llegó al punto de incitar a los campesinos tibetanos y hacer que volvieran a rellenar los pozos durante la noche. Möndro mismo fue obligado por decreto a volver a enterrar el oro encontrado y a restaurar la tierra removida en todas las minas y lugares de excavación a su estado original.

Con doloroso renunciamento, finalmente tuvo que reconocer que su gobierno condenaba el progreso y todo lo que había aprendido en Europa no solo como indiscutible, inmoral y enemigo de la religión, sino también como peligroso para el estado. Cualquier comparación con las ideas de otro mundo espiritual debía aparecer a los lamaístas creyentes como pecado mortal. Dado que sus compatriotas consideraban los fenómenos de la naturaleza de una manera que era diametralmente opuesta a la suya, Möndro abandonó la lucha sin perspectivas con el corazón roto.

Fue destituido de su cargo gubernamental como "prospectador de oro" y se retiró a la vida privada, desilusionado con el mundo y la gente. Como no tenía la ambición de convertirse en abad de algún gran monasterio, y también habría sido una burla a su carácter tratar de obtener un asiento en la asamblea nacional para así recuperar influencia y validez, esperó, dejó que el gran Buda fuera un buen hombre y llegó a la conclusión filosófico-religiosa de que la mejora del género humano mediante los medios del lamaísmo o de cualquier otra fe es algo imposible. Preguntándose qué demonios le depararía aún el futuro, había llegado a la convicción de que los dioses habían perdido hace mucho su mandato celestial, de que eran tan venales y corruptos como los poderosos terrenales, sí, quizás solo ficciones del espíritu humano, nada más que invenciones indignas de un alma libre para dominar a los pueblos. A partir de entonces, los preceptos de la religión no tuvieron ningún significado más para la vida futura de Möndro.

Después de haberse recuperado de las decepciones más graves, fue llamado, gracias a su agudo entendimiento y su buen juicio, al círculo más estrecho de colaboradores de Su Santidad el Dalai Lama. Aquí hizo carrera rápidamente y pronto perteneció a los dieciséis altos funcionarios de cuarto rango que simbolizaban a los discípulos de Gautama Buda y servían al dios-sacerdote como consejeros personales. Sin embargo, las tareas que le esperaban aquí apenas pudieron satisfacer a Möndro, y la atmósfera tranquila en la corte estatal del Dalai Lama le atormentaba. Se acordaba de sus años juveniles despreocupados pasados en la alegre Inglaterra, pensaba con melancolía en las horas alegres de disfrute de la vida en el activo Londres, Rugby y Cornualles. Decidido de golpe, sin tener en cuenta su alta dignidad, se hizo traer una motocicleta de la India para matar mejor el tiempo. Aunque este vehículo escupidor de fuego —el primero de su clase, por cierto, que se introdujo en las tierras sagradas del Tíbet— puso a los habitantes de Lhasa en la mayor agitación y provocó pánicos salvajes entre los cuadrúpedos, Su Santidad el Dalai Lama encontró un visible agrado en la máquina traqueteante que se movía con una vehemencia siniestra. Mientras Möndro daba vueltas diarias alrededor del Potala y demostraba a los peregrinos asombrados de la selva la doma de la máquina de explosión, despertó en Su Santidad el deseo de probar también su audaz valor y montar en una motocicleta así. Así que se encargó un sidecar y cuando la cosa desgarrada fue transportada desde la India después de meses, le cupo a Möndro el honor de pasear diariamente a su dios vivo en el sidecar adornado con baldaquino por el Linkhor.

Pero ya se cernía una nueva desgracia. Un día, cuando Möndro tronaba de nuevo por la ciudad en su máquina traqueteante, el primer ministro de pies de loto dobló inesperadamente la esquina en un corcel estatal magníficamente adornado. Sucedió lo que tenía que suceder. El animal espantadizo se deshizo de su carga ministerial de la manera más rápida mediante unos cuantos saltos en el aire. El primer ministro aterrizó en un montón de basura y perdió con ello su "cara". La afrenta había ocurrido: Möndro había socavado la autoridad estatal, y el Dalai Lama no pudo evitar darle el pasaporte por segunda vez. Möndro fue puesto en la nevera, degradado del cuarto al sexto rango y transferido como castigo a una región remota.

Así llegó nuestro amigo a un pequeño gobierno en los valles salvajes del Tíbet occidental, donde no solo se ganó muchos méritos mediante la construcción de nuevos puentes y el arreglo de buenas vías de transporte, sino que reunió dinero y bienes para sí y para el estado "con la misma habilidad con que se quita el huevo de debajo de la gallina sin destruir el nido". En consecuencia, su prestigio en el lejano gobierno de Lhasa comenzó a crecer de nuevo, hasta que después de algunos años se le ofreció de nuevo la oportunidad de regresar a la capital y ascender del sexto al quinto rango. Hoy Möndro ocupa el puesto de alcalde de todos los distritos exteriores de Lhasa, administra la localidad de Scho situada al pie del Potala y además está encargado del cuidado profesional de todas las instalaciones de parques de la Ciudad Sagrada. Su oficina se encuentra en el Potala, pero vive en una casa suntuosa, construida hace pocos años en el noroeste del centro de la ciudad, donde tiene a uno de sus hermanos, al que ha contratado como su mayordomo, realizando al mismo tiempo los servicios administrativos.

Mi relación con Möndro se vuelve día a día más íntima y cordial. Casi diariamente viene con sus dos sirvientes leales a charlar brevemente o a una larga hora de plática, bebe unos whiskys, fuma unos cigarrillos prohibidos y promete "pasarse" de nuevo al día siguiente.

Este hombre tan jovial como bondadoso muestra por nosotros un interés tan inusual, que pronto discuto con él todas mis medidas y decisiones y siempre soy aconsejado por él de manera abierta y bienintencionada. De hecho, los méritos de Möndro para la expedición durante las semanas decisivas en Lhasa son de un valor inestimable. En todas las conversaciones oficiales asume pronto el papel de mi intérprete privado. Le debo sobre todo las aclaraciones más valiosas sobre el "clima" respectivo en el regente y los ministros y puedo orientar mis acciones en consecuencia. De esta manera logro también tratar con todos los grupos contradictorios con facilidad. Diariamente discuto con Möndro el plan táctico, de modo que prácticamente no se da ningún paso sin haber consultado antes el consejo de mi amigo.

Dado que me he metido en la cabeza hacer todo lo posible para asistir a la fiesta de Año Nuevo y con ello a las más grandes y nobles celebraciones del año cultural lamaísta en la capital tibetana, necesito la ayuda de Möndro más que nunca. Un día me informa que acaba de lograr con Su Santidad que nuestra estancia en Lhasa se prorrogue por otros 14 días. Sin embargo, le ahorraría

mucha amargura al alto gobierno tibetano si aceptara abandonar la Ciudad Sagrada el día 28 del último mes tibetano, es decir, exactamente dos días antes del comienzo de las grandes celebraciones de Año Nuevo. ¡Vaya regalo!

Según la opinión de Möndro, solo el "hombre de hierro" puede ayudar aquí. Solo él posee suficiente influencia para poner la situación estancada de nuevo en el camino correcto, y así preparamos un gran banquete en honor a Su Excelencia Tsarong Schapé en todas las salas de Tredilingkha.

Cuando regreso alrededor de las diez de la mañana de mi habitual paseo ornitológico del día en cuestión y me acabo de poner mi traje de té, que se hizo tan famoso en Lhasa después, con pantalones a rayas y rodillas abultadas, aparece Su Excelencia Tsarong, acompañado solo por un sirviente, como el primero en la serie de altos invitados. Tsarong, sin duda la personalidad más fuerte de Lhasa, se presenta, dejando de lado todas las reglas de etiqueta, tal como vino a pie por la Linkha, como un hombre verdaderamente grande y por lo tanto también verdaderamente modesto.

Como segundo sigue Kyipup, el pequeño y tímido "alcalde superior", que da la impresión de que no podría hacerle daño a una mosca. Luego viene Ringang, secretario de estado y snob, cuyo inglés idiomáticamente perfecto suena como si hubiera dejado Oxford ayer. Le siguen Chigmi Taring, secretario de estado para las finanzas, y algunos otros invitados honorables, hasta que finalmente también aparece Möndro con una amplia sonrisa y se siente inmediatamente como en casa.

Solo el señor Tschang, el distinguido enviado del Reino del Medio, se hace esperar un poco. Cuando finalmente aparece con su guardia personal fuertemente armada y uniformada de manera moderna, se da la mano a sí mismo y se disculpa, sonriendo amablemente, diciendo que tuvo que preparar informes importantes para Nankín durante toda la noche y que, por lo tanto, lamentablemente durmió demasiado. Sabiendo bien que en el Tíbet solo el dignatario más antiguo y de mayor rango puede permitirse el mayor grado de impuntualidad, el querido señor Tschang probablemente quiera ser visto como tal, aunque habría sido el privilegio exclusivo de Tsarong exceder la hora establecida en tal medida. Afortunadamente, el ambiente ya se ha vuelto tan cordial entretanto que nuestros invitados tibetanos lo toman todo con gran serenidad. En una alegre y desenfadada conversación tomamos té, whisky y licores en el balcón magníficamente iluminado por el sol, mientras el geomagnetista hace chirriar y silbar su aparato de radio casero, traído en una pequeña caja de Maggi, para diversión de todos. Después de inspeccionar nuestro zoológico cada vez más impresionante, la brisa que se levanta comienza a azotar las manteles alrededor de nuestras orejas, por lo que nos vemos obligados a pasar el resto del día en las salas interiores festivamente decoradas de Tredilingkha.

Mientras fuera rugen tormentas y chubascos de arena tamborilean contra las ventanas cubiertas de papel, nos sentamos en cojines suaves cubiertos de alfombras alrededor de la mesa bellamente decorada, escuchamos los sonidos del gramófono y rompemos el cuello a una botella tras otra. Para los gourmets especiales también hay un par de botellas de licor de cacao preparadas, por cuyo contenido Tschang y Möndro muestran una preferencia particular, de modo que ya me preocupa que las reservas no alcancen.

La fiesta sigue su curso, todo Tredilingkha retumba con las carcajadas de nuestros honorables invitados, y cuando se sirven los primeros platos, el éxito parece asegurado. Para nuestra gran alegría, se come con avidez, y finalmente nos sentamos todos enlazados, ebrios de vino, cantando, bromeando y riendo, hasta que Tsarong, el viejo guerrero, cuenta algunas anécdotas de su agitada vida militar. Luego Möndro, Kyipup y Ringang continúan con algunas historias de su tiempo en Inglaterra y relatan cómo enfurecían a sus profesores en Harrow y Rugby con todo tipo de bromas. También el querido señor Tschang, que al principio podía creer que representaba a su honorable nación solo con una sonrisa ocasional, se ha descongelado por completo y me obliga, según la antigua costumbre china, a vaciar mi vaso continuamente y, gritando un amistoso "gan-be" (copa seca), a sostenerlo con la abertura hacia abajo. El juego de la "copa seca" comienza a hacer escuela, hasta que Möndro, bajo los sonidos lánguidos del "Tango Nocturno", pone una suela elegante en el parquet y comienza a girar en círculo. Es una imagen para dioses

ver al alto lama, que apenas se mantiene en pie, alternando entre galope tambaleante en su largo hábito rojo de sacerdote o girando en piruetas delicadas.

Ahora que hemos ganado todos los corazones y reina un ambiente inigualable, recuerdo de nuevo el propósito real de mi invitación y comienzo a explicar a Tsarong y a los otros honorables invitados con toda la fuerza de convicción que en nombre de nuestra amistad es un deber de honor para todos ellos interceder ante Su Santidad el Regente y los señores ministros por la prolongación de nuestra estancia en Lhasa hasta la gran fiesta de Año Nuevo.

Por supuesto, recibo compromisos de apoyo máximo de todas partes y, cuando nuestros invitados se preparan para irse y entregan los regalos habituales a nuestros sirvientes situados a lo largo de las paredes, tengo la sensación de haber avanzado no solo un paso, sino varios. Al regresar arriba después de la despedida ceremonial, veo a Möndro, que se había escabullido en la oscuridad, sentado solo a la mesa. Recordando la costumbre tibetana de que uno solo empieza a abordar asuntos muy especiales por los que ha venido una vez que el estómago está lleno y la fiesta ya ha terminado, no puedo explicar la permanencia de Möndro de otra manera que no sea porque todavía tiene algo muy importante en el corazón, algo que seguramente quiera decirme a solas. Como el gran Buda no enseñó ni el principio ni el fin del universo porque reconoció que ambos están más allá de la comprensión humana y, por tanto, no se pueden expresar con palabras, así los tibetanos también consideran que en muchas cosas de la vida diaria es inapropiado cavar en los motivos y buscar causas. Así que no preguntaremos qué motivó realmente a nuestro querido Möndro a mantener una mayor estabilidad que los otros invitados tibetanos, sino que nos limitaremos a describir los acontecimientos posteriores. Möndro tiene la cabeza entre las manos, gruñe, se sacude de risa, mira fijamente frente a él y exclama algunas órdenes sin respuesta al espacio vacío. Luego examina las botellas hasta encontrar una medio llena, comienza a tararear cómodamente para sí mismo y se bebe un trago tras otro. Luego se vuelve melancólico, comienza a filosofar y dice que quizás cumplimos con las reglas de la iglesia lamaísta mejor que muchos lamas, ya que llevamos barbas largas y uno de nosotros tiene la cabeza completamente calva. En ese momento, uno de los sirvientes de Möndro entra sigilosamente y me mira con ojos llenos de miedo. Se inclina profundamente ante su gran señor y le habla con voz tranquila y devota. Pero Möndro no presta atención al fiel servidor. Consciente de que su amo tiene todos los derechos sobre él, el sirviente indica con firmeza que es hora de irse. Pero Möndro simplemente expulsa al fiel espíritu de la casa. También en el futuro me parece a menudo incomprensible que los sirvientes del gran Möndro se aferren a su señor con un amor y lealtad casi divinos. Ahora Möndro comienza a desmenuzar un cigarrillo tras otro entre los dedos y me pide que no le tome a mal sus pequeñas extravagancias. Le digo que es mi amigo y que por lo tanto puede permitírsele todo. Entonces una gruesa lágrima rueda por su mejilla. A continuación, encuentra un placer particular en una vieja canción inglesa para beber que he estado tarareando durante un rato. Esta canción de las "forty green bottles" le ha gustado tanto que no puede tener suficiente y empieza una y otra vez. En consecuencia, las "green bottles" se convierten en la canción favorita de Möndro, con la que me deleita durante meses. Luego tomo el diario para hacer rápidamente algunas anotaciones sobre el día memorable, pero me sorprende en extremo cuando Möndro de repente me mira con ojos indignados y bien abiertos y dice que lo considera una grave violación de la etiqueta escribir cuando un alto invitado está presente. En el mismo aliento, sin embargo, me asegura de nuevo su total simpatía y afecto. Finalmente se despide y decidimos acompañarlo a través de Lhasa de medianoche. Como los caballos en el patio delantero se asustan por el vapor y el humo, marchamos a pie, esperando no ser descubiertos por los vigilantes nocturnos de la Ciudad Sagrada.

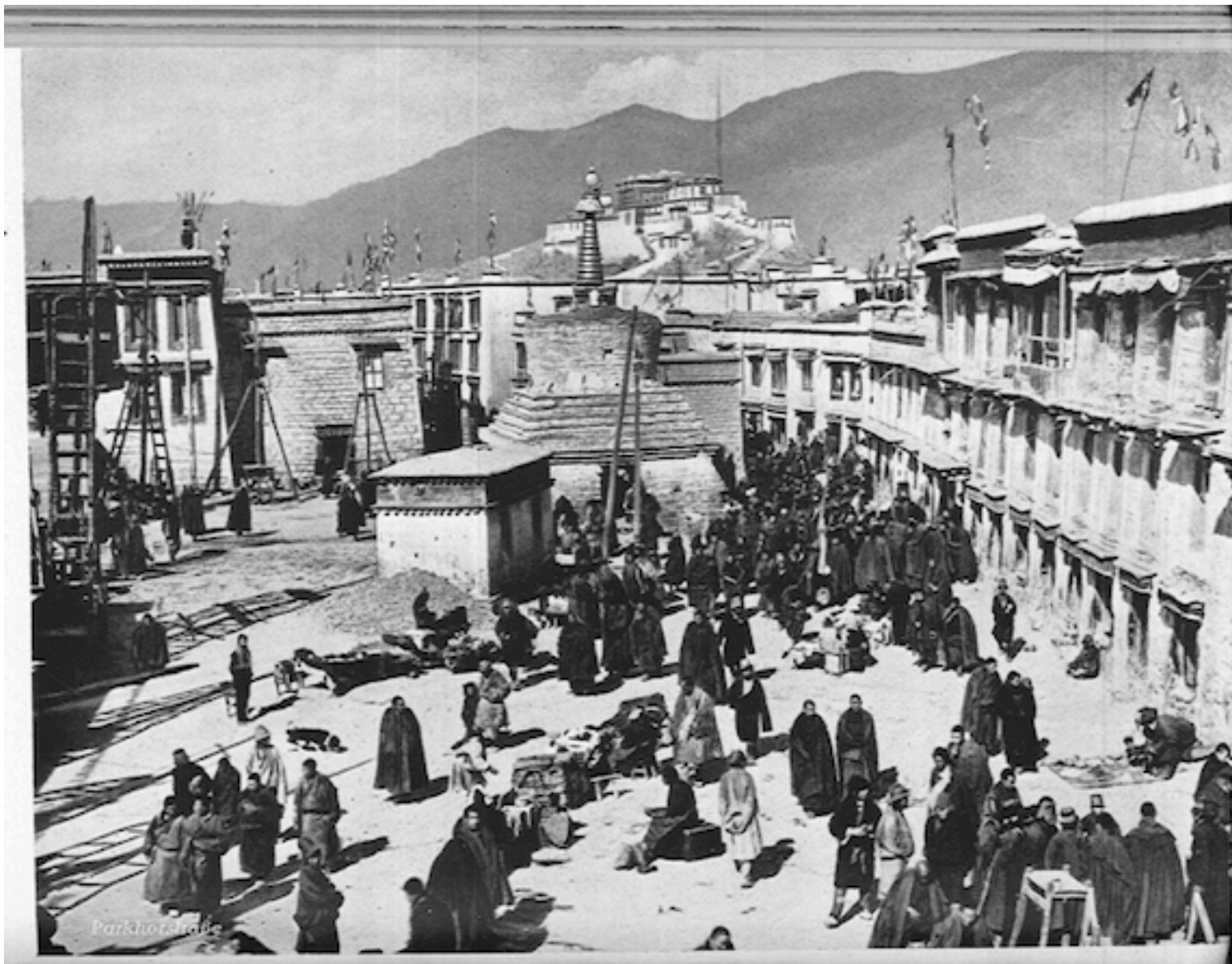
Es un paseo maravilloso. Los patos graznan, los búhos ululan, bandadas de aves aladas pasan invisibles en la oscuridad, por lo demás reina un silencio fantasmagóricamente inquietante. Las estrellas están altas en el cielo y las cúpulas doradas del Potala brillan al resplandor de la luna. Alrededor, las siluetas crepusculares de los gigantes de las montañas. Así caminamos del brazo por las calles frías y relucientes, y nuestros pasos resuenan estruendosamente sobre el pavimento irregular. Asustados por el ruido inusual, los perros aúllan. Por lo demás, todo está quieto y mudo, y las fachadas estrictas de las grandes casas encaladas dan una impresión pálida y fantasmagórica a la luz pálida de la luna. Después de haber acompañado a nuestro querido amigo hasta su casa, hacemos que sus fieles sirvientes ensillen rápidamente unos caballos y galopamos chispeando a través de la ciudad iluminada de manera fantasmagórica hacia Tredilingkha. Cuando me enrolló muerto de cansancio en mi saco de dormir y repaso una vez



más

los acontecimientos del día, me duermo con los pensamientos más esperanzadores. Al día siguiente, Möndro aparece temprano en la mañana. Radiante de alegría, riendo y lleno de humor, desayuna conmigo, bebe su té en la terraza soleada y me promete hacer todo lo que esté en su poder. Por la noche vuelve a "pasarse por aquí" para "tomar un pequeño trago" y dar fielmente cuenta. Así, a sugerencia de Su Excelencia Tsarong Schapé, Su Santidad el Regente y sus cuatro poderosos ministros se permiten conceder al Barasahib de la expedición alemana el permiso de permanecer ocho días más dentro de los muros de la Ciudad Sagrada con los miembros de su expedición. Este plazo extendido se refiere a las grandes celebraciones estatales del primer y segundo día de Año Nuevo, pero ni el Regente ni los ministros están en condiciones de extender el permiso también a las subsiguientes celebraciones de Mönlam, ya que no pueden asumir la responsabilidad por nuestras vidas durante este peligroso tiempo de dominio lamaísta.

EL REGENTE



LA CIUDAD SAGRADA

Cuando se observa la Ciudad Sagrada desde un punto elevado, desde los techos del Potala o desde la elevada colina testigo del "monte de hierro", se nota que ocupa un espacio superficial desproporcionadamente pequeño. El diámetro es de aproximadamente dos kilómetros, el perímetro medido en la periferia de las filas de casas, aproximadamente cinco kilómetros. Todo el denso enjambre de casas apenas cubre la superficie de una pequeña ciudad europea. Con sus parques situados al sur, la ciudad en medio de la naturaleza montañosa indómita da una impresión oasis, pacífica y amistosa. Aunque una serie de plazas públicas produce cierta distensión, toda la ciudad parece no ser más que una masa compacta de casas y complejos enteros de edificios agrupados alrededor de la catedral de la ciudad. Lhasa está construida alrededor de un pivote; alrededor del eje del país, el templo más sagrado de todos, el "lugar de Dios", que le dio el nombre, y que con sus techos dorados que brillan a lo lejos representa el centro de todo el mundo tibetano: el de la religión, porque en su interior se encuentra la estatua más sagrada; el del país, porque aquí se encuentran todas las calles que conducen a través de la tierra de las nieves; y el arquitectónico, porque todas las construcciones de la Ciudad Sagrada se agrupan alrededor de este templo. Girando alrededor de este centro, cuatro calles circulares sagradas, que los lamaístas devotos solo pueden recorrer en la dirección del curso del sol, estructuran la disposición de la Ciudad Sagrada en varios círculos concéntricos. Al círculo más interno de estos, Tsug Lha Khang-Pharkhor, solo se le atribuye importancia religiosa, ya que solo circunda el templo principal de la catedral de la ciudad. El segundo, el Tromsi-Pharkhor de aproximadamente mil metros de largo, también llamado brevemente Pharkhor "anillo interior",

representa por el contrario la calle más importante de Lhasa en absoluto. Como calle de esplendor y desfile, en la que culmina la vida monástica y económica de la Ciudad Sagrada, el Pharkhor rodea en cuadrado el enorme complejo de edificios de la catedral de la ciudad ampliamente dispuesta. En contraste con los Pharkhor o anillos interiores, los Linkhor, que separan el suelo sagrado del profano, conducen como calles de peregrinación y de circunvalación principal alrededor de la periferia exterior de Lhasa.

Se dividen en la poco transitada calle Tot-Lingkhör, que solo conduce alrededor del Potala, y en la verdadera Chiyi-Lingkhör o calle del parque, de aproximadamente seis kilómetros de largo, el "anillo exterior", que abarca toda la ciudad junto con el Potala y la colina de hierro.

El Tsug Lha Khang fue construido ya alrededor del año 650 d.C., cuando Srong Tsan Gampo blandía el cetro sobre la tierra de las nieves. En siglos posteriores fue ampliado, pero solo en el siglo XVII, en la época del gran 5º Dalai Lama, la catedral de la ciudad creció hasta sus dimensiones actuales imponentes y dio forma al rostro de la ciudad.

Como corresponde a una verdadera jerarquía, el complejo de edificios de tres pisos y de gran extensión abarca, además del templo principal y la catedral propiamente dicha, una serie de edificios gubernamentales y palacios. Allí se encuentran las salas de trabajo del primer ministro, las salas de reuniones del Tsongchu o de la Asamblea Nacional, las salas de oficinas de los ministros del gabinete llamadas "Kaschag", el "Ministerio de Finanzas", las cámaras del tesoro del gobierno, la prisión estatal y la casa de la justicia, donde altos lamas, con la inevitable taza de té colocada delante, administran justicia de manera solemne, mientras los condenados, con pesados khangs alrededor del cuello, son expuestos al escarnio.

Realmente imponente es el portal principal del templo más sagrado en el lado oeste, adornado con columnas y ribeteado con enormes cortinas de color negro sombrío, que está decorado con dos parasoles dorados de la suerte como símbolos del dominio sacerdotal y dos gacelas doradas que sostienen la rueda de la doctrina.

El camino de entrada algo retirado deja libre aquí un pequeño patio adoquinado. Gracias al poder milagroso de la fe, flota una atmósfera de devoción entre las columnas masivas que conducen al foco de todas las concepciones de fe lamaístas. Como si la divinidad realmente existiera, aquí se acurrucan en extrema receptividad, junto a manadas enteras de perros parias, docenas de ancianas demacradas que giran sus bastones de peregrino adornados con reliquias de difuntos en un ritmo multisonoro, para procurar a los fallecidos felices renacimientos. Además, pululan día tras día peregrinos descalzos y con la cabeza descubierta y fieles que cuentan la cantidad de miles de sus postraciones con la ayuda de las perlas de sus rosarios y han pulido completamente las grandes losas de piedra. También discapacitados, leprosos, cubiertos de úlceras, envueltos en harapos y carcomidos por la sífilis merodean en el templo más sagrado su siniestro ser. A través de pías súplicas intentan despertar la compasión de los transeúntes o irrumpen en groseras blasfemias si no logran obtener las esperadas obulí. Pero en general, todos dan de buena gana, pues en ningún lugar del Tíbet el donativo voluntario promueve tanto el mérito de la virtud como en el portal del "Gran Palacio de los Dioses".

Rodeado por un pequeño muro, se eleva frente al portal un viejo sauce llorón, cuyos brotes incrustados se dice que surgieron del "cabello principal" de Gautama Buda. El árbol vela por la felicidad de Lhasa, y a nadie se le permite arrancar ni siquiera una ramita. Cuando el sauce fue golpeado y dañado por un rayo hace años, el difunto 13º Dalai Lama hizo celebrar oficios en todos los monasterios del país tibetano por la curación del árbol y el bienestar de la Ciudad Sagrada.

Muy cerca se alzan dos monumentos de piedra, uno de los cuales es un monolito esbelto que lleva la inscripción del año 783 d.C. con las condiciones de paz de una guerra exitosa contra el emperador chino. El segundo monumento en forma de placa fue erigido solo hacia finales del siglo XVIII, cuando los emperadores manchúes ya habían desplegado su poder sobre el Tíbet, por los chinos. Su inscripción es conocida como "edicto de la viruela" y contiene las admoniciones y regulaciones de cuarentena para combatir la terrible epidemia que entonces arrasó con "cien mil" habitantes.

Se dice que ha sido incorporada a la serie de santuarios nacionales y completamente cubierta de cavidades en forma de copa de aspecto primitivo, la tabla de la viruela sirve como piedra de sacrificio y conjuro protector para combatir el azote más temido y extendido de la tierra de las nieves.

Verdaderamente imponente es el portal principal del lado oeste, adornado con columnas y ribeteado por enormes cortinas negro sombrío, que está decorado con dos parasoles dorados de la suerte como símbolos del dominio sacerdotal y dos gacelas doradas que sostienen la rueda de la doctrina.

El camino de entrada algo retirado deja aquí libre un pequeño patio empedrado. Gracias al poder milagroso de la fe, flota una atmósfera de devoción entre las columnas masivas que conducen al punto focal de todas las concepciones de fe lamaístas. Como si la divinidad realmente existiera para realizarla, aquí se acurrucan en extrema receptividad, junto a manadas enteras de perros parias, docenas de ancianas demacradas que giran en ritmo multisonoro sus bastones de peregrino adornados con reliquias de difuntos, para procurar a los fallecidos felices renacimientos.

Además, pulula día tras día de peregrinos con la cabeza y los pies descalzos y creyentes que cuentan la cantidad de miles de sus postraciones con la ayuda de las perlas de sus rosarios y han pulido completamente las grandes losas de piedra. También inválidos, leprosos, cubiertos de úlceras, envueltos en harapos y carcomidos por la sífilis merodean su siniestro ser ante el templo más sagrado. A través de pías súplicas intentan despertar la compasión de los transeúntes o irrumpen en groseras blasfemias cuando no logran obtener las esperadas obuli. Pero en general, todos dan de buena gana, pues en ningún lugar del Tíbet el donativo voluntario fomenta tanto el mérito de la virtud como en el portal del "Gran Palacio de los Dioses".

Rodeado por un pequeño muro, se eleva ante el portal un viejo sauce llorón, cuyos brotes incrustados se dice que surgieron del "cabello principal" de Gautama Buda. El árbol vela por la felicidad de Lhasa, y a nadie se le permite arrancar ni siquiera una ramita. Cuando el sauce fue alcanzado y dañado por un rayo hace años, el difunto 13º Dalai Lama hizo celebrar oficios en todos los monasterios del país tibetano por la curación del árbol y el bienestar de la Ciudad Sagrada.

Muy cerca se alzan dos monumentos de piedra, uno de los cuales es un monolito esbelto que lleva la inscripción del año 783 d.C. con las condiciones de paz de una guerra exitosa contra el emperador chino. El segundo monumento en forma de placa fue erigido solo hacia finales del siglo XVIII, cuando los emperadores manchúes ya habían desplegado su poder sobre el Tíbet, por los chinos. Su inscripción es conocida como "edicto de la viruela" y contiene las admoniciones y regulaciones de cuarentena para combatir la terrible epidemia que entonces arrasó con "cien mil" habitantes.

Bönposchamanen al primer gran predicador de la doctrina del Iluminado en la tierra de las nieves.

Cuando el Tsangpotal comenzó a llenarse de arena, Srong Tsan Gambo partió de la antigua capital Yarlung Podrang para fundar una nueva metrópoli para el creciente reino.

En el valle del Kyitschu encontró un lugar idílico entre las montañas, donde pastaban los rebaños y se llamaba "Rhasa"..., el lugar de las ovejas y las cabras.

Después de que la consorte china hubiera transportado allí su regalo de boda, aquella maravillosa imagen de Buda procedente de la India, surgió mágicamente un templo: el Tsug Lha Kang. Entonces el rey construyó en el sagrado Marpori, aquella colina testigo que se eleva abruptamente y domina ampliamente la llanura, un castillo fortificado, los inicios del Potala, que desde esa época temprana ha permanecido como palacio real y sede del gobierno de los gobernantes de la tierra de las nieves.

De "Rhasa" surgió "Lhasa". Del "lugar de las ovejas" se convirtió en el "lugar de los dioses"!

Y victoriosos crecieron sus símbolos sagrados hacia el cielo. Triunfantes dan aún hoy al conjunto del país lamaísta su impronta.

Allí, Thi Srong Detsen. Fue la siguiente aparición destacada en la serie de los grandes reyes del Tíbet. Entre 740 y 790 consolidó aún más el gran reino tibetano y sometió incluso todo el Turquestán Oriental a su esfera de poder.

Brillo y riqueza resplandecieron sobre la tierra de las nieves, y el budismo, que desde Srong Tsang Gambo había llevado una existencia modesta a la sombra del reino, experimentó bajo su gobierno aquella transformación integral y profunda que llevó a la fundación del lamaísmo.

Unió en el siglo VII d.C. las tribus tibetanas desde Nepal en el sur hasta el Kokonor en el norte y fundó el gran reino tibeto-tangut. Tras la consolidación de su poder, el rey guerrero invadió el oeste de China, donde gobernaba el emperador budista Tai tsung de la gran dinastía Tang, cuyo vasto dominio se extendía desde el Caspio por todos los países de Asia central hasta Indochina.

Srong Tsan Gambo conquistó el oeste de China y exigió en un tratado de paz concluido en el año 641 a la hermosa princesa china Wen tschang como su segunda esposa, después de haber contraído matrimonio previamente con la princesa nepalí Bhrikuti. Fueron estas dos mujeres las que convirtieron a su real esposo al budismo y, a pesar de la ardiente resistencia de la antigua nobleza tribal y de los chamanes Bönpo, lo convirtieron en el primer gran predicador de la doctrina del Iluminado en la tierra de las nieves.

Al principio, las resistencias parecieron casi insuperables. Los Bönpo denigraron la doctrina de Buda y convirtieron los templos de Lhasa en mataderos. Entonces el rey invitó al patriarca indio Santarakschita al Tíbet, y comenzó la gran obra de traducción de las sagradas escrituras.

En Tsangpotal, a medio camino entre Lhasa y Yarlung Podrang, Thi Song Detsen procedió a erigir el primer monasterio tibetano. Se puso túnicas de seda blanca, tomó un hacha de oro y colocó el fundamento con su propia mano.

De ello surgió la costumbre de que los tibetanos aún hoy celebren oficios en honor a Thi Srong Detsen al colocar la primera piedra de sus templos y monasterios.

Sin embargo, como los nagas, los espíritus de la tierra y demonios se oponían a la construcción del monasterio y derribaban todos los muros que el rey construía durante el día, lo que empobrecía las arcas del estado, Santarakschita aconsejó al rey llamar al más famoso de todos los sacerdotes hechiceros, el seguidor de Shakti y tantrista Padma Sambhava de la India, para poner fin al espectro de los espíritus malignos.

Tenebroso, como toda su personalidad, nos ilumina desde la semioscuridad mágica la brillante estatua de Padma Sambhava.

Con él, Guru Rimpoché, el "precioso maestro", como lo llaman los tibetanos, pisó suelo tibetano hacia mediados del siglo VIII una de las figuras más notables de la historia religiosa.

Nacido sobrenaturalmente del cáliz de un loto, hijo del legendario rey Indra Buthia de Udayana, la tierra clásica del tantrismo, de las brujas y de los cultos mágicos, comenzó su camino vital característicamente con un homicidio. Debería haber sido empalado, huyó de sus jueces por fuerza mágica... realizó ejercicios de meditación en campos de cadáveres... se convirtió en sanador y maestro de hechizos... ascendió al cielo de los dioses... se dejó elevar a bodhisattva... recibió libros sagrados, los depositó en la tierra y decidió convertir a los pueblos de la Tierra al budismo. Asesinatos, exorcismos de diablos, expulsiones de demonios, aventuras amorosas, orgías y excesos de todo tipo caracterizaron el camino vital de este personaje tan asombroso como dudoso, que llamó a Gautama Buda un "pequeño hechicero". Acompañado por la bella dakini Mandarava, montó su corcel de nubes, voló a la tierra de las nieves, aterrizó en Sangar, a pocas millas al oeste de Samyeh, y Thi Srong Detsen se apresuró a darle la bienvenida.

Ambos grandes se enfrentaron en la orilla pedregosa del río sagrado... pero ninguno inclinó la cabeza... Entonces Padma Sambhava levantó la mano derecha, y de los dedos brotaron cinco

rayos de fuego que chamuscaron las vestiduras de seda del rey, tras lo cual Thi Srong Detsen se arrojó humildemente al suelo ante el hechicero y suplicó perdón. Pero en el lugar donde flamearon los cinco relámpagos mágicos, brotaron inmediatamente cinco chortens de un blanco nieve reluciente del suelo rocoso de granito. En soledad apartada del mundo, siguen hoy como objetos de la más alta veneración al borde del arenoso Tsangpotal.

Después de que el rey condujera a su alto invitado a Samyeh, este reunió ya en la primera noche a todos los nagas, espíritus y demonios en la colina testigo Häbör para someterlos a su hechizo.

Pronto logró poner fin a la destrucción nocturna... y lo que el rey no había logrado en doce años de laborioso trabajo, Padma Sambhava lo completó en pocos días. Siguiendo el modelo del vihara indio de Otantapuri en Magadha, surgió el primer monasterio tibetano. En su centro se elevaba el templo del mundo; se añadieron templos más pequeños y los chortens de las cuatro direcciones celestiales, y todo estaba rodeado por un muro poderoso coronado por mil pequeños estupas. En presencia del rey y de todos los grandes del estado se celebró una espléndida fiesta de inauguración... Y desde entonces crecieron en el interior del Häbör, aquel lugar de reunión de las huestes demoníacas, turquesas preciosas, ágatas magníficas y otras piedras valiosas, que aún hoy son encontradas por los creyentes y aseguran a sus poseedores un futuro sin preocupaciones.

Sin embargo, la hazaña más significativa del gran tantrista consistió sin duda en que, contra la tenaz resistencia de los Bönpo, logró "vencer" a todos los dioses y todas las fuerzas naturales deificadas del panteón prebudista, obligarlos a su servicio como "divinidades terribles" y nombrarlos "protectores de la doctrina".

Ese fue el momento del nacimiento del lamaísmo. Padma Sambhava se convirtió así en el fundador y santo patrón de la primera y más antigua secta lamaísta, los Nyingmapa.

Ciento ocho lámparas de piedra para mantequilla, fabricadas ya en tiempos del gran reformador y humeando con mil mechas, difunden una luz parpadeante misteriosa alrededor de la imagen de aquel hombre poderoso, Tsongkhapa, que creó la iglesia estatal amarilla. En 1357, el décimo día del décimo mes en el año del gallo de fuego, nació bajo circunstancias misteriosas en el "valle de la cebolla" del lejano Amdo, en la frontera del Reino del Medio.

Allí donde su sangre del ombligo goteó al suelo, en el mismo lugar donde más tarde surgió el monasterio de Kumbum del suelo santificado, brotó un árbol milagroso, en cuyas hojas aparecieron cien mil imágenes de Buda.

Ya en la infancia, el niño del valle de la cebolla se distinguió por su rigor moral y erudición. Como joven de 16 años partió del este del Tíbet, viajó a través de la inhóspita altiplanicie hacia el oeste, atravesó el Tíbet central, llegó a Sakya y de allí a los venerables lugares de la antigua cultura real en Yarlung Podrang, donde a los 25 años recibió la ordenación de gelong. Impulsado por la sed de conocimiento, se dirigió al valle de Kyitschu hacia Lhasa. Aquí estudió las enormes enciclopedias del Kangyur y del Tengyur, se ocupó de problemas filosóficos, médicos y matemáticos y se dedicó en sus horas de ocio a la poesía. También vivió como ermitaño en cuevas de montaña, se dedicó en solitarias noches de invierno, cuando cantaba el viento de tormenta, a las doctrinas mágicas tántricas y les concedió como medio de conocimiento superior cierto permiso. Pero lo que más apoyó fue la filosofía de Nagarjuna y las enseñanzas de los estrictos Kadampa, que, ignorando la corrupción generalizada de la fe, mantenían un culto budista relativamente puro y dieron a su obra de vida la dirección decisiva.

Pero cuando comenzó a dar a conocer su nueva doctrina, sus enemigos ávidos de poder intentaron derribarlo mediante disputas públicas.

Tsongkhapa, sin embargo, eliminó las doctrinas erróneas, determinó el contenido interno y el atuendo externo de la nueva doctrina y se elevó en un glorioso desfile triunfal al gran reformador. Se convirtió en el fundador de aquella secta de los "virtuosos", los "Gelugpas", que forma el fundamento sólido del estado eclesiástico en el corazón de Asia.

En sus tratados de filosofía religiosa defendió la consciente defensa de todas las cosas mundanas. Contuvo la pecaminosa codicia de los lamas por ganancias terrenales, propagó la interiorización en la soledad e intentó reconciliar la vida de nuevo con los preceptos de la antigua doctrina budista. Con mano firme eliminó los daños, revivió la auténtica religiosidad, limpió todo el cúmulo superfluo de ritos mágicos, devolvió a la clerecía su validez renovada y elevó la pureza de la vida a la exigencia fundamental de su doctrina. Profundamente intervino en la vida personal del clero, prohibió el consumo de bebidas embriagantes, introdujo la confesión y el ayuno, se pronunció en contra de la ociosidad inoportuna, estableció mesas comunes en los monasterios y fijó la relación recíproca entre pueblo y clero según reglas pedantes. Inauguró las oraciones Mönlam, el servicio divino común, asambleas religiosas, disputas espirituales y cánticos alternos, creó el hábito uniforme de los lamas, determinó con exactitud su fabricación, corte y forma de llevarlo, emitió reglas para los lavados rituales e introdujo de nuevo el uso de los cuencos de limosna budistas antiguos.

De los lamas del primer grado de ordenación, los Getsuls, exigió la observancia de cuarenta, de los del segundo, los Gelongs, incluso de doscientos cincuenta y tres preceptos diferentes y restableció el voto óctuple de los antiguos monjes budas. Cada lama debía comprometerse a practicar la castidad, a no apropiarse de bienes ajenos, a no quitar la vida, a no mentir, a no tomar comidas en momentos inoportunos y a no dormir en lechos altos. Así surgió un edificio de alta ética y moral, que ni siquiera dejó sin considerar la difícil cuestión de la sucesión espiritual.

Tsongkhapa se considera por ello también el fundador del sistema de encarnación y de la encarnación ininterrumpida de los dignatarios más altos. De sí mismo proclamó que sus renacimientos en el ciclo de las generaciones serían innumerables.

Así como presuponía en el sacerdote altas cualidades morales y de carácter, exigía por otro lado del creyente una fe ciega en el lama. Tampoco permitía que los lamas aspirantes criticaran a sus maestros y esperaba que todos los jóvenes sacerdotes se basaran en las buenas cualidades de carácter de sus guías espirituales. De esta manera logró enderezar la doctrina corrompida, restablecer las leyes tambaleantes y dar a la religión una estructura que debería perdurar cinco siglos.

Según una antigua profecía de Gautama Buda, Tsongkhapa reunió a sus discípulos y les ordenó difundir la nueva doctrina y realizar las acciones de Buda, para que "toda la tierra de las nieves se convirtiera en un monasterio lleno de alegría". En recuerdo de ello, llamó al primer monasterio fundado por él, situado al este de Lhasa, "Ganden" o el "alegre". Cinco años después fundó Drepung -el montón de arroz-, que se convirtió en la sede de sus sucesores y por tanto en la colmena real de la jerarquía de los dioses-sacerdotes del Tíbet. Junto con Ganden y el poco después fundado Sera, situado al norte de Lhasa, Drepung forma aún hoy el centro monástico de la iglesia estatal amarilla y de todo el mundo lamaísta. Los tres monasterios juntos se llaman desde entonces los "Tres Pilares del Estado". El monasterio de Tashilhunpo cerca de Shigatse, la posterior sede principal de los Panchen o Tashilamas, se remonta a la fundación del sobrino, discípulo y sucesor de Tsongkhapa, Gedundup.

Tsongkhapa, el convincente orador y misericordioso monje, consignó sus sabidurías en trescientas trece escrituras sagradas. Su obra principal "Sobre el camino escalonado a la salvación" se considera la reliquia más preciosa de Ganden, el monasterio favorito del gran reformador, donde sus restos mortales reposan en un chorten dorado. En 1419, el día 25 del décimo mes tibetano, el alma del gran renovador de la religión lamaísta abandonó su envoltura corporal y ascendió al cielo ante los ojos del pueblo orante.

Las llamativas coincidencias culturales entre la "iglesia estatal amarilla" creada por Tsongkhapa y el rito romano-católico han sido repetidamente objeto de discusiones intelectuales. Misioneros opinaban que Satanás se había manifestado en el lamaísmo, este "espejo distorsionado de la iglesia cristiana"; otros incluso querían saber que el "hombre del valle de la cebolla" había sido educado por misioneros cristianos. De modo que de ahí derivan las extrañas costumbres paralelas del monacato, del culto a los santos, de las ordenaciones sacerdotales, de las instituciones monásticas, del celibato, del servicio a imágenes y reliquias, de los rituales y del uso recíproco de incienso, agua bendita, campanas, rosarios, tonsura, pero también de procesiones, peregrinaciones, recitaciones de oraciones, ejercicios, exorcismos, bendiciones, ofrendas votivas,

confesiones de pecados, ayunos y sacrificios encontrarían su explicación natural. Sin embargo, parece que las analogías culturales son mucho más antiguas que Tsongkhapa; sí, más antiguas que el cristianismo, ya que en parte ya encuentran sus correspondencias en el círculo religioso indio antiguo.

No se puede asumir una origen independiente sin más. - Con alta probabilidad, la adopción de numerosos bienes culturales indios por parte del cristianismo se remonta a aquella época en que las culturas cristiana y budista se tocaron íntimamente en el área fronteriza turquestana y persa-india. Del rosario, que se remonta a la antigua cuerda de oración india, la ciencia europea asume con certeza que fue traído a Europa solo por los cruzados medievales desde el Oriente Próximo.

También a las demás estatuas de las deidades principales cubiertas de joyas se les dedica un nicho especial.

Aquí está Chenresig, el bodhisattva de mil brazos de la misericordia, Tsöpamé, el dios de la vida



eterna, Opamé, el Buda del brillo inconmensurable, los ocho dioses de la medicina y un ejército de santos. Envuelto en aire viciado, se desdibujan en la penumbra de las lámparas humeantes,

que son alimentadas por lamas chorreantes de grasa, con rostros tiznados, con cargas de mantequilla de cientos de kilos.

Sigue el tercer jerarca, aquel gran abad de Drepung, al que por primera vez se le otorgó el título mongol de "sacerdote del océano", de un "Dalai Lama"; luego el Gran Quinto y finalmente, en el patio de luz en forma de pozo brillantemente iluminado, el trono del 13º Dalai Lama y, cargado de piedras preciosas, la gigantesca estatua dorada de Dawo Dschamba, el Maitreya, el Buda venidero del amor, que es venerado como el Mesías de la iglesia lamaísta.

Finalmente, en el extremo oriental del cuadrado de nichos, doblemente asegurado por cortinas de hierro, brilla recubierto de plata el sanctasanctórum, donde se exhibe un despliegue fabuloso de oro y piedras preciosas del tamaño de un puño, en parte incluso incrustadas en el suelo.

Aquí, sobre un alto trono centelleante de joyas, se eleva la estatua milagrosa coronada de diamantes de Sakyamuni, el Jowo Rimpoché, la "joya de la majestad suprema", que se dice que surgió milagrosamente durante la vida de Gautama Buda. Representa al Iluminado a la edad juvenil de 16 años y llegó como regalo del rey indio de Magadha primero a China. En el siglo VII, la princesa china Weng Chang trajo la estatua milagrosa como dote a la tierra de las nieves y a Lhasa. Alrededor de esta estatua crecieron el templo y la Ciudad Sagrada. Es el centro de todo el mundo lamaísta.

Así, el Tsug Lha Khang surgió colorido y vívido de las profundidades más profundas del mar del alma tibetana.

Frente al Jowo Rimpoché brillan lámparas de mantequilla de muchos quintales, forjadas en oro puro, sin igual en todo el país. En semicírculo se agrupan a ambos lados las figuras de los apóstoles y discípulos de Buda, así como terribles máscaras de demonios sometidos por Padma Sambhava. Sobre los altares hay cuencos dorados de agua bendita, castillos del mundo místicos y otros tesoros, así como ofrendas de tsampa, cebada, arroz, mantequilla, flores artificiales, velas de incienso y cientos de lámparas de mantequilla que parpadean suavemente. Todas están protegidas con pequeñas campanas contra el aliento malvado de la humanidad pecadora y contra el vuelo de insectos. Ninguna mariposa ni mosca debe profanar el espacio sagrado con su muerte.

Junto a Palden Lhamo con cabello flameante erizado de ira está el rugiente, mostrando los dientes Mahakala, el gran dios negro de la destrucción, el demonio ebrio de sangre que, en desbordante avidez de vida, baila sobre montañas de cadáveres.

En tenebrosas mazmorras llenas de espadas, arcos, flechas, armaduras polvorientas, lazos, antiguas armas de fuego, espejos de brujas y tridentes consagrados a los dioses siguen el salvaje Tandim con cabeza de caballo, el furioso lanzador de rayos Tschagdor, la diosa protectora sedienta de sangre Dorgé Phagmo y muchos otros, divinidades horrendamente adornadas con colgantes de huesos y diademas de cráneos. Extasiados abren las piernas, vadean mares de sangre, rabiosos de ira, pisotean cuerpos humanos bajo sus pies, arrojan con muecas feroces, ojos de frente abiertos de par en par y lenguas gorgonianas colgantes el mal de ojo hacia todos lados.

A todas estas figuras de terror se les ha impuesto el deber de proteger y vigilar los tesoros del estado que yacen en profundas bóvedas. Adeptos de melenas revueltas del culto secreto velan sobre ellos. Sus doctrinas apelan a todos los creyentes, altos y bajos, espirituales y primitivos, yoguis y ascetas, sacerdotes ávidos de poder y ermitaños piadosos. Entre la espiritualización más luminosa y la superstición más oscura encontraron, bajo el amplio techo de un panteón que se extiende desmesuradamente y abarca miles de entidades, su dominio.

Pero al mismo tiempo, también está en la naturaleza del culto secreto que debía llevar a una superficialidad convencional y exteriorización de la vida religiosa. La consecuencia fue la división en un culto secreto, cuyos sacerdotes en algunos lugares incluso bajo pena de muerte tenían prohibido apartarse de la doctrina secreta. Los textos secretos intencionalmente ambiguos y solo interpretables a través de la mediación de un guru, un maestro, llevaron finalmente a las prácticas

más extrañas. Los portadores del conocimiento secreto que penetra el lamaísmo hasta sus ramificaciones más finas viven generalmente separados del resto del clero.

En tenebrosas soledades, donde la naturaleza misma parece destinada a hacer crédula el alma humana, se elevan sus monasterios de montaña aislados del mundo. Allí llevan su existencia. Un silencio espeluznante, interrumpido solo por el rugido de los torrentes salvajes o el trueno de las avalanchas, extiende el encanto de la completa soledad alrededor de las fortalezas altas llamadas Ritös del misticismo tibetano. A diferencia de los monasterios lamaístas comunes, nunca se construyen en los valles o siquiera cerca de caminos muy transitados. Lugares envueltos en leyendas, aterradores y misteriosos, donde se hace notable la influencia mágica de poderosos domos montañosos, glaciares azul cian, profundas gargantas, enormes muros de morrenas y lagos solitarios, y las fases de la escala geológica revelan en un poderoso afloramiento la fuerza creativa de la Tierra, se consideran los lugares adecuados para aprender el alto arte de la magia tántrica. A menudo se adhieren las moradas de los místicos como nidos de águilas a las paredes rocosas que se elevan hacia el cielo, en cuyo interior se encuentran grutas espantosas. Esos son los puntos de reunión de aquellos misteriosos Naljorpas que en antros inhumanos abandonados apagan su sed de conocimiento. Su lema es poder vivir cómodamente incluso en el infierno. Comparables a las cabras salvajes que se mantienen en alturas seguras, experimentan lejos de la sociedad humana y en la más amarga pobreza la verdadera felicidad. Los ojos fijos y ampliamente abiertos de estos extraños hombres de piel oscura, cuyo cabello largo enmarañado y descuidado cae en masas polvorientas sobre los hombros, les dan una expresión salvaje y fanática. Llevan prendas delgadas de color negro profundo, sujetas solo por un cinturón.

Por senderos estrechos y abismales se llega a las "cuevas de la iluminación", aquellas pequeñas celdas de piedra cerradas con barrotes, donde los místicos llevan su existencia en completo aislamiento.

Diminutas puertecitas corredizas firmemente cerrables de apenas quince centímetros de altura, en cuya base hay pequeños tablillas horizontales, sirven para recibir la comida. Al lado hay pequeñas bandejas en las que se vierte agua potable, que se puede absorber a través de un tubo desde el interior de la cueva. Una o como máximo dos veces al día, el guardián golpea muy suavemente con una pequeña piedra en la reja de madera. No se permiten intercambiar palabras. Segundos que parecen eternidades pasan. Luego un ruido suave, y muy lentamente se abre desde dentro la tumba viva. Como por mano invisible, la puertecita se levanta unos centímetros, y no sale nada más que una mano envuelta en gruesos guantes, que recibe el insípido puré de tsampa gris y se retira inmediatamente para que ningún rayo de luz penetre a través del tejido de lana. Esa es la única conexión con el mundo exterior que se permite a los anacoretas durante meses y años, sí, a veces por toda la vida.

Las diferentes períodos de aislamiento y espiritualización se hacen dependientes de los progresos de los alumnos y están regulados por leyes estrictamente inquebrantables. Ya en las ceremonias de inauguración, los jóvenes anacoretas son expuestos a un gran dolor físico y psíquico, que hace perder la razón a muchos jóvenes. El dolor y la desesperación se consideran los medios más poderosos para elevar al joven humano por encima de la insignificancia de la existencia terrenal. Para convencer al joven de la insignificancia de la vida y despertar el anhelo por el otro mundo.

Mediante el voto de silencio, el alumno se compromete a no transmitir la doctrina secreta hasta que el gurú, generalmente en su hora de muerte, lo autorice expresamente. En dolorosas torturas, los cerebros de los jóvenes anacoretas son saturados con conjuros y fórmulas místicas. Pasan noches atados en campos de cadáveres para aprender el alto arte de la vigilia.

Dado que sus fuerzas son completamente absorbidas por los crueles experimentos, los alumnos se adelgazan horriblemente, hasta que el arte negro los devora por completo y comienzan a creer que están elevados por encima de la tierra mortal.

Tan pronto como se han entregado completamente al hechizo espiritual de sus maestros, comienza el tiempo de los encierros, cuyo primer período dura tres meses y tres días. La mayoría ya están tan profundamente enredados en las redes de la mística que no hay escape para ellos de por vida.

Después de que expire este primer lapso de tiempo, pueden volver a la luz del día y decidir por sí mismos si están dispuestos a someterse a la siguiente y más dura prueba. Este segundo período dura tres años, tres meses y tres días. Tras absolver este plazo, los ermitaños son finalmente admitidos en la comunidad de los tantristas y poseen el privilegio de comunicarse libremente con todos los espíritus.

La tercera y más cruel período se mantiene por toda la vida. Termina con la muerte. Las celdas solo se abren cuando la comida ha permanecido intacta varios días y las señales de golpe no son respondidas. Los cadáveres de los Naljorpas, que sufrieron la muerte de penitencia autoelegida, nunca deben ser revelados a los ojos de mortales comunes. Tampoco se les arroja a los buitres para devorar, sino que se queman invariablemente. De sus cenizas se forman pequeñas figuras de Buda muchas se forman por sí solas en las cápsulas craneales que se guardan en los altares de los templos del monasterio y se veneran como objetos de especial reverencia. Lo mismo vale para los rosarios, las calotas craneales humanas que sirven como platos y las trompetas de tibia de los difuntos, que, junto con la ropa que los anacoretas llevan en su cuerpo, son los únicos objetos que pueden llevar consigo en el aislamiento.

Hay los grados más variados de dureza en la vida de los ermitaños tibetanos. De ninguna manera todos pasan los años de aislamiento en completa oscuridad. A algunos se les permiten tragaluces y diminutas ventanas cubiertas de papel con vistas al mundo montañoso circundante. La mayoría de las celdas están provistas de débiles luces superiores, de modo que los ocupantes pueden distinguir perfectamente las horas del día. En casos especiales, el abad del monasterio concede permiso para usar pequeñas lámparas de aceite, para leer escrituras sagradas indispensables para los ejercicios de meditación. Las mazmorras mismas son pensablemente simples. Algunas poseen surcos como desagües para agua y excrementos, pero eso no es la regla en absoluto. En superficie abarcan en promedio tres a cuatro metros cuadrados y permiten estar de pie solo con dificultad. El equipamiento interior consiste, además de un pequeño estante para libros similar a un altar, en el que también tienen su lugar los instrumentos mágicos, en el llamado "Gambi", un armazón cuadrado de listones que sirve a los Naljorpas para meditar en la posición de Buda con las piernas cruzadas y las plantas de los pies hacia arriba, para dormir y para morir. Si pierden la postura prescrita en la hora de la muerte, la puerta de la redención les queda cerrada para siempre.

Pero también hay cuevas de ermitaños en las que nunca puede penetrar un rayo de luz. Sus ocupantes se sientan durante años en su propio excremento y suben su comida al interior de sus terribles moradas similares a grutas mediante largas cuerdas. Solo después de doce años y al reconocer el conocimiento supremo pueden regresar al mundo de los sentidos y de los humanos. Para no quedar completamente ciegos al ver el sol, deben acostumbrar gradualmente sus ojos cansados de nuevo a la luz del día. Para este propósito se perforan diminutos agujeros en las paredes, que se amplían poco a poco hasta convertirse en pequeñas ventanas.

En el Tíbet está ampliamente difundida la creencia de que los místicos de los grados más altos, mediante el cierre de las impresiones sensoriales y la mortificación de la carne, han dejado atrás hace mucho los límites de la corporalidad física. Ante el poder de tal penitencia retrocede incluso la fuerza de los dioses, se dice en todo el país, y cuando los elegidos han sobrevivido el largo plazo con vida, tocan su cuerno de hueso humano, tras lo cual llegan mágicamente al aire libre en la posición sentada de Buda, no proyectan más sombra, han superado la gravedad y son capaces de posarse sobre una pirámide de ofrendas de granos de cebada sin que un solo grano se mueva de su lugar.

Para nosotros los europeos, las extravagancias de esta fe, detrás de la cual está la nada y acecha la locura, pueden dar la impresión deprimente de un sinsentido extremo. Pero no nos engañemos: Los



Tschorten in Gyantse

místicos tibetanos creen haberse deshecho de sí mismos y llaman a eso el dominio perfecto del espíritu sobre la materia, lo que podríamos llamar el poder voluntario sobre la ilusión.

Asustándose de sus propias visiones, creen dominar a humanos y espíritus. Se sienten como instrumento de una voluntad superior. En una simplicidad innombrable, han cambiado lo normal por lo anormal. Más allá del bien y del mal, elevados por encima del elogio y la reprobación, desinteresados entre los egoístas, sin deseos entre los deseosos, sus fuerzas del alma irradian desde el centro de su capacidad

de acción hacia lo ilimitado. Así ejercen poder, un poder anónimo, ilimitado sobre sí mismos y sobre otros. Con tales capacidades psíquicas que rayan en lo milagroso, experimentan con lo demoníaco en el humano, que en nosotros a menudo se pasa por alto deliberadamente para reemplazarlo por razón y conocimiento, creyendo así eliminarlo del mundo. Probablemente, el reconocimiento de tales sabidurías sea la razón por la que los diversos esfuerzos de reforma dentro de la iglesia lamaísta siempre concedieron su lugar al sistema tántrico. Así, el Tíbet mantuvo la unidad de la fe hasta nuestros días.

El flujo espiritual de los adeptos que surge de los ejercicios corporales y mentales no se limita solo a dirigir las fuerzas del humano en ciertos canales y combatir la codicia, la envidia, la ira, el orgullo, la pereza y la lujuria. Concentración mental, dominio de la voluntad, ejercicios de respiración, inmersión contemplativa, en resumen, el dominio consciente de todas las funciones corporales y mentales les permiten proyectar el mundo invisible en el visible y atraer y materializar a los espíritus de la infinitud del espacio. Poder entrar en trance a voluntad, practicar ciencias de adivinación, desencadenar efectos a distancia, mantener diálogos con sus alumnos a enormes distancias, enviar y recibir mensajes secretos, leer destinos vitales de las líneas de la mano y las arrugas de la frente, representar imágenes mentales corporalmente, utilizar las fuerzas de espíritus, demonios y de sus propias deidades protectoras para sus propósitos, mover su alma a abandonar el cuerpo y enviarla de viaje, transportarse a tiempos futuros, cargar objetos sacrales con ondas de fuerza, verificar sueños, identificarse con cualquier humano, pero también con animales y plantas, oír el torrente sanguíneo y el ascenso de los jugos; estos son los medios, transmitidos de generación

en generación bajo el sello de la más profunda confidencialidad, para guiar al mundo sufriente hacia la libertad.

CHORTEN EN GYANTSE

Por encima de la completa liberación de las cosas del mundo se eleva como último conocimiento de los adeptos tibetanos que también las fuerzas espirituales son solo una ilusión. Con ello, incluso Dios se convierte en ilusión y la vida después de la muerte en visión subjetiva, que, surgiendo en el espíritu del humano, fluye de nuevo al enigmático, siempre renovado torrente, de cuyo origen nada sabemos.

Otra sociedad sumamente curiosa entre los seguidores del Tantra la forman los Lunggompas o corredores místicos que no dependen de percepciones sensoriales, cuyo absoluto sentido de orientación parece burlarse de todas las leyes físicas. Debido a la falta de un servicio postal regulado en las infinitas soledades del alto Tíbet, se les considera mensajeros de importantes

mensajes de monasterio a monasterio. El poder de fórmulas mágicas les permite anular la gravedad de sus propios cuerpos. Mediante una técnica de meditación practicada durante años, recorren a todas las estaciones del año, a pesar de la nieve y el frío, enormes distancias sobre sus "pies alados". Su aliento les sirve como "caballo" y regula la actividad mecánica del cuerpo con la regularidad de un péndulo, mientras que la mente en estado de trance se considera como el jinete. Las desoladas soledades favorecen la concentración en la fórmula estimulante, con lo que se logra la necesaria armonía entre sílabas mágicas, actividad respiratoria y pasos voladores. Pueden controlar sus fuerzas físicas de tal manera que incluso la llanura norte de Tíbet, inhabitable para los humanos, la atraviesan en un ritmo de carrera en el menor tiempo posible y casi sin ingestión de alimentos. Con la cabeza echada hacia atrás, con la mirada fija en la lejanía, corren en una carrera continua y no retroceden ante ningún obstáculo. Sin embargo, los Lunggompas no deben ser dirigidos nunca, porque cualquier interrupción de su estado tendría como consecuencia la profanación de las fuerzas secretas y su muerte inmediata. También ellos entran en el Nirvana por el "camino directo".



Otros dominan las fuerzas de la naturaleza mediante el "Toumo". Esta elevación mística de anacoretas tibetanos embriagados de fe, que se deleitan en sentimientos sobrenaturales, sirve al desarrollo del "calor interior", que surge al sumergir los místicos su espíritu, rompiendo la envoltura carnal, en cualquier parte del cuerpo.

Envueltos en el cálido manto de los dioses, inhalando las cinco sabidurías de Buda y exhalando los pecados del mundo, elevando su ombligo a la diosa del fuego, en la clásica posición de loto, con las piernas cruzadas y las manos sobre las rodillas, los anacoretas se azotan ante el mundo helado de las altas montañas nocturnas hasta alcanzar el éxtasis supremo. Mediante el control absoluto de los órganos respiratorios, dejan que el "fuego" fluya hacia la sangre, con lo que la temperatura corporal se eleva automáticamente muchas veces. De esta manera, los "Räpas", en su mayoría solo deficientemente vestidos, soportan los mayores grados de frío en un entorno cercano a la muerte, sin sufrir daños en la salud. Algunos son capaces de separar completamente su espíritu del cuerpo, de modo que ambos, sin molestarse mutuamente, sirvan al mismo propósito. Al aliento helado de los glaciares oponen el calor del Toumo, realizando verdaderos concursos, tomando baños en arroyos helados, exponiéndose al poder de las tormentas de las altas tierras y logrando que sus ropas congeladas se descongelen y comiencen a secarse. El maestro más famoso del Toumo fue el propio Milarepa, el "Vestido de Algodón", el mayor poeta del Tíbet, quien se dice que practicó por primera vez el arte mágico durante las largas noches de invierno iluminadas por las estrellas, que pasó lejos del humo humano entre los glaciares del Monte Everest, la Madre Diosa del país.

Otro aspecto más del Tantrayana ha producido un fruto curioso en las cámaras del terror del "Gran Templo de los Dioses": el sexual. Allí están los dioses y demonios erguidos en abrazo sexual con sus "energías" femeninas, las Shaktis, para abarcar el mundo en éxtasis de donación.

Tiene una extraña particularidad con ellos.

Como es conocido, en todas las culturas orientales donde dominaba el budismo original, existía el derecho paterno y la mujer era valorada como un ser humano de segunda clase. También en el ámbito religioso, la superioridad del principio masculino llegaba tan lejos que todos los Buddhas, Bodhisattvas, dioses y santos eran casi exclusivamente de género masculino. La mujer estaba sujeta a una transformación sexual en el curso kármico y se convertía en un ser masculino en la serie ascendente de renacimientos.

El budismo original enseñaba la superación del amor sexual mediante la mortificación, y probablemente no haya una forma religiosa que condene tanto el placer amoroso como pecado como la doctrina de Gautama. A medida que crecía el panteón del budismo, las entidades divinas recibían su rango según el grado de mortificación de sus deseos. Cuanto más alto estaban, más sutil era la forma de satisfacción de sus necesidades amorosas, hasta el nivel de un mero toque mutuo de manos. Las deidades más altas, sin embargo, se concebían como seres asexuados.

En contraste, estaba el mito de la bisexualidad de los primeros humanos y del ser divino primordial, ese monoteísmo andrógino, como lo conocemos en la creencia popular de la humanidad de numerosas culturas primitivas.

En general, parece que el sentimiento religioso de la vida ha estado impregnado desde el principio con concepciones sexuales. Tierra y cielo, sol y luna se concebían como parejas divinas y en muchos textos sagrados lo erótico y lo místico están íntimamente entrelazados. El placer amoroso sagrado, la beatitud de la procreación y el culto fálico se remontan al menos al Paleolítico Superior joven. Parece como si la idea de que el ser humano vivió una vez como una unidad bisexual fuera algo tan dado por sentado como el amor sexual mismo. Solo a través de los deseos crecientes, como ya interpretó Platón, se produjo la división, y el anhelo de una reunificación final impregna los sentimientos religiosos de la humanidad hasta el día de hoy.

La contradicción más cruda de todas entre el budismo original y el tántrico surge ahora sobre la base de la afirmación de las eternas fuerzas generativas de la naturaleza a través de la filosofía de la unidad llevada por la antigua creencia popular, para la cual lo sexual ya no posee nada obsceno, nada ofensivo, nada pecaminoso y nada impuro. El deseo y el placer sensorial, enseña el tantrismo, necesitan una intensificación final y el mayor ardor para liberarse del engaño del yo y convertirse en medios de salvación y de las virtudes más altas. La idea de la unidad exigía que lo más alto y absoluto solo se pudiera alcanzar mediante la fusión íntima del principio masculino y femenino. Por lo tanto, se asignaron parejas femeninas a las deidades masculinas, las Shaktis, con las que se representan en unión mística en todos los templos tibetanos. Simbolizando las fuerzas enviadas al mundo, las Shaktis se representan como vírgenes desnudas con cuerpos hermosos y bien formados, adornadas con el horrible ornamento de cabezas humanas ensartadas.

Así, el acto de procreación fue consagrado y se atribuyó el valor religioso más alto a la unión cósmica de las polaridades masculina y femenina. Surgió una extensa simbología de ritos erótico-místicos mantenidos intencionalmente oscuros, y a las entidades más altas se les concedió un cuarto modo de ser: el cuerpo de la "gran lujuria". Equivalente al nivel más alto de espiritualización se convirtió ahora la unión entre dios y Shakti, la "Yab-Yum", la posición padre-madre, símbolo de la beatitud suprema. En ella, Yab significa lo luminoso, positivo, creador, indestructible, el rayo, Buda y la fuerza masculina, mientras que Yum simboliza lo sombrío, suave, receptivo, la misericordia, la flor de loto que se abre y, por lo tanto, el conocimiento, del que todos los Buddhas necesitan. La descendencia de la alta pareja no es otra cosa que la comunidad budista.

Por lo tanto, los dioses luminosos del cielo y de la tierra fluyen juntos en el acto de procreación como símbolo del secreto mundial supremo y forman una unidad con lo trascendente, lo único.

Pero el disfrute amoroso sin el conocimiento sagrado, que solo sirve a la satisfacción de los instintos, se considera entre los tántricos como una degeneración animal. Ignorando todos los mandamientos del Iluminado, permiten a sus sacerdotes ese matrimonio místico, que indica que todo lo terrenal, incluidos los leyes de la moral, solo tiene validez condicional y valor relativo. Como en ningún otro país, entre los sacerdotes tántricos del Tíbet se produjo un éxtasis de amor

lujurioso, que las maravillas de las orgías luminosas en sí incluían. Así, los maestros de las doctrinas secretas se entregan a excesos sexuales y enseñan a sus discípulos que, de acuerdo con la doctrina de la unidad, es un acto promotor de la salvación ofrecer al venerado gurú la esposa, la amante o la hija. En general, está extendida la creencia de que los adeptos del culto Shakti son capaces de reabsorber sus "pensamientos de iluminación" —así llaman al semen— después de la unión con su Shakti, para no perder las energías espirituales contenidas en él y, al mismo tiempo, perfeccionarse mediante las energías femeninas absorbidas.

Para asegurar su sucesión, los adeptos Shakti ordenan a sus discípulos que busquen "chicas con el conocimiento sagrado". Estas se reconocen por ciertas características corporales, formas del pecho y otras señales físicas. Para transferir las fuerzas mágicas del gurú al niño que se va a engendrar, la acción sagrada se realiza bajo un ceremonial muy especial, en presencia del gurú.

Numerosos gurús, por cierto, también han contraído matrimonios normales, antes de retirarse nuevamente a la soledad monástica para dedicarse a la vida en el espíritu. En general, sin embargo, la fundación de una familia se considera egoísta y egocéntrica entre los seguidores de Shakti, ya que ven su tarea principal en servir de ayuda a la totalidad de todos los seres vivos, que reconocen como la única familia.

También el misterioso fenómeno de la muerte, entretejido con una infinidad de ideas mágicas, ha ocupado desde siempre a los tantristas tibetanos.

La "ciencia de la muerte" es practicada por adeptos de un tipo especial. Se dice de ellos que celebran orgías terribles, comen carne humana y en cuevas oscuras tienen que librar combates espantosos con Yama, el dios de la muerte, en los que no rara vez encuentran la muerte bajo las apariencias más dolorosas.

Se trata de arrebatar al dios de la muerte, sediento de sangre, años de vida humana, de "recoger" el aliento y transferirlo a lamasistas creyentes, prolongando así su duración de vida en consecuencia. En estos complicados y peligrosos ritos mágicos, se concede la mayor importancia a la aplicación adecuada de las fórmulas de conjuro. Si el dios de la muerte ha logrado arrebatar a un humano que, según el cálculo astrológico, debería disfrutar de una vida de cincuenta años, ya a los cuarenta, el adepto intenta arrebatarle a Yama, sediento de sangre, la diferencia de diez años para transferírsela a otro humano. Armado con campana mágica, rayo y campana de espíritus, sumerge su espíritu en el Todo, sosteniendo la campana baja y el rayo alto.

La campana comienza a sonar y Yama es invocado. Ahora el adepto contrae sus brazos, sostiene la campana hacia la izquierda, el rayo hacia la derecha, y forma el "gancho", atrayendo a Yama muy cerca de sí. Luego, sus manos ejecutan movimientos extraños y serpenteantes, hasta que los dedos índices de ambas manos se tocan, con lo que el demonio, provisto de cascabeles, es atado y conjurado. Rápidamente, los atributos mágicos cambian de mano en mano. Nuevamente suena la

campana, y el mago es sacudido terriblemente de un lado a otro con los ojos muy abiertos y los rasgos convulsivamente distorsionados: el demonio, furioso de rabia, intenta liberarse. Ahora, con rostro sombrío, se agarra el puñal mágico y se lo clava dos veces en dirección a Yama y al mismo tiempo hacia el cielo. El dios de la muerte abandona su resistencia. En el éxtasis supremo y con ojos giratorios, el adepto dirige ahora el puñal mágico contra su propio pecho, con lo que se le perdonan todos los pecados y obtiene un poder sobrehumano. Una vez más, el puñal se clava en el dios de la muerte y luego se presiona firmemente contra el pecho. De esta manera, el mago logra recoger los "años de vida" y atraerlos hacia sí.

A menudo, los maestros del culto de la muerte me han hecho las preguntas más extrañas. ¿Si en el alto Himalaya me había encontrado con la "rana de nieve", cuya carne ejerce un efecto maravillosamente rejuvenecedor? ¿Si nuestros sacerdotes al menos eran capaces, como ellos, de leer los presagios de la muerte inminente en los aspectos del cielo? ¿Si podían adivinar los pensamientos de los moribundos en sus últimas horas para guiar las almas hacia renacimientos favorables? Cuando entonces negaba con la cabeza y tenía que confesar humildemente que tampoco nosotros habíamos encontrado el elixir de la vida, su interés en los logros de Europa generalmente se agotaba, y me contaban historias escalofriantes de cadáveres danzantes que obedecían sus órdenes y eran capaces de realizar acciones significativas. Con el fin de apaciguar a las deidades tántricas, en lugar de ofrendas suaves de flores y frutas, aún hoy se usan sacrificios de sangre.

La mayoría de las apariciones fantasmales son producidas por la fuerza de la imaginación, y aquellas escenas terribles de los infiernos budistas, donde demonios abren cuerpos humanos, atormentan a borrachos, cortan en pedazos a asesinos en vida y asan a avaros sobre fuegos abiertos, los adeptos también pueden experimentar conscientemente, así como son capaces de interpretar el futuro a partir de las entrañas de animales sacrificados y de sangre fresca, en cuya superficie aparecen caracteres místicos. Los misterios escalofriantes van tan lejos que los gurús usan sus poderes para, con el fin de probar su firmeza, despedazarlos en vida y, en recuerdo del acto de Buda, que en una reencarnación anterior se ofreció a los animales depredadores hambrientos, obligarlos a servir su carne temblorosa en un horrible banquete a los demonios. Aunque después todo resulte ser un engaño hipnótico, estos experimentos no rara vez terminan con la locura de los involucrados.

Dado que en la creencia de los tantristas, la intención y la acción son equivalentes, un acto malvado que solo se ha pensado y no se ha llevado a cabo es tan condenable como un crimen cometido. Por otro lado, su locura no retrocede ante aprobar incluso asesinatos, si estos ocurren solo por el bien del alma de las víctimas. Los actos sangrientos y las crueldades surgen de la compasión, dicen los adeptos en la consecuencia extrema del pensamiento de la unidad. Aún en nuestro siglo, la pasión y el error criminal llegaron tan lejos que el gran tantrista mongol y "lama vengador", una de las figuras más espantosas de la Asia moderna, "sacrificó" a prisioneros chinos según el ritual de la doctrina tántrica. Con huesos humanos afilados, les abrió las sienes, les arrancó los corazones latiendo del cuerpo, sacrificó los cerebros en los altares oscuros de las deidades tántricas y escribió con la sangre de sus víctimas signos místicos de victoria en banderas y estandartes.

Lo malo es como lo bueno, la paja como la seda, el excremento como la comida, el hedor como el perfume, el día como la noche y el sufrimiento como el placer. Así enseña la fe tántrica para demostrar la fantasmagoría del mundo de las apariencias y el engaño de la existencia.

Para purificarse, las pasiones se queman, los males se saborean y las atrocidades se elevan a la grandeza absoluta. Sin sentir asco, se consumen incluso las píldoras doradas de los excrementos de los budas vivientes. Se consideran como representación sobrenatural de una medicina fragante similar al ambrosía. Así, los tantristas superan paso a paso la ilusión del mundo mediante la abolición de todas las diferencias.

Es como una liberación cuando, después de superar empinadas escaleras, finalmente estoy en las empinadas doradas del Tsug Lha Kang y puedo respirar libremente de nuevo.

Debajo de mí se extiende el Parkhor. En una gran línea se elevan las filas de casas blancas como la cal, que a pesar de su severidad masiva siempre me sugieren la comparación con una ciudad fantasma irreal. En las fachadas exteriores se nota por todas partes una tranquila uniformidad que domina toda la imagen de la calle y crea una impresión cerrada y segura de sí misma. El Parkhor actúa como una acumulación de castillos que se han agrupado desde la lejanía del paisaje y, sin abandonar su carácter de fortaleza, se han reunido en forma de anillo alrededor del templo de la ciudad.

Esas son las grandes residencias patricias que, como personalidades obstinadas, llevan nombres propios, a los que se agregan los nombres de clan de las grandes familias. Son construcciones masivas de tres pisos, construidas con pesados bloques de granito, con muros alargados y pesados y marcos de ventanas en forma de cuña, que en muchos casos están adornados con hermosas tallas de madera pintadas de negro y rojo y con toldos colgantes de tela negra de pelo de yak.

Corresponde completamente al sentido práctico de los tibetanos de Lhasa, que, desde el más pequeño propietario hasta el más alto dignatario, ven en el comercio el objetivo principal de su vida terrenal, que la calle sagrada se profane al mismo tiempo como centro comercial de la Ciudad Santa a través de cientos de tiendas. Sin embargo, como muchos nobles consideran por debajo de su dignidad llevar a cabo negocios ellos mismos, han contratado agentes que mantienen los puestos de venta y, por encargo de sus señores, a menudo emprenden largos viajes de negocios a provincias lejanas.

Las relaciones comerciales de numerosos comerciantes de Lhasa se extienden, por lo demás, mucho más allá de las fronteras del Tíbet hasta China, India, Asia Anterior y Turkestán. La mayor parte de los productos chinos y japoneses que se negocian en el bazar llegan hoy por vía marítima a través de Singapur y Calcuta. Sobre todo, las hostilidades sino-tibetanas de larga duración contribuyen a que las grandes caravanas chinas, que a menudo están en camino de ocho a doce meses, aún hoy estén expuestas a la arbitrariedad ilimitada de generales, príncipes tribales y bandas de ladrones.

Dado que los hombres están mucho de viaje, casi todo el comercio minorista está en manos de las mujeres, que también dominan magistralmente el uso alternativo de su rosario como cadena de oración o máquina de calcular y otorgan al vida económica de la capital tibetana una nota propia.

Delante y al lado de las tiendas, que al estilo chino se pueden cerrar con tablas, durante las horas de mercado se instalan por todas partes mesas de madera cubiertas de mercancías, mientras que los comerciantes más pobres simplemente colocan sus mercancías en el suelo, a menudo en medio de la calle, y extienden un paraguas sobre ellas para protegerse del sol del mediodía. Los negocios más grandes se dividen en amplios almacenes subterráneos o a nivel del suelo y depósitos, a los que se adjuntan las salas de ventas abarrotadas de mercancías.

Las diferentes ramas comerciales están separadas espacialmente en el cuadrado del Parkhor, de modo que se pueden comprar alimentos solo en una, prendas de vestir en otra, artículos para el hogar y ferretería en una tercera.

puede comprar en un tercer lugar. Solo los carniceros y trabajadores del cuero no han encontrado lugar en el propio Parkhor por razones religiosas, sus tiendas se encuentran en callejuelas periféricas, donde yaks enteros secados o momias de ovejas emparejadas con cabezas y cuernos en posiciones extrañas se exhiben.

En la calle Parkhor se puede comprar prácticamente todo lo que el corazón desee. Además de artículos japoneses baratos, hay lana, sedas, telas de brocado y pulo, alfombras, pieles, hierbas medicinales, almizcle, todo tipo de alimentos, delicias chinas, vasos, porcelanas, perlas, corales, diamantes, turquesas, ámbar, trabajos en oro y plata, molinillos de oración, rosarios, lámparas de mantequilla, espadas, dagas, jabones perfumados, whisky, crema de menta e incluso cerveza de exportación alemana de la cervecería Schlüssel de Bremen.

Como artículo de importación más importante, no se debe olvidar mencionar el té en ladrillos chino, que se comercializa en la capital tibetana en no menos de cinco calidades diferentes.

Los negocios se realizan siempre en un ritmo tranquilo y pausado. A menudo se ven mujeres de negocios respetables que se acuestan mutuamente las cabezas en el regazo y se dedican durante horas a la caza mutua y al cuidado corporal. El sagrado Parkhor no es solo un lugar de actividad artesanal diligente, sino también de la vida familiar más íntima de las capas poblacionales simples.

El regateo general, el interminable regateo y negociación de precios, como es común en todo el Tíbet, se refiere naturalmente también a los objetos religiosos y los libros sagrados, que son ofrecidos en grandes cantidades por los lamas de los conventos individuales en la calle Parkhor. La mayoría de los escritos de contenido religioso están impresos de manera tan mala y sucia que incluso eruditos experimentados no pueden descifrar mucho de todo el manchón. Pero cumplen su propósito, traen ingresos a los sacerdotes y hacen creer a los compradores que han hecho algo extraordinario por la religión.

Dado que los dioses tibetanos no soportan el olor del tabaco, el carácter religioso de la calle Parkhor se preserva en la medida en que fumar está estrictamente prohibido. Una vez, al fotografiar una escena callejera, cuando imprudentemente enciendo un cigarrillo, me vuela una granizada de piedras alrededor de la cabeza, de modo que tengo que refugiarme en la casa de un noble amigo, quien, cuando le confieso mi pecado, pone una cara preocupada y trata de convencerme con toda su fuerza persuasiva de que habría perdido mi vida si me atreviera a desafiar de manera tan impropia a los poderosos espíritus del lugar sagrado. La superstición puede estar relacionada con el hecho de que cigarrillo en tibetano se llama "Schisru", que significa "destruir" o "aniquilar" y es interpretado por los gobernantes sacerdotales como si fumar destruyera la religión y enfureciera a los dioses.

Por el contrario, la buena gente de Lhasa, incluidos sus más altos dignatarios sacerdotales, es extremadamente aficionada al tabaco de rapé, porque con su ayuda se pueden aturdir todos los pequeños "gusanos" que causan dolor de cabeza y resfriado y obligarlos a buscar a sus enemigos.

Pronto los habitantes de la Ciudad Santa se acostumbran a nuestras excursiones diarias, de modo que nunca ocurren incidentes graves y la mayoría de las veces permanecemos completamente sin molestias. Sin embargo, es recomendable no causar disturbios en el Parkhor demasiado temprano por la mañana, ya que desde el amanecer, cientos de personas, incluidos los más altos dignatarios del estado, completan diariamente sus rondas sagradas del Parkhor. A menudo me quedo absorto en el bullicio del extraño acontecer, escucho las oraciones fervientes de los creyentes que pasan o observo a los bailarines populares que van de casa en casa, en cuyos remolinos y danzas salvajes se revela toda la pasión impetuosa del pueblo libre de las altas tierras.

Todo aquí está impregnado y atravesado por ese olor exclusivamente tibetano, que es una mezcla picante-aromática de enebro, mantequilla rancia y el humo de los fuegos de excrementos de yak. Todas las clases de la población tibetana se reúnen en la calle Parkhor, desde mendigos harapientos, sirvientes pobres en ropas de lana sucias y grasientas con gorras rojas desgastadas con borlas, soldados rancios en uniformes caqui raídos con sombreros deshilachados y largas trenzas untadas de mantequilla —un último relicto de servilismo de China, prohibido hace mucho tiempo— hasta los más altos sacerdotes con oro rojo resplandeciente y aristócratas relucientes en seda.

Cuántas veces veo a todos los jinetes que vienen por el camino bajarse repentinamente de los caballos, quitarse las cubiertas de la cabeza y quedarse de pie al borde de la calle con la espalda inclinada, sorbiendo saliva con ansiedad.

Y entonces irrumpen, en el paso de ambladura, la forma más rápida de movimiento permitida entre los aristócratas de Lhasa. Pues también las normas de equitación de los altos tibetanos están reguladas según la antigua tradición. El galope se considera indecoroso, el trote incluso decididamente plebeyo, ya que el ritmo de arriba y abajo desordena los altos sillines de torre cubiertos de alfombras con estribos cortos y podría aflojar las preciosas piedras de las órdenes incrustadas de joyas. Solo el ambladura, en la que los orgullosos animales lanzan sus piernas fibrosas hacia adelante por pares y llevan las cabezas de orejas pequeñas con fosas nasales resoplando erguidas, se considera en Lhasa como la forma verdaderamente noble de montar. Me parece que esta forma de andar preferida en todo el Tíbet es una adaptación a las necesidades de las infinitas altas tierras. Mientras que los caballos que trotan y galopan se cansan pronto, los ambladores pueden recorrer distancias dobles o triples sin fatigarse a sí mismos ni a sus jinetes. Los animales se entrenan de tal manera que se les deja pastar con las piernas izquierdas atadas y luego con las derechas unidas, por lo que adquieren el ambladura balanceante por sí mismos.

En cualquier caso, difícilmente se puede imaginar una imagen más hermosa que estos aristócratas tibetanos uniformados pintorescamente, que parecen fusionados centaúricamente con sus caballos indómitos, cuando cabalgan por las calles en ambladura balanceante. Con su séquito rojo susurrante de seda, parecen visiones de tiempos pasados hace mucho. Inaccesiblemente dignos, en largos y relucientes vestidos de brocado, de los que solo asoman las botas tejidas de colores, irrumpen a través de callejones formados rápidamente, sin prestar la menor atención a la multitud que se inclina reverentemente.

Más que en cualquier otro lugar de Lhasa, en la calle Parkhor se tiene la impresión de que la población de la capital tibetana es una mezcla racial abigarrada. Además de tibetanos de las estepas altos y khampas vestidos con pieles de oveja, que recorren las calles en grupos con sus mujeres salvajes y semidesnudas, en este caldero de pueblos altoasiáticos destacan especialmente los esbeltos y altos musulmanes de Cachemira con sus imponentes barbas.

De los aproximadamente mil nepaleses, la gran mayoría pertenece a la tribu de los newaris, que viven como herreros de cobre, plata y oro en comunidad cerrada en el borde norte de la calle Parkhor. En contraste con los gurkhas hinduistas, que representan decididamente el elemento más progresista y probablemente también el más activo mentalmente entre todos los extranjeros establecidos en Lhasa, los newaris lamaístas están casados en su mayoría con mujeres tibetanas. Por lo demás, se han adaptado completamente a las necesidades del país.

Los nepaleses en Lhasa disfrutan desde hace mucho tiempo de ciertos derechos extraterritoriales, como también no están sujetos a la jurisdicción tibetana.

A la comunidad nepalí se unen en el noreste las ricas tiendas de los comerciantes de Cachemira, mientras que los hijos de Han viven en su mayoría en el lado sur del Parkhor, donde también se encuentra la embajada china. En total, hoy en día debe haber unos 500 a 600 chinos establecidos en Lhasa, entre los que a su vez los comerciantes de Tatsienlu, Sining y Jekundo juegan el papel principal. En contraste con los dunganos musulmanes de Kansu, que se han mantenido puros, la mayoría de los chinos están casados con tibetanas. Este método de colonización seguido durante mucho tiempo se remonta a una antigua ley que prohibía a todas las mujeres chinas abandonar el área de la Gran Muralla y así el propio China. Incluso los funcionarios casados que servían en las provincias exteriores occidentales no podían llevar a sus esposas al extranjero, por lo que los pueblos vasallos de Asia interior se impregnaron relativamente rápido con sangre china.

Desde el centro de Lhasa, el camino lleva ahora a través de la parte occidental de la ciudad hacia el anillo exterior, el Lingkhör.

Aparte de la gran carretera de salida que lleva a la India, que incluso está pavimentada en parte y algunos palacios patricios apartados, así como la embajada nepalí, este también representa para las demás partes de Lhasa un barrio típico, un feo laberinto de callejuelas pequeñas y angostas. En contraste con el Parkhor limpio y pavimentado, la falta de higiene aquí no tiene límites. Cuando el sol ilumina por la mañana temprano los símbolos de buena suerte colocados en todos los portales y las murallas adornadas con "trampas para espíritus" en forma de antenas comienzan a absorber el calor, los olores más raros recorren las calles de la Ciudad Santa.

Lo que se ha acumulado durante la noche de indecibles se pisotea durante el día por los cascos de los caballos, hasta que por la tarde llega la tormenta de polvo y contamina el aire con basura arremolinada. Así va día tras día. Y las personas supersticiosas siguen viviendo en la firme convicción de que cualquier pretensión de riqueza en renacimientos posteriores se anularía si la limpieza y el sentido del orden prevalecieran. Esa es también la razón por la que el pueblo simple lleva universalmente una pátina negra y solo muy raramente se somete a un lavado corporal para deshacerse de las costras de suciedad acumuladas.

El proverbio chino que dice que Lhasa es una ciudad llena de demonios que viven de excrementos, probablemente tuvo su origen en este barrio. Practicando una especie de gimnasia pulmonar, corremos con la nariz tapada a galope tendido, esperando una oportunidad favorable para tomar aliento de nuevo. Por todas partes yacen cráneos, huesos y cadáveres de caballos medio secos, de los que se alimentan perros sarnosos, con costras y demacrados hasta el esqueleto. Los pocos

espacios abiertos están cubiertos de charcos pestilentes y montones de basura. Entre ellos pululan cuervos negros, cerdos cebados y pequeñas vacas desgredadas que viven de excrementos. Los dueños de casas a los que los desechos humanos frente a sus portales resultan antipáticos cuelgan largas cuerdas de pelo de yak con trozos viejos de botas y ropa de esquina a esquina de la casa para animar a los queridos transeúntes a buscar otros lugares. Desafortunadamente, parece que esto sucede solo raramente. Los desechos de las casas aterrizan en embudos similares a chimeneas directamente en las callejuelas, y solo los perros medio hambrientos se encargan de su destrucción.

Lo poco que el ser humano tibetano se acostumbra a las innovaciones, especialmente en este aspecto, nos lo ilustra el hecho de que un "jefe de policía" progresista tuvo que soportar repetidas lapidaciones hasta que finalmente comprendió que la gente estaba dispuesta a gastar sumas enormes para fines religiosos, pero no quería sacrificar ni un tanka para la limpieza de las calles. Sin embargo, cuando después de considerables esfuerzos logró construir un baño público, los ciudadanos de Lhasa seguían prefiriendo las calles abiertas al nuevo establecimiento, de modo que solo gorriones y palomas salvajes encontraron una nueva y bienvenida oportunidad de anidación, mientras que la suciedad en las calles permanecía igual. Con buen tiempo, la vida de los habitantes también en este barrio infestado de miasmas no se desarrolla dentro, sino frente a las casas. Las herrerías, por ejemplo —son en su mayoría mujeres las que ejercen este oficio poco apreciado— van de calle en calle realizando su arduo trabajo, y sus niños piojosos, con grumos de suciedad como terrones de ébano colgando en el cabello enmarañado, juegan alrededor de ellas semidesnudos, sin importar el frío. Aunque no parece haber desempleados excepto la casta de mendigos profesionales, la población común de la capital es tan pobre y poco exigente como todo el pueblo tibetano.

Estas personas no conocen la abundancia, solo el tiempo les sobra en abundancia derrochadora.

En un sitio de construcción, donde los vecinos se reúnen para ayudarse mutuamente, nos recibe el canto de trabajo monótono de los albañiles. Cuando nos disponemos a filmar el pausado descargar de los animales de orejas largas que han transportado pesados bloques de granito desde las montañas cercanas, el futuro dueño de la casa nos invita amablemente a observar de cerca la inusual actividad. Después de que los hombres han colocado las piedras de borde de las paredes con cantos frescos y alegres, los espacios intermedios se rellenan. Esta parte del juego de construcción acogedor la realizan chicas que toman piedras planas del tamaño de un ladrillo en la mano, las levantan lentamente a la altura de la cadera y toman un respiro, hasta que resuena el grito del constructor pidiendo a los dioses suerte y riqueza y dejan caer las piedras sobre el barro húmedo. Luego, el ritual de construcción requiere la inserción de otra estrofa que honra a los dioses, hasta que el juego atemporal comienza de nuevo con los mismos movimientos inimitablemente lentos. De esta manera, veinte a treinta trabajadores de la construcción tibetanos realizan en una hora aproximadamente el mismo trabajo que un albañil decente en nuestro país haría en apenas un cuarto de hora. Incluso los pequeños cubos de barro se vierten tan pausadamente, las tablas se colocan tan lentamente, los taladros se manejan con tanto cuidado y la arena se coloca tan pensativamente en los tamices, que con la mejor conciencia podemos prescindir de la cámara lenta para capturar filmicamente las fases individuales de los procesos de trabajo. Los tibetanos simplemente tienen sus propias medidas para el tiempo y el espacio, sus fuerzas de trabajo cuestan casi nada, no se espera lluvia en los próximos meses, ¿por qué entonces la construcción no debería crecer hasta convertirse en una casa imponente a pesar de todos los espíritus malignos y demonios?

Con la agradable certeza de que disputas partidistas, desempleo, preocupaciones salariales, insatisfacción y rostros amargados son conceptos completamente ajenos a los alegres trabajadores de la ciudad de los dioses, nos despedimos del extraño lugar de trabajo y continuamos nuestro recorrido.

En la periferia occidental de la ciudad se eleva en medio de un entorno suburbano desolado el puente de turquesa llamado "Yutosampa", una bonita estructura cubierta al estilo chino, completamente cubierta con brillantes azulejos vidriados, hermosas cabezas de dragón y gyaltsen. Aquí se encuentra en un terreno cubierto de desechos y cadáveres de caballos apestosos, asediado por mendigos y perros sarnosos, la ruina del otrora famoso monasterio de Tengyeling, cuyo abad pactó con los chinos durante la guerra de liberación tibetana, por lo que el edificio histórico fue arrasado hasta el suelo en 1912 por orden del Dalai Lama.

Más tarde, la "oficina de correos estatal" tibetana se estableció en los restos del monasterio desafortunado, donde unos pocos lamas entrenados en India, bastante desaliñados y que hablan un inglés pobre, se han dedicado al dios del progreso. Por lo general, el correo se transporta a caballo, mulas o corredores de relevo de estación en estación, de modo que el correo importante puede llegar a Gyantse en aproximadamente tres días. Aunque el estado tibetano no está afiliado a la Unión Postal Universal y las cartas destinadas al extranjero deben ser provistas más tarde con sellos británicos-indios o chinos, los tibetanos no se han privado de imprimir sus propios sellos muy bonitos, aunque completamente inválidos, que se sellan en Lhasa con un sello igualmente inválido.

Para un transporte rápido de correo, sin embargo, un buen propina hace un servicio mucho mejor que los sellos de Lhasa estampados con los dos leones luchando.

En cuanto al tráfico de dinero, la todopoderosa rupia india ha conquistado hace mucho el campo en Lhasa, después de desplazar primero el zapato de plata chino y luego el rublo ruso. Otro signo de la influencia de Gran Bretaña en el Tíbet es el telégrafo estatal, que se estableció contra la oposición del partido conservador de los monjes y la Asamblea Nacional, por orden de Tsarong y el Consejo de Ministros. Aunque las líneas a menudo no funcionan durante semanas y los postes torcidos son derribados por las tormentas de las altas tierras cada pocos días, nos encontramos temporalmente en la afortunada situación de poder transmitir noticias importantes de la capital más solitaria del mundo a Berlín en pocos días.

Cerca de la calle Lingkhör, cerca de un arco de puerta en ruinas de la muralla de la ciudad demolida hace mucho tiempo, se encuentra otro sitio histórico. Aquí estuvo hasta la revolución china de 1912, junto a barracas militares, un teatro de Pekín y un restaurante chino, en medio de jardines de placer, el palacio del Amban chino, el gobernador del Hijo del Cielo en Pekín. Hoy solo dos leones de granito solitarios montan guardia frente a la ruina derruida. Como últimos testigos de piedra, anuncian, solos y abandonados, el poder desaparecido del Reino del Medio, que sostuvo al Tíbet tan firmemente en sus brazos gigantes en la época de los grandes emperadores manchúes.

El "anillo exterior" se acerca en la periferia sur de la ciudad a unos cientos de metros del Kyichu. Dado que el poderoso río suele inundar el valle de Lhasa kilómetros a la redonda durante los meses lluviosos de verano, está delimitado a lo largo de toda la longitud de la ciudad por un sólido muro de dique hecho de rocas eruptivas similares al basalto, que fue construido por la población tibetana en trabajo forzado a partir de la muralla de la ciudad demolida por sus tropas, por orden de un general chino. En la actual época seca, el Kyichu rueda sus aguas profundas de color turquesa en un solo cauce de apenas ochenta a cien metros de ancho, de modo que se pueden operar transbordadores en varios lugares. En una bahía similar a un puerto, incluso se cargan escuadras enteras de botes de piel con enormes balas de lana y se envían río abajo a Chedishö en el Brahmaputra, donde se encuentra el centro del comercio textil de Lhasa-Tíbet.

Entre el río y la ciudad hay parques rodeados de muros de piedra o barro, en los que algunos de los aristócratas más progresistas han construido palacios maravillosamente hermosos que, con sus grandes y amigables ventanas y amplios portales, parecen cosas intermedias entre castillos tibetanos y bungalows indios. También "nuestro" Tredilingkha pertenece como casa de huéspedes del gobierno a la serie de estas residencias amigables. Además, hay una serie de bonitas casas de placer de un piso, los trokhangs, que con sus coloridas verandas, hermosas pinturas al fresco, patrones de

techo similares a espinas de pescado, conjuros para ahuyentar espíritus y otros ornamentos cuentan entre las construcciones más encantadoras de la Ciudad Santa. Independientemente de si los trokhangs están en posesión estatal o privada, suelen servir para fines representativos, como recepciones estatales, diversiones y otras reuniones sociales, en cuya ejecución los tibetanos son maestros indiscutibles. Los "altos diez mil" de la ciudad suelen dar sus citas semanales aquí durante los calurosos meses de verano, para intercambiar visitas, agasajar a huéspedes y preparar algunas horas despreocupadas a amigos y vecinos.

La gente simple, en cambio, rinde homenaje preferentemente a los banquetes de picnic, ese "deporte nacional" y el mejor pasatiempo de la población



Tschamtanz im Potala



Matoropfer

urbana. Ya en la primavera temprana se pueden encontrar en días soleados bonitos grupos de compañías que se divierten, que han salido con niños y todo al Lingkha para montar sus tiendas, cocinar, beber té y chang, bailar, cantar, jugar a los dados, jugar y pasar el día con amigos y conocidos en la más hermosa armonía al aire libre. Ya sean comerciantes, propietarios o artesanos, todos aman, dondequiera que se presente la oportunidad, escapar de sus viviendas sofocantes para disfrutar en la brillante luz del sol de las alegrías del ocio.

En dirección a Potala y Tsogpuri, se unen a ambos lados del Lingkhör luego bosquecillos salvajes de espino amarillo y arboledas artificiales de álamos y sauces, que, también propiedad del gobierno, están rodeados de altos muros. Un funcionario superior se encarga del cuidado de estos encantadores "lingkhas de bosquecillos de zorzales", en los que incluso cada tres o cuatro años se permite talar un poco de madera de manera planificada, aunque no antes de haber invitado amablemente a los espíritus de los árboles a abandonar sus antiguas moradas.

En estas zonas secretas y poco visitadas, que he elegido como mi propio coto de caza, hay muchos rincones escondidos, arroyos acogedores y riachuelos gorgoteantes, que en la estación fría representan un verdadero paraíso para todo tipo de especies de aves, ya que los animales se sienten seguros de cualquier perturbación en estos densos bosques amurallados. Paso muchas horas de soledad en estas aguas corrientes, y cuentan entre las más hermosas que vivo en Lhasa.

y cuentan entre las más hermosas que vivo en Lhasa.

Aquí, ya en febrero, los pares de cuervos grandes se preparan para la cría, aquí excavan en el suelo fangoso las becadas solitarias y los andarríos bastardos, y muchos coloridos abubillas, pinzones de montaña, camachuelos carmín, prinias de pecho rojo y colirrojos gigantes de cola roja ardiente revolotean en las densas ramas y matorrales. Como residuo de una antigua fauna forestal, también aparecen aquí dos especies muy raras y valiosas de charlatanes de cola larga, que al acercarse el humano huyen con sus largas colas como ardillas o entonan conciertos chillones de muchas voces.

El Lingkhör, de dos a tres metros de ancho, conduce ahora directamente a través del cinturón de parques del sur. En algunos lugares aparecen lugares baldíos y de maleza, que gozan de la misma popularidad como lugar de juegos para niños que como campo de ejercicios para la guardia personal del jefe de estado. Pero también numerosos ovejas pastan aquí y excavan raíces del suelo polvoriento y seco. Muros de piedras de oración y antiguos chortens venerables que simbolizan los cuatro elementos íntimamente unidos, pequeñas nichos y capillas, árboles divinos antiguos decorados con banderas de oración y budas en miniatura, en cuyos troncos huecos se venera a genios y espíritus locales, y no menos importantes labtses gigantes, en su mayoría compuestas de feldespatos y cuarzos, pirámides de piedras, bordean la carretera de circunvalación poblada por multitudes densas de creyentes. A ambos lados del camino crecen sauces de ofrenda retorcidos de manera extravagante con troncos en forma de sacacorchos, que se retuercen horizontalmente sobre el suelo como cuerpos de dragones entrelazados, para finalmente elevarse a sauces llorones de múltiples troncos con un denso follaje de ramas finamente articuladas.

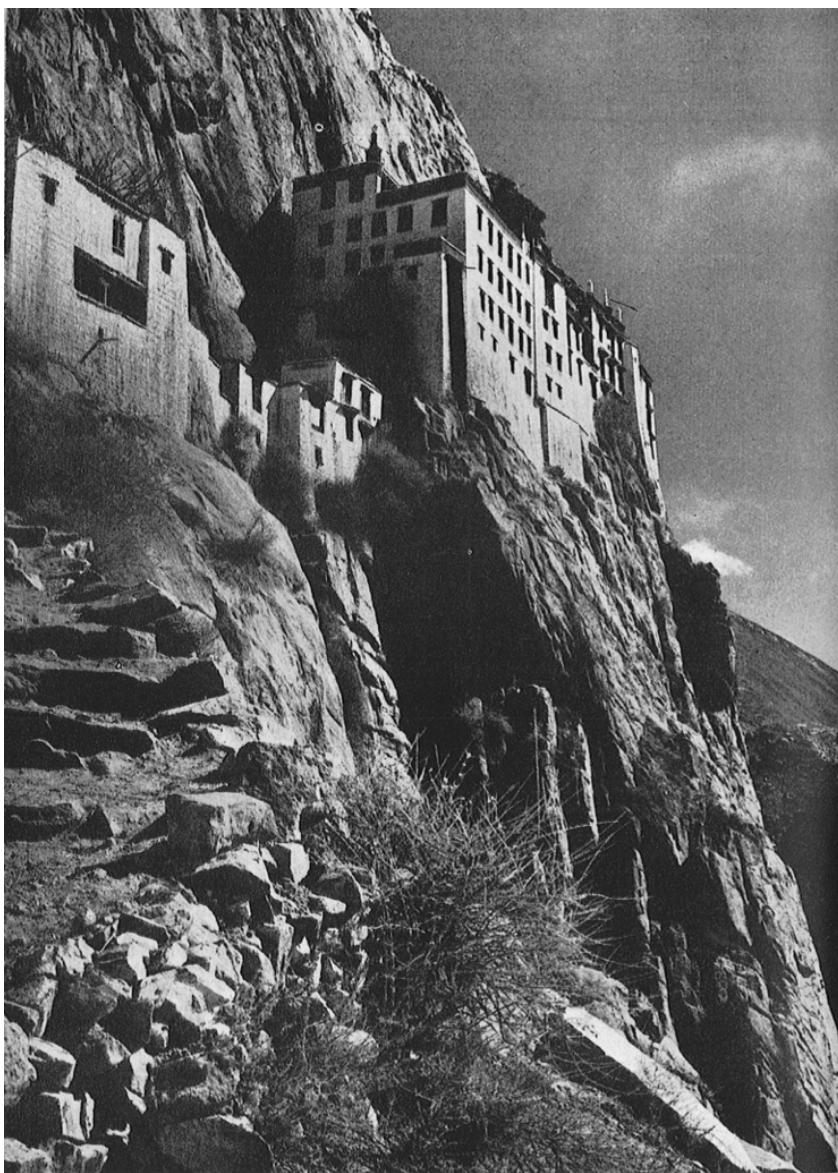
Estos "árboles del mundo" laberínticos son verdaderamente un espectáculo extraño, que encaja perfectamente con la maravillosa actividad en la calle de circunvalación más famosa del Tíbet.

Ahora el camino toca un pequeño arroyo, donde piadosos peregrinos ahuyentan a los somormujos pescadores pecaminosos, alimentan a pececillos sagrados con harina de tsampa y "imprimen"

innumerables budas en la superficie del agua lisa como un espejo con formas huecas talladas especialmente.

Nuevamente pasamos por sauces giratorios sagrados, cuyos troncos huecos están completamente llenos aquí de figuras de ofrenda, budas en miniatura y pequeños chortens, hasta que el gran río se acerca directamente al Lingkhör en un lugar particularmente profundo. Aquí habita en un remanso profundo de color azul oscuro, delimitado por orillas empinadas, en el que apenas se percibe movimiento de agua, un poderoso "Lhu", un demonio del agua, al que antiguamente incluso se sacrificaban cadáveres humanos. En un sauce que se inclina profundamente sobre el agua, adornado con miles de banderas de oración ondeando al viento, se encuentra la vivienda similar a un nido de pájaro, forrada con trapos y harapos, de un conjurador de espíritus, que aquí ha montado guardia durante años en viento y clima y se ha sacrificado a sí mismo a su fe fanática.

Lejos a la redonda se elevan sobre el amplio valle los montañas salvajes y desgarradas. Suavemente bañadas por la luz del sol, brillan en maravillosos colores pastel suaves, mientras que el Potala, elevándose alto y visible desde todos lados, se eleva como un castillo de hadas blanco y rojo en el cielo azul profundo.



Felsenkloster bei Lhasa

Visto desde el Lingkhör, el castillo de la estirpe inextinguible de los sacerdotes-dioses causa la impresión más profunda. Sus murallas blancas como la nieve que se elevan abruptamente, que encierran el "Podrang Marpo", el palacio rojo, con las habitaciones privadas de los Dalai Lamas a ambos lados, actúan como una visión de otro mundo, como el toque invisible con un plan gigantesco, una idea inconcebible.

Gansos casarca rojos, que se consideran encarnaciones de lamas sagrados, circundan los pretenciosos techos dorados para buscar lugares de anidación adecuados en muros y recovecos.

En un sendero muy transitado, ahora se va sobre un puente de piedra bellamente curvado a un enorme montón de basura pululante de urracas, cuervos grandes y perros sarnosos, donde un policía que cose suelas de zapatos monta guardia divina entre el palacio que se eleva al cielo y el humo

de los desechos. Justo al lado, mujeres del agua con cubos colgando se reúnen en un viejo pozo de cuerda para el chisme diario y lanzan miradas inequívocas a los conductores de caravanas que vienen de largos viajes.

Frente al portal principal construido como una fortaleza se encuentran como testigos más antiguos de la historiografía tibetana un maravilloso obelisco y dos bonitos templecillos chinos. Placas conmemorativas de piedra revelan antiguas inscripciones del siglo VIII sobre los éxitos del ejército tibetano contra los emperadores Tang en lengua tibetana y china. Dado que lamentablemente ya están muy dañadas, lenguas maliciosas afirman que los chinos, cuando obtuvieron permiso para copiar las inscripciones, mutilaron arbitrariamente todos los nombres de las ciudades chinas conquistadas por los tibetanos.

Una sucesión de escaleras anchas y poderosamente extendidas, protegidas por fuertes murallas a todos lados, subraya la impresión de imponente capacidad defensiva. Así se eleva el Potala en toda su incomparable belleza y grandeza que no se puede capturar en palabras.

De manera igualmente maravillosa actúa la escuela de medicina construida como un castillo en la empinada montaña piramidal de la colina de hierro a la izquierda. En ningún lugar de Lhasa se experimenta una vista más elevadora que desde el monasterio rocoso cerca de Lhasa.

la más alta torre de este Tsogpuri. Reluciente en la luz del mediodía, el gran valle, solo interrumpido abruptamente por el omnipresente Potala, yace en paz silenciosa. Sobre él, el cielo azul y una cúpula de luz. El río que se divide en muchos brazos en dirección occidental, las amplias superficies de arena amarilla, los parques relucientes de Norbulingka, las grandes zonas pantanosas hacia Drepung y la ciudad blanca resplandeciente que se desvanece en la niebla en el este, forman un acorde inolvidable de colores y atmósferas. El sol caliente quema la nieve en las altas laderas hasta convertirla en vapor hirviente. Atrae las torres de nubes blancas desde el oeste. Y por las tardes siguen columnas de polvo furiosas, hasta que el rojo del atardecer transfigura nuevamente el paisaje. Entonces las siluetas de los monasterios brillan de manera bizarra en el resplandor flameante, y en la orilla del Kyichu están los caballos como siluetas oscuras contra la corriente plateada.

El aire aquí arriba es tan claro y puro que los lamas ubicaron la sede de los dioses médicos supremos de su país en esta montaña y por lo tanto también consideran la fuente que brota al pie de la colina de hierro como particularmente milagrosa, pura y sagrada. Está dedicada al Bodhisattva Vajrapani, el portador de la lluvia y protector de los dioses serpiente que escupen agua, y se considera una especie de Lourdes tibetana.

Multitudes polvorientas de peregrinos se mueven en todas las fases de movimiento imaginables, girando molinillos de oración, recitando rosarios y murmurando "Om Mani Padme Hum" por la vía sacra hacia la fuente sagrada, hacia la "piedra de la gota" y hacia la "roca del reumatismo", donde frotan sus miembros enfermos. Apiñados como grotescos seres fabulosos, los afligidos caen en el chagsalwo. Avanzando uno o dos pasos, se levantan nuevamente, juntan las manos sobre las cabezas, las llevan a la frente cenicienta, a la boca y al corazón y se dejan caer nuevamente a la tierra para trazar una raya en el suelo con las manos extendidas, antes de levantarse nuevamente y comenzar de nuevo la ardua procedimiento de deslizamiento. Al ver estas imágenes de la devoción más profunda, cuando docenas y cientos de fanáticos creyentes yacen en filas largas en el polvo, se arrastran hacia adelante y caen nuevamente al suelo, siempre experimento un profundo e indescriptible escalofrío.

La mayor cantidad consiste en ancianos y mujeres mayores que hace mucho tiempo han dejado atrás la flor de sus años y ahora comienzan a prepararse para la próxima vida. Es verdaderamente

una imagen patética ver a los ancianos tambaleantes y a las ancianitas desdentadas envueltas en largas capuchas que caen sobre los hombros, en la temprana mañana del Señor, cuando el sol reluciente de niebla asciende de las frías nieblas del río y teje hilos dorados y coloridos en la mañana, gateando sobre las piedras frías. Pero también dignatarios y aristócratas están allí. Para ser considerados verdaderos monjes mendicantes y no ser reconocidos por nadie, se han embadurnado las caras gruesas con hollín. Cuando una vez reconozco a dos de mis amigos embadurnados de hollín en el hábito de mendigo gris ceniza, se arrojan ante mí en el polvo, ocultan sus rostros y continúan su circunvalación solo después de que me he retirado discretamente.

Otros renuncian completamente al incógnito, se dejan acompañar por enjambres de sirvientes y consideran todo como un ejercicio matutino saludable. Muchos también son seguidos por sus drolligos "abzos", los pequeños terriers de Lhasa peludos. Otros mantienen ovejas domesticadas con cascabeles que trotan fieles como perros, considerándolas los compañeros más adecuados para sus viajes matutinos que promueven la salud.

En la ladera sur empinada del poderoso palacio rocoso de Tsogpuri se eleva un sauce divino sagrado, cubierto completamente con banderas de oración. Aquí el Lingkhör sube a paredes lisas, donde cientos de budas y santos bordean la calle. En parte, las figuras están talladas en la roca natural y en parte pintadas en placas de pizarra sueltas y colocadas en pequeños santuarios y cuevas. Numerosos nichos rocosos también contienen estatuas de buda enanas formadas de arcilla, que parecen hombrecillos entre las placas rocosas pintadas de colores. También estos signos son adorados en sucesión ininterrumpida por enjambres de peregrinos que se inclinan reverentemente.

Aproximadamente desde la mitad de la roca, el camino santo, aquí apenas de un metro de ancho, desciende nuevamente en dirección occidental para finalmente, pasando por una serie de grandes tambores de oración, liberar una vista abrumadora de peculiar belleza. No menos de cinco mil budas hermosamente pintados, rojos, dorados y azules, rodean en filas de veinticinco imágenes individuales cada una a tres grandes budas magníficos incrustados en una pared de pizarra lisa. Este mosaico rocoso resplandeciente de colores cubre horizontal y verticalmente escalonado toda la pared, cuyas partes inferiores han sido completamente pulidas por las frentes de los peregrinos y han adquirido una pátina similar al mármol. Justo al lado se abre una estrecha grieta rocosa que representa la corona de un chorten, en la que solo se necesita sumergir las manos para liberarse del "dolor de hígado". Otras budas de piedra con propiedades salvíficas y apotropaicas similares siguen. También deben ser tocadas con la frente por los peregrinos que pasan. Sobre toda la pared de budas ondean miles de banderas mani coloridas, caballos del viento impresos en papel y guirnaldas ondeantes que llegan hasta las copas de sauces opuestos.

Muy cerca se encuentra un pequeño parque con una casa bonita, Dekilingka, el "jardín de la felicidad", donde las misiones británicas-indias presentes en Lhasa desde 1904 suelen establecerse apartadas del bullicio de la ciudad.

Aquí el Lingkhör abandona la dirección occidental mantenida hasta ahora y gira bruscamente hacia el norte hacia la carretera principal de caravanas que viene de la India. Allí se encuentra a la sombra de la roca médica el Gundeling, uno de los cuatro famosos monasterios reales de la capital tibetana. En la medida en que no fueron destruidos intencionalmente como Tengyeling, estos conventos reales aún hoy son muy ricos, poseen en relación con el número de sus habitantes enormes tierras en todas las partes fértiles del país tibetano y tienen un carácter exclusivo y noble en cuanto a la selección de sus monjes. En contraste con los grandes conventos estatales Drepung, Sera y Ganden, cuya enorme cantidad de miembros está sujeta a un cambio constante, el número de monjes seleccionados en los monasterios reales no debe superar los 500 nunca.

Como sede de altas encarnaciones divinas, los monasterios reales han tenido desde siempre una posición única. En tiempos pasados poseían una especie de posición monopolística para los cargos de regentes, que gobernaban de facto hasta la mayoría de edad del respectivo Dalai Lama. Sin embargo, cuando el último 13º Dalai Lama fue el primero en más de un siglo en llegar al gobierno sin ser asesinado en la edad crítica de 16-18 años, también los abades de los monasterios Ling tuvieron que renunciar a ser la balanza en la balanza política del país de los dioses.

Viviendo en noble aislamiento, los sacerdotes de los monasterios reales han sabido preservar sus derechos ancestrales con la intolerancia que les es propia. Además del deseo de interiorización divina, soñaron durante siglos con poder e influencia. Elevando la tolerancia de los tormentos terrenales a dogma, prometieron a los humanos la liberación en el reino de la luz, y todos los santuarios que brillan en el suave resplandor de innumerables lámparas de mantequilla fueron medios bienvenidos para mantener al pueblo en hipnosis cautivadora, en trance sin voluntad. Como una telaraña tenaz, los hilos de la araña roja de los monasterios reales se extendieron sin distinción alrededor de cualquiera que intentara actuar en contra de los deseos de los poderosos abades.

La vida monástica se desarrolla según reglas y leyes estrictas. Temprano por la mañana, el golpe de viga llama a los sacerdotes al servicio ritual. Luego resuenan sonidos extraños y escalofrantes de trompetas retumbantes de las capillas lama para invocar a los dioses al servicio diario de consagración. Patios y salas, templos y chortens, cabañas y casas están llenos del murmullo sordo y solemne de los monjes orantes. Dos veces al día se interrumpen las prácticas de fe. Entonces se ve al ejército de lamas ondeante reunido en la luz del sol en los techos dorados de los templos para tomar té y tsampa de pesadas jarras de cobre

En todos los monasterios tibetanos, la carga principal del trabajo práctico recae en los hombros débiles de los miembros más jóvenes de las comunidades monásticas. Ya a la edad de ocho a diez años, los monjecitos enanos son introducidos en su profesión, y la mayoría de estos novicios vestidos pobremente, cubiertos de suciedad y costras de hollín, llevan una vida muy miserable en privaciones.

La educación del clero joven recae en los lamas mayores, que al mismo tiempo se dejan servir por sus jóvenes hermanos de orden. La alojamiento y el rango social se rigen en general por la situación económica de los padres, de modo que los vástagos de familias adineradas son confiados al cuidado de "gelongs" o "geshes" superiores, que son recompensados por las familias de los alumnos monásticos con donaciones monetarias y provistos de comida y ropa. A menudo, los hijos de casas nobles eligen ellos mismos a sus mentores y suelen estar en términos muy confidenciales con ellos.

En la ocasión de la inauguración, el novicio entrega regalos y velos ceremoniales blancos, después de lo cual se le corta un mechón de cabello y se somete a un lavado ritual de rostro, manos y pies según la antigua costumbre budista. Luego recibe un nombre secreto monástico, un cuenco de limosnas y el hábito monástico. En un voto solemne se compromete a no regresar nunca más a la vida terrenal, para no "parecerse a la mariposa que se precipita en la luz ardiente perdiendo brillo y vida". También "quien conociendo las leyes morales no las usa para combatir sus deseos", sino que "se asemeja a un enfermo que tiene el remedio en la mano y no sabe aplicarlo", nunca ascenderá la escalera de la sabiduría, pues "una voluntad débil, emparejada con dones intelectuales altamente desarrollados, fácilmente cae en error y falsedad y se convierte en un hipócrita charlatán". Luego se recomienda al joven lama fortalecer siempre su energía y prepararse para las ordenaciones que le darán la fuerza para realizar hazañas extraordinarias. (Nota de traducción : Página 102 del libro original)

Incapaz de entender la filosofía de Buda, el lama promedio lleva una vida bastante inactiva. Solo unos pocos son elegidos para superar los exámenes que siguen en intervalos de años y ascender por

los escalones de "getsul" y "gelong" hasta el rango de "geshe" o "doctor en divinidad". La gran mayoría permanecen trapas comunes, que después de aprender las formas externas de la religión solo adquieren el derecho de interceder espiritualmente o intervenir como astrólogos y curanderos en los altibajos de la vida humana.

Después de pasar Gundeling, el Lingkhör conduce cerca de la carretera de salida occidental pasando por el famoso "templo Kesar", donde el desprecio por el género femenino floreció de manera curiosa. El gallinero del templo consiste en el número considerable de cien gallos sagrados, cuya tarea es anunciar el nuevo día tan pronto como los primeros rayos de sol alcancen la cima del Meru, la montaña del mundo. Esta sociedad exclusivamente masculina de vanidosos gritones con plumas en forma de hoz, que además se cortejan en parejas, me parece en toda su comicidad uno de los símbolos más característicos de todo el orden mundial "al revés" del alegre estado lamaísta.

Entre las muchas figuras extrañas que pululan diariamente por el Lingkhör, se cuenta un lama deslizante de Gyantse de cuarenta y siete años, que ha circunvalado ininterrumpidamente la Ciudad Santa durante quince años y ha alcanzado tal virtuosismo en el chagsalwo que recorre la distancia de siete a ocho kilómetros en apenas dos días, mientras que sus colegas aficionados suelen necesitar tres o cuatro veces ese tiempo. Lleva un "bulto" sagrado en la frente y cree que al final de su bienaventuranza entrará directamente en el nirvana.

También un colosal lama gigante acromegálico de más de dos metros, uno de los guardaespaldas del último Dalai Lama, es un huésped constante en el Lingkhör. Este monstruo humano en forma de torre no se priva de circunvalar el Potala dos veces al día con un molinillo de oración descomunal en su puño gigante. A falta de otros dones, se deja admirar día tras día por la multitud asombrada y así llora a su difunto señor y protector.

El "anillo exterior" corre ahora durante un tiempo paralelo a un canal de drenaje construido ya a principios del siglo XVIII, que en invierno se seca completamente, cuyo propósito es proteger la ciudad de las inundaciones veraniegas causadas por aguaceros. El acueducto, elevado unos metros sobre el nivel de la estéril llanura de arena, que está ingeniosamente diseñado, viene de la dirección del monasterio Sera, situado en el borde norte de la llanura de Lhasa, reúne todos los arroyos y riachuelos en sí, conduce en un semicírculo amplio alrededor del límite norte y occidental de la ciudad y finalmente se une con el Kyichu debajo del monasterio Drepung. Al oeste de la casa Lhalu rodeada de parques, donde residía el padre del 12º Dalai Lama, se extiende hasta cerca de Drepung una llanura de arena llamada Kiang Tang, donde antiguamente los kiangs domesticados de los Dalai Lamas podían moverse en libertad sin obstáculos e incluso a menudo llegaban a la carretera de caravanas para hacer amistad con caballos y mulas.

En las tierras bajas pantanosas aluviales, en todo el borde norte de la ciudad, pululan gansos rojizos y rayados, somormujos, ánades reales, porrones, cercetas, patos cuchara, garzas, zarapitos y andarríos bastardos elegantes, que se han vuelto tan confiados cerca del muy transitado Lingkhör que podemos fotografiarlos fácilmente desde la carretera de circunvalación. También hay grullas en abundancia, cuyas figuras estilizadas dan a todo el paisaje un carácter casi mítico.

Al circunvalar el Potala de sur a oeste hacia el norte, la gigantesca estructura cambia completamente su forma. Del palacio ancho y alargado con sus colores claros y amigables se ha convertido ahora en un castillo rocoso empinado de carácter sombrío y desafiante. Directamente debajo de la estructura rocosa se encuentra un bonito parque rodeado de chortens con el famoso "templo de la serpiente" y un estanque medio oculto por arbustos y árboles, que está en conexión misteriosamente oculta con el lago místico sobre el cual la ciudad de Lhasa fue construida en la época del gran rey religioso Songtsen Gampo. Un poderoso demonio serpiente que domina ambos cuerpos de agua, de

cuya gracia depende el bienestar y el mal de la Ciudad Santa, es venerado en el templo cercano. Una vez al año, los cuatro altos ministros del gabinete con pies de loto circunvalan solemnemente toda la ciudad en procesión para hacer una parada en el templo de la serpiente y ofrecer velos de seda blancos al todopoderoso espíritu del agua. Después de entregar sus ofrendas votivas, los altos dignatarios suben a un número de coracles festivamente decorados y reman devotamente durante un tiempo en el estanque sagrado.

Más al norte, en la carretera de salida norte que lleva al monasterio Sera y al arsenal, se encuentra Ramoche, el templo más antiguo de Lhasa con un famoso mausoleo histórico y la estatua milagrosa de la princesa deificada Wen Cheng, la consorte china de Songtsen Gampo, que convirtió al gran rey al budismo. Además del antiguo monasterio Wuru y el Möndro Sampa, un bonito puente de piedra nombrado por la casa cercana de la conocida familia Möndro, destaca en el borde norte de la ciudad especialmente la colonia mugrienta y apestosa de los ragyapas, esa gilda despreciada de mendigos profesionales, carniceros y sepultureros, que aquí llevan su existencia siniestra con niños y todo. Dado que sus "viviendas" no son toleradas en la estructura de la ciudad propiamente dicha, se han asentado a la izquierda de la calle sagrada, en suelo "profano", en largas filas y caen sobre los vivos como sobre los muertos como buitres para exigir su tributo. La colonia ragyapa consiste en diminutas tiendas de pelo de yak completamente harapientas y cuevas de vivienda cubiertas de costras de suciedad, que a menudo consisten solo en cuernos de oveja y yak apestosos y están rodeadas de huesos putrefactos de animales muertos. Como gremio por sí mismos, consideran el horrible desmembramiento de los cadáveres como una profesión privilegiada al igual que la mendicidad profesional. Consideran por debajo de su dignidad realizar cualquier trabajo real y pertenecen al paisaje urbano de la Ciudad Santa como las innumerables manadas de perros sarnosos que muestran los dientes y están demacrados como sombras. Aquí se tiene la impresión de que todos los mendigos, lisiados, ciegos, leprosos y criaturas devoradas por la sífilis del Tíbet se han reunido para chupar la sangre y extorsionar a los viajeros. Sus líderes, que en parte se han elevado a personas acomodadas e incluso pueden llevar el sombrero de limón dorado y el pendiente de turquesa izquierdo de los funcionarios medios, han sabido difundir la superstición de que todas sus blasfemias se cumplen. A los peregrinos no les queda más remedio que pagar su tributo, de lo contrario son perseguidos por una horda de ragyapas maldiciendo y rugiendo. Se dice que la "maldición de saliva" es la más efectiva, por la cual el maldito y escupido enferma inmediatamente y solo se recupera después de haber pagado su óbolo.

Como en todos los lugares sagrados, las mujeres de esta casta humana expulsada se han dedicado al oficio religioso. Durante el día se sientan en el camino sagrado en nichos apestosos de basura y se ocupan de formar pequeños budas de arcilla y grabar signos sagrados en placas de piedra. Completamente sin fuerzas, muchas de ellas solo son capaces de girar sus molinillos de oración en un ritmo monótono, mientras que otras se arrastran sobre el camino con rendijas de ojos pegadas de sangre y muestran sus miembros mutilados por enfermedad y accidente. Se postran ante cada extranjero, sacan la lengua y, mendigando limosna, señalan al cielo con sus pulgares aplastados. Así se encuentra en este corto camino todo lo que la humanidad tibetana tiene para ofrecer en escoria, desde esqueletos demacrados como cadáveres vivientes, ancianitas cubiertas de harapos con ojos muertos que llevan a sus bebés lactantes en pechos sucios y marchitos, hasta los habituales holgazanes que usan la religión para entregarse a sus vicios y vivir de lo que el peregrino les da por misericordia. Pero un rasgo común une a todos los ragyapas: son los más pobres de los pobres y ofrecen una imagen desesperadamente repulsiva, pero al mismo tiempo conmovedora, que no se puede olvidar fácilmente.

A la monstruosa e incomprensible mundo de los ragyapas, que nos es completamente extraño, se une el mucho más grande campamento de tiendas, también situado en suelo profano, de los khampas temidos por su salvajismo y de los nómadas ngolok. Ellos, los más audaces entre las tribus salvajes, que aún no conocen la semilla de dragón de la civilización, vinieron a Lhasa para expiar

robos y homicidios y reconciliarse con los dioses por pecados pasados, pero también por futuros. Hijos del frío y tenaz noreste, sobre cuyo campamento de tiendas abigarrado circulan oscuramente los buitres en la niebla azul de los fuegos de estiércol de yak humeantes, estos tipos tensos, casi míticamente nublados, hacen honor a su reputación de ser ladrones profesionales también en Lhasa. Aunque actualmente parecen esforzarse en superar las prácticas religiosas y en reconciliarse con los dioses, se ve a las figuras robustas y poderosas tirando en hordas después de la circunvalación diaria de los lugares sagrados, con los largos sables anchos listos bajo el cinturón de sus chupas de oveja grasientas, como listos para saltar, para aterrorizar a los ciudadanos.

En el este del Tíbet, el oficio de ladrón pertenece como fuente principal de ingresos a las profesiones legalizadas. Rivalidades tribales, epidemias frecuentes de ganado, malas cosechas causadas por granizo, catástrofes climáticas o inundaciones, el completo aislamiento de muchas tribus de los valles profundos y por lo tanto de las fuentes reales de una alimentación saludable del pueblo, y no menos importante la simplicidad con la que un asalto se puede planificar y ejecutar en un país tan escasamente poblado y casi sin autoridad estatal, han convertido a miembros de tribus enteras en ladrones profesionales. Sí, allí incluso hay grandes monasterios que no solo se han desarrollado en centros temidos de poderosas bandas de ladrones, sino que incluso mantienen "cátedras de aumento práctico de posesiones" para enseñar a sus miembros del convento la explotación de las riquezas naturales del país. Todo esto puede sonar como un grito escandaloso, pero corresponde a la verdad.

Por lo tanto, los ngoloks también en su camino a Lhasa son los más pacíficos de todos los piadosos peregrinos. Tan pronto como han dejado el lugar sagrado nuevamente para regresar en marchas de meses a sus propios pastizales, estos lobos de la estepa suelen quitarse sus pieles de oveja para saquear y robar como verdaderos azotes a través de los países. ¡Ay de las caravanas que viajan despreocupadamente y de las tribus pacíficas que encuentren! Lo que se interponga en su camino es abatido, pueblos enteros exterminados y todo el ganado del que puedan apoderarse es cargado con botín y llevado.

Poco después de dejar el campamento ngolok, la santa carretera Lingkhör gira en dirección sur. Después de cruzar la carretera pavimentada burdamente que viene de China, pasa por las cabañas también situadas en suelo profano de los carniceros y matarifes. Alrededor de estas instituciones repugnantes, donde diariamente yaks y ovejas son llevados de la vida a la muerte de manera bárbara, el suelo apestoso de sangre está cubierto de innumerables cuernos, pezuñas, huesos y trozos de piel, entre los que pululan perros parias, cuervos grandes y urracas de cola larga. En medio de los mataderos y bancos de carne chorreantes se encuentra la pequeña mezquita de los ladakhis, un templo descuidado y abandonado, rodeado por un muro de piedra. Parece como si en el centro del budismo nortño tuvieran poco para las enseñanzas sagradas del profeta. Los musulmanes ladakhis, que se han hecho un nombre como hábiles comerciantes en la capital tibetana, luchan desde hace mucho tiempo por la concesión de derechos especiales, pero hasta ahora han tenido que contentarse con que se les permita quedarse en absoluto.

Muy cerca del templo musulmán se eleva la tumba de un oficial chino superior, que estuvo en Lhasa en 1934 en compañía del general Huang Mu-sung y murió a causa de un accidente; la torre escalonada de una verdadera pagoda china. Allí también descubro un viejo cráneo de camello descolorido, que, ignorado incluso por los perros, yace al borde del camino. Según prejuicios religiosos, las caravanas de camellos que vienen de Mongolia a través de la vasta alta meseta generalmente no pueden avanzar hasta Lhasa, sino que deben permanecer a ocho días de viaje en Nagchukha, el mismo lugar, por cierto, donde la mayoría de los investigadores fueron detenidos y rechazados. Como otra rareza en esta parte oscura de la ciudad, llaman la atención algunos carros de trabajo de dos ruedas, tirados por yaks mestizos. Esos son los únicos medios de transporte con ruedas que he visto durante todos los años en el Tíbet. Aparentemente, la rueda de la doctrina como

símbolo del desarrollo espiritual no debe ser deshonrada por su contraparte material, que solo traería desgracia.

Después de haber dejado atrás en la esquina sureste de la ciudad las asentamientos apestosos de basura de los trabajadores del cuero, fabricantes de botas de piel y guarnicioneros despreciados, nos topamos finalmente con numerosas ruinas de la antigua muralla de la ciudad, hasta que después de una marcha de una hora y media a dos horas, nuestra amada Tredilingkha aparece nuevamente a la izquierda. Cuando al atardecer el sol se hunde y se sumerge detrás de las montañas occidentales, se enfría —y toda la naturaleza se congela en un silencio sombrío y helado. Solo aquí y allá todavía vuelan escuadrones en forma de cuña de grullas de cuello negro trompetando en vuelo bajo de remo sobre la ciudad santa para pasar la noche en los bancos de arena e islas de grava del río. En estos últimos días del año viejo, en las casas de los pobres y de los ricos se toman todas las precauciones para expulsar el mal del círculo de la ciudad. ¡La suerte y la paz deben entrar en el nuevo año! Ceremonias de consagración por la mañana y por la noche, ofrendas domésticas y el cuidado de tiernos y jóvenes verdes; cebada germinada y trigo germinado frente a todas las ventanas, además del murmullo interminable de frases sagradas y fórmulas de conjuro para asustar a los demonios de la casa. Ejercicios de oración y penitencia frente a altares domésticos, invocaciones, ritos mágicos e innumerables, sordos, rodantes y omnipresentes "Om Mani Padme Hum". Así, cada uno busca elevarse por encima del humo y la opacidad de la existencia terrenal y se esfuerza con las mejores fuerzas por reconciliarse con todos los buenos elementos para complacer el corazón de Buda.

Pesado, dulce y amargo aroma de hierbas picantes se mezcla con el humo rancio de cientos de lámparas de mantequilla mate que difunden una luz parpadeante misteriosa frente a las imágenes doradas de las capillas domésticas. A través de nubes de incienso suenan melodías sordas, himnos misteriosos, letanías de horas, y frente a las obras sagradas que llenan los nichos y alcobas, sacerdotes de la famosa facultad tántrica develan velos de seda blancos como flores.

Actividad misteriosa se desarrolla detrás de puertas cerradas, donde los clérigos familiares de las grandes casas mezclan la masa en cuencos consagrados, de la que amasan los tormas, los panes de figuras. Estas pirámides de masa formadas y coloridas sirven para la invocación de espíritus. Se fabrican en estos días por cientos y miles. De veinte a treinta centímetros de alto, se pegan con rosetas magníficas de mantequilla coloreada o cubierta de pan de oro. En ornamentación en medio relieve están decoradas con los signos sagrados, con flores de loto, espirales, formaciones de ramas y las figuras místicas de animales del año lunar. A través de un ritual misterioso, los espíritus malignos son capturados en ellas y sometidos a los deseos de los habitantes de la casa, para mantener alejadas la enfermedad, las epidemias y la pobreza. Así, durante los últimos días del año viejo, con gran esfuerzo, todos los espíritus malignos y demonios son acorralados o se les asigna una especie de cuartel temporal en los tormas, para obligarlos también a ellos a existir y actuar por la salvación. Así, incluso las terribles deidades se inclinan hacia la reconciliación y los enemigos de la fe son conjurados.

Pero el último, el vigésimo noveno día del duodécimo mes tibetano, está bajo el signo del Gutor, el gran baile de todos los dioses, espíritus, diablos y demonios, que se dan una última cita en la ciudadela templo de los Dalai Lamas, para cantar al año viejo la canción de la muerte, dar el golpe de gracia a los enemigos y anunciar visiblemente al pueblo que todos los horrores, todo el sufrimiento, sí, incluso la muerte, solo son reflejos de nuestro espíritu, detrás de los cuales, infinitamente lejos, pero accesibles a todos, las puertas de la victoria de la existencia pura hacen señas.

En estos cultos místicos y "bailes del diablo", que se adoptaron de las antiguas sectas para abrir al pueblo simple la puerta a lo suprasensible y trascendente en el juego pantomímico, se refleja la vida religiosa del país de la nieve con sus relaciones que se remontan lejos en la historia a la India, al Reino del Medio y a los círculos culturales de Asia Central.

Aunque originalmente se trataba probablemente de bailes de solsticio al comienzo del nuevo año de luz, el sentido de los bailes de año nuevo introducidos por el quinto Dalai Lama consiste esencialmente en expulsar a los demonios y pedir a las deidades protectoras que destruyan todo el mal que se ha acumulado en el círculo de la ciudad sagrada durante el año pasado, para hacer del nuevo año uno afortunado y prometedor de éxito.

Incluso hoy no se puede obtener en ningún lugar una imagen más impresionante de la colorida mezcla de elementos culturales de la fe lamaísta que en los grandes bailes en el Potala. Sí, uno podría dudar si al budismo indio aún se le debe asignar el papel dominante en la vida religiosa tibetana. Ciertamente, el esplendor de la cultura indobudista irradió sobre todo el país tibetano y trajo al pueblo la religión que todo lo penetra; pero no se debe ignorar que también los bonpos con su mundo de dioses autóctono, surgido de la prehistoria de Asia interior, influyeron duraderamente en la imagen incluso de la iglesia estatal amarilla. Pero los muchos elementos individuales se han fusionado de manera tan armoniosa y han tomado un desarrollo tan propio de la especie que a menudo solo con dificultad se puede reconocer su origen de círculos culturales lejanos.

Así, los antiguos dramas sánscritos indios, que presumiblemente llegaron al Tíbet en el período entre el siglo VII y X, parecen haber ejercido solo una influencia menor en la configuración de los bailes cham. Aparte de las analogías evidentes con los bailes chamánicos de pueblos de Asia interior y norte, el baile cham es algo urtibetano y crecido en el suelo.

Al parecer, el budismo cambió poco en las ceremonias de baile transmitidas de la época bonpo; más bien las incorporó en su sistema y ni siquiera parece haber intentado liberarlas de los peores excesos chamánicos. Así, el baile demoníaco fue incorporado en el ritual de las antiguas sectas, mezclado con costumbres tántricas y finalmente adoptado por la iglesia estatal amarilla.

Según su contenido mitológico, el cham conduce en cadena continua a través de los períodos de la historia y representa una acumulación de las más diversas, a menudo difíciles de interpretar, acontecimientos históricos, que van desde la disputa religiosa del sacerdote chino Hoshang, el asesinato del rey enemigo de la fe Langdarma hasta la deidad chamánica del "Viejo Blanco", el antepasado de las uniones de clanes. Esta personalidad mítica que abarca el continente, conocida en el Tíbet como "Gampo Karpo", se puede rastrear cultural e históricamente a través de todo el este y centro de Asia hasta Europa. En China se equipara con Laozi, y en la iglesia ortodoxa rusa corresponde a San Nicolás. Numerosos buriatos, que después de la promulgación del edicto de tolerancia ruso regresaron al lamaísmo en tiempos más recientes, devolvieron todas las imágenes sagradas a sus popes excepto las de San Nicolás, porque lo identificaron con el "Viejo Blanco" de la iglesia lamaísta.

Ha amanecido un día radiante. Finos velos de niebla azulada se posan sobre el amplio valle del Kyichu. Resplandeciente yace la gigantesca ciudadela de los dioses del Potala en la luz del sol matutino. Desde la catedral de la ciudad, el venerable Tsug Lha Khang, resuenan disparos de cañón. Alrededor del cuadrado sagrado del Parkhor tiran desde el amanecer temprano miles de peregrinos y romeros cubiertos de pieles de oveja en hábitos de mendigo, para expulsar a los espíritus malignos de sus escondrijos.

Guiados por una delegación noble del gobierno, fuimos en medio de una corriente colorida de espectadores festivamente vestidos ya mucho antes del comienzo del gran festival de baile por amplias escaleras talladas burdamente hacia el portal principal de la ciudadela templo fortificada. Bóvedas de murallas poderosas con ruedas de oración gigantes, nichos misteriosos, escalones empinados y pasillos largos y oscuros conducen al patio amurallado de baile, donde se ha reunido una multitud ondulante.

El patio rectangular de aproximadamente cincuenta metros de largo está dominado en el oeste por un imponente edificio de templo de seis pisos de alto. Corriendo cónicamente hacia arriba, sus murallas blancas como la nieve, rematadas en rojo en el techo y adornadas con signos de suerte místicos dorados, gyaltsen y trisulas de hierro forjado, se destacan magníficamente contra el cielo azul sin nubes. En la amplia superficie blanca del palacio, las filas de ventanas ricamente talladas, divididas en tres, actúan como orificios de vuelo de un palomar gigante. Doblemente escalonadas conducen tres escaleras al palacio. La pasarela central está bloqueada. Solo puede ser pisada por el dios viviente mismo, el Dalai Lama, mientras que las dos escaleras laterales están abiertas al público en general.

Arriba, bajo el techo, ocultos de la vista del pueblo por cortinas blancas, se encuentran los lugares del regente y de los ministros. La carga de los altos rangos conlleva que los dignatarios más ilustres del estado tengan que contentarse con la vista más pequeña. En los pisos inferiores se encuentran los asientos escalonados según rango y altura de los miembros del gabinete y del consejo estatal.

A ambos lados se unen balcones similares a tribunas, que en el este están limitados nuevamente por imponentes edificios monásticos. Aquí toman las delegaciones gubernamentales de China, Nepal, Cachemira, Bután y Sikkim lugares de

Fest der weissen Schleier



Talumas Vasallen



Taluma in Volltrance

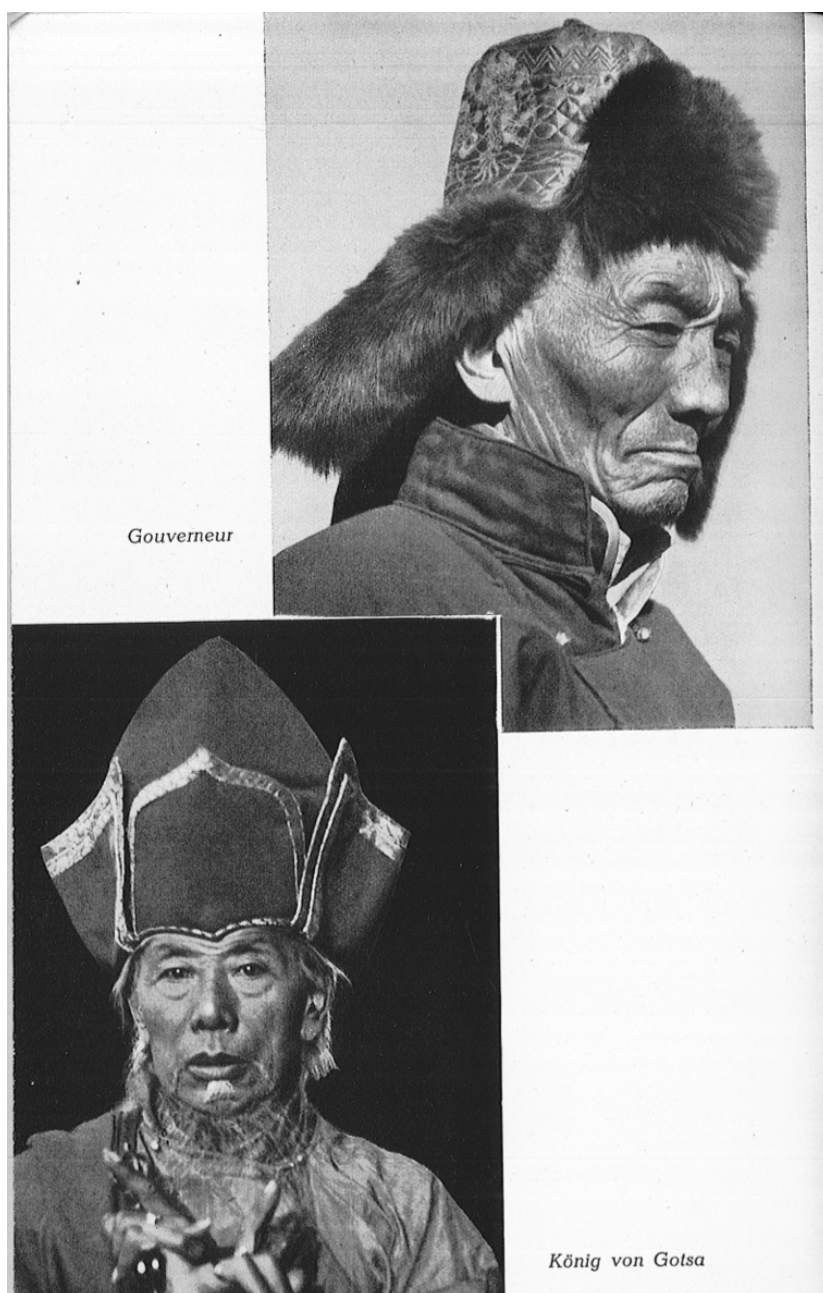
Ernst Schäfer

Página 72 de 132

honor preparados, mientras que nosotros, gracias a una especial cortesía del gobierno, podemos sentarnos en sillas altas acolchadas en el lado occidental del lugar del festival, para darnos una visión lo más completa posible.

Dragones estilizados, espirales místicas, emblemas sagrados y las cabezas de colores chillones de monstruos mostrando los dientes adornan las cubiertas de tiendas en los lados largos del patio, bajo las cuales tambores lama dorados masivos están apilados en altas pilas. Alrededor presionan las murallas del pueblo bajo los golpes rudos de lamas policías armados con látigos de cuero. Las montañas silenciosas, brillando en nieve fresca, forman un fondo de cuento de hadas. Los espectadores ya se cuentan por miles, y todavía fluye más pueblo. Zumbe en el patio del festival como en una colmena.

Suenan voces, se dan comandos en voz alta, se forma un pasillo, y las cabezas de los presentes se inclinan hacia el pecho. Todo se congela en reverencia. Aparecen los aristócratas de Lhasa. En



túnicas de brocado atraviesan las filas del pueblo inclinado y toman asiento en los asientos acolchados. Susurrando seda siguen las damas. En el más maravilloso joyería de oro, ataviadas con amuletos, tocados triangulares y collares de perlas, coquetean durante minutos con su belleza pintoresca. Luego vienen los niños, que parecen muñecas, y filas de sirvientes coloridos con gorras rojas oscuras con borlas en las cabezas.

Después de una breve pausa de descanso, un estremecimiento recorre nuevamente las masas apiñadas. Silencio repentino. Como por comando, todos se levantan de los asientos, y brillando en amarillo dorado, en los colores reales, marchan los ministros, los silons, tsassaks, kalons y los representantes del kashag con pasos indeciblemente dignos a través de la multitud. El cierre lo forman enjambres de oficiales festivamente coloridos en uniformes amarillos, verdes, rojos, azules y violetas. A ello se suma el poderoso adorno de oro, ágatas, ámbar y

turquesas, las órdenes y colgantes de tiempos antiguos, en forma de media luna, las capuchas reales

blancas resplandecientes. ¡Es una imagen radiante de una fuerza impactante increíblemente! Y de nuevo un murmullo recorre la multitud. También el regente ha tomado su lugar como patrón protector de los bailes en el lugar más alto, invisible para el pueblo. Luego se hace el silencio.

Redobles de tambor contenidos y estruendosos sonidos sordos de tubas desde el interior del Potala anuncian el comienzo de las festividades. Los miembros de la orquesta lama marchan en cascos de oruga amarillos dorados, talaes rojos resplandecientes y faldas de brocado adornadas con turquesas que cuelgan hasta el suelo sobre la plaza del festival y desaparecen después de un recorrido solemne bajo las marquesinas.

En el primer oleaje de la música aparecen niños y jóvenes que llevan anillos blancos alrededor de las cabezas, como hijos de los dioses. Soplan trompetas de cobre para llamar a los héroes consagrados al dios de la guerra, que ahora deben aniquilar las fuerzas malignas en una batalla salvaje. Como por comando, los guerreros divinos irrumpen desde todos lados, que se forman en dos divisiones. Sus atributos probados en cien batallas victoriosas consisten en pesadas escopetas de horquilla, en las que ya arden las mechas, en lanzas relucientes, afiladas, dagas brillantes, escudos de espalda trenzados de bambú, collares pesados, armaduras de cadena firmes, placas de pecho metálicas y cascos de hierro provistos de gorras de cuero, que con largos mechones de plumas de gallo, banderines rojo chillón cruzados y enormes copos de lana blancos dan una impresión salvaje y fantástica. El extraño armamento proviene de los antiguos tiempos reales y se dice que fue diseñado por el propio Srong Tsan Gampo. Pero el dios de la guerra Tschagdor bendijo las armas, que decidieron tantas batallas sangrientas por la religión.

Mientras los líderes gigantes con trenzas ondeantes se paran extáticamente gritando uno frente al otro, los guerreros divinos comienzan bajo cantos provocadores y fuerte soprido de trompetas un baile extrañamente llevado. La lujuria de guerra se enciende, los duelos verbales retumban, el baile se vuelve frenético, la música estridente aumenta, hasta que ambas divisiones se paran repentinamente en postura de combate una frente a la otra. Salen, y comienza un grito de guerra salvaje: revuelo arremolinado, estruendo tumultuoso, destello de lanzas, balanceo de las armas. En movimiento frenético, los bailarines giran alrededor de su propio eje. Luego están en posición de tiro, espalda contra espalda, de modo que las bocas de las armas están dirigidas a los supuestos oponentes. Comandos agudos, silbido suave en las cazoletas de pólvora y bajo un estruendo ensordecedor retumban las salvas. Humo de pólvora acre llena el aire y envuelve en densas nubes todo el patio de baile. Gritando alegremente, resuena un grito de triunfo de cien gargantas. ¡Los diablos están derrotados! ¡Demonios huyen!

Solo uno, al que por descuido se le arrancó el pulgar, queda tendido en el campo de batalla. Con la mayor reverencia y admiración se le mira, porque este accidente se considera un signo muy especial.

Mientras sacerdotes con látigos hacen piernas largas al último guerrero divino con golpes duros, baila bajo sonidos prolongados de tubas y trombones en vestiduras de seda verde Hoschang desde el Potala. Como amigo de los niños y figura cómica, la figura gigantesca lleva en una máscara sonriente de un gigante una enorme cadena de oración alrededor del cuerpo torpe. De sus manos conduce Hoschang seis compañeros enanos, por cuyo bienestar se preocupa ansiosamente. Son tres pares de figuras míticas, que, expuestas al escarnio de la multitud, visiblemente ruegan la ayuda del gigante. Unos son figuras indias antiguas, los atsaras, con gestos de payaso cambiantes; los segundos, vestidos de rojo y blanco, aparecen como esqueletos y deben ser renegados; los terceros, como ascetas brahmánicos, simbolizan la alta influencia de la India en el país de la nieve. El sentido de todo es mostrar al pueblo que la tolerancia es la virtud más alta, pues Hoschang y sus seis compañeros míticos gozan del privilegio de ser testigos de todas las festividades siguientes.

Bajo movimientos grotescos bailan hasta el medio del patio, para inclinarse hacia el oeste ante el trono invisible del regente y anunciar su sumisión. Luego, Hoschang es conducido por altos oficiales a un lugar de descanso similar a un sillón, donde permanece hasta la noche en contemplación silenciosa.

Ahora puede comenzar el "baile del diablo" propiamente dicho, el baile de los gompos y de las apariciones aterradoras. Mientras la orquesta lama envía sonidos profundos y sonoros sobre la plaza de baile, aparecen las "deidades terribles". Coronadas por máscaras admirablemente realistas, armadas de colmillos, con ojos en la frente, mostrando dientes, sus fantásticos trajes cambian de azules resplandecientes, amarillos dorados, verdes venenosos hasta rojos luminosos de seda. Cubiertos por todas partes con preciosas fajas de brocado y bandas ondeantes, tienen mangas largas ampliadas como alas y delantales tejidos con plata, que completan la armonía de gradaciones de color pintorescas. Así están terribles y resplandecientes al sol en una alta tarima, para ofrecer en honor a Buda una ofrenda esparcida de arroz y cebada de cuencos forrados de plata. Como peces de coral luminosos, se deslizan luego con brazos ampliamente extendidos hacia abajo al patio, para realizar sus rondas solemnes. Bailes deslizantes, piruetas saltarinas, giros acrobáticos y rondas rápidas arremolinadas bajo tonos escalofriantemente sordos de la música se intensifican a un efecto sugestivo sin igual. En éxtasis salvaje gritando colores brillantes se conjuran las imágenes de horror y miedo a los dioses; reflejos reflejando el sol y sobre cráneos rojo sangre, miedo repentino.

Sin embargo, en toda su atrocidad, estas figuras míticas corresponden a las visiones oníricas de los ermitaños tántricos en sus cuevas. Fueron una vez demonios terribles que devastaron el país de la nieve, pero fueron vencidos por Padma Sambhava y incorporados al rueda de la doctrina como protectores. Los gompos han conservado sus rostros terribles y máscaras espantosas solo exteriormente, para dedicarse completamente a la salvación de los humanos. Sin embargo, su baile y juego también debe mover al pueblo a convertirse en consciente, en conexión espiritual misteriosa con los poderes suprasensibles de la transitoriedad y la nulidad de todo lo terrenal, pues el lapso de tiempo de la vida humana entre los nacimientos fluye en prisa frenética, y nadie puede escapar al espectro de la muerte.

Mientras tanto, todos los lamaístas viven en la creencia de que las almas de los fallecidos aún están sometidas a la prueba más dura durante cuarenta y nueve días en el reino nebuloso del bardo, antes de que puedan ser reencarnadas en un nivel inferior o superior según el mérito kármico. En caminos laberínticamente confusos, las "almas" incorpóreas vagan en un país nebuloso de la tentación. Paisajes luminosos conducen aquí irrevocablemente a lugares de sufrimiento, campos ásperos guían al reino de la paz y median la verdadera salvación del alma. Además de figuras tentadoras, seguirlas causa tormentos indecibles, las almas en el bardo también son amenazadas por "deidades terribles", acosadas por demonios, tentadas por espíritus infernales a abandonar el camino correcto. Pero estas figuras de terror son los mismos gompos, en verdad buenos espíritus, que deben enseñar al pueblo a huir de lo seductor y no dejarse disuadir por lo aparentemente malo.

Así, la iglesia lamaísta en el cham familiariza a las personas ya en vida con todos los eventos que esperan a los fallecidos en el bardo, y por la misma razón de la obtención de la salvación, las "deidades terribles" son veneradas igual que los grandes santos de la iglesia budista.

Después de los primeros bailes alternos de los sirvientes, entra bajo el retumbar sordo y fuertes golpes de platillos de la orquesta el terrible Yama, el señor de la muerte y del inframundo, cuyo terror una vez rugió a través del país de la nieve, desde el Potala. Llevando una enorme máscara de cabeza de toro, a la que el color azul oscuro de su vestidura de seda susurrante actúa como una revelación sombría, baila el juez demoníaco de los humanos con pasos lentos y majestuosos. Le sigue Yamantaka, que en tiempos inmemoriales obligó al espantoso Yama al servicio de la doctrina.

Bajo su apariencia aterradora se esconde Manjusri, el dios bondadoso de la sabiduría y la erudición. Luego vienen Tandim con máscara de cabeza de caballo roja y Mahakala, el "Gran Negro", el demonio de demonios embriagado de sangre, señor sobre enfermedad y epidemias con sus sirvientes mostrando dientes, que llevan cabezas de yak, ciervo, mono, perro y gato; finalmente Palden Lhamo, la que incuba el mal, vengativa, devoradora de humanos con sus acompañantes de cabeza de león, las dakinis. Todos estos demonios divinos, figuras de mimetismo y terror, que ahora llenan arremolinadamente todo el patio de baile, corresponden en verdad a las personalidades místicas más altas, que todas han asumido la protección de la doctrina.

Con un concierto de silbidos estridentes salvajes se prepara una recepción adecuada a los "zizipatis" o durtop dagpos llamados bailarines de esqueletos y cadáveres, los maestros del cementerio, que deben sacudir a todos los que comenzaron a dudar de la religión de la estupidez religiosa con la vista de la muerte. Ligeros y alegres saltan los bailarines de la muerte, esparciendo harina y tsampa alto en el aire, las empinadas escaleras abajo, para bailar sus rondas temperamentales, apenas superables en giros frenéticos y saltos aéreos arremolinados. En sus cráneos blancos armados de dientes y en los trajes rojos ajustados como mallas con esqueletos de huesos bordados luminosamente, dan una impresión inquietantemente naturalista. Sus dedos están extendidos a garras puntiagudas, con las que realizan dislocaciones chasqueantes o se balancean con las manos levantadas de un lado a otro. El baile corto y arrebatador termina con el desgarrar simbólico de una figura humana, después de lo cual los bailarines desaparecen repentinamente con saltos hábiles nuevamente en las salas sombrías.

Mientras la multitud permanece en silencio conmovido, aparece, acompañada de música encantadora, la personalidad mística de Gampo Karpo, el viejo blanco. La leyenda cuenta de un encuentro de Gautama Buda con el "Viejo Blanco", que como gobernante de las montañas y lagos ya entonces apoyó la doctrina de Buda al proteger a los seres vivos del agarre de los demonios. En la aparición de Gampo Karpo en el gran baile de año nuevo en Lhasa se trata de la revivificación pantomímica de una visión del 13º Dalai Lama durante su exilio mongol. El "Viejo Blanco" disfruta en Mongolia bajo el nombre de Tsagan Ebügen como espíritu de la tierra, protector del bienestar doméstico y dador de cosechas ricas en campos, veneración divina. En su exilio, Su Santidad soñó que el "Viejo Blanco" después de un largo tiempo de meditación en las montañas fue burlado por el pueblo por su avanzada edad. Cuando entonces, amargamente decepcionado, quiso retirarse de todos los humanos nuevamente a la soledad de las montañas, un tigre malvado se interpuso en su camino, al que mató después de una lucha feroz, después de lo cual el coraje y la fuerza del tigre dieron nueva juventud al valiente cazador. Gampo Karpo, en el hermoso sueño de la juventud recién despertada, insertado por el Dalai Lama mismo en los bailes, se ha convertido en Lhasa en símbolo del año viejo, que ahora termina, y rejuveneciéndose en el nuevo curso solar, se convirtió en símil de la eterna naturaleza.

Al ver al anciano calvo y frágil, en su pobre vestidura ceñida por un cinturón, en la que cuelgan palillos chinos para comer y una bolsa de tabaco vacía, las masas de espectadores estallan en gritos de alegría jubilosos. Apoyado en un bastón de peregrino adornado con cabeza de dragón, Gampo Karpo tambalea con rostro profundamente surcado balanceándose por las escaleras abajo, deja con la cabeza inclinada sus miradas cansadas vagar, comienza a gemir y deja su barba blanca larga ondeante deslizarse a través de dedos temblorosos con la espalda encorvada. Luego tropieza con esfuerzo por el patio y es atacado por un fuerte temblor, que se extiende paralizante a todo su cuerpo. Muy lentamente se hunde de rodillas y se derrumba bajo convulsiones violentas. Después de intentos vanos de levantarse nuevamente, algunos lamas le entregan un plato con frutas secas y dulces. Otros arrastran una enorme piel de tigre, que depositan, inadvertida por el "Viejo Blanco", en el medio de la plaza de baile. En profunda abatimiento tendido en el suelo, los ojos del viejo se dirigen repentinamente a la "bestia" y, agarrando su bastón, acecha, saca para el golpe y realiza bajo saltos salvajes y empujones grotescos su lucha simbólica con el tigre, de la que emerge

rejuvenecido y radiante como vencedor. Arrojando descuidadamente la bestia muerta a un lado, se yergue majestuosamente y comienza bajo el éxtasis de alegría del pueblo jubiloso su baile de victoria jubiloso, hasta que se retira nuevamente en juventud y frescura al Potala.

También la aparición de los schanaken o magos de sombrero negro se basa en un acontecimiento histórico que ha tenido el efecto más duradero en todo el lamaísmo. Con él comienza el clímax del cham.

En el siglo IX después de Cristo, cuando la religión ya se había extendido sobre grandes partes del Tíbet, surgió para el lamaísmo un enemigo implacable en aquel Langdarma, seguidor de la antigua fe bonpo. Después de asesinar a su hermano real, Langdarma se elevó a gobernante del país de la nieve, destruyó los monasterios, persiguió a los lamaístas y hizo quemar sus bibliotecas. Así habría sido extinguido el budismo en el Tíbet, si un lama creyente no hubiera puesto un fin violento a la vida del tiránico usurpador.

Dado que Langdarma se ocultaba la mayor parte del tiempo en su palacio, el lama vengador se disfrazó como mago bonpo, tiñó su caballo blanco de negro y comenzó a bailar. Cuando el rey infame lo notó, lo hizo venir a él, tras lo cual el lama sacó arco y flecha de los pliegues de su vestidura ondeante, disparó al rey y pudo usar la confusión resultante para huir. Rápidamente se subió al caballo, dio la vuelta a su ropa y galopó a través del río, tras lo cual su montura volvió a ser un caballo blanco y le permitió ponerse a salvo sin ser reconocido. En recuerdo de esta valiente hazaña, que tuvo como consecuencia que el budismo echara nuevas raíces en el país de la nieve, los miembros de la secta de magia y tantra de sombrero negro, cuya tarea es aniquilar a los enemigos de la religión, aparecen aún hoy en las vestiduras de los antiguos sacerdotes bonpo.

Las artes mágicas y costumbres extrañas de los magos de sombrero negro tibetanos se han hecho famosos mucho más allá de las fronteras del Tíbet. Escuchamos de la boca de Marco Polo que estos magos del país de la nieve, asquerosamente sucios y desgredados, se entregaban en la corte del Gran Khan a la antropofagia y asaban y devoraban partes de cadáveres de criminales ejecutados en el fuego. Así fortalecidos, eran capaces incluso de hacer volar copas llenas de vino de manera mágica a la boca del Gran Khan.

El sacrificio humano ceremonial prebudista fue reemplazado en el círculo cultural lamaísta por el culto del linga, que consiste en la destrucción de una réplica de un cuerpo humano habitado por demonios. Así, los schanaken deben ajustar cuentas terribles con los enemigos de la religión atraídos al linga mediante conjuros. Incluso hoy se mezclan partes de cadáveres humanos a los lingas. La carne humana proviene de criminales torturados hasta la muerte y muertos en prisiones y se conserva siete millas al este de Lhasa en una cueva rocosa.

Redobles de tambor, llamadas de cuerno y música de tuba anuncian la llegada de los sacerdotes magos. Mientras el pueblo escucha devotamente, los magos brotan en grupos densos de la sala sombría del Potala. Con rostros hinchados azul-rojos y ojos terribles, están poseídos por deidades. Sus amplias y brillantes vestiduras de seda con magníficos bordados de brocado rojo y amarillo llegan hasta el suelo. Sobre ellas cuelgan, como fina telaraña, delantales en forma de red de huesos humanos tallados, que cubren las vestiduras relucientes como una red. Sus cabezas están coronadas por sombreros negros que se elevan piramidalmente, cuyo cono central está envuelto por signos de llamas dorados y patrones de dragón y adornado con cráneos coloridos finamente trabajados y magníficas plumas de pavo real. Su armamento consiste en arcos, flechas, espadas, dagas mágicas, a las que cuelgan velos coloridos.

Después de reunirse en el patio de baile, el líder de esta sociedad demoníaca de sombrero negro comienza su baile ritual, de modo que su maravilloso traje brilla en movimiento fluido. Con brazos ampliamente extendidos, el lama gigantesco balancea en la mano derecha la daga mágica de los

tantristas tibetanos, mientras que en la izquierda sostiene firmemente un cráneo humano rodeado de cabello. Después de algunas rondas, proclama con voz media, temblorosa, ligeramente trémula, las fórmulas mágicas, tras lo cual una delegación de sacerdotes de consagración en cascos de oruga y faldas plisadas rojas, que están adornadas entre los hombros con gemas relucientes, se desprende del portal del Potala para descender en procesión solemne las escaleras al patio de baile llevando el linga. En cadenas largas de tres partes sostienen recipientes de incienso dorados, que esparcen un aroma embriagador. Mientras los magos comienzan a tambalearse de un lado a otro en movimientos rítmicos y la música inquietante de la orquesta lama llena todo el amplio patio, los espectadores fascinados se intensifican en un éxtasis indescriptible. En medio del círculo de sus vasallos extrañamente tambaleantes, el líder schanaken, balanceando rayo y campana mágica, realiza posturas mudra sagradas, girando y volteando manos y dedos de la manera más extraña. Murmurando a media voz, entra en el éxtasis supremo, tras lo cual, bajo un uso violento de la música, todas las muchas deidades terribles bajo el liderazgo de Mahakala y Tandim irrumpen de las salas del templo, cierran el círculo aún más apretado y realizan con todos los magos de sombrero negro un baile redondo salvaje y frenético, de modo que todo el patio de baile está lleno de máscaras espantosas y trajes maravillosos, mientras que la capilla lama parece superarse en melodías escalofriantemente sordas, de efecto hipnótico.

Luego se coloca el linga en un tablero de presentación similar a una tabla, cubierto con una piel de tigre, en el medio del círculo bajo sonidos fuertes de trombones. Las tubas aulladoras callan, entra un silencio sepulcral.

Lamas, schanaken y dioses del terror balancean sus atributos mágicos, arcos, flechas, rayos, campanas, espadas, tambores de cráneo, hachas así como trompetas de hueso humano, mientras que el líder schanaken se balancea en ritmo de baile alrededor del linga para atarlo y conjurarlo mediante conjuro. Ahora Mahakala avanza y pronuncia las palabras de consagración: "Enemigos de la religión, que causasteis mal a las joyas y causasteis tormentos indecibles a los seres vivos, desintegraos en cenizas y polvo", tras lo cual los lamas comienzan a orar con voces sonoras.

En este momento, el sol se oscurece. Desde dirección occidental comienza una tormenta de polvo y rodea las murallas firmes del Potala en remolinos arremolinados. Ahora, que también los elementos del cielo acuden en ayuda de los sacerdotes magos actuantes, se fortalece el ritmo de la música y se hincha en el silbido del viento de tormenta a un estruendo como de trueno. Atrapado por el ambiente inquietante, el pueblo tiembla.

Entonces baila una figura diminuta como un enano, completamente vestida de plata, rápida y ágil, para arrojarle con brazos extendidos sobre el linga. Es Shawa, el dios ciervo portador de consagración, uno de los aliados del terrible Yama, que ahora, invocado por conjuro, asume romper el linga con su cornamenta y lanzarlo a las cuatro direcciones del mundo. Al hacerlo, gira rápidamente en círculo, mientras que los espectadores más cercanos se cubren los rostros con sus mangas largas para no ser alcanzados por las emanaciones del linga infestado de demonios.

Inmediatamente se enciende un gran fuego de espinas, sobre el que se calienta un caldero de cobre lleno de aceite hasta el punto de ebullición. Tras ello, el líder de los schanaken agarra una calota craneal humana llena y vierte el alcohol con un movimiento rápido sobre el aceite hirviendo. Una poderosa llama irrumpe hacia arriba, y el maestro mago baila con un swing audaz a través del anillo del fuego ardiente. Rápidamente algunos lamas vuelcan el caldero. Mientras el aceite ardiente se derrama humeante y ahumado sobre el patio de baile, se entrega a las llamas un papel sostenido en hilos largos, en el que se esconden los últimos demonios. Al hacerlo, los lamas se cuidan de entrar en contacto con el papel del diablo. Sigue una oración de agradecimiento para pedir a las deidades que concedan protección al pueblo tibetano también en el año venidero.

Bajo el júbilo del pueblo, ahora todos los bailarines se dirigen de vuelta al Potala, hasta que los guerreros divinos aparecen por última vez en armamento completo para expresar junto con lamas, pueblo y dignatarios su alegría por la destrucción del mal.

Dado que ya comienza a oscurecer, se saca aún un torma de un metro de alto del Potala para ser sacrificado en larga procesión por el pueblo que parte, funcionarios estatales, dignatarios y monjes que balancean incienso al pie del Potala. Golpeando fuertemente las manos, el maestro de ceremonias pide a los gompos que blandan sus espadas contra los malvados para matar a todos los que fueron infieles a los principios religiosos.

"Me inclino ante las deidades terribles, los verdugos rojos y los portadores de espada mortales." Con estas palabras, el sacerdote mago actuante pide al gran Mahakala que ejerza su terrible cargo. Grita en voz alta: "Lanzo el rayo, cuya terrible fuerza supera al relámpago, contra los enemigos odiadores que confundieron el sentido de los buenos espíritus."

Mientras el torma se hunde en el resplandor de las llamas que arden ampliamente, el lama mago continúa: "Oh portero, abre la puerta y expulsa a los enemigos de este lugar sagrado."

Cientos de tambores retumban en la noche, y jubiloso comienza el pueblo a bailar y cantar. Los salvajes tibetanos orientales, los ngoloks y los khampas agarran las espadas, y los guerreros divinos disparan sus escopetas de horquilla retumbantes sordas en el último resplandor de la tarde. Con ello, el frío y el terror del invierno se terminan simbólicamente y se puede recorrer el camino al nuevo año con corazón puro.

Los espíritus malignos han sido expulsados, y todo Lhasa se dedica al descanso en el último día del año viejo. Gansos salvajes y grullas animan la imagen pacífica. El sol brilla con fuerza, los techos dorados brillan, el enebro sagrado huele, los cuervos realizan sus juegos de amor. Y todavía se arrastran multitudes de peregrinos como orugas negras y grasicas en la famosa calle Lingkor, que separa lo sagrado de lo profano, alrededor de la ciudad sagrada expectante.

Aquí y allá, ciudadanos diligentes todavía están ocupados pintando svásticas que traen suerte y los símbolos de sol, luna y signos de llamas en puertas y portales. Algunos incluso limpian calles de cadáveres de animales secos y de la suciedad más gruesa. Pero la mayoría disfruta del día silencioso y sin nubes y se entrega a la contemplación interior.

Como un mar de flores actúan los techos planos de Lhasa sobre las casas blancas resplandecientes, que arrojan sombras azules frías. ¿Hay una imagen más alegre que estos decenas de miles de arbolitos de banderas coloridos que revolotean alegremente en el viento fresco en cinco colores? Son los colores del Tíbet, que regresan en múltiple simbología una y otra vez: Azul resplandeciente es el cielo y el poder de la iglesia; rojo arde la tierra de las colinas lejanas y desnudas y indica la mansedumbre; amarillo son las dunas y el color de la felicidad; blanco, puro e intacto brillan las montañas y el océano del mundo, y verde brilla ya la siembra, al igual que las fuerzas de la magia que dirigen la vida.

Todo toma su curso habitual. A última hora de la tarde se acumulan nubes, y lentamente el sol sale del valle. Alrededor, las montañas desnudas brillan aún en umbras profundas y pasteles como un paisaje lunar. Lhasa se enfría, y una noche oscura y estrellada descende. Temprano cada uno se va a dormir, pues se considera honorable y unido al santo ser testigo de la hora de nacimiento misteriosa y solemne del nuevo año.

A medianoche retumban los tambores del Tíbet desde el Potala sobre la ciudad oscura. Ha comenzado el Losar: Lama Losar, la fiesta de los sacerdotes, como se llama el primer día. Jóvenes y viejos salen a las puertas para gritar la alegre noticia fuerte y resonante en la noche y anunciarla a los vecinos. Los jóvenes muchachos se divierten especialmente despertando a los dormilones tardíos y, para ello, yendo golpeando y llamando de puerta en puerta, hasta que toda la ciudad resuena de gritos de alegría y uno se dirige a la sagrada carretera de circunvalación del Parkhor en el centro de la ciudad, para realizar las rondas prescritas frente al más sagrado de los templos y recordar al Buda supremo en amor y reverencia.

En las casas comienza a continuación el intercambio de los khadags, los velos de seda blancos como flores, que en estos días han ganado la mayor importancia ceremonial como símbolo de la pureza. La fiesta comienza en el círculo familiar con un trago de chang, el delicioso cerveza de año nuevo espumosa, en cuya preparación las amas de casa ponen especial cuidado.

También en Tredilingkha comienzan las festividades ya en la temprana mañana del Señor. Cuando justo me froto el sueño de los ojos, me veo repentinamente rodeado de todos nuestros espíritus serviciales, intérpretes y sirvientes. Frescos lavados, con rostros risueños y en ropa festiva, me expresan todos sus deseos de suerte y me cubren mi saco de dormir con khadags relucientes.

Poco tiempo después, como primer invitado de año nuevo, mi viejo amigo, el príncipe de Gotsa, encarnación de Padma Sambhava, hace su visita. Me entrega además del velo blanco un cuenco de ofrenda de plata y un rayo. En el desayuno común somos sorprendidos por el amable mayordomo de Su Santidad, que me transmite graciosamente el velo de felicitación del jefe de estado tibetano en pleno ornamento y nos anuncia que el regente planea recibir a los dignatarios del estado, al alto clero y a las delegaciones gubernamentales de las potencias extranjeras acreditadas en Lhasa a la hora del mediodía. Dado que, por razones de tacto, he decidido dejar el precedente a los representantes del gobierno británico-indio en el primer día de año nuevo, encargo a uno de mis camaradas, que debido a su crecimiento de barba como melena y su calvicie bien desarrollada de todos modos es visto como el hombre más santo de nuestra pequeña comunidad, transmitir al regente los velos y deseos de suerte de la expedición. El trato preferencial que nuestro legado experimenta entonces en esta primera recepción oficial de año nuevo da testimonio de que se aprecia bien mi elección del portador de deseos de suerte marcado por la mano de Dios.

En presencia de todos los budas vivientes y de los altos abades de los enormes monasterios gubernamentales Drepung, Sera y Ganden, conocidos como los "tres pilares del estado", tiene lugar en el Potala un servicio divino de fertilidad. Luego, los altos dignatarios del kashag y del consejo estatal transmiten al regente sus deseos de suerte personales, realizando las kowtows sacrales habituales y siendo bendecidos individualmente por Su Santidad mediante imposición de manos y con velos de seda blancos como flores de metros de largo.

EL FESTIVAL DE LOS VELOS BLANCOS

En las grandes casas de Lhasa se celebra el Año Nuevo según una antigua tradición con costumbres muy significativas. Las amas de casa, que se acercan como princesas, han tomado todas las precauciones para que a los suyos no les falte de nada. Además de platos tradicionales de Año Nuevo como raíces de homa azucaradas (una especie de fritilaria), costillas de oveja, cabezas de carnero hervidas y otras especialidades tibetanas, se ofrece abundante Tschang y deliciosos pasteles mantecosos. Los grandes trozos de carne medio crudos se presentan sobre tablas de madera, y el ama de casa tiene la tarea de trocearlos y ponerlos en boca de sus invitados. Para comer no se usan palillos, como es habitual en las grandes casas, sino que, según la antigua costumbre, sólo se puede comer con los dedos. Detrás de cada invitado hay un sirviente con pesadas túnicas de seda bordadas en oro y coronas de perlas en la cabeza. Ellos sirven el Tschang adornado con pequeños trozos de mantequilla en tallados vasos de oro macizo o plata. La costumbre dicta que la bebida clara sólo se puede disfrutar después de que, con pulgar e índice, se haya mojado en círculo a los dioses y genios el sacrificio debido.

Durante la fiesta, los miembros de la alta administración, comparables a reyes en su dignidad inaccesible, vestidos con túnicas rígidas de seda, toman asiento en tronos frente a los altares domésticos. En lugares más bajos, junto a ellos se sientan las amas de casa y las posibles concubinas, mientras que los demás parientes toman sus sitios. Sólo cuando los miembros de cada clan han ocupado sus lugares pueden los sirvientes entrar en la capilla de la casa. Con la cabeza descubierta y con la lengua muy extendida hacen una profunda reverencia y expresan a la familia señorial sus buenos deseos con las palabras: "Que toda la suerte os acompañe en el año nuevo, que la alegría y la felicidad reinen en nuestra casa, que la madre virtuosa sea bendecida, para que cuando llegue otra vez la buena temporada de Año Nuevo, nos encontremos de nuevo en concordia." Luego, todos los familiares ofrecen del Tschang presentado con el pulgar y el dedo anular, y el ama de casa toca los hombros de sus subordinados con un poco de Tsamba. Tras cantar juntos una canción, como signo de íntima unión el maestro de la corte tiene el privilegio de poner al señor un Khadak blanco alrededor del cuello, quien le devuelve el velo con la expresión de mayor gratitud. Este gesto es repetido por cada miembro de la familia.

Luego se encienden las pequeñas lámparas de mantequilla en las repisas del altar doméstico, y el servicio toma los regalos preparados por la familia.

Para la gente sencilla este día está marcado por el renacimiento de la naturaleza. El feliz mensaje de la primavera que empieza va de casa en casa, y en las visitas mutuas hay banquetes y brindis para la alegría general. Se desea suerte, salud y riqueza, se dan pequeñas ofrendas, se esparcen sacrificios, se queman incienso, y tras algunas rondas de delicioso Tschang fresco, con educadas reverencias, se despiden para continuar. Invitados esperados y no esperados llaman incesantemente a las puertas. Así prosigue, y antes de que caiga la noche, toda la ciudad se halla en un estado de bendita embriaguez. Grupos enteros de mendigos bailan por las calles, golpean el suelo con los pies, levantan las piernas y aplauden rítmicamente. Riendo y gritando, muchachos y muchachas se siguen cogidos del brazo, hacen explotar fuegos artificiales y cantan sus canciones melancólicas desde la lejanía de la estepa, las altas montañas y el agua azul profundo, donde juegan los peces y brillan miles de pequeñas esvásticas que traen buena suerte.

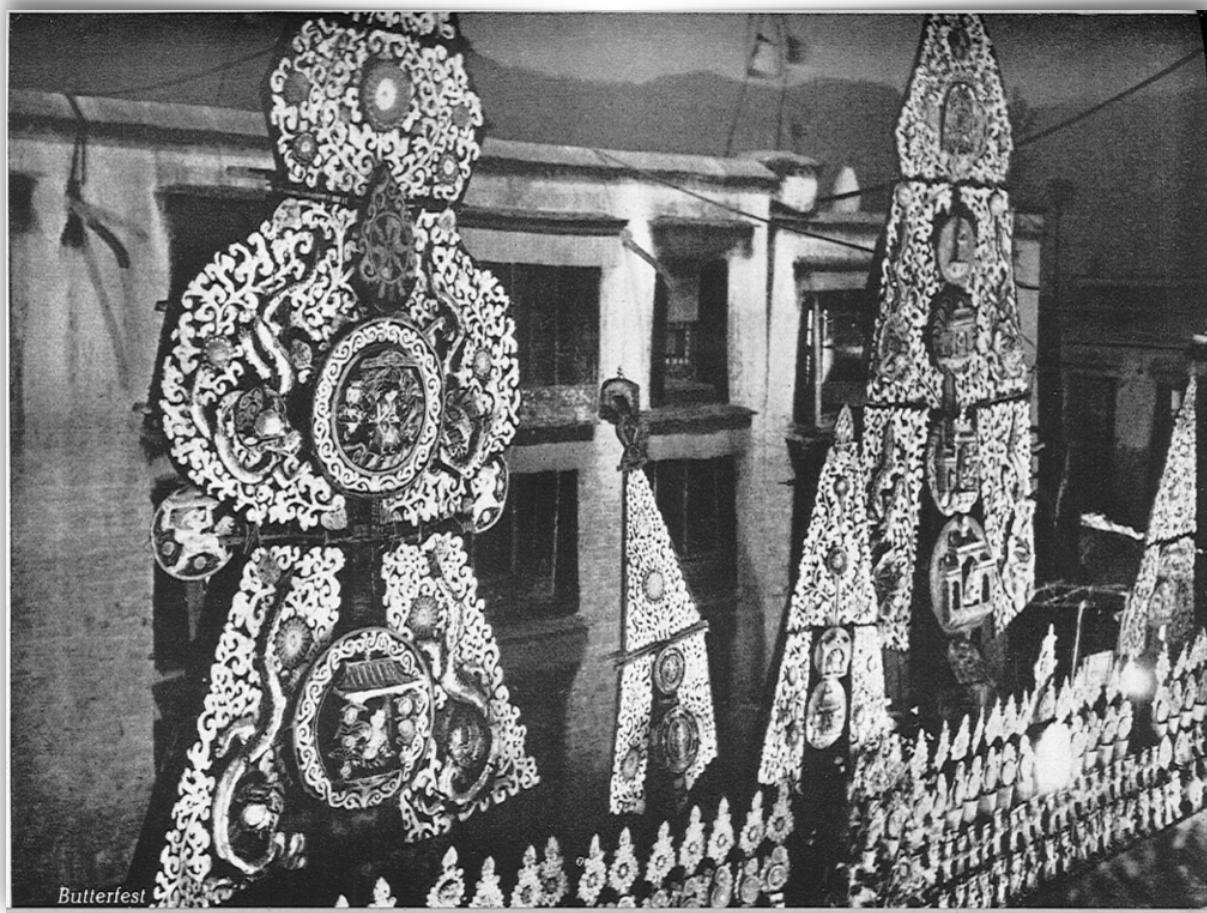
Los cráneos de carnero, formados completamente en mantequilla y cubiertos con láminas de oro, se ofrendan solemnemente a los dioses. Luego todos los miembros de la familia, en actitud reverente,

agradecen calurosamente a los sacerdotes domésticos, y puede comenzar la entrega de regalos a los sirvientes.

El "Gyalpo Lhosar" o "Año Nuevo del Rey", segundo día, se celebra en el gran salón del trono del Potala con una pomposa recepción en honor al jefe de Estado tibetano bajo circunstancias misteriosas. Es la ceremonia más noble e íntima de todo el mes festivo.

Ya en la mañana del día de fiesta, Su Santidad me hizo preparar con delicadeza mediante un alto Tsassak para que las solemnes ceremonias no se vieran perturbadas por el uso de aparatos fotográficos.

Densos tumultos de caballos y personas nos reciben al pie de la fortaleza de los dioses,



resplandeciente bajo el sol. Un panorama colorido y animado. Acompañados por nuestros intérpretes y amigos tibetanos con sus resplandecientes vestiduras estatales, subimos otra vez por la ancha escalinata hacia el patio interior del Potala. Altos lamas nos reciben con burla de lengua respetuosa y nos conducen a través de un laberinto de estrechos y oscuros pasillos y escalinatas principales hasta la sala del trono del Dalai Lama. Está casi llena. Ya esperábamos una larga duración, ya que es costumbre en Lhasa llegar lo más temprano posible a los actos solemnes. Para nosotros hay cojines blandos preparados, y nos sentamos en actitud de Buda.

El ojo se acostumbra lentamente a la misteriosa penumbra del salón, iluminado sólo débilmente por un lucernario cubierto con toldos. Podemos entonces observar tranquilamente. En el centro de la sala, del color rojo y dorado, hay un patio iluminado que sirve de pista de baile. Filas de columnas poderosas con magníficos capiteles tallados y pintados de colores se alzan a ambos lados. Una pequeña escalera lateral conduce al trono dorado del Dalai Lama, incrustado de piedras preciosas,

que domina toda la fachada norte. Sobre el trono, donde se amontonan cojines cubiertos de brocado de seda, brilla en antiguos caracteres chinos y tibetanos el lema de los sacerdotes divinos: "El poder del Uno, que envía las almas al cielo, sobre todos los dominios del mundo".

A los pies del trono hay un baúl de varios metros de largo, hecho de oro trabajado con



Frau mit Kind

incrustaciones de coral, turquesa y perlas del tamaño de avellana. Dragones luchando con ojos de rubí brillantes forman el patrón. En vida de los Dalai Lamas, este baúl servía sólo para guardar una especie de tocado mitraico de los reyes-dioses. Hoy, en su interior forrado de terciopelo y con cerraduras poderosas, se guarda el ornamento del Dalai Lama, y un alto dignatario es responsable de estos tesoros en las cámaras del Tesoro del Potala.

Un poco alejado, en la fachada oeste, está el trono menos alto del regente, el asiento sencillo del primer ministro. A lo largo de la pared con pinturas de budas siguen,

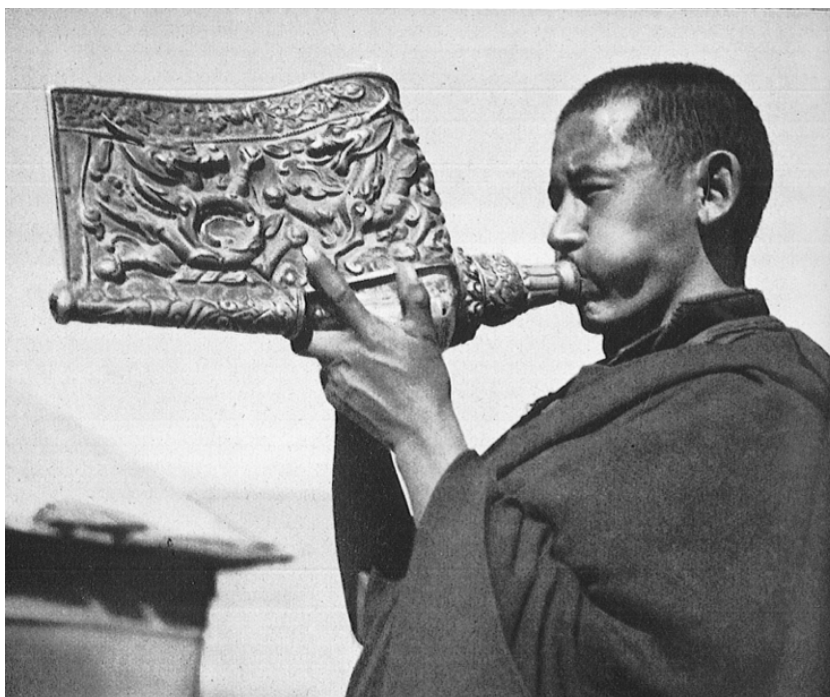
espaciados, siete altos cojines reservados a los "Budas vivientes" de los tres grandes monasterios Estatales Drepung, Sera y Ganden.

A la izquierda y a la derecha del baúl dorado se colocan dos grandes sacerdotes que custodian el espacio. Un alto lama de aspecto esbelto avanza rápidamente para extender un velo blanco de seda de un metro de ancho desde el portal hasta el trono del Dalai Lama. Dos enormes guardias de cuerpo caminan tras él, balanceando grandes incensarios de oro. Murmuran sonidos graves.

El resplandor de la sala nos atrapa con una enorme pompa.

Un heraldo con toga escarlata se coloca en el centro y anuncia en voz baja que las ofrendas en la capilla privada del Dalai Lama han concluido. Se han rendido honores a las dos deidades protectoras del día: Yamantaka y Palden Lhamo.

Un rumor pasa por la sala. Oficiales con ropajes fantásticos miran una vez más sus derechos y verifican si los representantes de las potencias extranjeras están todos presentes. La escena en la gran sala semioscura se vuelve aún más misteriosa con los grupos que susurran a media voz.



Luego voces se alzan, retumban tambores, todos se levantan y fijan la vista con expectación en las puertas. Con frenético apuro, el maestro de la corte del Potala y algunos monjes importantes alisan cojines para sentarse como de piedra. Entonces nuestros sentidos se entregan al espectáculo majestuoso.

Bajo el claro sonido de cuernos y estruendo de trompetas, desfilan uniformes de colores mágicos por las puertas. Luces misteriosas brillan, y aunque apenas podemos distinguir las figuras, el ritual nos cautiva totalmente. Suaves nubes del incienso almizclado impregnan el ambiente y producen un efecto paralizante, casi narcótico. Tras los dos lamas gigantes siguen tres de los más altos dignatarios con pesadas túnicas de seda que recuerdan a los antiguos reyes de Tíbet. A pesar de la viveza de los colores que estos valiosos vestidos tibetanos muestran incluso en la penumbra de la sala festiva, las largas y pesadas vestiduras parecen sombrías y casi semejan armaduras medievales. Los tres acompañantes simbólicos del Dalai Lama llevan un espléndido adorno de collares de ámbar y pendientes de oro macizo, similares a varas, de medio metro de largo. Además, lucen maravillosas cadenas de coral rojo brillante y gigantescos amuletos dorados en el centro del pecho, formados por varios círculos concéntricos de turquesas mate. En la parte derecha de la cabeza llevan elipsoides de oro y turquesa que simbolizan conchas sagradas. Como tocado usan sombreros cilíndricos de ala ancha, negros de seda, adornados con botones de oro y plumas de pavo real ondeantes, que no se quitan durante las ceremonias. El dignatario central, a quien reconozco como el tesorero de la ciudad de Lhasa, lleva un fardo envuelto en velos blancos de seda sobre brazos extendidos, mientras los otros dos parecen hacer sólo de figurantes.

Con paso lento e infinitamente ceremonioso atraviesan el patio iluminado sobre una alfombra de seda hasta el trono del rey-dios. Allí, el tesorero deposita, con profunda reverencia, su sagrado fardo sobre el baúl dorado. Desata los velos y revela un pesado manto de seda, el Daghan del Dalai Lama. Con una graciosa genuflexión coloca la prenda preciosa con ambas manos sobre el trono. Visible desde todos lados y terminando en una larga punta, representa la presencia del Dalai Lama fallecido.

Tras la formación con los tres dignatarios de ropajes antiguos junto a los dos lamas gigantes, el murmullo sordo de sus rezos es ahogado por un nuevo estallido de fanfarrias. Todo se reclina. Las cabezas se inclinan suavemente hacia abajo y los espaldas se curvan. Se oye reverente chasquido de saliva. Aparece el regente. Acompañado por los Budas vivientes, los que llevan el incienso y los corpulentos guardias reales, entra en la sala. Sobre las vestiduras doradas de lama resplandece su tocado amarillo semejante a una mitra, tan característico en la iconografía de Tsongkhapa, el gran reformador lamaísta y fundador de la secta Gelugpa. Con ojos abiertos y fijos, cabeza inclinada y brazos que se balancean, avanza en un estado casi de trance tambaleándose ligeramente sobre el corredor de seda blanca. A paso sorbiendo, se dirige por entre las filas que se apartan de los dignatarios hacia el trono del Dalai Lama. El amplio salón se sumerge en un silencio sepulcral. El aliento se detiene. Tres veces el regente cae ante el trono de su soberano supremo, a quien representa en este mundo, y toca el suelo con la frente. Luego saca de los pliegues de su vestido dorado un Khadak reluciente, de unos 60 centímetros de ancho y varios metros de largo, y lo ofrece al Dalai Lama. Después se dirige a su propio trono para sumergirse inmediatamente en meditación, ayudado a sentarse por algunos lamas.

Seguido por sus acompañantes con gorros rojos, llega el primer ministro. Repite la misma solemne ceremonia ante el trono del todopoderoso sacerdote divino y también se sienta en silencio contemplativo en su asiento. A continuación entran los cuatro altos ministros del gabinete con sus antiguas y históricas uniformes, hechas de brocado beige tejido con motivos de flores y dragones. En los cuellos, solapas y bordes de los ropajes tienen un precioso borde de piel de marta. Sobre los hombros abultados llevan cortas capas del mismo pelaje, y sus cabezas están coronadas con gorros de piel tejidos en rojo y dorado. Cerrando la entrada solemne, llega el pintoresco ejército de

Tsassaks y los coloridos miembros del consejo de estado, que se sientan todos con las piernas cruzadas en sus sitios asignados, se ajustan sus suntuosas vestimentas y valiosas prendas de cabeza, se colocan máscaras de piedra y quedan en completo silencio.

Es privilegio de los enormes y armados con garrotes lamas Gepkös garantizar el orden y la tranquilidad. Son conscientes de que sus cargos son de los más altos que la jerarquía lamaísta puede otorgar, y se deslizan por la sala como gigantes calvos con caras severas, semejantes a panteras preparadas para el salto. Listos para reprender a cualquiera que ose profanar el solemne silencio con palabras, golpean con sus largos garrotes ante la mínima perturbación, imponen reprimendas severas y no dudan en castigar ejemplarmente incluso a los ministros más altos. En una ocasión, el enviado de un gran país vecino tuvo un encuentro con uno de estos garrotes en esta misma ceremonia, por lo que rodó del cojín y fue literalmente expulsado del templo por el gigante, a pesar de sus fuertes protestas. Los Gepkös ejercen su función como fantasmas vengativos personificados, y todos suspiran aliviados cuando uno de ellos ha pasado silenciosamente con sus suelas de fieltro.

El comandante del famoso regimiento Trapschi, uno de los generales más altos que desde hace años dirige la guardia del Dalai Lama, recibe una severa reprimenda por sentarse de modo demasiado relajado. Bajo la amenaza del garrote debe adoptar una postura correcta, y cuando uno de los nuestros intenta acomodarse porque le causa dolor la posición inusual de piernas cruzadas, un gigante Gepkö corre hacia él y lo mira con ojos tan feroces que casi no nos atrevemos a movernos. Un soldado nepalés de la guardia personal en uniforme de gala, quien se apoya con demasiada confianza contra una columna, recibe un fuerte golpe en la cabeza que le hace tambalear. El sonriente Gepkö le grita: “¿Crees que estás en la selva india y te puedes mover como un mono?” A pesar de todos los Gepkös, buscamos la mirada del regente y los demás poderosos, inclinándonos sonriendo y muy suavemente con las manos juntas.

Los cuatro ministros del gabinete abandonan sus cojines con inaudita dignidad. En lenta procesión atraviesan la sala y se colocan en fila frente al trono del Dalai Lama. Las puertas del salón del trono se cierran y todo se sume en profundo silencio. Treinta lamas con largas túnicas color terracota y tocados amarillos se reúnen en semicírculo alrededor del trono del Dalai Lama para realizar la gran ofrenda mandálica.

La "ciudad de los dioses" del mandala se considera una manifestación suprasensible y sirve para atraer al mundo divino al esquema cósmico y provocar un estado de absoluta trascendencia mundana. En el proceso, los sacerdotes actuantes se transforman en seres sobrenaturales e invitan a las deidades a residir en la ciudad mística y a manifestar todo su poder benéfico.

En un cuenco dorado protegido por un círculo que ahuyenta demonios, que representa el cosmos con la montaña sagrada Meru y los cuatro grandes y ocho pequeños continentes, se ofrecen simbólicamente a las deidades, en nombre del sumo sacerdote, todas las riquezas y tesoros de la tierra en forma de monedas de cobre y plata. Con esta solemne acción se recuerda a los creyentes que el santo rey Asoka en tiempos remotos entregó todo su reino a los sacerdotes budistas y lo volvió a comprar para la salvación de la doctrina con enormes sumas de oro y joyas.

Al final, dos "doctores de la divinidad" depositan ofrendas de cebada y trigo sobre el cuenco rico y reluciente, forman en el centro, que simboliza la montaña Meru, un pequeño montículo de arroz brillante. Un cantor llamado Umdsats dirige con voces sonoras, profundas y murmullos el coro de letanías sagradas y cánticos intercambiados. Son las notas más graves que he escuchado jamás en voz humana, mezcladas con tambores graves resonando por las paredes.

Los representantes de China, conscientes de la antigua relación vasalla del estado tibetano con el Reino del Medio, parecen cuidadosos de que sus reverencias no sean demasiado profundas. En cambio, el ministro nepalés, vestido con el uniforme estatal brillando en dorado como un príncipe

de cuentos indios, hace una reverencia profunda. Sus colaboradores más cercanos, vestidos con galas resplandecientes y tocados de oro con kukris cruzados y plumas de garza blancas, manifiestan máxima reverencia. Cierran la ceremonia los enviados del maharajá de Cachemira, que con sus grandes sombreros negros de terciopelo parecen miembros de una secta oculta.

Los lamas Gepkös cumplen con su labor y nuevamente reina un solemne silencio. Ahora se levanta el mayordomo de Su Santidad el Dalai Lama. En solemne ritual, respetando exactamente los rangos, ofrece a todos los dignatarios en nombre del sacerdote divino los mejores deseos y bendiciones para el año nuevo. Por antigua costumbre, ahora cada uno saca de los pliegues de su amplio vestido un simple cuenco de madera para Tsamba. En este solemne brindis de Año Nuevo no se pueden usar cuencos decorados en plata, habituales en las casas ricas, porque no corresponden a los cuencos antiguos de limosna prescritos por Gautama.

Como líder del equipo de cocina aparece un poderoso, orgulloso sacerdote Djamapriester. Desde una jarra de oro macizo ofrece simbólicamente la primera taza de té de mantequilla al Dalai Lama. Por precaución, uno de los abades del monasterio prueba el té destinado al Dalai Lama y coloca solemnemente la taza sobre el baúl dorado. Los demás participantes de la celebración reciben su té de mantequilla de jarras de plata finamente trabajadas que brillan en la penumbra. Para que el té salado se mezcle íntimamente con la mantequilla, los lamas encargados lo agitan lentamente de un lado a otro. Todos esperan en actitud humilde hasta que el regente lleva la taza a sus labios. Solo ahora se puede beber, pero solo pequeños sorbos, como exige la etiqueta. Tras tres sorbos, se baja la taza. Sonriente, observo cómo los altos dignatarios se esfuerzan por beber hasta la última gota del elixir divino.

Con movimientos giratorios de sus hábiles lenguas limpian cuidadosamente los cuencos de Tsamba. Finalmente sacan pequeños pañuelos de seda de colores, envuelven sus cuencos y los guardan en sus pliegues de vestimenta.

Vestidos con brocados pesados y desteñidos, los bailarines ejecutan el llamado “Drabuling”, una danza sagrada de deidades, que data de una visión onírica del gran quinto Dalai Lama, instaurada hacia 1650.

Comparables a divinidades con dos caras, los bailarines se mecen como serpientes. En la ofrenda del velo prometen a los habitantes de la tierra suerte y bendición en el año nuevo. Acompañados por música de flauta muy solemne y misteriosa, los esbeltos jóvenes vestidos con sedas de colores oro y azul, ejecutan la danza tradicional “Kar”. En la iluminación mágica se mueven con saltos casi acrobáticos en círculo, bailan unos hacia otros para luego, de repente, ofrecer una impresión verdaderamente impresionante.

Sigue el "Triga" o danza de la espada, ejecutada por los cinco mejores bailarines, que en plena armadura, vestidos con delantal de cuero y cota de malla, realizan un magistral homenaje danzando. En cada mano llevan espadas curvas relucientes que giran con gran habilidad alrededor de sus muñecas mientras hacen saltos salvajes. Al final, los trece jóvenes danzantes vuelven a aparecer, se inclinan ante los dignatarios y se retiran.

A la señal del gigantesco Dschamalama, los participantes de la fiesta toman nuevamente sus cuencos de madera para Tsamba, que ahora se llenan con el tradicional arroz de Año Nuevo. Este cereal sagrado fue bendecido y activado personalmente en 1933 por el decimotercer Dalai Lama. Se considera un medicamento especialmente eficaz contra todo tipo de enfermedades.

Por esta razón, los ilustres invitados llevan sólo unos pocos granos al boca, guardando el resto en sus amplios vestidos para llevarlo a casa y reservarlo para ocasiones especiales. Como otro regalo simbólico del Dalai Lama, se distribuyen huesos cocidos crudos y carne de yak grasienta.

Afortunadamente, nosotros nos contentamos con pocos bocados y damos el resto en secreto a nuestros sirvientes radiantes de felicidad, pues incluso los dignatarios más altos esconden esta grasa ambrosía en sus bolsillos para compartir la comida sagrada con sus familiares.

Las acciones consagradorias del día terminan con una disputada y jocosa batalla entre dos fieros Gesés frente al trono del Dalai Lama. Los dos "Doctores de la Divinidad", uno perteneciente al monasterio estatal Sera y el otro al poderoso convento de Drepung, visten largos talar terracota con hombreras acolchadas. Sostienen potentes cascos de oruga gris amarillentos en sus manos, que no usan como protección, sino para enfatizar con furiosas gesticulaciones cada movimiento durante el combate verbal. El salón se llena de un tumulto sin igual: los mendigos que se amontonan frente a las puertas abiertas del trono entran corriendo, empujando, golpeando y arremetiendo en medio de una mezcla extraña de hambre primitiva y fanatismo religioso sobre la pila de comida. La gran pirámide pronto queda cubierta por cuerpos humanos. Como buitres, estiran y desgarran, cada uno intentando hacerse con una bandeja, mientras algunos desaparecen con lo robado entre la multitud para lanzarlo a familiares y hambrientos lobos por igual. Es un caos impresionante.

Los luchadores utilizan manos, pies y dientes para despedazar cadáveres de yak y oveja con brutalidad. Otros corren sosteniendo sus presas, mientras los más fuertes luchan contra otros bandos organizados de mendigos. Al alcanzar un punto donde no pueden atravesar más la multitud, se lanzan en masa con un salto mortal, forcejeando y luchando en una confusión frenética. Algunos logran escapar saltando sobre cabezas y espaldas, robando pasteles y trozos de carne para huir.

Mientras tanto, una gran delegación lama con potentes trompas de plata se ha reunido en la galería alta del Potala para atraer al pueblo al "Danza de los Espíritus". Al pie de la gran escalinata, a cien metros de distancia, miles de personas se congregan: ciudadanos de Lhasa, pastores nómadas con abrigo grasientos de oveja junto con sus esposas, lamas rojos, cientos de dignatarios adornados, incontables sirvientes, ladakhis, nepalíes y chinos, todo ser con piernas se aprieta en filas densas alrededor de una alta estaca envuelta completamente en pelo de yak, fijada en una losa de piedra junto a la escalinata principal y amarrada con cuerdas en todas direcciones.

Desde el oeste, se acerca una tormenta de arena que oscurece la vista. Entre vítores y aplausos surge un asceta alto de la multitud, que, ignorando la arena que sopla, comienza su exhibición acrobática. Sus oraciones murmuradas se pierden en el silbido del viento. Salta a una de las cuerdas tensas, recibe una taza de té de mantequilla sagrado que bebe colgando de la cabeza, y asciende cantando y rezando a la cima del mástil. Allí encuentra una pequeña plataforma que escala con movimientos bruscos. Lucha violentamente contra la tormenta y cuando parece que va a caer y estrellarse contra las losas, rápidamente se quita las botas de fieltro y las lanza hacia la multitud que celebra. Luego fija una tabla marcada en la cintura, extiende brazos y piernas y gira en el aire con movimientos peligrosos. Despojado de toda corporalidad, el osado acróbata parece un propulsor girando alrededor de su eje. Durante minutos gira, salta nuevamente a la cuerda, resbala, se inclina tres veces solemnemente ante el Potala y desaparece en la multitud.

Este arriesgado espectáculo acrobático es un vestigio de un ritual simbólico de expulsión de espíritus en el Potala, que culminaba con un descenso vertiginoso de la cumbre del templo por una cuerda floja. Hubo accidentes mortales y por eso el 13º Dalai Lama prohibió esta peligrosa caída y la reemplazó por el acto acrobático descrito.

También era una especie de penitencia o castigo para los habitantes de provincias lejanas, para motivar a sus miembros tribales al pago puntual de impuestos.

Finalmente el regente, no sin echarme una sonrisa, abandona bajo tambores y fanfarrias su trono para retirarse a sus habitaciones privadas. Sigue después, por rango y gradación, la comitiva de

dignatarios religiosos y se nombran especialmente a los habitantes de las provincias dominadas por el Panchen Lama.

La provincia de Tsang mostró retrasos en el pago de impuestos, por lo que se estableció la costumbre de que los danzantes de espíritus provinieran de un pueblo cercano a Shigatse. El hecho de que las familias de los acróbatas todavía estén exentas de todos los impuestos puede interpretarse como una reconciliación simbólica entre las dos provincias rivales más grandes de la tierra de nieve. Así, la danza de los espíritus debería servir como última reconciliación de las tribus tibetanas y prevenir la guerra fratricida en el año nuevo.

Con esto, el Gyalpo Lhosar concluye. Con el corazón lleno de gratitud nos despedimos de nuestros amigos y cabalgamos de regreso a Tredilingkha.

El “Lhosar-Mönlom-Tschempo”, abreviado como “Mönlom”, constituye el punto culminante y es en realidad el núcleo religioso de toda la fiesta de Año Nuevo en Lhasa. Entre todos los eventos del año litúrgico lamaísta, indudablemente merece el primer lugar. El periodo del Mönlom ocupa veintiún días completos. Por tanto, dura desde el tercer hasta el vigésimo cuarto día del primer mes tibetano e incluye las celebraciones más grandes y misteriosas, que se describen más adelante. Por ahora basta con mencionar su desarrollo, su estructura y las fuerzas impulsoras. Todos ellos son lo suficientemente extraños y proporcionan una buena visión de la esencia de la jerarquía lamaísta, que hoy nos aparece como una mezcla poderosa de lo alto y lo bajo, lo espiritual y lo mundano, lo sagrado y lo profano.

Las celebraciones Mönlom se remontan al famoso reformador lamaísta Tsongkhapa. Estaban destinadas a la reflexión de todos los virtuosos y a fortalecer y consolidar la recién fundada orden Gelugpa. Originalmente, en los siglos XV y XVI se trataba de oficios y ceremonias celebrados en tiempos determinados, en los que se leían textos clásicos budistas y se recitaban oraciones. Su propósito era multiplicar los méritos religiosos y facilitar a las seis clases de seres la obtención de la salvación budista. También culminaban en el deseo de invocar a Maitreya, el buda victorioso de los tiempos venideros, para que su poder culminante brillase sobre todos los reinos y liberara a todos los seres del yugo del pecado.

Sólo el gran quinto Dalai Lama, verdadero fundador de la jerarquía lamaísta universal, tuvo el privilegio de elevar el “Gran Oración” a “Lhasa Mönlom Tschempo”, haciendo de ella la gran celebración anual de Año Nuevo. Hacia 1650, cuando este genial estadista y sacerdote divino logró unir en sus manos el poder espiritual y temporal sobre todo el Tíbet, incorporó el “Gran Oración” a las antiguas celebraciones de Año Nuevo y fusionó ambos en una unidad indivisible. Dado que uno no puede separarse del otro, ambos culminan en el deseo de asegurar la supervivencia de la iglesia tibetana hasta el futuro más lejano. Por eso, el “Gran Oración” de Lhasa se celebra hoy con una devoción perpetua por la victoria de la doctrina lamaísta.

Desde la época del gran Quinto, los sacerdotes de la iglesia amarilla hicieron todos los esfuerzos para colocar el Lhasa Mönlom completamente bajo su influencia, lo que finalmente dio lugar a las más extrañas y poco espirituales prácticas.

Como muchas cosas buenas humanas tornadas en su contrario por la mano humana, surgió de las obras bienintencionadas de este gran Quinto un poder tiránico sin precedentes. A fin de ofrecer un equivalente a la pérdida de poder político a los más poderosos monasterios de su tierra, de cuyos mayores él mismo había surgido, y reconciliar así al clero con la exclusión de los asuntos gubernamentales, el Quinto Dalai Lama creó para los veintiún días del Mönlom un extraño sistema de gobierno. Durante el período de la “Gran Oración” destituyó a todos los miembros e importantes dignatarios del gobierno, incluidos el primer ministro y los cuatro altos ministros del gabinete, y entregó toda la autoridad y el poder ejecutivo a los lamas. Para ejercer este control absoluto, aunque

breve, a nombre del clero nombró dos abades de su monasterio de origen Drepung como “Jasös”, gobernantes absolutos de Lhasa, poniéndolos al mismo rango que los ministros del gabinete. También transfirió las cuestiones oficiales del gobierno, la jurisdicción civil y clerical, y toda la administración civil a manos de estos Jasös, decretando el cierre de todas las instituciones públicas durante el gobierno del clero.

Anualmente se renovaban estos dos cargos de gobernantes, para dar oportunidad a muchos jóvenes lamas de demostrar sus habilidades estatales para que luego pudieran ocupar puestos responsables y altos cargos estatales. Así, la dirección que los Jasös tenían durante su breve mandato se consideraba una prueba para el difícil arte de gobernar la vida pública. Por ello, el gran Quinto comprometería a su clero especialmente en esta función, ya que en tiempos de necesidad y guerra dependía más que nadie de los veinte mil lamas de las “Tres Columnas del Estado”.

Cuando Tíbet, tras la muerte del Quinto, cayó en fuerte dependencia china, los hijos de Han influyeron conscientemente en las celebraciones del Mönlom en la capital tibetana, con la intención de reforzar la imagen del Reino Medio y marcar claramente la relación de vasallaje de Tíbet al trono del dragón en Pekín. En vano intentaron despertar en la población tibetana la creencia de que las celebraciones del Mönlom servían únicamente para rendir homenaje al soberano chino reinante, para honrar el gran festival.

El Mönlom en su evolución siguió su propio camino. Las Jasös ejercieron un régimen de terror sin precedentes durante el Mönlom, explotando su poder ilimitado con egoísmo, codicia, extorsión, arbitrariedad y persecución. Durante este tiempo, el nombramiento para Jasö se convirtió en un negocio corrupto en el que enormes cantidades de sobornos enriquecían a los gobernantes seculares. Para protegerse, las Jasös llevaron a cabo un cruel juego determinado por la codicia del dinero, y durante los veintiún días intentaron arrebatar al pueblo tanto dinero y bienes como fuera posible para asegurarse toda su vida. La autoridad y el gobierno fueron totalmente entregados al clero, y nadie se atrevía a impedir este desastre. Las infracciones más mínimas se castigaban con torturas y severas penas, salvo si se pagaban altas multas. A los conciudadanos que incumplían la obligación de saludo, que eran sorprendidos discutiendo, que profanaban los templos o cometían otras infracciones menores, también se les imponían fuertes sanciones económicas.

Los Jasös llegaron a apropiarse de casas y terrenos que luego vendían a interés usurero. Para desahogar su resentimiento acumulado en la vida monástica, utilizaban a las bandas de monjes-policías jerárquicamente organizados, llamados “Geiks” y “Dobdobs”, para patrullar la ciudad, extorsionar dinero, torturar y castigar con látigos y garrotes al pueblo. No es de extrañar que los asustados ciudadanos de Lhasa huyeran de la ciudad en masa. En lugar de celebrar y disfrutar la fiesta, la aristocracia de la ciudad entregaba sus objetos de valor, confiaba las casas al cuidado de sus sirvientes y se ocultaba en el campo hasta que se marchaban las hordas fanáticas de lamas. Mientras tanto, los drones sacerdotales saqueaban las casas abandonadas, robaban todo lo que no estaba clavado y se llevaban los muebles. A menudo se producían batallas violentas entre las bandas de monasterios y conventos que trataban de apropiarse de lo mejor. La violencia fue sin precedentes. Solo el decimotercer Dalai Lama progresista, tras su regreso del exilio chino, se esforzó por liberar el gobierno sacerdotal durante el Mönlom de sus peores excesos y detener la extorsión desenfrenada.

Una vez más, las celebraciones del Mönlom sirvieron como educación comunitaria para los más de veinte mil sacerdotes reunidos en Lhasa. En reuniones diarias se les explicaba el propósito y las altas tareas de su oficio espiritual. Unidos como incontables almas, sus corazones se fusionaban en oración por el bienestar de todos los pueblos bajo el cielo. Respaldados por los votos de los lamas, la doctrina de Buda debía difundirse pronto en todos los idiomas, trayendo felicidad y paz a todo el mundo. Todas las criaturas vivientes encontrarían salvación bajo la protección del clero budista

mediante buenas obras hasta la eternidad. En el sagrado camino de ocho partes las personas seguirían las acciones de los grandes Budas y aspirarían en perfecta perfección a alcanzar el Nirvana.

Tres veces al día, los días tercero, quinto, octavo, décimo, decimotercero y decimoquinto del primer mes, desde temprano en la mañana, se celebran en la "Gran Casa de los Dioses" servicios religiosos, enseñanzas y lecturas sobre filosofía lamaísta ante miles de lamas. Todos los Budas y deidades del panteón lamaísta son honrados en estos días sagrados de Mönlom, culminando en el deseo de acortar la era actual del Buda Gautama, que se supone ha pasado su apogeo, y acelerar la llegada del Mesías Maitreya, que reside aún en el cielo Tusita y es el dios del amor.

En la mañana del tercer día de Año Nuevo, nuestra guardia personal llega puntual. Son tipos curtidos con garrotes largos y rostros decididos que harían frente al diablo. No tememos a la multitud lamaísta, cuya entrada se anuncia para la mañana. Sin embargo, la población de Lhasa parece poseída por la histeria. Por todas partes se ven ciudadanos que ponen a salvo sus bienes. Nobles a caballo galopan por la ciudad. Esta es la última oportunidad para moverse libremente. Pronto comienza la estampida de veinte mil lamas que llegan desde el oeste, este y norte casi simultáneamente. La imagen es abrumadora: largas filas de lamas como nubes de langostas hambrientas que se acercan. En densas nubes de polvo, pasan las hordas sacerdotales lanzando miradas llenas de odio hacia nosotros. Resulta difícil imaginar personas más desagradables que estas masas oscuras de parásitos estatales sin lavar, que llegan de todos los caminos a pie y a caballo, apiñadas, fanáticas, orgullosas, indisciplinadas y posesas por la codicia. Desde su primer vistazo sentimos repulsión y se confirma la sospecha de que el verdadero motivo de su viaje a Lhasa no es la devoción. Codicia, locura de poder y desenfreno brillan en sus ojos. Parecen fieras heridas en jaulas, a las que se ofrece una breve libertad para desatarse.

Desde niños novicios de ocho a diez años todavía llevados a cuestras por sus madres, pasando por ancianos lamas cojitrancos, enfermos en harapos hasta tullidos y débiles arrastrándose al borde de la calle, la multitud sin alegría se amontona en desorden caótico y avanza en interminables filas hacia la ciudad sagrada. Rowdies pintados de negro con caras diabólicas y aún manchándose el rostro con hollín, empujan y obligan

sin tacto ni respeto a los más altos funcionarios estatales a apartarse y dar grandes rodeos. Con enormes garrotes, banderas ondeantes y árboles de banderas ricamente decorados en las manos, van cargados con insignias religiosas, mantas para dormir, barriles de mantequilla, cajas y cofres.

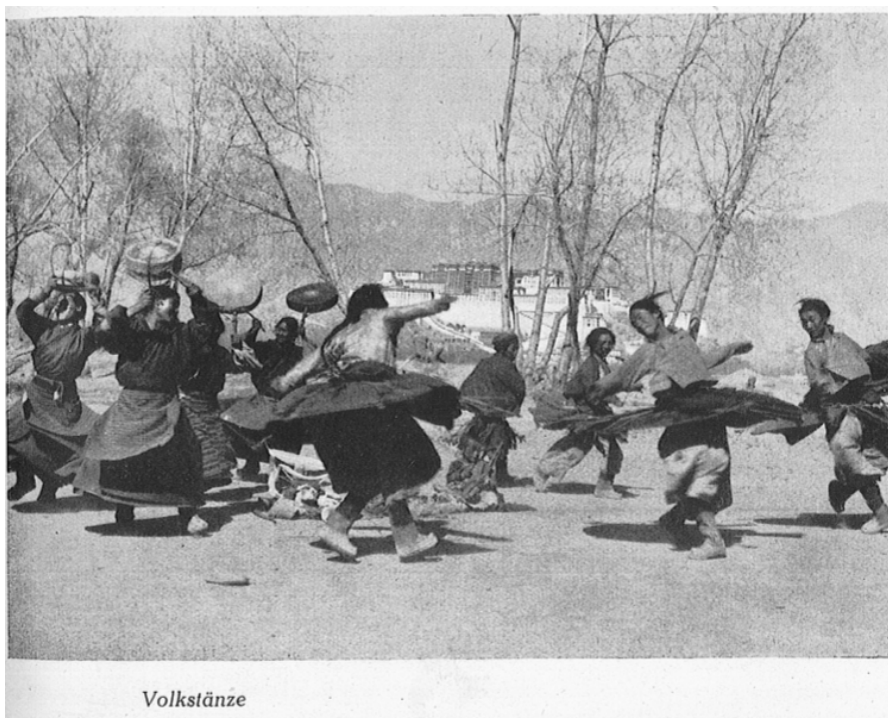


Cuando intentamos grabar y para ello formar un círculo protector alrededor de las cámaras, nuestros sirvientes, temblando de miedo, intentan negarse al deber. Fuertes y animalescos tipos con caras negras y ojos malvados atacan. Lluvia de piedras cae sobre nosotros y la guardia con garrotes actúa por primera vez.

En medio de este alboroto salvaje, los “Señores de la Ley”, los todopoderosos Jasös, acompañados por sus escoltas de caras negras, la guardia personal autorizada, Geiks y Dobdobs, hacen su entrada para ser recibidos según la antigua costumbre con honores reales y conducidos por portadores de incienso hasta la catedral de la ciudad. Como insignias de su poder absoluto, llevan varas metálicas cuadrangulares de varios metros adornadas con ricas molduras decorativas y visten toga sin mangas parecida a una armadura con hombreras acolchadas y cascos amarillos de oruga.

Con su aparición en Lhasa, el gobierno queda automáticamente suspendido y comienza el régimen lama. Seguidos por Gesés, abades altos y Budas vivientes, se desplazan deslizándose sobre majestuosos pasantes, extienden las manos y bendicen al pueblo que se apiña ante ellos entre las columnas de lamas como hormigas.

Independientemente de las grandes celebraciones estatales durante el Mönlom, la vida monástica culmina en el Tsug Lha Khang central, donde los Jasös tienen su sede, y donde como préstamo del monasterio Sera se exhibe el rayo sagrado más importante de Tíbet. Lamas y peregrinos se agolpan en denso número, descalzos y sin cubrirse la cabeza, repitiendo sin cesar cuerdas de oración y golpeando miles de veces sus frentes heridas contra las lisas piedras de los portales para entrar al gran templo y sumergirse bajo el humo humeante de innumerables lámparas de mantequilla.



En la penumbra misteriosa caminan como una serpiente interminable de gente siguiendo el curso solar de una hornacina a otra, ofrendando sus velos blancos a todos los Budas, bodhisattvas, dioses y santos. Por escaleras empinadas y oscuras suben al techo dorado y a los altares que ofrecen una vista grandiosa de la ciudad y del mar de banderas ondeantes. Sobre todo brilla, como un castillo del Grial apuntando al cielo, el Potala.

Desde el amanecer hasta bien entrada la noche, el templo entero zumba y susurra como un mar. Como un lejano trueno retumba el murmullo constante de oraciones, y parece que todo el enorme edificio vibra como el cuerpo de un violín. Lamas agotados son sacados. Afuera de las puertas de la ciudad, no lejos del monasterio Sera, sus cuerpos son despedazados sobre una piedra sagrada y arrojados a los buitres como un horripilante festín. Morir mientras se está reunido en el gran salón de los dioses durante el Mönlom se considera la muerte más hermosa.

Se cree que los buitres sagrados llevan también los restos terrenales al cielo, acelerando así las próximas reencarnaciones a un nivel superior.

La imagen de los lamas que, tras sus oficios matutinos, emergen del corazón palpitante de su religión hacia el exterior es verdaderamente inquietante.

Como una avalancha roja, se congregan en torno a gigantescos calderos de cobre para la alimentación popular que se calienta de forma subterránea en la calle Parkhor. Así, al aire libre, las hordas rojas se lanzan como bestias salvajes, golpeando y empujándose para acceder al té de mantequilla y a la papilla de tsamba grisácea y aguada. Alejados de las puertas de los templos, los tesoreros monásticos se han situado sobre altos pedestales de piedra y estrechan en sus manos las monedas extraídas al pueblo a modo de salario festivo.

Damas engalanadas con perlas de las mejores familias esparcen limosnas en el mar rojo. Con el pago voluntario de estas limosnas, la pacífica ciudadanía espera estar protegida de más extorsiones. Vagabundos indignos y harapientos, los lamas emplean la mayor parte de su tiempo libre para divertirse ampliamente. Comportándose como ciudadanos satisfechos, los mundanos aman más el brillo del día a día que todas las promesas del cielo. En ningún momento se infringen con mayor gravedad las normas del budismo en la ciudad sagrada que durante estos días. Las libertinajes frívolas que se celebran contrastan inimaginablemente con el dogma de la iglesia. Se fomenta la impunidad en la indecencia más desenfadada.

Por todas partes reina el desenfreno. Cada día se ve a lamas beber, fumar, jugar. Los más altos dignatarios sacerdotales celebran orgías con prostitutas callejeras. Sin vergüenza alguna, nos invitan a sus bacanales nocturnas. Parece que las normas morales y las leyes del decoro, ya poco observadas en Tíbet, pierden toda validez durante el Mönlom, y toda aspiración culmina en el deseo de celebrar y vivir.

Dobdobs y Geiks de aspecto bárbaro, esos lamas de combate increíblemente sucios, mantienen a la población en miedo y terror. Solo el blanco de sus ojos diabólicos destaca en sus rostros ennegrecidos por hollín. Su ropa lama, harapienta y manchada, está untada con grandes masas de mantequilla rancia, de modo que las telas grasas muestran una patina oscura y brillante. Cuanto más horrible es su aspecto, más orgullosos parecen estar. Su tarea de mantener la “limpieza” y el “alto estándar moral” es más irónica imposible. Consiste en golpear a la multitud con golpes rudos y extorsionar dinero. Afortunadamente, se limitan en su mayoría a controlar las calles principales, donde por naturaleza encuentran la mejor oportunidad para sus actividades depredadoras.

Su arbitrariedad es tan extrema que cualquiera que no obedezca estrictamente sus órdenes debe prepararse para ser apedreado y golpeado en plena calle. Normalmente varios Dobdobs sujetan a las desafortunadas víctimas mientras otros descargan implacablemente sus garrotes y látigos de cuero. Tienen especial predilección por las prostitutas, a quienes buscan con notable habilidad en sus escondites. Nosotros también somos atacados a menudo por grupos enteros de Dobdobs con rostros infernales y debemos defendernos, mientras nuestra guardia personal se bate valientemente con sus largos garrotes.

Lhasa está superpoblada. A pesar del frío nocturno y los fuertes vientos, innumerables personas tienen que pasar la noche en plazas libres y patios de edificios públicos. No es de extrañar que la ciudad, poco después de comenzar el gobierno sacerdotal, caiga en un estado indescriptible. Aunque la policía lama está obligada a limpiar la basura y a excavar zanjas, las calles están, salvo el sagrado Parkhor, cubiertas de suciedad al cabo de pocos días. Se extienden olores horribles. Los callejones son charcos de desechos humanos, que las tormentas de polvo pulverizan y esparcen en nubes por el aire. Pronto solo se puede circular por Lhasa con la respiración contenida, con pañuelo frente a la boca y a caballo. Las manadas de perros paria callejeros, que normalmente se encargan de la

limpieza, están sobrealimentados, pero no se hace nada para cambiar estas circunstancias indescriptibles.

A pesar del caos salvaje, los peregrinos no se dejan perturbar demasiado en el cumplimiento de sus deberes religiosos. Haciendo virtud de la necesidad, celebran su Mönlom en medio de la atmósfera bulliciosa de hordas de sacerdotes fanáticos. Día tras día rezan, cantan alabanzas, hacen girar ruedas de oración, queman varas de incienso, añaden pequeñas piedras de ofrenda a los venerables altares y deambulan. El espectáculo de religiosidad activa más profundo se encuentra en la sagrada calle Linkhor, que se extiende en dirección al recorrido solar y es visitada y recorrida por miles de peregrinos con ruedas de oración giratorias desde el amanecer hasta el anochecer. Las masas de peregrinos con ruedas de plegaria giratorias son incontables.

Es una imagen profundamente conmovedora ver cómo las hordas de “barrigas peludas” han instalado sus tiendas en largos cordones de parques para dedicar esos días completamente a la religión. También se encuentran entre ellos altos dignatarios. En ropajes penitenciales polvorientos, sus rostros pintados de negro hasta hacerlos irreconocibles, les llevan sus sirvientes té o tschang en momentos de agotamiento. Muchos están marcados por la práctica constante de postraciones y ya tienen grandes tumores y abscesos purulentos. Algunos “profesionales”, como los llamamos, interrumpen de vez en cuando su serie de postraciones para bendecir con imposición de manos a las masas que se acumulan.

Entre ellos, el más fanático es el llamado Rutschlama de Gyantse, que gira alrededor de la ciudad y el Potala como un planeta y lleva en su frente un verdadero cuerno de la cabeza, como signo de máxima gracia divina. En estos días multiplica su fervor.

Con velocidad asombrosa, postrándose continuamente y levantándose nuevamente, recorre su trayectoria prescrita. Su patrimonio consiste en un cuenco de Tsamba y los trapos de cuero, botas y manoplas que lleva sobre su cuerpo reseco por el viento. Con voz temblorosa de éxtasis y ojos vidriosos, este extraño santo distribuye bendiciones, pues el Nirvana está cerca para él. Durante semanas le vi arrastrarse día tras día por el polvo. A veces se detenía breves segundos cuando le saludaba con las palmas hacia arriba, como exige la costumbre local... y entonces sonreía a veces, como si compadeciera de mí y de mi mundo, del que él nada sabía y nada quería saber... y sin embargo lo despreciaba.

De alguna forma, imponía algo mágico a su entorno y sus profundos, huecos ojos absortos, que ardían como fuego interior, siguen presentes para mí como suaves advertencias ante mis ojos mentales cuando escribo estas líneas.

Lo más extraño de este encuentro con el maestro secreto de Lingkhör es que sentí atracción humana. Aunque sus destinos giraban alrededor de otro eje que el mío y se regían por reglas y leyes transmitidas por milenarias visiones místicas, sentí atracción.

La mayoría de nosotros estamos impotentes ante el poder de tal fe. El científico racional y analítico puede atreverse a diseccionar, fragmentar, destripar esa unidad para quitarle brillo y magia. Pero no podremos entender las profundas dimensiones mientras seamos blancos y no tibetanos. Solo el artista puede intentar captar a su manera el reflejo de estos mundos mágicos, pero comprenderlos plenamente está reservado a los tibetanos con sus mil rostros mágicos.

El hombre solo puede captar lo que le es permitido. Los magos tibetanos recurren en su inmersión en el misterio de todo cuanto está vivo, en la unión con el eterno ser, a los medios más extraños, y su fe en las enigmáticas conexiones entre destino humano y cosmos es tan antigua como la humanidad misma.

En las esferas del ocultismo tibetano se trata de fenómenos extremadamente complejos que probablemente nos obligan a admitir que toda realidad experimentada depende de un estado de conciencia muy limitado. Experiencias personales e íntimas, que solo unos pocos occidentales pueden tener, muestran claramente que a otros estados de conciencia corresponden otras posibilidades de experiencia, y que las ilusiones sensoriales pueden ser tan reales para quien las vive como las percepciones ordinarias para la mayoría normal. El afán humano de superar sus propias limitaciones y la tendencia a volverse ciegamente devoto conforme a sus creencias preestablecidas han impedido hasta hoy una evaluación crítica objetiva, especialmente porque la mayoría de los occidentales niegan tales experiencias. En general, para el europeo moderno, altamente domesticado y complicado, es mucho más difícil encontrarse a sí mismo y a su esencia profunda que para el tibetano más natural.

Sea como fuere, los magos tibetanos han sabido preservar la luz crepuscular del mundo profundo del alma, haciendo que sea accesible mediante la inmersión, la hipnosis y la posesión. Eliminando las sensaciones, creen poder investigar el contenido del alma de otros, experimentar procesos inconscientes del alma, someter funciones corporales a la voluntad y utilizar a voluntad las vivas conexiones entre subconsciente y consciente.

Creen en la existencia de seres espirituales y doppelgängers creados por ellos, en la cancelación de la gravedad, en la clarividencia verdadera y en otras manifestaciones “ocultas”. Esto último se entiende solo después de extinguir el proceso de pensamiento y la individualidad: el deleite, la ecuanimidad, la insensibilidad, la elevación por encima del espacio y tiempo, la visión de la realidad oculta, la infinitud de la percepción y el vacío son etapas de la liberación. Más allá del placer y el dolor está lo Supremo, el último concepto, la superación del engaño mundano y la paz de la pura espiritualidad: el gran y luminoso vacío.

Toda la vida está al servicio de la fe. La numerología juega un papel importante, y un extenso calendario de cultos regula el culto a innumerables seres. Incluso la división del día sigue estrictas reglas según la posición del sol y las constelaciones. Muy temprano antes del amanecer se murmuran invocaciones para la salvación de todos los seres recitando ciento ocho sílabas místicas. Ciento ocho cuentas se encuentran en el rosario lamaísta, y las mujeres tejen sus cabellos en ciento ocho trenzas pequeñas, como el bodhisattva Padmapani lleva ciento ocho nombres sagrados.

El mantra más famoso, conocido en Tíbet desde el siglo XIII, y fórmula mística de exorcismo, es el omnipresente “Om mani padme hum”, que significa “Salve, joya en el loto”. En ella el creyente capta el sentido último del mundo: Om simboliza al Buda, la doctrina y la comunidad; mani, la piedra preciosa de los deseos; padme, el mundo; y hum, ahuyenta a los demonios. Otra interpretación iguala las seis sílabas con las seis clases de seres: Om, dioses; ma, titanes; ni, personas; pad, animales; me, fantasmas; y hum, seres infernales.

La repetición millonaria de la fórmula no es en absoluto una mecanización de sentimientos religiosos, como se piensa en Occidente, sino que busca adormecer la conciencia superficial y despertar la profunda, la duradera y el subconsciente. Y cuando el anciano débil, el devoto peregrino o el asceta solitario con labios casi inmóviles pronuncian durante horas y horas las fórmulas sagradas de exorcismo, no pretenden sino abrir su interior a lo divino, porque nadie menos que Padmapani, el bondadoso compasivo del mundo, hace que por el poder mágico de las seis sílabas todos los seres alcancen la iluminación y la vida en esta tierra se detenga.

También las Tschorten de Tíbet, esos monumentos religiosos habituales y fieles replicadores de las antiguas estupas budistas, donde se guardaban las reliquias terrenales de Gautama, no solo sirven como relicarios para los huesos de lamas santos, sino que en su forma piramidal característica simbolizan los cuatro elementos primordiales: tierra, agua, aire y fuego.

Como elementos cónicos que se elevan al cielo, son coronados por símbolos de los trece cielos budistas, adornados por el sol, la luna y la llama del conocimiento, de modo que las Tschorten no son sino símbolos mágicos del universo.

También tienen significado religioso las letras, las palabras compuestas y los colores con los que están pintados sobre rocas y muros de piedra, las banderas de oración ondeantes, las pirámides de ofrendas en los altos pasos y hasta las piedras blancas de cuarcita coronadas con hilos de lana a lo largo de los caminos.

Las profecías de los oráculos tibetanos, que forman parte del antiguo credo Bon, son consideradas intocables y han ocupado un amplio espacio en la fe tibetana desde tiempos inmemoriales.

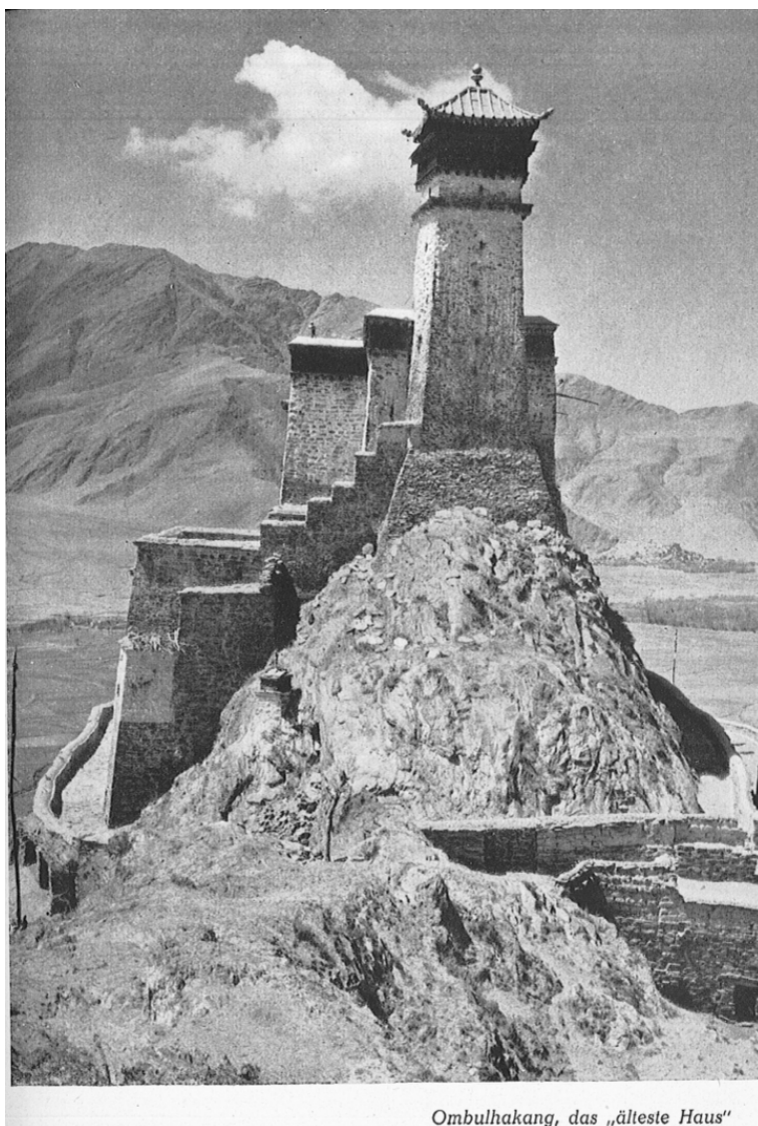
El culto oracular prebudista fue tan estrechamente ligado al budismo por los abades de los grandes monasterios en tiempos antiguos que hoy forma parte inseparable de la religión lamaísta.

Tan intocables como la creencia de que el curso de los planetas gobierna el destino de los hombres es el poder de los sacerdotes hechiceros, y las comunidades monásticas usan las habilidades de sus lamas oráculos como imanes poderosos.

En la preparación del agua bendita y al mojar la cabeza, costumbre que remonta a la investidura real de Gautama, pero también al bendecir y activar los amuletos que todo tibetano lleva, estas ideas juegan un papel importante.

Este acto se considera acumulación de fuerza, almacenamiento o carga de energía espiritual para proteger al portador y defenderle de fuerzas malignas.

Gran importancia espiritual tienen también las representaciones pictóricas, todas ellas sujetas a consagración para ser portadoras de sabiduría profética, pues reflejan el aspecto oculto del monasterio. Cuando las tórtolas silban suavemente en verano, tejen el misterioso Pekhar su influencia en las ramas.



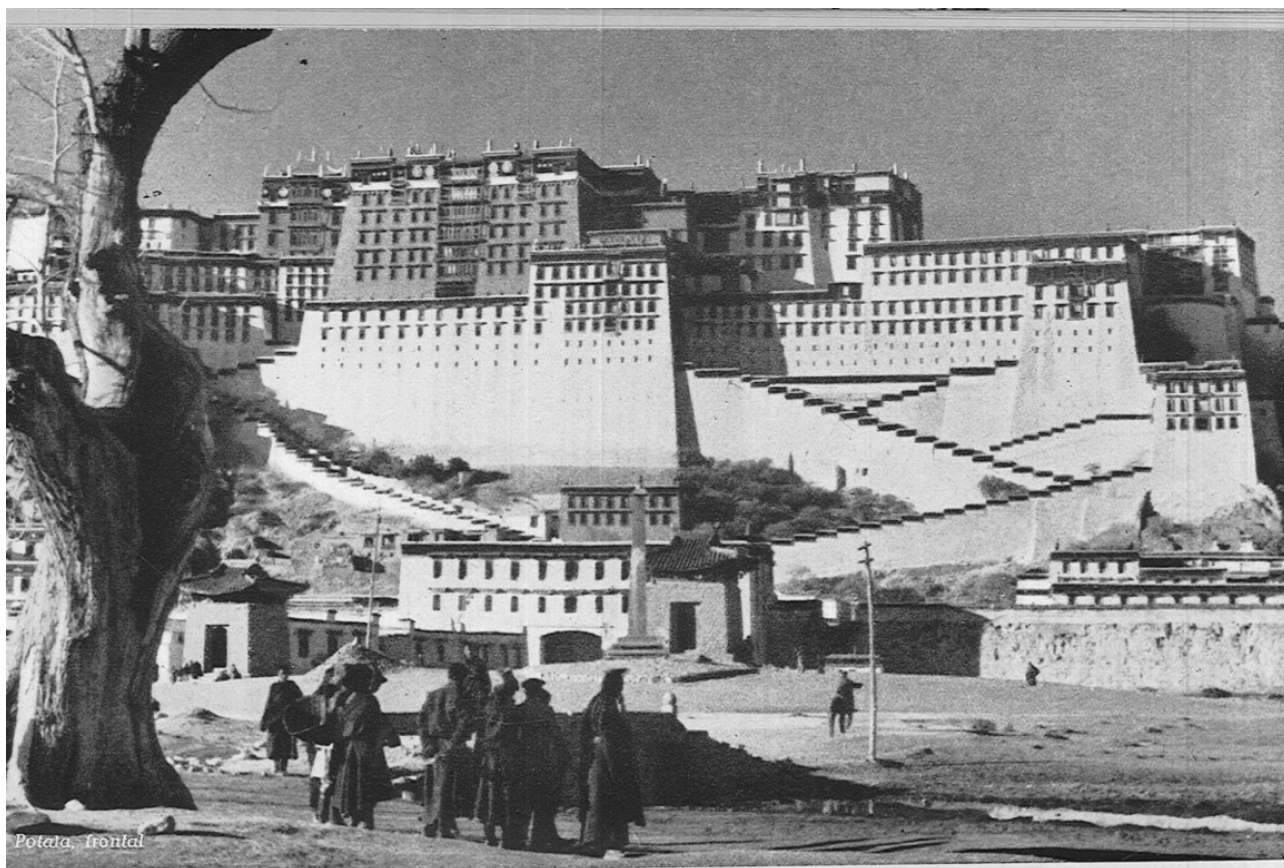
Ombulhakang, das „älteste Haus“

Pekhar era un demonio oscuro del país de las nieves, al que Padma Sambhava sometió y designó guardián de la doctrina budista. Protegió fielmente las escrituras sagradas sin identificarse con la enseñanza de Buda.

De vez en cuando, un lama hechicero poseído por él transmitía a los vivos las profecías de Pekhar y anunciaba el futuro, hasta que el monasterio Samych se convirtió en el oráculo más importante de la antigüedad. Numerosos sacerdotes dotados de poderes mágicos partieron de allí, y las profecías de Pekhar se cumplían a lo largo y ancho del país de las nieves.

Aún no existían Dalai Lamas cuando se encarnó en el valle de Kyitschut cerca de Lhasa y predijo que iba a llegar al rey la denuncia por parte de los lamas de que un hechicero escandaloso y prófugo del monasterio Samych confundía al rey y al pueblo.

Por petición de los sacerdotes, el rey accedió a desterrar al hechicero, pero el espíritu de Pekhar entró inmediatamente en un campesino común. Entonces el consejo estatal decidió atar al campesino poseído y ahogarlo en una caja de madera en las aguas de Kyitschut.



El abad del monasterio de Drepung no solo había visto en suprema meditación todos los eventos ocurridos en el palacio real, sino que también había aparecido Pekhar a él mismo. Así resolvió ganar el gran espíritu para su monasterio y concederle residencia permanente en Drepung.

Por ello ordenó a un lama que vigilara una caja flotante a la orilla del Kyitschut y la llevara cerrada al monasterio. El lama hizo lo ordenado, se sentó a la orilla del río y pescó la misteriosa caja de la corriente.

Al intentar cargarla río arriba sin abrirla, la curiosidad le pudo y la abrió. Una llama violeta le salió en dirección a un enorme álamo sin dañar sus delicadas hojas. Al mismo tiempo, una tórtola gris

perla voló fuera de la caja, hizo círculos en el aire y se posó en el álamo sin que el lama pudiera atraparla.

En gran consternación, el lama fue a contar su pecado al abad y se arrojó penitente al suelo. El digno abad dijo: “Aunque has cometido una grave culpa, ahora que la llama se ha ido y la tórtola ha escapado, esperemos que la paloma anide entre nosotros y el espíritu sublime encuentre su descanso cerca de nuestro monasterio. Por eso construiremos aquí un templo y llamaremos al lugar ‘Netschung’ o ‘La Casa Pequeña’.”

El espíritu del demonio rey, que había podido transformarse en un rayo y su médium en una paloma, se estableció en el pueblo del poderosísimo álamo, donde aún hoy, según la fe popular, vive en vecindad inmediata del pequeño monasterio llamado así.

Acompañado por el tercero de los Panchen Lamas en una litera dorada, fue confirmado oficialmente por el emperador chino el monasterio Netschung y se le otorgaron bendiciones y elogios por parte del Hijo del Cielo de Pekín.

Durante el mandato del tercer Panchen Lama, el clan del demonio rey se convirtió en una fuerza importante en el templo y en las esferas políticas. Un lama Netschung que viajaba a Pekín recibió incluso permiso del emperador Manchú para utilizar un parasol de oro decorado con honor, como solo brillaba sobre las palanquillas de jefes coronados.

Durante los siglos XVIII y XIX, el oráculo Netschung sirvió repetidamente a la alta dirección estatal e incluso predijo la aparición del decimotercer Dalai Lama. En un éxtasis divino, el sacerdote oracular poseído por Pekhar aconsejó a los dignatarios reunidos que convocaran inmediatamente al Potala a un lama desconocido, un pequeño escriba, que se encontraba en alguna parte. Al entrar el joven lama sorprendido, el medio extasiado saltó de su asiento, le entregó un velo blanco de seda, tomó un puñado de granos de arroz consagrados y los esparció sobre la cabeza del lama recitando fórmulas mágicas. El recién elegido comenzó a temblar por todo el cuerpo y también fue poseído por el espíritu de Pekhar.

Tras esta maravillosa transferencia de poderes, los ministros convocaron al joven lama inmediatamente a Netschung, donde aún hoy ostenta la responsabilidad del oráculo estatal. Honrado con el título de Taluma Rimpoché, pertenece a los más altos oficiales monásticos del país de las nieves y es consultado en todas las decisiones políticas.

Cada año, en el cuarto día del Año Nuevo, predice el destino de la nación. Con ansias espero ver si Pekhar considera digna de mención nuestra expedición.

Mucho antes del comienzo de la fiesta de Año Nuevo, hice mi visita a Taluma Rimpoché. Nos une una confianza mutua. Durante las largas conversaciones que mantuve con él, percibí la impresión de un tibetano amable, distinguido y muy inteligente. Con las insignias de abad de la orden Gelugpa, capa roja y mitra dorada adornada con loto, no se diferencia en nada de otros altos dignatarios eclesiásticos. En el trato personal, este hombre algo robusto y fuerte no muestra el menor indicio de poder sobrenatural o extrasensorial. Su cortesía exquisita, unida a un encanto notable, lo hacen casi parecer mundano. Con gusto me narró episodios de su vida.

Creció cerca del monasterio de Drepung, donde su padre servía como laico y hasta su llamamiento mágico hace cuatro años no sospechó nada de las fuerzas «divinas» que habitaban en él. Tampoco durante su labor previa como escribiente sufrió ataques o episodios similares. Antes de entrar en trance, me cuenta el gentil Taluma, debe primero pasar varios días en completo aislamiento y ayuno. Así preparado, su alma se libera y puede ser expulsada de su cuerpo por el alma tempestuosa de Pekhar.

En la inconsciencia total, el gran demonio rey usa su cuerpo. Es tan poderoso que todo obra humana desaparece sin esencia. Solo Tsogpuri y el Potala, los dos montes gemelos que se elevan en la llanura, resplandecen en blanco y rojo de muros fortificados y techos dorados. Desde los parques de Norbulingka llega la llamada de apareamiento de los cuervos, y un quebrantahuesos dorado vuela tan cerca de nuestras cabezas que podemos escuchar el zumbido claro de sus plumas al batir.

En un pequeño puente sobre una ancha acequia de riego, donde no hay paso alternativo, nos hemos detenido. El paso Zwang está vigilado. Aquí deben llegar. Estiramos nuestros miembros al sol tibio, fumamos y meditamos.

De repente se escucha el galope de un lama con adornos en la mitra, acompañado de algunos funcionarios gubernamentales. Es la señal. De lejos se oyen sonidos de trompas. El pueblo se pone de pie y se agolpa a lo largo de la calle.

Nuestros guardias personales intervienen rápido. Crean orden y espacio para las cámaras.

Y entonces una imagen, tan maravillosa y colorida en medio de esta naturaleza única, que jamás la olvidaré. Como una visión de tiempos antiguos, reluciente y centelleante, aparecen cuatrocientos jinetes con trajes de seda; qué espectáculo. Baños de sol, un sueño de tiempos de cuento, altos oficiales en uniformes Gelutay beige, con todo tipo de adornos y gorros reales blancos que brillan.

Qué caballos. Sillas bordadas con brocado, frenos incrustados con piedras preciosas, adornos turquesa en la frente, plumas de pavo real, borlas rojo fuego y cintas de seda largas en las crines trenzadas.

Con elegante paso acompasado sigue el ejército de dignatarios y oficiales en pleno esplendor. Y luego aparece, rodeado por ocho servidores con estandartes, la litera real de Su Santidad, que está rodeado por unos cincuenta altos oficiales y guardias monásticos en togas con pliegues ondulados.

Creo notar una leve sonrisa en el rostro del regente cuando me ve. Con las manos elevadas hacia el cielo, me inclino profundamente. El pueblo queda paralizado, y Su Santidad retira los velos transparentes mientras une las manos en saludo.

El sol ya está alto sobre las cumbres nevadas. No hay una brisa. El valle, amplio y seco, está claro y marrón. Lhasa está lejos, y solo el mar de gente, que se ha congregado a lo largo de la carretera en pequeños grupos de pic nic, con mesitas cubiertas de cántaros Tschang y recipientes de té multicolores, deja adivinar el acontecimiento.

En la lejanía, destacados monasterios para ermitaños brillan como nidos de golondrinas blancas en las rocas desnudas. La naturaleza está tan dorada y plateada como sus ropajes, togas y cascos de visón altos y brillantes que se ven entre la multitud.

Las gorros de piel y las mitras doradas parecen cubrirlos completamente de joyas. Al vernos, se destacan como señores medievales en sus monturas, se inclinan y desfilan lentamente sobre sus magníficos caballos, formando una serpiente dorada. Cerrando la comitiva van funcionarios medios y una larga fila de sirvientes.

A mitad del camino, la colorida cabalgata se detiene. Los portadores de la litera real se suceden en su turno. Luego proseguimos con pasos cadenciosos, dirigiéndonos hacia Drepung, atravesando terrenos desérticos y pantanosos, hasta que el majestuoso séquito se divide en secciones en las proximidades de la colonia descuidada de carniceros y desolladores, al pie del imponente monasterio.

Ante la fortificada ciudad monástica que se acurruca a la falda de la montaña, los miembros del gobierno ahora suben el estrecho y serpenteante sendero hacia Netschung, que está sombreado por un maravilloso bosquecillo de álamos y separado de Drepung por un profundo desfiladero.

El complejo del oráculo estatal consta de varios edificios rojo oscuro con techos dorados que se agrupan en torno a un patio limpio revestido de losas. Rodeado de jardines floridos, prados, matorrales de enebro y setos de bambú, Netschung tiene un carácter pacífico, casi idílico. Solo acompañado por algunos discípulos, el gran lama hechicero lleva una existencia completamente aislada del mundo. Junto a sus aposentos, amueblados con mobiliario antiguo y alfombras valiosas, Taluma ha establecido un pequeño zoológico, donde varios macacos y un gran oso estepario domesticado viven plácidamente. Además, este amante de los animales tiene un pequeño gallinero, compuesto exclusivamente por machos según las normas de la orden Gelugpa. A la llegada de huéspedes importantes, los largos y libres caballeros pasean tranquilamente y sin inhibiciones entre los dignatarios seculares y religiosos.

En medio del patio del templo, hay un hermoso Tschorten de cuatro secciones flanqueado por dos grandes hornos de incienso. Un altarcillo ricamente tallado, con banderas de oración ondeando, conduce entre dos leones chinos de porcelana por una amplia escalinata hacia el vestíbulo del templo principal. En lugar de los habituales frescos del ciclo de la rueda de la vida y de los dioses cardinales, el vestíbulo del templo Netschung muestra en columnas rojas cubiertas de tela espejos metálicos brillantes, flechas, arcos, espadas, cotas de malla y otras armas extrañas de la época del rey Ti Srong Detsen, que ayudaron a Pekhar a derrotar a los enemigos de la religión. Las paredes están cubiertas con estandartes de seda amarillenta que muestran escenas de la vida del gran sacerdote hechicero.

Impresiona mucho el interior del templo. Uno podría aprender a sentir miedo. Dondequiera que se mire, hay demonios que enseñan los dientes y aplastan cuerpos humanos, representaciones horribles del infierno caliente y frío, y en nichos sombríos se asoman cráneos humanos medio podridos entre antiguas espadas y rifles de chispa. En una habitación apartada, llena de humo espeso de mantequilla y pesado incienso, cuelgan de techo mastines disecados, pieles de tigres parcialmente peladas y grandes yaks robustos, para proteger la reliquia sagrada de la pequeña tórtola, que fue la causa de la construcción del monasterio Netschung.

Por una puerta baja tallada se accede a una celda apenas iluminada por la luz amarilla de las lámparas de mantequilla, donde conforme a la antigua costumbre se preparan los rituales para atraer el espíritu de Pekhar y poner al lama hechicero en trance. Rodeado de utensilios medievales, atributos mágicos, corazas de plata, espadas incrustadas de gemas y pesadas cadenas, se guarda aquí el casco oracleado masivo de oro decorado con banderas y borlas, en un lujoso sillón de trono cubierto de cojines de seda. Sobre él cuelga, grotesca y tétrica, la imagen de Pekhar, el demonio rey, una bestia furiosa con tres cabezas y seis manos en un mar de llamas ondulantes. Montando un león de las montañas a través de las nubes, el terrible lleva en sus manos espada y daga mágica. Sus secuaces son demonios salvajes montados en ciervos y yaks, a los que se une el dios guerrero Begtse, ataviado con cota de malla. Pero junto a los instrumentos de tortura también hay una pequeña imagen de Tsongkhapa para recordar que toda esta actividad espiritual de fantasmas debe servir al bienestar de la iglesia amarilla.

Mientras tanto, el regente ha descendido de su litera y se ha sentado en el trono preparado. Los demás dignatarios y miembros del gobierno se agrupan en el altar y caen en contemplación silenciosa. Se sirve té.

Entonces resuena música sorda desde el interior del templo mágico y aparecen lamas con togas rojo oscuro y anchos sombreros de laca, tocando tambores dorados. Instalando un estandarte de victoria

con tridente ante la puerta, surgen del templo hechiceros con gorro negro y bailarines esqueléticos vestidos con cuadros rojos, amarillos, verdes y azules, al modo de las representaciones del horóscopo tibetano, para realizar una danza mística que invoque al espíritu del demonio rey.

Mientras en las elaboradas jarras de plata se ofrece nuevamente té, en la cámara más oculta del templo se desarrollan actos secretos. Profundas señales se extienden vibrando desde caracolas y trompetas plateadas de gran longitud a través del humo ascendente del incienso. Impulsos rítmicos de oración de cientos de voces se alternan con murmullos de sílabas sagradas y fórmulas mágicas.

Taluma, que ya ha tomado asiento en su trono con rostro cadavérico, está en profunda meditación. De repente sus grandes ojos se abren con intensidad. Sigilosamente se acercan guardianes lamas, alisan sus magníficas vestiduras adornadas con cascabeles y lo sostienen. En esos momentos decisivos en que el dios Taluma se acerca para poseer su cuerpo, la expresión del rostro del médium cambia continuamente, como si relámpagos recorrieran su cuerpo. Se endereza con concentración tensa y gestos doloridos fuertes convulsiones lo sacuden. Gotas de sudor relucientes como diamantes recorren su frente martirizada. Corre frenético. Guardas robustos detienen al hechicero golpeador y alocado en su trono. Gemidos horribles salen de su boca deformada por el tormento, y pierde la conciencia tras una violenta lucha. Todos se levantan para rendir reverencia a Pekhar.

El rostro de Taluma se torna rojo sangre. Tras este trance difícil, Taluma Rimpoché sigue sin sombrero, pero vestido con completos y magníficos ornamentos oficiales que brillan con reflejos dorados y un espejo mágico redondo en el pecho. Sus ojos ahora están cerrados y permanecen así; con párpados caídos. Su boca está medio abierta. Su piel cambia de rojo intenso a un amarillo pergamino. Convulsiones sacuden su cuerpo; espuma brota de su boca y su cabeza parece expandirse. Su barbilla vibra y los pliegues que van de la nariz a las comisuras de los labios se marcan. Mientras Pekhar toma control absoluto del cuerpo convulso, cuatro guardianes lamas lo sujetan con fuerza en el trono. Dos lamas más traen el pesado casco chapado en oro y cubierto de innumerables joyas, lo colocan suavemente y sujetan la cabeza con correas y hebillas. Cuentan que ese enorme casco pesa sesenta libras inglesas y tiene un valor millonario.

En ese instante suenan todas las campanillas de plata que adornan el disfraz y a su guardia y cortejadores los arrebatan, Taluma inicia una danza mediúmnica de gran belleza. Su rostro, casi poético, se inclina hacia adelante mientras los más altos dignatarios gubernamentales se adelantan expectantes para escuchar parte de la profecía del poseído hechicero.

Cuatro guardias llevan el cuerpo aparentemente sin vida de Taluma nuevamente al interior del templo, y todos los lamas desaparecen con aullidos salvajes y espeluznantes.

Con ello termina el gran acto estatal.

¿Son alucinaciones o ilusiones? Algo queda que justifique investigar o creer. Muchas de estas sombras crepusculares existen, racionalmente, solo en la conciencia subjetiva. Pero ¿no hemos obtenido aquí acaso una indicación de que lo sobrenatural solo se revela cuando el alma está dispuesta para ello? ¿No ha conservado el pueblo tibetano en su suelo arcaico prebudista, cuyo antiguo panteón se convirtió en “demonios” en el lamaísmo, un acceso al mundo que nos parece cerrado a nosotros los occidentales? Todas las apariciones que descartamos como fantasmas, aquellas peligrosas, las que tantas veces fueron condenadas como impropias de la religión, y que aún bajo el sol del mediodía viven en esa sombra, se hallan aquí unidas en una misma creencia.

“Los extranjeros que llegaron desde muy lejos no os tratan como niños, aman nuestra doctrina pero también traen otras cosas. Soportadlos con paciencia, pues se alegran por la gran oración”.

Unos días después, para adelantarle aquí, el excelentísimo Tsarong, afamado primer ministro y confidente del decimotercer Dalai Lama al que también debo las traducciones, me reveló que Taluma había susurrado al regente mucho más, pero que no podía decírmelo. Sin embargo, ora cada día para que no estalle la guerra entre “los Ingli” y los “Tschärmän”, porque sería una catástrofe con consecuencias incalculables para el país de las nieves. Los “Tschärmän” y “los Ingli” deben entenderse. “Todos los buenos hombres deben rezar”, concluye Tsarong.

Durante las pocas minutos que duran las profecías, el lama oráculo se muestra notablemente tranquilo, pero tras terminarlas vuelve a caer en una danza salvaje y grotesca y arroja semillas sagradas de arroz sobre todos los miembros del gobierno presentes, incluido el regente. Con un temblor compulsivo extático, Taluma cae rendido ante el regente como un árbol derribado. El espíritu de Pekhar ha abandonado de nuevo el cuerpo convulso. Enrollado en el dolor, el éxtasis se disuelve violentamente como por un golpe. Tendido e inmóvil, Taluma retuerce sus ojos, que ahora se abren por unos segundos y aparecen completamente blancos. Entonces entra en un coma profundo.

En ese estado es llevado al interior del templo por los guardianes. Al mismo tiempo, todos los lamas reunidos en el templo de la ciudad rezan por la felicidad del clero. Por las noches se leen oraciones solemnes en honor a la divina Dolma y se distribuyen muchos sacos de té y tsamba a la población mendicante de la capital.

El decimocuarto día del Año Nuevo se considera día de descanso y debe servir para la preparación interior para la gran fiesta de la luna llena del día siguiente. Los esfuerzos espirituales culminan en el deseo de que todas las leyendas relacionadas con la vida de Sakyamuni sean recordadas y revividas por los lamas.

Según la tradición ancestral, en la gran ofrenda de mantequilla del día quince se reciben bendiciones especiales.

El ajetreo externo del Mönlom sigue su curso. La multitud del pueblo se divierte entre el cuarto y el decimoquinto día del Año Nuevo con recepciones y fiestas. Solo al clero le está reservado hacer los preparativos espirituales para la “gran fiesta de la mantequilla” el día quince.

El origen real de esta suprema festividad espiritual se remonta a milagros atribuidos a Gautama Buda, realizados alrededor del cambio de año durante “el año del dragón de fuego masculino”, para confirmar la intangibilidad de su doctrina y su divina autoría ante todo el mundo.

- El primer día de dicho año, durante el banquete de un gran rey, el Buda clavó su bastón de peregrino en la tierra, y de inmediato brotó un poderoso árbol que dio frutos maravillosos. Este árbol milagroso era la representación de las siete preciosas reliquias sagradas, y su resplandor eclipsaba al sol y la luna, mientras el viento esparcía dulces fragancias por toda la tierra y en el rumor de las hojas se escuchaban oraciones murmuradas.
- El segundo día del “año del dragón de fuego masculino”, Sakyamuni hizo brotar montañas de la tierra, cuyos verdes pastos pastaba el ganado, mientras la gente disfrutaba los frutos de árboles espléndidos.
- El tercer día, el Buda escupió al suelo y del agua surgió un gran lago, cuya superficie estaba cubierta por maravillosas flores de loto cuyo resplandor se extendía a todos los países de la tierra.
- El cuarto día, desde las profundidades del lago se levantó una voz atronadora que proclamaba el camino de ocho partes de la sagrada doctrina.

- El quinto día, de la sonrisa del gran Buda surgió un resplandor que se extendió sobre los mundos y difundió felicidad por doquier.
- El sexto día, todos los amigos y seguidores de Buda pudieron leer sus propios pensamientos y ver sus acciones pecaminosas en el espejo espiritual. Así aumentaron los méritos y todos adoraron al gran Sakyamuni.
- El séptimo día, el pueblo de Sakya vino a proclamar unánimemente su fe en la doctrina del Iluminado. Se tacharon de herejes a seis maestros falsos que sin escatimar ningún medio habían querido poner en mal olor la religión y alentar al pueblo contra el maestro, pues no podían realizar milagros. Sus espíritus se redujeron ante el poder del gran santo, al que reyes, dioses y diosas rindieron honor y agradecimiento por la victoria de la verdadera fe.
- El octavo día del año nuevo, Sakyamuni tocó el trono de Indra con el dedo índice de la mano derecha, y aparecieron cinco demonios que destrozaron los asientos de seis maestros herejes. Entonces todos los seguidores de los falsos profetas se volvieron al budismo y se hicieron sacerdotes.
- El noveno día, Buda permaneció en la sagrada montaña Meru, y su fe penetró en todos los reinos de la tierra.
- El décimo día, la figura de Buda tomó un tamaño gigantesco y su voz proclamó la religión a todos los seres.
- El undécimo día, el cuerpo de Buda resplandeció y llenó los tres mil mundos con su brillo.
- El duodécimo día del año nuevo, un rayo dorado surgió del cuerpo de Buda y todos los que lo recibieron se vieron invadidos por el respeto mutuo, la hermandad y la dicha pacífica.
- El decimotercer día, del ombligo del gran Buda brotaron dos rayos que culminaron en flores de loto de las que nacieron nuevos Budas, que a su vez emitieron dos rayos mágicos y hicieron brotar nuevas flores de loto, hasta llenar toda la tierra con sus fragantes flores sagradas.
- El decimocuarto día, el resplandor surgió de la cabeza de Buda, y creó un carro magnífico del que surgieron otros cien vehículos con ocupantes en diversas formas de transformación de sí mismo.
- Pero el decimoquinto día, el Buda ofreció alimentos deliciosos a todos los seres, y quien los disfrutó no sintió deseos ni codicias. Sin embargo, Sakyamuni posó la mano derecha en la tierra, y se hicieron visibles las terribles torturas aguardando a las almas humanas en el infierno de dieciocho partes. Allí comenzó el gran sermón del Buda, y muchos de los torturados se volvieron piadosos y ascendieron al cielo.

Así narra la leyenda de la iglesia amarilla, que ha enriquecido con fantasía el pensamiento, la acción y el arte religioso.

En la noche del decimoquinto día del año nuevo, la sagrada calle Parkhor, situada en el cuadrado alrededor de la “Gran Casa de los Dioses”, brilla y cientos de figuras moldeadas en mantequilla iluminan el cielo mágico nocturno.

Cada año, los ламas superiores de los grandes monasterios se reúnen para elaborar un plan detallado para la variada creación de los adornos de mantequilla.

Cientos de ламas minuciosos trabajan meses para fabricar las esculturas de mantequilla con la mayor dedicación, en condiciones de frío extremo casi sin calefacción. Primero la mantequilla de

yak y oveja se lava y limpia, luego se amasa y mezcla con incienso y medicamentos hasta obtener la materia lista para ser moldeada.

La elaboración se realiza usando ruedas giratorias y palos de madera para la forma. El modelado de los detalles finos es completamente manual, con los dedos, revelando la devoción puesta en crear estas esculturas maestras de mantequilla en condiciones tan adversas.

Suelen dejarse crecer largas uñas los artistas que moldean estas figuras. Normalmente, cada lama es especialista en formas y estructuras muy concretas, que solo después son ensambladas, pegadas, pintadas y a veces doradas por los directores de la escuela de arte del monasterio, hasta formar una unidad completa. Sin que jamás los toque un rayo de sol, estas obras se conservan en los templos de Lhasa hasta el gran día de la ofrenda.

El precio de cada obra de arte en mantequilla varía entre varios cientos y varios miles de rupias indias, que deben ser pagadas a las escuelas artísticas de los monasterios.

En la tarde del día quince del Año Nuevo llega finalmente la hora de la decoración. Miles de manos laboriosas se disponen a la tarea en la calle Parkhor para que la obra de arte sea visible antes del anochecer. Como un zumbido de enjambre de abejas resuenan las masas de lamas vestidos de rojo que trabajan unas contra otras, pareciendo que toda la bullente ciudad esté ocupada en colocar andamios de madera pintada de cal blanca en las fachadas de las casas sagradas, casas grandes de unos ciento veinte metros de altura y casi el doble de pequeñas.

A lo largo de kilómetros, postes robustos son clavados en intervalos de unos diez metros, conectados por travesaños, cuerdas de cuero y tensores, y estabilizados alrededor con grandes piedras ásperas. Así se forma en muy poco tiempo una fila continua de edificios de madera que rodea el Parkhor. Delante se colocan altares escalonados de ofrenda tan juntos que parece que el enorme templo de la ciudad está ceñido por una sola banda de altares.

Después de completar la estructura básica de las pirámides Tschötpa, cientos de lamas apresurados transportan pesadas esculturas de mantequilla ya formadas y montadas sobre placas de cuero, usando escaleras para colocarlas en andamios cubiertos con telas de pelo de yak negro, alineándolas armoniosamente una junto a otra. Al mismo tiempo se colocan miles de figuras sagradas y símbolos de la iglesia lamaísta, además de decenas de miles de lámparas de mantequilla sobre las largas filas de altares.

Como remate de los preparativos para la gran ofrenda, en las cuatro esquinas de la catedral de la ciudad se izan estandartes de oración, llamados Dartsogs, en altos mástiles, y todos murmuran en profunda meditación la fórmula mística de seis sílabas para mantener alejados a los demonios de la fiesta nocturna.

Al caer el crepúsculo, el trabajo está terminado.

El colocar gratuitamente las torres de mantequilla Tschötpa se considera un impuesto obligatorio, no solo para las escuelas y secciones espirituales de los tres grandes monasterios estatales, sino también para el Dalai Lama, el regente, el primer ministro, los cuatro ministros del gabinete y las cabezas de las familias nobles más respetadas, quienes todos deben pagar esta contribución.

El regente avanza vestido con una túnica lama bordada en oro y plata, coronado con un sombrero amarillo parecido a una mitra. Muy torpemente para alguien vivo, camina con pasos cortos y lentos, ligeramente inclinado hacia adelante.

Tras él van el primer ministro, los cuatro ministros del gabinete, los abades de los grandes monasterios estatales y una multitud de funcionarios.

A ambos lados del Parkhor, la multitud queda inmóvil en profundo respeto, con cabezas inclinadas, espaldas encorvadas, manos entrelazadas y lenguas extruidas. Allí donde aún queda espacio libre, muchos se postran en el suelo con respeto.

El solemne desfile pasa junto a las mágicas pirámides de mantequilla que brillan con luz de hadas. Es una espléndida belleza sobrenatural, que hacía algunas horas parecía imposible.

Suena la música celestial, la misma música antigua que ya habíamos oído en la gran recepción gubernamental en el Potala.

Estas suaves, dulces y melódicas notas de flauta, interrumpidas solo a veces por el ritmo pesado de tambores y el retumbar de trompetas, tienen un efecto casi encantador.

Cuando el regimiento Trapschi del Dalai Lamas, que sigue a los altos servidores, concluye su recorrido, todo queda dominado por una devoción profunda.

Ahora podemos ver y admirar los detalles.

A ambos lados de la puerta principal del Tsug Lha Khang se encuentran dos Tschödpas ricos en adornos pertenecientes al regente.

Siguen un Tschödpa de la familia del primer ministro, del nuevo ministro principal y del ministro espiritual llamado “Kalonlama”.

Luego vienen las magníficas construcciones de mantequilla de las “Tres Columnas del Estado”: Drepung, Sera y Ganden, y junto con innumerables otros Tschödpas, se encuentran los de las familias reales de Yapschi, Phalla y Doring, que se distinguen por su extraordinaria belleza.

Se puede entender que esta exhibición nocturna sea para la gran masa de tibetanos sumidos en el místico devocionismo, nada menos que la encarnación de todo lo sublime y bello en la tierra.

Por eso la lengua tibetana, rica en proverbios, compara todo lo grande, maravilloso y conmovedor en la vida humana con las maravillas en mantequilla del decimoquinto día del Año Nuevo.

Ante las misteriosas nubes de humo, la enorme linterna de la luna llena arroja, desde el cielo estrellado, una luz espectral sobre el fantástico acontecimiento en la calle sagrada.

Es como un sueño extraño.

El aire está tan cristalino que las altas pirámides de mantequilla parecen brillar desde dentro.

Los patrocinadores de estas obras maravillosas se sientan o están de pie delante de la larga fila de altares que se entrelazan unos con otros.

Muchos lamas con sus túnicas rojas arrugadas se ocupan de alimentar las lámparas de mantequilla o de enderezar las mechas dobladas por el viento.

Los ojos de los tibetanos reflejan la esperanza de que el milagro se realice.

Las manos bendecidas de Buda han convertido el lugar en un jardín vivo lleno de las flores más bellas, donde dioses y santos vigilan pacientes y eternos.

Por todas partes hay coloridas figuras Torma, peces dorados decorados con turquesa, la rueda de la doctrina, sombrillas sagradas, vasijas preciosas, banderas triunfales, flores de loto, conchas, el diagrama auspicioso del nudo inextinguible, colmillos de elefantes sagrados, árboles florecientes y muchas otras joyas budistas modeladas en mantequilla y iluminadas por lámparas de mantequilla para expresar la máxima perfección y pureza de la oración.

La creativa imaginación de los artistas se ha manifestado en los templos y estatuas de mantequilla de las deidades y santos lamaístas. Allí están los protectores de la doctrina, los Gompos, lamas con coronas de cinco puntas y ombrelones sagrados, junto a incontables representaciones de Manjusri, el bodhisattva de la sabiduría y erudición, a quien en este día se ofrecen las más bellas ofrendas en mantequilla.

Según la mitología lamaísta, él fue el líder de los ocho hijos espirituales de Gautama.

También los dioses que residen en el cielo Tusita, la tierra de la felicidad, se supone que descienden con esta gran ofrenda para asistir a los seres vivientes en sus aflicciones terrenales.

Durante la ofrenda del día quince, se les brinda la oportunidad de escuchar los milagros y sermones del gran maestro y de edificarse con el poder total de la fe budista para continuar el camino hacia la dignidad budista y la iluminación final para la salvación.



Lhasaaristokrat in Gelutay-Unitorm und weißer Königshaube

Bajo la kaleidoscópica variedad de esculturas de mantequilla hay escenas de los grandes monasterios lamaístas, de la vida diaria de los tibetanos, de la lucha por la existencia de los nómadas del norte y del pasado guerrero del pueblo tibetano.

Junto a símbolos recurrentes de lindas flores de loto, dragones combatientes, horribles monstruos que sostienen la rueda de la vida en sus garras y espirales sagradas, se representan entierros, brillantes Budas y bodhisattvas en sus palacios, jardines mágicos y esculturas de mantequilla.

Estos adornos maravillosos se elaboran con amor y devoción en condiciones climáticas extremadamente difíciles, y representan el esplendor más grande, lo inefable. También se representan paisajes y acontecimientos legendarios de la vida de los jefes religiosos lamaístas y otras personalidades místicas, que, vestidos con hermosas ropas y ricos pieles, sentados sobre alfombras de mantequilla de colores, se muestran con una sensibilidad exquisita en una postura completamente natural.

Ya sea que se trate de paisajes, figuras míticas o animales como caballos, elefantes, los legendarios pájaros Garuda, tortugas de buena suerte, gansos Casarka sagrados, orgullosos grullas u otras representaciones del reino animal, siempre están representados con detalles característicos, atributos e individualidades tan delicadamente modelados que nos permiten inmediatamente identificar las figuras dentro del mosaico que forma el inmenso panteón.

A menudo las agrupaciones están dispuestas de modo tal que una serie de pequeños vasallos, aliados y secuaces rodean la figura principal de la escena simbólica. Incluye también procesiones vivas en brillantes colores, con todos los múltiples insignias y atributos lamaístas, y caravanas de regalo con caballos, yaks y elefantes.

La mayor atracción para el pueblo asombrado de sacerdotes y laicos es sin embargo un verdadero teatro de marionetas de mantequilla. Consiste en un templo semicubierto construido según patrón chino, donde se anuncia con el tañido de campanas a intervalos regulares el exorcismo o el juego del oráculo con figuras diminutas de mantequilla.

En esta miniatura aparecen altos lamas tocando campanas y platillos, soplando cuernos y recitando oraciones, hasta que atraídos por la música aparece un oráculo en mantequilla que alborota como un salvaje para predecir el futuro a importantes dignatarios, tras lo cual las pequeñas figuritas que, a pesar de su pequeñez, llevan sus varitas de magia, rayos y cascabeles, desaparecen con movimientos bruscos como verdaderas marionetas.

En otro lugar vemos figurillas y muñecos de mantequilla fijados sobre plumas de ave, que se balancean suavemente a merced del viento nocturno.

A menudo durante nuestros recorridos casi somos aplastados por la masa que fluye, pero valientes guardias con garrotes rudos nos liberan de entre la multitud una y otra vez. Gracias a esta disciplinada, aunque poco amable, acción de los guardianes con garrotes podemos preparar cámaras y hacer fotos con flash.

El brillo cegador de las luces de magnesio convence a la multitud de que estamos ofreciendo a los dioses un sacrificio muy especial a nuestra manera.

Además, somos invitados a un refresco por un alto oficial tibetano que nunca antes había visto, y finalmente logramos realizar fotos de gran exposición desde el tejado de la casa hospitalaria.

EN EL HECHIZO DE MAITREYA

Mientras tanto, la gran llanura de Lhasa ya se ha tornado primaveral. De vez en cuando, la nieve nueva y reluciente corona las altas montañas que brillan como coronas de diamantes dentadas. Pero abajo, en el valle, el sol ya arde, y cada mañana, cuando las nubes se desgarran y las nieblas dispersas se esparcen por todos los vientos, el paisaje irradia un mágico encanto de cuento de hadas. Las grullas negras del cuello emiten sus chillidos de alegría hacia la brillante mañana, milanos recién regresados producen sus melodiosos trinos de cortejo, y los brillantes colirrojos se posan como bolas de plumas rojas en las puntas más altas de las espinosas ramas del espino amarillo, dejando que sus píos chillidos resuenen.

Los grandes pájaros emblema de Tíbet, los cuervos, ya tienen crías. “Ponen huevos en invierno porque en el calor se pudren”, dicen los habitantes de Lhasa. Por todas partes, en los parques y en

Linkha, se hinchan los brotes de álamos y sauces. Una luz casi mágica comienza a extenderse sobre el encantador oasis de jardines de Lhasa.

Una y otra vez experimento la misma imagen mágica de cintas de luz que, cada mañana después de una lucha y combate intensos, rompen entre nubes pesadas como plomo y arrancan jubilosas canciones a las pequeñas alondras.

Sin embargo, los días totalmente soleados son aún raros. Cuanto más cálido se vuelve, más violentas son las tormentas. Normalmente ya hacia el mediodía aparecen rápidamente cortinas grises desde el oeste, y por las tardes el viento sopla tan fuerte que uno podría pensar que toda Lhasa se ha convertido en polvo y ceniza. Frecuentemente presenciamos cómo el Potala brilla como una fortaleza fantasmal sobre un mar de arena que flota justo por encima de la tierra, y hubo una vez que solo los techos dorados relucían fantasmagóricamente a la luz del sol, mientras que el enorme edificio parecía borrado en una tormenta de polvo giratorio.



Lhasaaristokrat in Gelutay-Unitorm und weißer Königshaube

No obstante, por las noches se reflejan nuevamente las largas filas de caballos en las aguas plateadas del Kyitschu, y sus bellos cuerpos se destacan visiblemente frente a las orillas doradas y las sombras violetas de las montañas. Cuando el sol poniente cubre con un halo de oro las almenas dentadas a su alrededor, los animales regresan trotando a la ciudad y sus conductores cantan melodías melancólicas acompañándolos.



Lamas beim Gottesdienst

Estos atardeceres son maravillosos cuando se oyen desde lejos las trompas de caracola y reina una profunda y sagrada paz. Todas las voces parecen amortiguadas y los viejos templos susurran suavemente sus grandes recuerdos.

Pero la bulliciosa fiesta de Año Nuevo continúa. La ciudad hierve en un mar de túnicas rojas, un caldero de brujería de sacerdotes, peregrinos, nómadas, monjes mendigos adivinos y policías lama pintados de negro con sus látigos y garrotes.

Estamos diariamente rodeados por hordas que

gritan; insultos y maldiciones cambian con expresiones de agradecimiento y himnos de alabanza. En cada esquina están los khampas de las provincias más remotas, admirando con curiosidad el bullicio de la ciudad. Por todas las calles marchan lamas, animando el fervor de los fieles con el profundo sonido de los tambores de oración.

Toda Lhasa parece un único templo gigantesco, lleno de las prácticas devotas de las masas que de santuario en santuario siguen incansablemente los ritos prescritos. Para la mayoría, es la máxima realización de sus vidas vivir el inicio del año nuevo en estos lugares sagrados. Con reverente asombro, contemplan las poderosas murallas monumentales, erigidas en honor a los dioses y como señales visibles de poder espiritual y secular. Deslumbrados y embargados por el temor religioso, permanecen ante la pesada y dorada magnificencia de los techos, ante la riqueza de las decoraciones simbólicas, embriagados por el esplendor y la fantasía embriagante de su creencia en espíritus y dioses.

Pero ahora, cuando las ceremonias religiosas se acercan a su fin y el Mönlom empieza a decaer, resurge el antiguo instinto nómada. Todo lo que tiene piernas abandona las fuertes casas en forma de fortaleza para celebrar y hacer fiesta en coloridos campamentos en las afueras de la ciudad. Así comienza el gran festival popular.

Primero se realiza en la pradera de fiestas de Jangyap, cerca de la gran casa de campo de la famosa familia Lhalu, una competición de arqueros. Allí, en torno a un gran patio pavimentado con losas, se levanta una galería de columnas de una sola planta, donde se reúnen cientos de jinetes festivamente adornados y una vasta multitud.

Funcionarios diligentes del gobierno con gorros rojos con borlas están ocupados dibujando largas filas de esvásticas con tiza sobre las losas para marcar los puestos de los arqueros, mientras un grupo de jóvenes trompetistas llamados “Thunpas” extraen sonidos extraños de sus instrumentos para ahuyentar a los malos espíritus.

Bajo la dirección de un oficial alto llamado “Trungkhor”, nombrado solo por el tiempo del festival y cuyo título expira al terminar el mes sagrado, se han tomado posiciones los “guerreros divinos” armados con cotas de malla, espadas y escudos de bambú para mantener bajo control a las masas populares amontonadas alrededor del lugar de la fiesta.

Luego aparece el “señor de la flecha”, el “Depon”, para dar instrucciones sobre el tiro a distancia entre los equipos de los cuatro ministros del gabinete.

Mientras tanto, los contendientes acometen la última prueba con sus arcos hechos de varas de bambú unidas y apretadas, y preparan las flechas marcándolas con las iniciales de sus patrones.

Después, el Depon clava pequeñas banderas de colores en la tierra a distancias de cien, doscientos y trescientos metros, y da solemnemente a conocer a los participantes las reglas del concurso.

Los arqueros, a los que se les proporcionan cuatro flechas cada uno, se colocan en la línea de tiro, vendan sus brazos derechos con vendas de hueso o jade, tensan sus arcos haciendo muecas, de modo que apenas sobresalen unos pocos centímetros de punta de hierro sobre la cuerda, y disparan flechas que vuelan con tanto ángulo que suelen ser invisibles para nosotros.

Aunque las cuerdas se rompen a veces y las flechas golpean en el suelo debido a la fuerza del rebote, disparan con tal rapidez que la mayoría nos resulta invisible.

A pesar del peligro mortal, numerosos espectadores cruzan la zona de tiro.

Antes, los accidentes mortales solían ocurrir, pero se atribuían a los dioses y no se hacía gran caso.

Tras recoger las flechas bajo la supervisión de funcionarios, el Depon proclama y premia a los ganadores con velos blancos y pañuelos pequeños de seda de colores.

Los arqueros vencedores son aclamados ruidosamente por nosotros, de modo que pronto estamos en medio del júbilo, bebiendo numerosos vasos de delicioso Tschang por la prosperidad del gobierno tibetano.

Al acabar la premiación, los arqueros se presentan otra vez ante los ministros y les ofrecen sus agradecimientos a los dioses. Después, manadas de perros parias lamen las losas para limpiarlas.

Después del ritual de esparcir las ofrendas, nos invitan a las tiendas festivas para compartir un aperitivo con amigos tibetanos en un ambiente alegre.

Al regresar a los puestos de tiro, encontramos a los ministros con los pies de loto aún inmóviles en sus tronos.

Solo de vez en cuando sorben de sus vasos de jade llenos de tschang.

Antes de que los oficiales superiores demuestren su habilidad en el tiro al blanco, se agrupan en torno a una pequeña mesa de altar para refrescarse con poderosas jarras de plata llenas de Tschang consagrado a los dioses. A unos cuarenta metros de distancia se ha erigido un tapiz de yaktela de poco más de tres metros de alto y dos de ancho colocado sobre postes como parapeto para las flechas. Frente a él, colgando entre varas, pende un objetivo de solo quince centímetros de diámetro, formado por tres anillos concéntricos: uno blanco externo, otro negro medio y un centro rojo del tamaño de una mano.

Estos aros, recubiertos con cuero y tela, encajan tan perfectamente que las flechas disparadas pueden salir expulsadas fuera del blanco y caer al suelo.

Los oficiales vestidos con tocados de color limón, cintas rojas y largos pendientes turquesa, usan arcos fabricados con gran precisión y en el centro poseen muescas para guiar la flecha. En contraste con los arcos de bambú simples usados para tiro a larga distancia, los arcos de los oficiales parecen de manufactura precisa.

Lo mismo ocurre con las flechas, largas y con plumas en las extremidades, que llevan tubos de madera cónica y cuero en el extremo para que produzcan sonidos silbantes y vibrantes durante el vuelo.

Algunos oficiales logran alcanzar el pequeño anillo interno con cada disparo, y expresamos nuestra admiración con tal entusiasmo que los ministros sonríen orgullosos y nos envían raciones generosas de Tschang, que ellos también disfrutan.

Uno de los mejores tiradores, un joven adoptado que ostenta el rango de secretario de estado y heredero de la famosa familia Lhalu, nos invita después a una opípara cena en su residencia cercana tras la entrega de los premios Khadak.

Así la noche se prolonga mientras somos escoltados por una docena de servidores armados con antorchas hasta Tredilingkha, profundamente agradecidos.

La mañana del decimoséptimo día del Año Nuevo muestra una parada militar del famoso regimiento Trapschi al sur del Potala en honor a Su Majestad el Regente y Jefe de Estado. Este regimiento de la guardia está entrenado a la manera anglo-india y, bajo el mando de sus oficiales con largas trenzas, cascos bordados en oro y uniformes kaki verde-verdosos, ofrece un espectáculo extraordinario.

Los comandos se transmiten con trompetas verbales inglesas y la capacitación incluye armas de carabinas británicas antiguas y dos ametralladoras torpes que alguna vez cruzaron el Himalaya hasta Tíbet.

El comandante de unos veinticinco años, joven y enérgico, a quien se dice nunca haber tenido un arma en mano antes de su nombramiento, dirige con orgullo la banda militar que toca en señal trompetas antiguas, tambores y gaita escocesa.

Las esposas y niños de los soldados acompañan en picnic, mientras en el extenso césped grupos con sombrillas de colores ofrecen dulces, pasas, frutos secos y repostería. A la izquierda del carpa ministerial adornada con volantes, oficiales y cadetes de la escuela estatal vigilan las próximas competiciones a caballo.

Otros funcionarios con ricos brocados y gorros de zorro mongol acompañan a los ministros, de túnicas color azafrán y lamas color terracota, azul y verde que avanzan seguros y decididos hacia sus tronos equipados con cómodos cojines tejidos.

Junto a ellos se extienden aparatosos y ruidosos puestos para la venta de comida y bebida, donde la animación es máxima.

La caballería se organiza en unidades “de flanco derecho” e “izquierdo” que compiten sucesivamente. La costumbre ancestral indica que la flanco derecho comienza el concurso en recuerdo a Doring-Pandita, ancestro de la familia y regente durante el séptimo Dalai Lama. La izquierda es liderada por la familia Samtrup-Podrang, sede histórica de Guschi-Khan, quien estableció allí su cuartel general y nombró la región con ese nombre que luego se usó para toda la familia.

Los jinetes contienden en encendida competencia ataviados con armaduras de cota de malla, cascos de guerra, corazas de hierro, delantales de cuero y blusas coloridas amarradas con cinturones de hebillas. Están armados con fusiles de avancarga, arcos y flechas, cuyos carcajes metálicos asoman a los lados de sus altos asientos en torres.

Los jinetes forman escuadrones que marchan a la derecha y a la izquierda, permanecen en formación y luego compiten sucesivamente.

Los jóvenes oficiales de la escuela estatal ponen a prueba los discos dobles hechos de bambú unos treinta centímetros de diámetro colgados entre postes.

Los jinetes de la derecha, unas cien personas, desfilan en hilera, organizan sus caballos, cargan pólvora, encienden mechas y sostienen sus arcabuces detonando en mano izquierda listos para disparar.

El primero de la fila galopa veloz, agitado por borlas y cintas, suelta las riendas, prepara el arcabuz, apunta, dispara y continúa su carrera envuelto en una nube de pólvora. Luego arroja el arma al hombro, toma el arco, agarra una flecha, la coloca y tensa, levantándose en el estribo para disparar sobre un blanco situado a poco más de tres metros. La multitud corea de júbilo y los jinetes se suceden en alocada carrera lanzando ráfagas de pistolas y flechas como centauros, entre gritos triunfantes.

Cuando los disparos son recogidos bajo la supervisión de oficiales, el Depon anuncia los nombres de los ganadores, los cubre con velos blancos y pañuelos de seda, y los campeones muestran sus méritos ante los ministros con reverencia para luego volver agradecidos a sus puestos, saludando con el antiguo saludo mongol Guschi-Khan y levantando los brazos.

Mientras las impresionantes manadas de grullas negras vuelan pistolero tras pistolero por el lugar, las moles de roca oscura con monacales solitarios emergen de los precipicios y las picos nevados irradiando un brillo níveo.

Tras la finalización de la danza de los dioses, el Trungkhor se inclina ante los pies de loto y recibe muchos velos blancos como señal de suerte eterna.

Cuando los guerreros marchan en fila, el Trungkhor tiende un Khadak a cada uno antes de que todos se postren profundamente y retrocedan mientras hacen profundas reverencias.

A ambos lados de la calle principal, coronados con coronas de perlas de veinte centímetros de altura. Una imagen inaudita. Además, llevan enormes amuletos de ámbar decorados con turquesas, ágatas, diamantes y rubíes, que cuelgan casi hasta el suelo, junto con largas cadenas de coral. Visten chaquetas amplias de seda pesada color marrón violáceo y mantos amarillos divididos en innumerables cuadros, con delantales en forma de campana que cubren sus hombros y están atados en el pecho con lazos rojos.

Su misión es presentar a los altos generales de Año Nuevo la cerveza tradicional tibetana en delicados cáliz de plata finamente labrada con ambas manos como ofrenda a las deidades.

Por todas partes hay oficiales vestidos en colores brillantes, llevando espadas curvas en la espalda, vigilando a las tropas que aún están lejos, envueltas en combates simbólicos, hasta que bajo la dirección de los Magpon-tschampos cabalgan en grandes arcos alrededor de la ciudad sagrada hacia el lugar de la fiesta.

Después de que numerosas y pintorescas uniformidades se han alineado frente a las carpas festivas, los dos Magpon-tschampos acompañados por entre cuarenta y cincuenta oficiales vestidos en seda, con túnicas de color beige adornadas con piel de marta pertenecientes a la antigua armada mongola, cabalgan sobre hermosos corceles con altos tocados y adornos de brocado. Sillas de plata, bridas, estribos y cintas para la cola decoradas con corales y turquesas, incluso las herraduras son de metal precioso.

Entronados como campanas entre el humo de los fuegos de ofrenda, los altos señores se levantan de sus monturas, caminando hacia sus tronos preparados junto al silencio respetuoso de los oficiales. Allí reciben sus asientos acolchados para cumplir con los habituales sacrificios de Tschang de sus altos cargos.

A kilómetros de distancia, la pintoresca procesión emerge detrás del Potala, formando una larga hilera brillante que avanza velozmente. Banderas tibetanas relucen al sol: dos leones combatiendo que sostienen la rueda de la vida en sus garras, coronados por gemas y el rojo del astro naciente. Reconocemos largas lanzas, arcabuces en la espalda, espadas, arcos, flechas, delantales de cuero, corazas de hierro, insignias coloridas y plumas de pavo real que adornan los cascos de los guerreros.

Como una visión de tiempos heroicos asiáticos, avanzan en un desfile de inaudita magnificencia, una cabalgata medieval.

Al entrar en el campo de la fiesta, las escuadras avanzan en semicírculo hasta que el heraldo líder detiene su caballo y ofrece un cáliz de plata lleno de Tschang a las deidades. Uno de los jóvenes danzantes del Dalai Lama le pasa la taza hasta la silla de montar, y con una graciosa reverencia el heraldoy arroja unas gotas benditas con pulgar y anular. Luego caminan con respeto hacia las cuatro servidumbres que esperan numerosas mesas finamente talladas, decoradas con dulces y frutas secas, además de delicadas tazas de jade translúcido.

Cuatro servidores del estado recorren la formación silenciosa inspeccionando a los jinetes para luego regresar a sus tronos con dignidad.

Tras disparar un cañón de señal, los oficiales de la caballería enarbolan estandartes decorados con banderas para la diosa protectora Palden Lhamo y el gran oráculo Netschung, quienes lideran la procesión única. Después de colocar sus banderas a ambos lados del trono de seda al aire libre de los dos Magpon-tschampos, la muchedumbre estalla en una euforia salvaje.

Soldados fuertemente armados con fusiles de horquilla, arcos, flechas, espadas, lanzas, escudos curvos, cotas de malla y cascos con plumas luchan al son del sonido de trompas, oboes y flautas con melodías tristes de siglos pasados.

Desplegando un encanto hipnótico, los guerreros encantados se mueven en danza por el templo más sagrado, disparando al aire sus fusiles con grandes explosiones y nubes de humo mientras lanzan gritos de batalla.

El sonido estruendoso de “Kiki huhu, Kiki huhu” atraviesa las calles y el bullicio crece. Los guerreros armados se comportan cada vez más fanáticamente.

Ante nosotros, un guerrero lanza a otro a unos metros de distancia la carga entera de un fusil de pólvora. El herido cae ensangrentado mientras miles de voces responden con carcajadas. Cuando los policías lama pintados de negro ven que la formación se desordena, irrumpen en la muchedumbre con sonrisas satánicas, y un enorme monje golpea a un arquero imprudente con un tronco de árbol de cuatro metros, dejándolo aparentemente muerto.

En un acto bárbaro, los lamas de cara negra abofetean a los caídos mientras la multitud vitorea, hasta que aquellos vuelven a la vida tambaleándose ensangrentados. El estruendo continúa mientras la calle principal queda cubierta por una densa neblina de pólvora.

Tras tres desfiles a pie, los dos distinguidos generales de Año Nuevo aparecen montados y son guiados por la multitud al palacio, donde reciben la parada de los escuadrones de caballería colorida y la infantería armada con gruesos garrotes.

No se puede imaginar un cuadro más cautivador que estas pintorescas filas de jinetes con sus caballos acorazados, tras cuya conclusión los Magpon-tschampos, como favoritos del pueblo, reciben la veneración de las masas desde el más alto dignatario hasta el ciudadano más humilde, y se despliegan en una danza de alegría salvaje junto a cientos y cientos de seguidores cubiertos de blancos velos que simbolizan la pureza y la dicha terrenal, rodeados por columnas verticales de incienso ascendente.

A las nueve en punto, los generosos generales vestidos con adornos para sus cabezas con perlas de veinte centímetros de altura, llegan acompañados de miles de espectadores al lugar de la ceremonia, donde se les asigna una carpa finamente decorada al lado de los ministros. En el amplio campo reina una tensión cargada de expectativas. Los funcionarios estatales vestidos de gala y los miembros del gabinete que ya han llegado están también vestidos con brillantes túnicas, y se preparan para recibir el reporte de las tropas en nombre del regente.

Por todas partes hay oficiales vestidos con armas curvas en la espalda, inspeccionando a las tropas que aún se encuentran muy distantes inmersas en combates simbólicos. Pero pronto, siguiendo a los Magpon-tschampos, cabalgan en formaciones majestuosas hacia el lugar de la festividad.

Los Magpon-tschampos, vestidos con túnicas de seda marrón adornadas con piel de marta y gorros de tela de color amarillo brillante divididos en múltiples cuadrados, se presentan en compañía de numerosas oficiales vestidos con ropas brillantes. Llegan galopando desde la cercana casa de Doring, llevando grandes cabezas altas adornadas con elaborados trabajos de brocado y trenzas. Los caballos están equipados con sillas de montar de plata, arneses y estribos decorados con corales y turquesas.

Los guerreros, orgullosos de sus armas ancestrales, marchan juntos desde todos los rincones del país para honrar a la caballería victoriosa de tiempos antiguos. Cada año se forman contingentes de

jinetes y caballos que, bajo el mando de los Magpon-tschamps, se organizan en batallones bajo la dirección de líderes y subdivididos en escuadrones de cien hombres cada uno.

Sin besarles la mano, los ilustres señores son desfilados de sus monturas envueltos en humo mientras avanzan por un sendero iluminado por luces de ofrenda blancas hacia el palacio del regente con cara de campanas.

Desde lejos se escuchan tambores y voces cantando antiguas melodías mientras los guerreros danzan entusiasmados. Las tensiones desaparecen y la multitud se envuelve en la emoción del festejo cuando el taumel toca su punto culminante. El lugar quedamos atrapados en un silencio espectral, y una sensación como de miedo, como un terror paralizante y tembloroso se apodera de mí con un peso insoportable. Todas mis fuerzas me abandonan.

Permanecemos en silencio, indefensos... olfateando el desastre inminente, pero sin capacidad para actuar. De repente, un furor infinito me domina, un odio incontrolable contra la bestia misteriosa que habita aquí, una monstruosidad impulsiva gobernada por la demoníaca pasión.

Entre un grupo cada vez más denso de esfinges de rostros negros, formamos resistencia... Cuando intentamos incluso avanzar para buscar protección cerca de edificios cercanos bajo el mando de oficiales leales, la turba enfurecida nos ataca con gritos y silbidos aumentando la violencia, y quedamos atrapados en un pequeño círculo, rodeados. El camino de regreso está bloqueado y estamos sitiados.

Al mismo tiempo en grandes zonas al sur del Potala se disparan ocho cañones sin tubos para ahuyentar a los últimos demonios de la guerra acumulados alrededor. Las piedras vuelan desde todas direcciones y debemos evadirnos mientras tratamos de retroceder. A pesar de sufrir golpes de piedra contra la cabeza y cegados por chispas, conseguimos mantener a raya a los doloridos atacantes. Se sabe que las explosiones y disturbios son un ritual para mantener a raya al ejército de demonios.

Sin embargo, la multitud de rasgos enfermizos negros se subleva furiosa, lanzando insultos y piedras. La ira es salvaje, los gritos colmados de odio. Algunos compañeros son heridos. Intento atacar a un agresor para obtener una victoria momentánea. La multitud pierde el control y lanza insultos y piedras. La lucha se convierte en un juego brutal de azar y fuerza. La línea de policía lama con garrotes intenta controlar el caos, pero monjes con rostros pintados de negro se infiltran entre la gente.

Entonces, el demonio grandote que acompaña a Taluma, con la máscara de la alegría, cambia su expresión a una grotesca mueca aterradora y se pasea entre la gente. Sus ropajes, adornados con oro, plata y piedras preciosas, parecen un espectáculo alucinante.

Se lanza con un gran ímpetu sobre dos monos gigantes que le acompañan, los derriba, y luego es capturado por la guardia personal. Sin embargo, logra escapar y comienza a temblar de nuevo. Arde con furia, sus gestos parecen posesión de una fuerza viciosa e incontrolable. Avanza histérico empujando demonios y males, sacudiendo el lugar con sus movimientos.

Bajo las tormentas de arena y banderas ondeantes en las calles, Taluma aparece como una figura espectral, desplazándose por el principalmente ennegrecido tumulto levantado por gente furiosa. El canto y el tamborileo resuenan salvajemente, y la masa pierde todo control, pasando de la pasión a la locura. Un desfile de gobelinos de tinieblas forma remolinos. Las emociones explotan sin control.

De repente, Taluma, vestido con un enorme casco de oro y armado, alcanza una altura gigantesca, invocando un baile hechizado al ritmo de tambores profundos, voces macabras y flashes de luz, un canto sostenido que penetra el aire y domina la escena.

Desde la pared de la ciudad, silenciosos observadores, en terrible tensión, miramos la escena incomparable.

En un laberinto de franjas de humo y sombras de luces intermitentes, músicos invisibles evocan una música astral como un río de vida eterna fluyendo.

Finalmente, el gran hechicero cae inconsciente, sostenido por guardias mientras la multitud enmudece asombrada, contemplando el misterioso y dramático cierre del acto ritual.

Nosotros, desde los tejados cercanos, nos dejamos llevar por la multitud y filmamos emocionados todos los eventos.

A pesar de las heridas y el desasosiego, gracias a la irrefrenable valentía de la guardia, conseguimos escapar y alcanzar zonas protegidas.

El mismo día, un enviado oficial informa con alivio que el incidente fue un arrebató de grupos de monjes ladrones y no una expresión de descontento popular.

Los atentados posteriores han ocurrido desde siempre durante el Mönlom, cuando los monjes extorsionan al pueblo, generando violencia, para la que se intenta buscar explicación.

Por último, el 25º día de Año Nuevo está dedicado a Maitréya o Davo-Tschampa, el misericordioso mesías cuya llegada se ansía con fervor.

El propósito es acortar un interregno de diez años entre la época de Gautama Buda y la llegada del mesías.

Por supuesto, la organización del traslado de la época de Gautama Buda está en manos de la autoridad tibetana para permitir que se reciba a Rohani Ma, el dios del amor.

El día 25 de Año Nuevo, se lleva en procesión una imagen de Maitréya en una plataforma adornada con plumas de pavo real a través de las calles hacia el Potala, simbolizando la unión entre el mundo temporal y este nuevo mesías esperado.

El Tai Situ, ministro declarado y devoto de Maitréya, la ha previsto como una señal de esperanza para los tibetanos, para traer un futuro maravilloso.

Con estas ceremonias el gobierno y la monarquía tibetana afianzan su autoridad espiritual y temporal esperando un futuro esperanzado para todo el pueblo.

Así concluye esta descripción del Mönlom, un festival religioso tradicional que refleja la esencia del alma tibetana y su devoción profunda, rica en colorido, misterio y belleza espiritual de la estatua divina de la plaza del Templo Sagrado.

El pequeño y acogedor puente turquesa y las densas paredes de una extensa serpiente negra de personas simbolizan a los habitantes enanos del globo durante el interregno, pues según una antigua doctrina india el tamaño de las personas y la duración de su vida están sujetos a fluctuaciones y, en la época actual de regresión, se aproximan a su punto más bajo, hasta que Maitreya aparezca como redentor para traer de nuevo la salvación al género humano.

Tras la conclusión de la solemne procesión, las masas del pueblo vuelven a congregarse en la periferia occidental de la ciudad para ser testigos de la gran carrera de caballos y de una competición pedestre, también en honor de Dava-Tschampa, a primeras horas de la mañana.

La carrera, de unos seis o siete kilómetros hacia Lhasa, tanto de caballos como de corredores, simboliza la llegada de los dioses y de los representantes de diversos pueblos que acuden a saludar al mesías de la religión en su fortaleza y a pedirle su bendición para el mundo entero.

Un centenar de caballos de carrera seleccionados fueron llevados antes del amanecer al punto de partida cercano a Drepung. Aunque cada gran familia debe aportar cierto número de caballos según su rango y patrimonio, el Kaschag se reserva el derecho de escoger los mejores animales para asegurar que el triunfo recaiga en monturas del gobierno; solo entonces —creen los habitantes de Lhasa— aparecerá Maitreya y librárá al pueblo tibetano de todos los pecados. Por ello, las masas que flanquean la pista no escatiman medios para provocar la salida de pista de los caballos privados y descalificarlos, o para impedir por cualquier vía su victoria.

Velos de bruma azul grisácea reposan sobre la Ciudad Sagrada cuando, sin ser molestados, nos hacemos sitio y tomamos asiento sobre cojines preparados en la azotea plana de una casa en esquina, muy próxima a la pista, lugar idóneo para filmar, en espera del sol cuyo tímido oro pronto rasga los claros cortinajes de nubes. La parsimonia de la organización tibetana hoy nos favorece: con cada minuto mejora la luz, se acortan las sombras y crece la probabilidad de lograr buen metraje.

Desde nuestros aéreos asientos dominamos varios cientos de metros de la pista. El cuadro es pintoresco: montañas desgarradas, la empinada «montaña de la medicina», el imponente Potala, el amable Puente de Turquesas y los compactos muros de una larga serpiente negra de personas. Cuando el sol se alza sobre las cumbres, nos llega el repiqueteo de cascots, y un jinete veloz parte del Tsug Lha Khang sobre un tordo pintado de rojo, con indumentaria fantásticamente colorida, abriéndose paso por entre la marea hacia el Potala: trae la orden de salida del regente. Apenas vuelve a cerrarse el abarrotado gentío, se eleva junto al Potala una columna de humo blanco de unos veinte metros (señal para los corredores); pocos segundos después retumba un cañonazo, respondido de inmediato por el disparo de salida para los caballos en el monasterio de Drepung.

Como descarga eléctrica recorre la serpiente negra de espectadores. En un instante se abre un corredor de metro y medio a dos metros, y todo queda en tensa expectación. Gritos... consignas que pasan de boca en boca. De súbito suena claro: «¡Vienen, vienen!», los sagrados caballos de los espíritus blancos, en cuyos lomos los dioses hacen su entrada en Lhasa.

Se arremolina el polvo... Los animales lo dan todo en sus vigorosos cuerpos, en honor de Maitreya. El viento enreda crines y colas... restallan látigos... aletean mangas largas... giran sedas multicolores... y, entre los alaridos de la muchedumbre desatada, distingo sobre el Puente de Turquesas, muy por delante de los demás, una sombra fulmínea: un caballo sin jinete, enardecido por los clamores, que toma el puente con unos pocos y salvajes trancos.

A velocidad inverosímil, el vencedor —un bellísimo semental bayo— irrumpe como un temporal y pasa por debajo de nosotros, casi volando. Bastan unos segundos para fijar en la película aquella visión espléndida e inolvidable.

Unos cien metros detrás del vencedor llegan a la vez seis caballos ricamente enjaezados, y detrás de ellos, de inmediato, todo un par de docenas de monturas espoleadas por jinetes con largas fustas. El clamor y los gritos de la multitud crecen hasta convertirse en un huracán. Resoplando, los animales pasan ante nuestros ojos a intervalos mínimos, rumbo a la meta, donde el alazán pálido del gobierno hace ya tiempo que fue honrado con el velo de la victoria.

Aún no han terminado de pasarnos los caballos de carrera cuando ya aparecen los primeros corredores descalzos, vistosamente ataviados, que se precipitan; el primero de ellos también lleva una gran ventaja, mientras que muchos de los que siguen, colgados de colas de caballo, son saludados y espoleados por la muchedumbre que aúlla, y, con el aliento entrecortado, se precipitan hacia la meta situada en medio de la ciudad. Solo el vencedor tiene el privilegio de inclinarse ante el trono del regente, en el Tsug Lha Khang, antes de cruzar desbocado por la llegada y ser igualmente honrado con un velo blanco.

A los rezagados, tanto caballos como corredores, la multitud los escarnece, los apedrea y los azota sin compasión, pues la falta de rapidez se tiene por mal augurio y se considera perjudicial a la pronta aparición del gran Mesías.

Las anotaciones definitivas y la distribución de premios para caballos y corredores tienen lugar en la gran explanada entre el templo de la ciudad y la embajada china, donde acto seguido se organizan pruebas de levantamiento de peso y combates de lucha. Como se nos prohíbe filmar estas competiciones —también entretejidas con motivos religiosos— desde la azotea de la legación china, porque nos situaríamos a mayor altura que el regente que se halla en el Tsug Lha Khang, nos mezclamos de nuevo con la multitud.

Los luchadores, casi desnudos, se reclutan de entre las filas de la guardia personal. En estos rudos combates parece que no rijan normas estrictas. Con harta frecuencia ocurre que los contendientes se arrojan a los ojos tsamba y harina de cebada para dejar al adversario sin capacidad de pelear. En cuanto uno es derribado al suelo, los funcionarios que actúan como árbitros acuden con presteza, lo cubren con sus ropas y lo sacan del círculo, mientras el vencedor aporrea aún a su rival con los puños para saborear plenamente su triunfo. A continuación, cubren a los campeones con enormes khadaks.

Los días vigésimo sexto y vigésimo séptimo del primer mes tibetano se celebran de nuevo competiciones y tiros de premio. Una vez más, mozos montaraces se lanzan en audaces juegos ecuestres ante los blancos dispuestos y, a galope tendido, hacen tronar sus vetustos mosquetes de avancarga y sueltan la flecha de la cuerda. Desde los puestos de tiradores vuelan los dardos zumbadores hasta el disco de cuero, y en el Potala resuenan por última vez tubas y tambores. Por última vez se abre ante los ojos de los fieles el mundo de los dioses: muecas demoníacas recuerdan la muerte y muestran figura y rostro de los seres que aguardan al hombre entre su partir y su renacer. Inmaculada e intocada se alza la Tierra de los Dioses de Tíbet. Sus guerreros acorazados cabalgan, henchidos de la fe incommovible de consagrar su patria, más allá de los vaivenes del acontecer del mundo, al servicio de los dioses, de regreso a sus dominios nativos.

Así, ante el rostro de Buda, en el corro de los siglos, ascendió un año nuevo.

Nombres tibetanos del libro en grafía clásica (equivalencias):

Taschilumpo = Taschilhumpo;

Bodhisattwa = Bodhisattva;

Wen Tschang = Wen Tscheng;

Sakyamuni = Schakyamuni;

Tsug Lha Khang = Tsug-lag-khang;

Dorgé Phagmo = Dorsche Phagmo;

Milarepa = Milaräpa;

Tschagsalwo = Tschagtsalwa;

Zizipati = Tschitipati;

Ramosché = Ramotsché;

Lhosar = Losar;

Trisa = Drisa;

Tschen = Tsän;

Nyoting = Nödschin;

Namsraj = Namsrä;

Kangschur = Kandschur;

Tangschur = Tandschur;

Drultrim = Tshultrim;

Phekar = Pekar;

Samyeh = Samyä;

Netschung = Nätschung;

Santarakschita = Schantirakschita;

Ralpaschan = Ralpatschan.



Bundesarchiv, Bild 135-5306123-7
Foto: Schäfer, Ernst | 1938/1939
Bundesarchiv, Bild 135-5-4-10-054
Foto: Krause, Ernst | 1938/1939

CONTENIDO ADICIONAL



Bundesarchiv, Bild 135-50222-24
Foto: Schäfer, Ernst | 1938/1939



Bundesarchiv, Bild 135-S-01-17-03
Foto: Schäfer, Ernst | 1938/1939



Bundesarchiv, Bild 135-S-01-22-07
Foto: Schäfer, Ernst | 1938/1939



Bundesarchiv, Bild 135-S-02-08-03
Foto: Schäfer, Ernst | 1938/1939



Bundesarchiv, Bild 135-5023-13-37
Foto: Schäfer, Ernst | 1935/1939



Bundesarchiv, Bild 135-S-02-20-16
Foto: Schäfer, Ernst | 1938/1939



Bundesarchiv, Bild 135-S-03-01-35
Foto: Schäfer, Ernst | 1938/1939



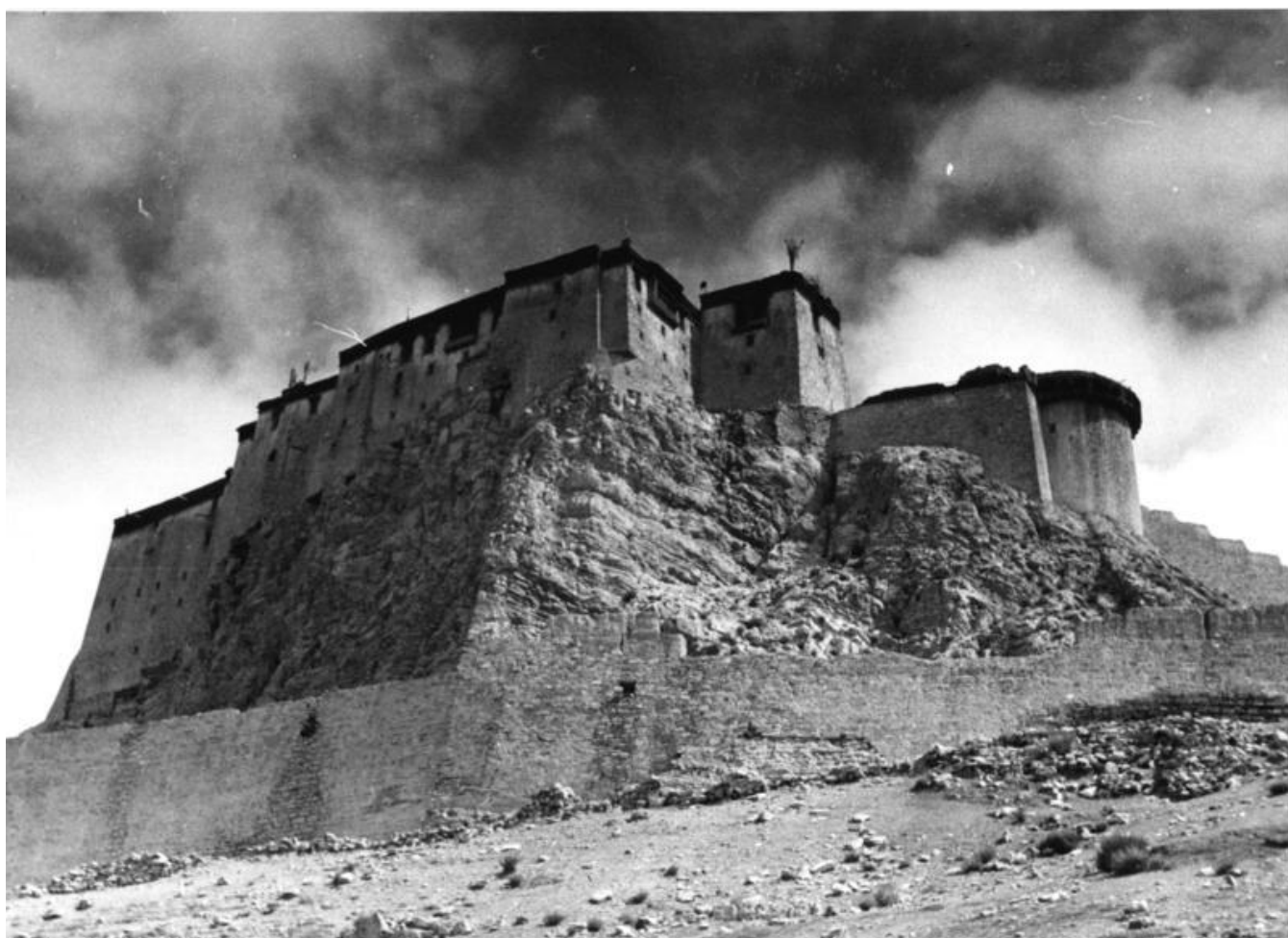
Bundesarchiv, Bild 135-S-03-02-10
Foto: Schäfer, Ernst | 1938/1939



Bundesarchiv, Bild 135-S-03-09-17
Foto: Schäfer, Ernst | 1938/1939



Bundesarchiv, Bild 135-S-04-12-31
Foto: Schäfer, Ernst | 1938/1939



Bundesarchiv, Bild 135-S-04-13-02
Foto: Schäfer, Ernst | 1938/1939



Bundesarchiv, Bild 135-S-05-01-23
Foto: Schäfer, Ernst | 1938/1939



Bundesarchiv, Bild 135-KB-04-002
Foto: Krause, Ernst | 1938/1939







Bundesarchiv, Bild 135-S-05-02-36
Foto: Schäfer, Ernst | 1938/1939



